LAGARTA

Borja Orizaola Alonso

LAGARTA

por Borja Orizaola Alonso

LAGARTA
Copyright © 2023 Borja Orizaola Alonso
(Instagram: @b_orizaola)
Todos los derechos reservados.

Derechos de portada e ilustraciones: Mikel Palacio
(Instagram: @muskizzito)

A Wii.

Y a mí mismo.

“Contra la naturaleza no se puede luchar, amigo.”

Pancho Villa

Prólogo del autor.

No sé si es muy osado, siendo un novelista que se autoedita y de escaso seguimiento, arrogarme el derecho, o la osadía, de prologarme a sí mismo, pero he creído que tal vez pudiera ser de interés confesar (sobre todo para aquellos que hayan leído alguna de mis dos novelas anteriores: EN LOS DÍAS QUE SIGUEN y/o EL CADÁVER) que se van a encontrar en este libro algo distinto. No una novela negra, dura, al uso de la primera, ni un pequeño *psicothriller* como la segunda. En esos estilos, o en otros, muchos escritores se especializan y por ahí les siguen sus adeptos. Servidor, que no vive de esto, aunque le gustaría, prefiere ya de entrada confesar que al sentarme a escribir en mí animo está descubrirme. Y que para ello no me queda sino experimentar. Así, por tanto, que este texto se desvía de los dos anteriores, como seguramente lo harán igual los futuros, de la forma que brevemente resumiré.

En cuanto a la temática: si bien hay un guiño por el trato con la muerte hacia la narrativa negra, al final no es esta novela sino una biografía de ficción, y casi de aventuras, que pretende, lo adelanto, despertar interés por un personaje que he intentado construir a base de sus hechos y de la relación con las personas de su vida.

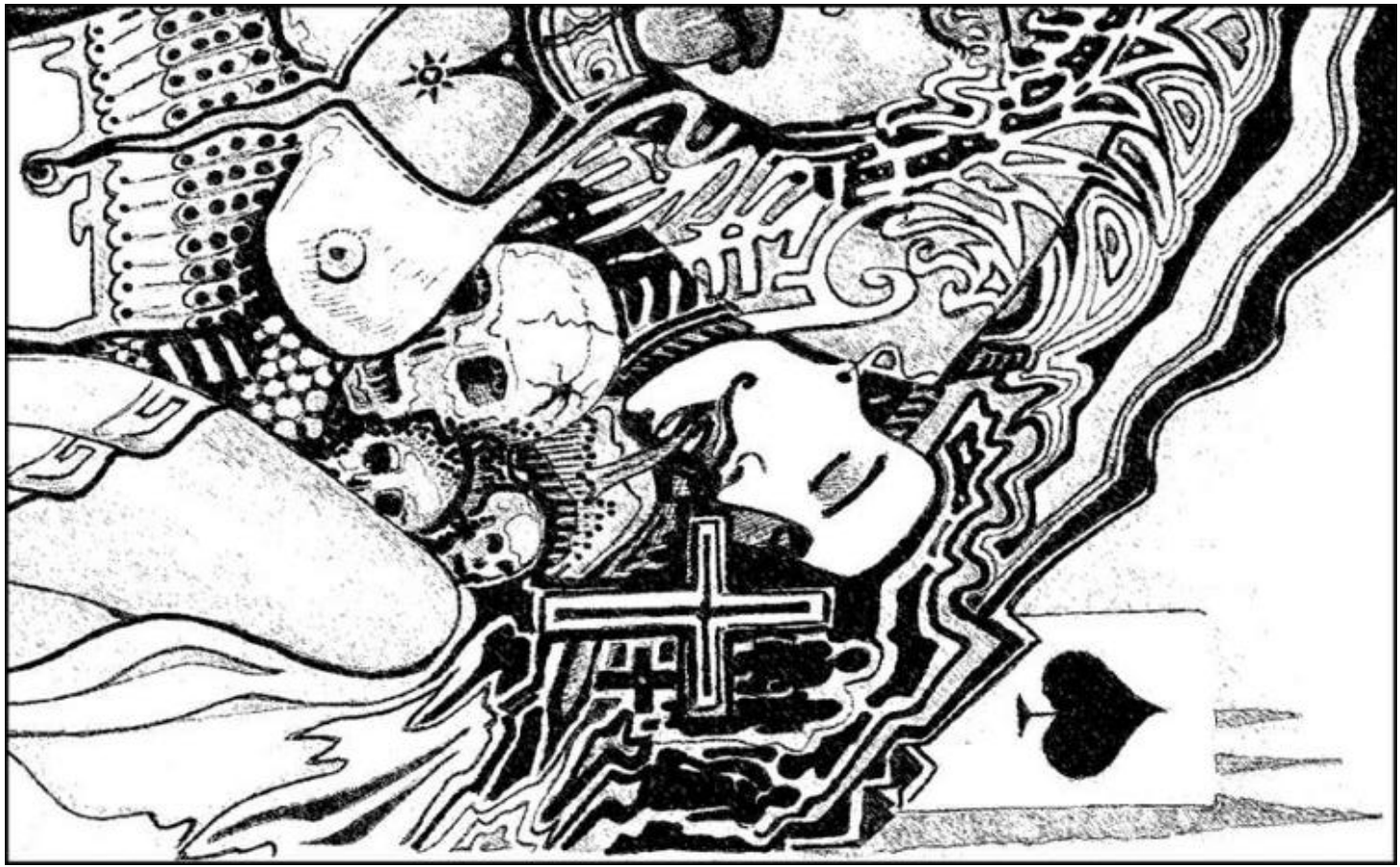
En cuanto al narrador: es una figura activa a la que he querido dar utilidad y protagonismo hasta la última línea.

En cuanto a la prosa: he dejado que el instinto y mi gusto por la lectura de novelistas del otro lado del Atlántico me guíen, y por ello he procurado jugar con el lenguaje. Con la gramática (un poco a mi antojo y en función del momento) y el vocabulario (en particular salpicando aquí y allí coloquialismos). En ambos casos con la idea de situar la narración en su contexto. Estoy deseoso, y algo temeroso, de conocer su opinión sobre dicho atrevimiento, que ha sido el mayor reto de este trabajo.

En cuanto a la presentación: el destino ha querido que volviera a encontrarme con Mikel Palacio de quien conocía su pasión por la pintura. Es un creador autodidacta e instintivo, como yo mismo, de prueba y error, con el que compartí el borrador que pronto le inspiró para crear ilustraciones al azar que me iba mandando, algunas de las cuales llevan la narración más lejos que mis palabras. Por ello enseguida le propuse utilizarlas insertándolas entre capítulos y en la misma portada y para mi suerte aceptó casi sin pensárselo. Creo que sus fantásticos trazos, que se encontrarán desperdigados entre estas páginas, pueden perfectamente colaborar con la imaginación del lector a la hora de recrear esta historia en su mente.

Para finalizar, a modo casi introductorio ante lo que se puede encontrar, me gustaría reseñar una anécdota que la causalidad me hizo conocer mientras escribía la novela. Se refiere al director mexicano Guillermo del Toro, a quien una periodista interrogó sobre el hecho de cómo podía, siendo un ser tan adorable, agradable y maravilloso, ver y tratar el lado más oscuro y tenebroso de la mentalidad humana (la muerte). Su respuesta fue sencilla: soy mexicano. Si el lector es capaz de consumir los capítulos de esta historia entenderá que para este novelista esa respuesta tiene gran significado.

Ahora les dejo con Lagarta.



CAPÍTULO 1

El tío Claudio odiaba el sudor en su cuello. En especial los días de calor, que eran aquellos con temperatura superior a veinticinco grados, en los que del pliegue del pescuezo le comenzaba a brotar la salada secreción con persistencia. Y el hombre, además, vivía siempre con la cabeza gacha, lo que agravaba su problema. Se desplazaba mirando al piso, bien pateando o en autobús —de chico, por mirar a los ojos a quien no debía, recibió una punzada en un costado—; platicaba mirando al piso —más bien respondía, porque él, de por sí, era poco comunicativo y había que sacarle las palabras con descorchador (le aseguramos que quien no lo conocía no era capaz de soportarlo)—; trabajaba mirando al piso —se dedicaba a embaldosar aceras—; fumaba mirando al piso —excepto cuando exhalaba el humo que entonces sí elevaba la vista al cielo y a veces exclamaba: «¡ahí te va eso Dios jodido, a ver si contraes el cáncer!».

Era también, como se supondrá, un tipo vergonzoso, introvertido, e inseguro. Y ruin.

El caso es que por más que su señora, que lo conoció mientras expulsaba de sus pulmones el humo de un cigarrillo, le implorara, le rogara, o le ordenara alzar la vista, el tío Claudio seguía siempre con la cabeza gacha. Por eso se emocionó sobremanera cuando su sobrina —nuestra Regina—, le obsequió con un pequeño pañuelo para el cuello. O sea, un fular. Fue por ello que se fijó en ella. Más aún cuando insistió en anudárselo, y entonces él, por un no-descuido pues la tenía ante sí, levantó la mirada y se encontró con aquella carita de ángel sonriente. Regina tenía una boca alegre, con carnosos labios y una dentadura perfecta; unos mofletes sonrojados y abultados; sus ojos, aun oscuros, lucían brillantes como luceros en la noche; sus cejas eran delgadas y ligeramente arqueadas; su frente estrecha; su cabello liso tan largo que le alcanzaba más allá de la media espalda. Además, se adivinaba en su silueta, en la forma de sus curvas, en sus senos, la feminidad de las divas envuelta en su morena piel. Y era aún una adolescente de apenas quince inviernos.

Hemos de contar que, poco después del día del regalo, Claudio, cansado del rostro de su señora, con la cual no había tenido descendencia, acudió directamente al juzgado con un letrado y solicitó el divorcio que pronto se concedió. Aún resonaban en sus oídos las dulces palabras de la sobrina: «mire tiito, ahora podrá usted aliviarse del sudor de su cuello». Ese había sido el motivo de aquel detalle, el mejor que nadie había tenido con él, nunca. Incluido el propio regalo de la vida que le hicieron sus padres. Obviamente, el pescuezo de

Claudio siguió sudando de forma que el fular absorbía tanto líquido que en unos días quedaba maloliente y acartonado. Tras la ducha de los domingos —en ropa interior y con el pañuelo anudado al cuello—, la cosa, parcialmente, se solucionaba. Por entonces el tío comenzó a caminar —y a vivir— con la cabeza algo más alta, pues de vez en cuando se le sorprendía con la mirada oteando al frente. Como se habrá supuesto, no fue por el fular que levantó la vista, sino por ver más a su sobrina, o "mi Reginita" como él la decía en sus sueños y en sus pensamientos, que eran sobre ella muchos y variados.

Claudio, que contaba cinco lustros más de mala vida, pese a la diferencia de edad, o por ello, y a la consanguinidad, no vio ningún inconveniente en querer intimar con la chavita, que por entonces tenía, se ha dicho, quince años cuando lo del fular, siendo ése el auténtico motivo de su rápida visita a los juzgados: vivir juntos sin interferencias. Pero el tío nunca había sabido de cortejar a las mujeres y la única que había conocido lo desposó ella a él por puro despecho, aunque eso es parte de una historia que aquí no viene a cuento. Pronto se sabrá del final de aquella mujer sin nombre, la extía, a la que ya nos hemos referido de pasada como víctima de un divorcio.

El tío Claudio se quedaba, de normal, mudo ante Regina, a la que no sabía agasajar ni cortejar. De haberlo intentado siquiera, de seguro que la chavita le habría rechazado, pero de manera inteligente, con dulzura y cariño, suponemos. La cuestión es que, en su fuero interno, cada a poco se obsesionaba más con ella que, aunque de por sí era discreta, con el paso de los días se descuidaba más en su privacidad sin conocer el peligro que se avecinaba. Así el tío llegó a verla en ocasiones saliendo de la ducha en paños menores, o paseándose por el domicilio con los pechos al aire mientras iba al colgadero a recoger su braiser. No es de extrañar que él, muy macho, se descontrolara en ocasiones y que para cuando la muchacha cumplió dieciséis la hubiera violado dos veces, que bien podrían haber sido más. Pero ahí llegaremos más adelante.

Antes hay que explicar que Regina era hija única de una hermana menor, con la que apenas hubo convivencia, del tío Claudio, ya difunta, pues falleció en el momento de parirla sin desvelar a nadie quién había sido el hombre que la había preñado. Al que se creyó su padre pues algo había tenido con la madre de Regina siendo su última aventura en vida conocida, recientemente le habían hecho una corbata en Zihuatanejo por su gusto por delatarlo todo para ser compadre de todos, y cobrar de todos. Es justo decir que aquel hombre la acogió, aun con las dudas persistentes sobre su paternidad, y la cuidó todo cuanto supo y pudo. Prueba de ello es que tenía la asidua decencia de dejarla a cargo de unos vecinos cuando él salía de borrachera o se ausentaba unos días de la morada, a saber por qué chingos negocios.

Como podría suponerse, desde el día en que alguien usó su lengua de corbatín los cuidadores la dejaron de lado. Es por ello que la quinceañera, sin posibilidades de seguir con su vida y sin apenas formación escolar, e instigada por los propios vecinos que dejaban de recibir los pesos que el difunto siempre les entregaba como pago por los cuidados —resultando éste un negocio rentable, pues la chamaquita ni daba guerra ni apenas comía—, había escrito a sus desconocidos tíos de la capital del estado, Chilpancingo de los Bravo, solicitando alojamiento para estudiar y evadirse por un tiempo. Fue su por entonces tía, de la que en breve se hará una reseña como hemos dicho, quien la aceptó con la esperanza de encontrar una cómplice que hiciera más soportable la existencia al lado de su marido Claudio. Así Regina, con una bolsa de pesos de su difunto padre, rescatada de su escondite en la cisterna del urinario, y una pequeña maleta, después de un largo viaje en autobús, llegó a la morada del mayor de los hermanos de su madre y de su mujer.

Éstos residían en una edificación individual, de una sola planta y cuyo tejado, plano, se usaba no más que para secar al aire la colada y contemplar el firmamento las noches despejadas, costumbre que a decir verdad tenían olvidada en aquel hogar pese a ser bastante privilegio. El interior era amplio, con tres huecos amueblados que constituían dos habitaciones y una sala con televisor y un moderno reproductor de vídeo VHS, además de una cocina y dos cuartos de baño, uno de ellos con bañera. Así que la presencia de la muchacha no ocasionaba mucho inconveniente a la hora de compartir espacio en aquella morada. En cuanto al alimento, ya se sabe que donde comen dos, comen tres.

Pero sigamos. Se ha de saber que el regalo del fular lo fue instigado por su tía, con el ánimo de que su marido Claudio, casi siempre malhumorado y poco dado a aceptar novedades, no refunfuñara en exceso ante la irrupción de la zagala en sus vidas. No pensó la esposa en que la sobrina podía ser tan bella. Así, vistas las consecuencias futuras, bien se podía haber ahorrado sugerirlo, ya que, tras el divorcio, la ya extía, libre y cansada de malvivir, decidió emigrar de extranjis a los Estados Unidos. Allí acabó trabajando en una lavandería latina, donde a la semana, y debido a un problema de desconocimiento de la lengua británica, recibió dos disparos al no entenderse con dos jóvenes blancos armados, y drogados, que lo único que pedían era llevarse los treinta y cinco dólares y cincuenta centavos que había en la caja. Lo último que se supo de ella es que vivía en una silla de ruedas, acompañada de tres dogos argentinos, en los túneles de desagüe del alcantarillado de Las Vegas, que es la ciudad donde aquello ocurrió. Y que seguía sin saber media frase en inglés.

Hecha la reseña prometida de la extía, se ha de volver sobre Claudio y Regina, tío y sobrina, que habían quedado entonces viviendo juntos. Ella justo hacía las labores, básicamente lavaba la ropa y recogía la casa antes de irse a la academia de esteticista donde finalmente cursaba, y él seguía saliendo cada mañana a embaldosar aceras, ahora con la cabeza más alta —excepto cuando trabajaba—, el fular colgado del cuello y sin dejar de pensar en la belleza de su sobrina. Con lo que ganaba mantenía a ambos y no faltaba comida en la casa, así que Regina seguía guardando la bolsa con el puñado de pesos con la que había llegado a Chilpancingo de los Bravo y que escondió, tal y como había hecho su padre legal, en el interior de la cisterna de uno de los baños. Fue el primer día festivo de convivencia, fuera de un fin de semana, Primero de Mayo nada más y nada menos, que el tío Claudio quedó solo en la vivienda mientras Regina salía con las nuevas amistades de su curso de maquillaje. La realidad es que ella alternaba por el único motivo de que eso es lo que los zagales, se supone, hacen. Esa tarde el hombre de la casa se emborrachó, solo, en sofá. La sobrina, que en verdad se aburría entre estudiantes, volvió antes de que oscureciera y lo encontró, al tío, masturbándose mientras veía un VHS pornográfico en la televisión, quedando la chavita paralizada ante tal magro espectáculo durante unos segundos, antes de deslizarse hasta su habitación, donde intentando no hacer ningún ruido se acostó, pero no consiguió dormirse. Sus conocimientos sobre el sexo no eran de beata, pues hacía tiempo que conocía ese placer —se deberá contar más adelante—, pero aquella visión ciertamente la turbó, por desagradable. Olvidó por ello echar el cerrojo de su puerta. Lo había instalado su extía nada más ocupar la niña aquel espacio, meses atrás cuando la vio tan guapa, y había seguido su consejo de usarlo cada noche. Fue aquella la primera vez en que no se cerró. Craso error. Un poco más tarde, el tiito Claudio, excitado, pues en realidad se supo descubierto, acudió a comprobar si la sobrinita dormía y se había cerrado y, viendo que no, creyó que se le abría vía libre. Así en breve sudaba sobre Regina forzándola ante la resistencia que ella ofreció. No consiguió correrse, y es que de por sí era tardón, no digamos ya bebido, lo que sin duda alargó la tortura de la púber que quedó largo tiempo sobre la cama en posición fetal, sollozando. A la mañana siguiente de aquella primera violación, ante la vergüenza de su acto, el tío suplicó, pidió y rogó mil perdones; prometió no volver a hacerlo; se comprometió a pagar, también, además de los estudios de ella, algún capricho en forma de vestimenta, lo que sin duda la retuvo en airear los hechos. Eso y que no tenía donde caer muerta.

Por suerte no tardó en llegar el verano y Regina volvió a Zihuatanejo, lo que la ayudó a olvidar por un tiempo aquella penosa y

violenta experiencia. Se alojó donde otra tía —de quien debemos dar su nombre porque algo importará en el futuro de esta historia: Isabella —, otra hermana de su desconocida madre y de su tío Claudio, soltera, casi cincuentona por entonces y sin descendencia, con quien apenas había tenido relación la sobrina, pues su supuesto padre, ahora difunto, gustaba de visitarla hasta las chanclas de anís con intención de sisarla unos pesos o forzarla. Y no solía conseguir ni lo uno, ni lo otro, pero ello bastó para que la tía se alejara, también, de su sobrina Regina.

Isabella regentaba una estación de Pemex por lo que aquel verano casi nunca estaba atendiéndola, lo que permitió que Regina disfrutara libremente de sus escasos conocidos de antaño, algunas tardes, en la playa. Y también de verse con Adolfo, su supuesto amor desde los trece años. Él contaba una década más de vida, y para entonces era el único hombre que ella había conocido en la intimidad, a excepción de su tío el primero de mayo. Con él iba a pescar todas las mañanas de cada día de la semana de aquel verano, pues se ganaba la vida vendiendo las capturas, siempre que el Pacífico lo permitía. Según la época del año, y si la cosa salía padre, pescaban atunes de aleta amarilla, barracudas, pez gallo, jureles o bonitos. Se hacían a la mar en un viejo bote de madera con un motor diésel salvado de un Talbot Horizón que, nadie sabe cómo, había llegado de España la década anterior. En cuanto se habían alejado lo suficiente de la costa, Adolfo se las apañaba para convencerla y acababan practicando, movidos por las olas, diversos hábitos sexuales en las insospechadas posturas que aquel cascarón y la mar les exigían. En ocasiones Regina, en baja voz, pedía una cama o un lugar mejor para aquellos encuentros y él prometía pensar en ello, de lo que siempre se olvidaba una vez había descargado y vendido la pesca del día en el puerto. Obviamente la chiquilla, por entonces, no estaba sino comenzando a conocer a los hombres y entendiendo que si no todos, la mayoría son cortados por el mismo patrón.

Pero las emociones de aquel estío no fueron cosa única de aquellos episodios de navegación o de las tardes playeras con sus amistades, sino que la joven también supo de su primo Emiliano, que se ganaba la vida de chófer de un bus del sistema de trasporte colectivo en Acapulco, de su pareja, una increíble mujer irlandesa, y de sus dos mellizos. Ese encuentro existió pues ellos ruteaban de asueto con objeto de que la irlandesa conociera la costa del Pacífico y pararon en Zihuatanejo a presentarse y a descansar. Fueron tres días los que duró la visita que sería de vital importancia, como pronto se verá, en el devenir de los siguientes momentos de la vida de Regina. La madre se llamaba Megan y contaba veinticinco primaveras; tenía la piel blanca, era alta y delgada pese a un reciente parto; su melena ondulada era

roja, su rostro alargado, sus labios finos, y sus ojos vivos tan azules como el cielo. Pese a la década de diferencia de edad, ambas intimaron todo lo que se puede en setenta y dos horas, tal es que durante aquellos días Regina dejó de verse con Adolfo y con los otros conocidos. Así supo que por las venas de aquella madre circulaba sangre escocesa, pero que el destino había querido que naciera en Belfast pues sus progenitores, ambos, eran miembros del ejército británico y guerreaban contra el IRA, resultando que su hija se había enamorado de un muchacho luchador por la independencia de Irlanda del Norte. Ella había acabado enrolada en el ejército republicano llegando a enfrentarse a tiros en una ocasión contra su propio padre. En aquella refriega había muerto su amado y Megan había huido a México donde conoció al primo Emiliano, de quien quedó preñada después de «una noche de siete polvos» (esas eran las únicas cinco palabras castellanas que pronunciaba más o menos correctamente). Estaba segura, de hecho, de que sus bebés mellizos se habían concebido, con nocturnidad y salvajería, en dos momentos distintos entre el ocaso y el alba, pues no se volvieron a ver después de aquel primer encuentro sexual hasta unos meses más tarde, cuando el (doble) embarazo estaba avanzado. Emiliano, el primo, claro que tuvo dudas sobre su paternidad. Hasta que vio que la pequeña recién nacida, morena y achinada, como el padre y otros tantos varones mexicanos, además de sus rasgos indios, llevaba la marca de las mujeres de la familia: un lunar negro en la espalda justo por encima de donde empieza la rajita del culo. Regina tenía también ese lunar en aquel señalado lugar. Al varón, su madre, que seguía sin conversar correctamente en castellano, le había dotado con su blanca piel, sus pecas y su pelo rojo, de forma que los mellizos no parecían siquiera allegados. Al finalizar la visita, Megan y la quinceañera se despidieron entre besos y con un gran abrazo. Cambiaron antes sus datos y prometieron cartearse. Emiliano, entre tanto, esperaba con ambos niños en brazos apoyado sobre el capó de un coche prestado.

Finalizado el verano, la chavita volvió a la capital, a casa de su tío a proseguir con sus estudios, encantada de la vida y lo vivido, pero sin haber olvidado del todo la violación de mayo. Claudio la estaba esperando, con su fular recién duchado anudado al cuello, la casa limpia y su habitación con un doble cierre de seguridad. El pendejo, además, había aprendido a cocinar durante las vacaciones de ella después de comprar de segunda mano un curso en vídeo; así que él hacía la comida cada mañana antes de salir a embaldosar las aceras de la ciudad; también cambió sus hábitos y la ducha de los domingos se repetía cada miércoles. Diríase que en días reinaba la paz y la armonía entre aquellas paredes y que, poco a poco, parecía olvidado el primero de mayo. No era así pues tío y sobrina siguieron conversando lo justo,

es decir: poco.

Se acercaba la navidad del año cristiano de 1989 cuando Regina informó a su tío que iban a recibir la visita de la mujer de su primo Emiliano, Megan. Ellas habían estado carteándose con periodicidad, haciéndose cada vez más cercanas pese a la diferencia de edad. El primo había recibido una oferta por sus servicios de chófer de buses para trabajar en la capital del estado de Guerrero. Esa oportunidad no se podía dejar escapar así que, pedida la cuenta en su anterior empresa municipal, un dieciséis de diciembre, Emiliano, Megan y los mellizos se alojaron en su nueva vivienda en Chilpancingo de los Bravo, y el día diecisiete, domingo, dejando a los bebés al cuidado del padre, la irlandesa se presentó en casa de Regina, y de Claudio. Al llegar, el tío recién salía de la ducha tapado con una toalla amarrada a la cintura y Megan no pudo reprimir una risa al verle con el fular mojado y todavía goteando anudado al cuello. Él, por su parte, hechas las presentaciones, y recibidos dos besos a modo de saludo de la extranjera, cuyo acento le deslumbraba tanto como su altura, su delgadez, sus mamas, y su belleza, corrió ruborizado a ocultarse en su habitación completamente excitado. Resultó que durante la ausencia de su sobrina, y para evitar pilladas como la del primero de mayo, el tío había instalado el VHS en ese espacio, enchufado a un pequeño televisor. A bajo volumen, mientras ellas charlaban y se servían un café, él rebobinaba una y otra vez escenas lésbicas de su colección de vídeos pornográficos de segunda, tercera o cuarta mano. En un momento, a Claudio le pareció escuchar que la extranjera se iba a vaciar los pechos de leche, como así fue, lo que sin duda aumentó la calentura de él que se masturbaba sin conseguir alcanzar la eyaculación. Para desgracia de su sobrina, la visita no duró mucho, pues Megan tenía que cruzar la ciudad de este a oeste para recorrer el camino de vuelta hasta su nueva vivienda, y el viaje en transporte público le suponía casi una hora. La irlandesa se despidió en voz alta del tío Claudio, que seguía encerrado en su cuarto. Minutos después, cuando Regina le avisó para que pensara en preparar la cena, lo que se encontró es que ella fue el entrante y el primer plato, servidos ambos en el suelo de la sala. Y esta vez Claudio eyaculó, aunque tuvo la decencia de hacerlo sobre la alfombra. Luego vinieron las lágrimas, el perdón y, se supone, algún tipo de arrepentimiento —él dice que sí, que de verdad se arrepentía y se avergonzaba—. Es por todo ello, además, que desde aquí recordamos la fecha terrestre y católica en que sucedieron los hechos, que fueron tal y como hemos dictado.

Después de aquella segunda violación no se cruzó una palabra en aquella casa durante días. El tío Claudio madrugaba más de la cuenta y dejaba la comida preparada antes de marcharse y no volvía hasta avanzada la noche, tal vez temeroso de encontrarse a la policía

esperándolo. Ella, por su parte, el tiempo que tardó en volver a las clases (no lo hizo hasta que dejó de sentir dolor físico), lo pasó sollozando en la cama y leyendo. Lo normal era que hiciera ambas cosas a la vez. Endureciéndose. Y a ratos, ahora que vivían en la misma ciudad y la telefonía era posible, conversaba con Megan, sin participarle de nada de lo relativo a la agresión. Es importante, en cualquier caso, que se sepa del siguiente encuentro que tuvieron las féminas, dada su trascendencia. Se lo contamos. Fue así:

Uno de aquellos días que siguieron, estando la zagala más o menos recuperada de cuerpo y de ánimo, se citaron en una zona comercial y allí, cara a cara, le contó finalmente lo sucedido el día de su visita. Sumó al relato lo ocurrido el uno de mayo. La pelirroja, como primera medida, decidió que Regina debía pasar la navidad en su casa, con Emiliano y los mellizos, así que la acompañó a su vivienda y la ayudó a prepararse una pequeña maleta con lo indispensable. Ese mismo día, la joven durmió en un sofá, pues apenas había otro sitio disponible en la pequeña morada que habitaba aquella peculiar familia. Se trataba de un departamento pequeño de no más de cincuenta metros cuadrados con una sola habitación que compartían la pareja y los mellizos. Por lo demás contaba con un baño con ducha, una cocina y el pequeño cuarto de estar donde Regina mal dormía y desde donde cada mañana atendía cómo la pareja mantenía una rápida escaramuza sexual y sensual. Después él se lavaba mientras Megan preparaba un café al que su amado justo daba dos sorbos antes de besarla y marchar a iniciar su jornada en el bus, que era de lunes a domingo. La chavita, que veía la escena de soslayo, intentando no dar señales de estar ahí para no molestar, sentía una envidia sana de aquella relación. No sabía mucho de convivencia en pareja pues no había tenido ejemplo alguno en su vida y, como ya se ha contado, su propia experiencia se limitaba a pasar unas horas al día secuestrada en un pequeño cascarón de madera a merced del oleaje. Cierto que iba con Adolfo con gusto, básicamente porque el sexo con él le gustaba (sin conocer ningún otro), pero en cada intento por llevar aquella especie de amorío más allá, se había sentido burlada por su amante. Sabía, ya que así se lo había dicho la interesada, que poco a poco la irlandesa se estaba enamorando del padre de sus hijos con quien al comienzo lo único que tenía era una atracción carnal brutal. Megan sabía que a Emiliano le estaba pasando exactamente lo mismo, porque así se lo había reconocido él. No hubieran hecho falta las confesiones de los amantes porque a tenor de lo que veía y vivía así lo intuía ella. Fue por ello que en aquellos días Regina recibió el mejor ejemplo de lo que una familia debía ser y para saber si el modelo cundió en su futuro, deberá usted seguir leyendo.

Cuando Emiliano marchaba al trabajo, las dos mujeres se quedaban

un rato sentadas a la mesa de la cocina charlando frente a una taza de caliente y humeante café. En pocos días se afianzó una amistad casi íntima entre ellas, tal era la dependencia de la una para con la otra, y la confianza mutua. Regina ayudaba con los mellizos y en las labores domésticas, así Megan no pasaba las horas del día sola al cuidado de dos casi recién nacidos, y avanzaba con el castellano, que ya para entonces lo departía mejor, habiendo avanzado mucho en su pronunciación. La irlandesa era una mujer dura, crecida en una urbe en pleno entorno belicista. Y de eso no le gustaba conversar por más que Regina, en ocasiones, intentara sacarla alguna historia de la mochila del pasado que portaba sobre los hombros. «No vine a olvidar, vine a sobrevivir», le había dicho. «Pero no platicaré de ello», añadía. No más. Para sorpresa de Regina, que creyó que debían de tener un diálogo más extenso sobre lo sucedido con el tío Claudio, pues una vez relató los hechos la otra se había limitado a alojarla en su casa sin apenas opinar, durante la primera semana ninguna de las dos hizo mención de las violaciones. Tampoco sabía la adolescente si su primo Emiliano estaba al tanto de ello.

Llegaron la Nochebuena y la Navidad cristianas, y a Regina le pesó privar a la familia que la tenía acogida de disfrutar más íntimamente de aquellos días. Se lo hizo saber a Megan, anunciando su intención de volver con su tío Claudio, pero la irlandesa respondió con un abrazo, un beso y una dulce caricia en un pómulo, antes de asegurarla que, al contrario, quedándose les hacía un favor «a los cuatro».

Atentos a cuanto aconteció los días siguientes:

Por esas fechas el primo Emiliano disfrutó de un día de permiso navideño en que no tuvo que ir a guiar el autobús, y fue entonces cuando tras la comida, y estando los mellizos dormidos en sus cunas, mientras su mujer preparaba los postres, que él trajo a colación al tío Claudio, pues lo era suyo también, y ambas agresiones. Regina llevaba esperando días tener una conversación con Megan al respecto, pues sentía que le faltaba desterrar el odio que llevaba dentro de sí, pero no contaba con que fuese su primo quien lo planteara. Sin pudor y sin entrar en otro tipo de disposiciones, anunció las acciones que debían llevarse a cabo al respecto de lo que a ella le había ocurrido. Regina, que le escuchaba atónita, vio llegar a Megan con una bandeja y tres galletas con bolas de helado de vainilla, y que, por su gesto, asintiendo en silencio, daba a entender que estaba de acuerdo con lo que Emiliano platicaba. Estando claro que la pareja había tratado previamente el asunto, Regina no se atrevió a decir ni a añadir. En los días siguientes no se volvió a tratar nada al respecto y ella siguió con su angustia interna y no muy convencida del desenlace que le ofrecían, aunque reconocía que le proporcionaba cierta satisfacción y reparación del daño que aún sufría con el recuerdo de aquellos

momentos. Enseguida se verá la solución que iba aceptando la joven.

La normalidad volvió a la casa, que de por sí era un lugar tranquilo pues los mellizos se limitaban a comer, dormir y hacer sus necesidades, y las mujeres siguieron profundizando en su amistad. Regina se ocupaba muy mucho de dejar que la pareja disfrutara de sus momentos, e intentaba que estos fueran los más, haciéndose cargo de sacar a los mellizos toda vez que Santa Claus había traído una silla gemelar de paseo. La realidad es que no veían mucho mundo los bebés porque se limitaban a dar vueltas al bloque de la vivienda durante cuarenta minutos o una hora, lo más, a veces, pues no se aventuraba ella a alejarse con las dos criaturas. Y así alcanzaron 1990 (data cristiana que podemos recordar a partir de la fecha de las violaciones). La noche del cambio de año, los mellizos, como era costumbre, después de la lactancia, dormían en la habitación de sus padres y Emiliano y Megan, con Regina, degustaron arroz con frijoles, pollo al limón y un turrón. Y bebieron más cerveza de la cuenta hasta un momento en que la muchacha se retiró al cuarto de baño a vaciar su vejiga. Anteriormente habían contado algunos chistes picantes y también Regina les había hecho partícipes de sus aventuras con Adolfo en los mares de Zihuatanejo, reaccionando ellos con sorpresa y sana envidia ante lo idílico que aquellos polvos les parecían. Cuando regresó de orinar se encontró a la pareja semidesnuda iniciando una relación íntima. El espectáculo era agradable y a la par intimidaba, pero la realidad es que a Regina le excitaba lo que veía y escuchaba, pero también sentía que su presencia importunaba en el lugar, así que hizo por retirarse a la cocina. Cuando caminaba hacia atrás, pero sin dejar de contemplar la escena, su primo volvió la vista, pues era claro que la pareja había sentido su presencia, y la animó a sumarse. Sorprendida, dudó si acercarse, y a punto estuvo, pero no tuvo tiempo de decidirse porque la irlandesa de inmediato se incorporó airada y vistiéndose recriminó duramente a Emiliano por el ofrecimiento, porque Regina era su prima y, además, una menor, pues aún contaba con quince años de edad. «Una cosa es amor libre, otra esto», añadió. La respuesta que él ofreció, visiblemente tocado por el alcohol, fue que la cuestión familiar, en México, no era problema, que su prima tenía el cuerpo debidamente formado como cualquier mujer adulta y que hacía tiempo que mantenía relaciones, como ella misma había reconocido minutos atrás recordando a Adolfo. Megan se giró y mirando a Regina a los ojos le dijo con mala pronunciación: «si quieres conocer a hombre, dale de beber». Después se retiró a la habitación con sus hijos. Emiliano, que seguía semidesnudo, se incorporó y fue hasta la cocina, pasando junto a Regina como si ella no estuviera presente, abrió una cerveza y volvió al sofá donde se quedó dormido en minutos. Ella tuvo que sentarse en el suelo y allí

pernoctó hasta el primer amanecer del año entrante.

Cuando despertó, Megan y Emiliano estaban en la habitación como cualquier otra madrugada. Siguieron la ducha, el café, el beso y la marcha de su primo a guiar el bus. Las mujeres aprovecharon para departir sobre lo ocurrido y Megan quiso disculparse por el indecente comportamiento de su hombre la noche anterior. Regina no supo qué responder porque desconocía el alcance de lo que había sucedido, ya que en cierta forma había sido halagada, pero no sabía si podía expresar ese sentir. Optó finalmente por adelantar su marcha y le dijo a la irlandesa que ya era hora de volver con su tío ya que, le gustara o no, ellos no podían seguir manteniéndola y además debía retomar sus estudios. «Okey», respondió Megan simulando platicar en castellano con acento mexicano. Y añadió que lo arreglaría con Emiliano para prepararlo todo.

Se daba la circunstancia de que el nacimiento de Regina se había registrado un día cinco de enero, así es que ese día, oficialmente, ella iba a cumplir dieciséis años. La vuelta con el tío Claudio se demoró hasta el día anterior (que casualmente correspondía realmente con la fecha de su venida al mundo), según le dijeron porque antes no podía hacerse. Quedó Megan en acompañarla antes de que anocheciera y para ello unos amigos de la pareja se quedarían cuidando de los mellizos. La chavita preparó su maleta y cuando llegó la hora, ambas usaban el servicio de transporte colectivo para llegar hasta la vivienda del tío Claudio. Regina, que querría haber olvidado la solución propuesta al asunto de sus violaciones, según se acercaban a la casa comenzó a tener extrañas sensaciones. No se había vuelto a platicar sobre ello, pero, aunque ni Megan ni su primo se habían desdicho, al no haberse vuelto a tratar el tema, ella había pensado que aquello quedaba en standby. Además, la irlandesa se comportaba con total naturalidad y chascarrilleaba con ella como si nada. Viajaron hasta la parada de su bus y después caminaron tres bloques hasta la casa de plano tejado del tío Claudio. Regina no vio al llegar que, frente a la puerta, al otro lado de la acera, había un auto con dos hombres dentro, en actitud vigilante.

La adolescente timbró sin reparar en que el volumen del televisor del interior se escuchaba demasiado alto. Solo se sorprendió cuando al abrirse la puerta quien la recibió fue su primo Emiliano. «Pasa», le dijo. Megan, que acarreaba la maleta, hizo un gesto señalando a la joven para que siguiera a su primo y así lo hizo ella en completo silencio. La irlandesa entró detrás, cerró a su espalda, y se quedó a un lado de la puerta sin avanzar. Los primos caminaron hasta la cocina. Allí, sentado y con el fular en el cuello más pesado de lo habitual debido al sudor que había recogido, estaba el tío Claudio con la cabeza gacha, mirando un papel que, junto con un bolígrafo,

descansaba sobre la mesa. Al sentir la llegada de su sobrina, que quedó muda, de pie ante él, el hombre levantó la vista aún con la cabeza baja, moviendo los ojos hacia arriba, y confesó un «lo siento». Después, sin que nadie se lo ordenara, tomó el bolígrafo y firmó con su nombre el documento que tenía delante. Emiliano, que estaba a su lado, le dijo «bien hecho», y posó un brazo en su hombro. Añadió: «vamos, es la hora» y el tío Claudio se puso de pie llevando la cabeza siempre gacha. Sin decir una palabra caminó hacia la puerta de la cocina con Emiliano tras él. Al pasar junto a Regina, ella le detuvo impidiéndole el paso estirando su brazo derecho. El hombre quedó a su lado, con la vista clavada en el piso, tal vez esperando un perdón. «El fular, tío», le exigió la chava abriendo su mano. Y el otro, con temblores en sus dedos, deshizo el nudo con el que se lo sujetaba al cuello y se lo entregó sin levantar la vista. Regina lo cogió y lo arrojó a sus pies, con odio. El tío pudo ver cómo lo pisoteaba y restregaba en el piso, maltratándolo. Algún agujero le hizo al trozo de tela. Emiliano, cuando vio a su prima dejar de maltratar el único regalo que había hecho a su tío, lo empujó a él por la espalda para que continuara su marcha, caminando hasta la salida de la casa. Para entonces Megan sostenía la puerta abierta y se hizo a un lado para que Claudio, cabeza abajo, saliera de la vivienda con su sobrino detrás. Cruzaron la calle y allí un hombre esperaba con la trasera de un automóvil abierta. Entró el tío, y con él, Emiliano. Otro hombre aguardaba en la zona del copiloto. El que estaba afuera cerró la puerta, montó y arrancó. No se volvió a saber de Claudio en la tierra, ni vivo, ni muerto. Ahora está aquí, al tanto de este relato.

Regina y Megan quedaron solas en la casa. La joven había recogido el fular del piso, sucio, rasgado y maloliente y lo sujetaba en sus manos con la mirada perdida. Ambas mujeres eran plenamente conscientes del destino fatal que le esperaba al tío. Y las dos lo aceptaban. Regina no había querido pensar en ello intentando negarse los hechos, evitando cruzar tales pensamientos desde que Emiliano le había planificado la solución, en parte ayudada por el hecho de que así no tenía que volver a recordar el dolor al que había sido sometida y del que era la víctima. Pero se había sorprendido a sí misma al detener el paso del violador y exigir la devolución del fular. De repente se había dado cuenta de que no quería que se llevara nada de ella al otro mundo, y que no le importaba que hacia allí lo encaminara su primo, pues los recuerdos de las dos violaciones, que ahora volvían, le habían erizado el escaso vello de sus brazos y se le había contraído la vagina, de forma que en ese instante ella misma le hubiera matado. Fue plenamente consciente de que lo hubiera hecho y en algún momento llegó a imaginarse dentro del coche fúnebre en que se lo habían llevado, participando en aquel acto de reparación y justicia. La

irlandesa la miraba condescendiente con la sensación de haber contemplado como a aquella joven prima de su hombre, en minutos, se le había endurecido la piel. Quiso saber qué iba a hacer con el fular, y se lo preguntó. La chava volvió de su trance al escuchar las palabras de su comadre. Se encaminó a uno de los baños, se subió al urinario y metió la mano en la cisterna. De allí sacó una bolsa hermética llena de pesos. Introdujo el fular junto con el dinero y devolvió la bolsa a su sitio. Se volvió después hacia Megan y cuestionó: «¿tienes tiempo para un café?». «Mucho», fue la respuesta.

MEZCAL

CAPÍTULO 2

Resultó que el documento firmado por el tío Claudio era el contrato de cesión de la vivienda en propiedad a su sobrina Regina y, como se podrá suponer, en ella se instalaron también el primo Emiliano, Megan y los dos mellizos. La misma noche de la desaparición del tío, y en el mismo carro en que se lo llevaron, regresó horas después Emiliano. Traía con él a los mellizos, una maleta y un pequeño baúl con sus ropas y los pocos enseres que tenían propios. La silla de los pequeños llegó amarrada al techo del automóvil. Disponían así de un inmueble sin gastos por el alquiler y con espacio suficiente para todos. La pareja se comprometió a asumir los costes de alimentación, así como los propios de la casa. Nada sabía de aquella parte del plan Regina que ni siquiera se había planteado su futuro reciente, pero no puso inconveniente alguno en seguir conviviendo con ellos —esta vez en su propia y heredada vivienda—, pues hasta entonces la experiencia le había satisfecho, y mucho —y albergaba alguna esperanza en que ocurriera lo que usted imagina y nunca ocurrió—. Los mellizos y sus padres ocuparon la habitación que antes ocupaba el tío Claudio. Se vaciaron armarios y mesillas; sus escasas pertenencias —ropa vieja mayormente— se entregaron a la providencia; el reproductor de VHS y el pequeño televisor quedaron en la habitación y Emiliano se ocupó enseguida de esconder la colección de vídeos.

La tarde siguiente se celebró el dieciséis cumpleaños de Regina como si el día anterior nada hubiera sucedido. Megan hizo la comida y Emiliano, concluida la jornada de su servicio en el transporte colectivo, regresó a casa con pasteles, un reproductor de compactos —que sirvió de regalo para la homenajeada— y un disco de rancheras de Rocío Dúrcal. La irlandesa llevaba más de un año en el país, pero apenas había disfrutado de momentos como aquél y tampoco se había hecho a aquellos ritmos iberoamericanos, por eso, cuando comenzaron a sonar las rolas, prefirió ver cómo Regina y Emiliano hacían cabriolas y bailaban juntos al compás de la música. Además, la joven era la homenajeada y quién más se merecía disfrutar después de lo sufrido que, por cierto, no parecía ya afectarle, estaba dichosa. Tras las primeras cervezas, los mellizos se hicieron notar por hambrientos, así que bajaron el volumen del reproductor y Megan fue a darles de mamar. Los primos se sentaron juntos, en el sofá, y fue entonces que Regina pudo reafirmarse del verdadero amor que Emiliano profesaba por la madre de sus hijos. Desde aquella estancia, estando la puerta de la habitación abierta, podían ver la escena del amamantamiento. Se quedaron ambos en silencio, sin palabras, hasta que el primo se volvió

hacia ella y clavándole sus ojos negros le dijo: «es la mujer más bella que el universo me pudo regalar. La amo». Fue la verdad más rotunda que la zagala había escuchado nunca.

Algo más tarde era él el que cambiaba pañales y ambas mujeres quienes conversaban en el sofá. Regina quiso saber de la música que se escuchaba en Europa y Megan le contó de un grupo llamado U2, que leído en inglés se pronunciaba similar a "*you too*", o sea: tú también. Decía que eran por entonces los más escuchados en Irlanda y parte de Europa, pero que ella siempre sería fiel a Thin Lizzy cuyo líder y cantante negro —que le inspiraba fuerza y tristeza a partes iguales— había fallecido hacía unos años de una sobredosis de heroína. Se llamaba Phil Lynott. La joven pidió escuchar alguna tonada de esas bandas de las que la irlandesa le hablaba, pues veía que sus palabras salían de sus entrañas, endulzadas de añoranza. Aquella fue la primera y última vez que Regina escuchó la aterciopelada voz de Megan, que cerró los ojos y comenzó a cantar: "*See the stone set in your eyes / see the thorn twist in your side / I wait for you / Sleight of hand and twist of fate / On a bed of nails he makes me wait / And I wait without you… / With or without you / With or without you / I can't live, with or without you…*"

Obvio era que la chava mexicana no entendía nada de aquella letra, pero las palabras brotaban tan profundas que, sin saber el porqué, comenzó a llorar. Jamás vivió Regina un momento tan puro y tierno como cuando Emiliano tomó a los mellizos, uno en cada brazo, y los acercó para que escucharan el canto de su madre. Él tampoco lo había oído nunca. Pasarían años hasta que Regina llegara a entender lo que la canción simbolizaba para Megan.

Cuando acabó la interpretación reinó el silencio. La chica quería conocer el significado de esa balada, pues a tenor del sentimiento puesto en aquella, debía de ser algo bello, pero no se atrevió a preguntarlo y Emiliano no quiso quebrar el recuerdo que se había apropiado del alma de su amada. Los mellizos se habían quedado completamente dormidos y Regina ayudó al primo a abrigarlos de vuelta a su cuna. Cuando salieron de la habitación, Megan había regresado del trance al que le habían llevado sus propios recuerdos y, con tres latas de cerveza en las manos, insinuó que era un buen momento de disfrutar por primera vez de la azotea. Salieron fuera y subieron por la escalera de madera que tiempo atrás había construido el tío Claudio en uno de los laterales de la casa. El cielo estaba despejado, pero ocultas tras las luces de la ciudad no se podían ver muchas estrellas. Sí se veía una media luna en todo su esplendor, en cuarto creciente. El trío se sentó en el tejado dejándose acariciar por el aire frío de la noche y tomando cada uno su bebida. Acordaron sin palabras un tiempo de silencio en el que ninguno dijo nada.

Después, fue Regina quien primero habló: «Megan, ¿me enseñarías a platicar en inglés?». La pelirroja irlandesa aceptó a cambio de que ella le ayudará a mejorar su español y, sobre todo, su pronunciación. Emiliano mencionó que tenía que ser divertido asistir a alguna de esas clases que se iban a dar en viceversa y rieron los tres de solo imaginarlo. Continuaron entre bromas, risas y alegrías hasta que llegó la hora de volver al interior de la casa y conciliar el sueño. Aquel resultó un cumpleaños que Regina recordaría toda la vida. Sentía que el futuro se abría ante sus pasos. Era una joven confiada llena de ilusiones y esperanza.

Pasaron los días y Regina volvió a las clases, con lo que no podía ayudar con los mellizos tanto como hacía durante las navidades. La pareja se dedicó a sus rutinas y la única novedad fueron las lecciones de idiomas que Megan y Regina comenzaron a darse recíprocamente un ratito cada noche, antes de acostarse. También se instauró una sesión de prácticas de maquillaje los sábados por la tarde durante la siesta de los mellizos. Así la estudiante de esteticién ponía en práctica lo aprendido. Megan, que gustosa hacía de conejillo de indias, pronto se acostumbró a lucir más bella todavía gracias al uso de cosméticos y los arreglos en el peinado que le hacía Regina. Emiliano no lo veía normal porque decía que su hermosura por dentro y por fuera era tanta que le sobraban artificios. En cualquier caso, la relación entre los tres, y pese a la diferencia de edad, había alcanzado un plano de amistad adulta, hasta el punto de que Emiliano y Megan compartían sus desavenencias y algunas inocentes intimidades. No se volvió a departir sobre el tío Claudio. Existía otro tema tabú, que era el pasado de cada miembro de la pareja.

Fueron pasando las semanas y la convivencia era apacible, sin excentricidades. La confianza entre unos y otros se acrecentó, especialmente entre las dos mujeres. Obró un cambio en Regina que nadie notó —y que también se debe narrar— y es que comenzó a ver a Emiliano como un hombre maduro, viril y atractivo. Seguramente ese sentimiento empezó a surgir en el momento en que el día de su dieciséis cumpleaños contemplaron juntos cómo Megan amamantaba a los mellizos. Entonces él había demostrado un amor y una sensibilidad que nunca había conocido ella a ningún varón. Jamás supo nadie de ese deseo que bien pudo ser amor, el único amor verdadero de Regina. No por ello cambió su trato con Megan sobre quien sentía una profunda admiración y a la que también quería como a la hermana mayor que nunca había tenido. Le parecía una madre realmente hermosa y una mujer que irradiaba serenidad y templanza. Sabía que ocultaba algo de su pasado, pero la joven por entonces no podía imaginar cuán dura había sido su vida.

En la nueva vivienda los encuentros matutinos de la pareja seguían

siendo costumbre, aunque no llegaban a oídos de Regina al contrario de lo que sucedía en el antiguo departamento donde solo les separaba una delgada puerta. Por casualidad, una madrugada la chica averiguó que desde uno de los cuartos de baño se podía atender a los gemidos y algunas de las frases que se dedicaban los amantes, así que pronto se vio a sí misma adelantando su despertar para acercarse a espiar. Descubrió que le satisfacía escucharlos y dejar que su imaginación proyectara en su mente lo que no podía ver. Antes de que ellos salieran de su alcoba, su primo a la ducha, la irlandesa a preparar el café del desayuno, la muchacha volvía a su cuarto y allí se consolaba. Aquello se convirtió en rutina sin sentir ella ninguna vergüenza de sí misma al pensar en ello después. No lo podía evitar, espiar. No sabía si era por el amor, o deseo hacia la pareja, o sencillamente porque añoraba los encuentros náuticos con Adolfo, aunque sabía que a él no le echaba de menos. Por suerte, pronto apareció Jonás en su vida —con quién pudo satisfacer tanta fogosidad— y de quien a continuación se sabrá su historia que es también la de Regina, Megan, Emiliano y los mellizos.

Como se sabe, Emiliano salía todas las mañanas a conducir el autobús de línea regular y regresaba normalmente en hora posterior a la de la siesta. Una calurosa tarde, sería sobre finales del mes de abril, llegó el primo acompañado de un chico de nombre Jonás, al que invitó a pasar a tomar una cerveza fría. Megan había salido a pasear con los mellizos y a aguardar a Regina en su parada a la hora en que llegaba de sus clases de estética. No era la primera vez que la irlandesa la esperaba y para la joven era una alegría verla de pie meciendo la silla gemelar, a través de las ventanas del bus. Volvían a casa juntas, como dos comadres, conversando de esto y aquello. En ocasiones repasaban sus propias lecciones de idiomas. Al llegar a su morada se encontraron a Jonás sentado en el sofá, con su cerveza fría. Estaba solo, esperando a Emiliano que andaba ocupado con algún quehacer doméstico. Megan lo conocía, pero para Regina era un auténtico ignoto del que nunca le habían hablado. El chico nada más verlas se puso en pie y saludó a la madre interesándose también por los mellizos; después se volvió hacia Regina y torpemente alcanzó a pronunciar: «me invitaron a una cerveza fría». Se sonrojó. Realmente ambos se sonrojaron. La irlandesa entendió rápido qué pasaba allí. Jonás era un muchacho mulato de veinte años, con un excelente humor —lo que sin duda ayudó mucho en su acercamiento a Regina —, con buena planta; tenía la complexión de un campeón de decatlón, según diría, herencia de algunos de sus antepasados africanos; llevaba el pelo ensortijado y largo, tan fino y ligero que a veces le caía hacia el frente tapándole el rostro, obligándole a apartarlo siempre con su mano izquierda, con gracia, e intentar fijarlo tras las orejas; sus ojos

eran pequeños, achinados, custodiados por unas cejas tan pobladas que parecían una sola (hasta que, como se supondrá, en cuanto tuvieron confianza, Regina no dudó en depilarle el entrecejo).

Ese primer día Jonás no tardó mucho en marcharse. De hecho, se fue por puro recato sin atender el ofrecimiento de quedarse a cenar. Regina, superada la sorpresa inicial, no hubiese tenido problema alguno en acercarse a él para conocerlo mejor, así de impetuosa se estaba descubriendo. Por eso insistió al día siguiente cuando apareció de nuevo con Emiliano, pero Jonás nuevamente declinó la invitación pese a que se llegó a romper el hielo entre ellos con conversaciones informales que iniciaron en ese segundo encuentro. El tercer día, Megan tomó a Emiliano y a los mellizos y salió a dar un paseo para que los dos jóvenes pudieran quedarse a solas. La pareja no se sorprendió cuando al regresar los encontraron desnudos en el sofá, él fumando y ella recostada, contemplándolo. Aquella primera vez Regina casi obligó al muchacho a acostarse con ella, a intentar satisfacerla. No resultó ser un buen amante, no estaba al nivel de Adolfo, ni igual de dotado, pero al menos le servía y se divertía con él porque siempre estaba alegre. Así se lo dijo a la irlandesa en cuanto tuvo ocasión. La joven mujercita no tenía idea de que Jonás llevaba unas semanas acudiendo a la casa cada mañana, en un automóvil, para trasladar a Emiliano al trabajo, y que después lo regresaba de vuelta. Tampoco sabía que mientras conducía el bus él solía mezclarse entre el pasaje, ni que Jonás siempre iba armado con una semiautomática. Nunca imaginó que Megan, de alguna forma que solo una mujer puede conocer, descubrió la necesidad de la joven, y tal vez su amor por el padre de sus hijos. Ella fue quien, a tenor de las circunstancias, pues como se dirá Emiliano por entonces empezó a necesitar un protector, decidió que era mejor que Jonás se instalara con ellos en la habitación de Regina, siempre que a ella le pareciese bien, como así fue.

No tuvo entonces la pareja otro remedio que contarle la verdad del presente que vivían y que le habían ocultado. La chica tenía algún presentimiento desde el momento en que se hizo desaparecer al tío Claudio, pero parcialmente erróneo. Fue Megan quien, sin ofrecer más datos sobre su pasado de los necesarios —por el bien de Regina—, puso negro sobre blanco:

Resultó que Emiliano había liderado una joven guerrilla de las Fuerzas de Liberación Nacional (FLN) —del que años más tarde surgiría el Ejército Zapatista—, en su Puebla natal. Es así como se establecieron unos tímidos contactos con el IRA irlandés y como acabó recibiendo a Megan con su pasaporte falsificado, toda vez que tuvo que huir de su país tras el enfrentamiento militar en que se vio envuelta y del que ya se ha dado cuenta anteriormente. Después de

recogerla en la capital, en el mismo aeropuerto de ciudad de México, viajaron juntos en buses y durmieron en moteles comunicando lo justo con mímica y un diccionario de español que ella había comprado nada más pisar tierra americana, hasta dejarla a salvo en Acapulco, donde para una extrajera era más fácil pasar desapercibida. Luego de la última noche en la que al fin ninguno supo reprimir sus instintos —la de los "siete polvos"—, Emiliano hubo de regresar a Puebla para esconder un polvorín en un cerro de una serranía. Allí a él y a su guerrilla les esperaban un grupo de paramilitares armados por el gobierno. Les cercaron y les acribillaron a balazos, pero el primo logró salvar la vida después de permanecer tres días agazapado entre zarzales, bajo el sol y la luna, gracias a alimentarse de una pitón a la que cortó la cabeza con su cuchillo y debió comer cruda, pues de haber hecho fuego fácilmente hubiera sido detectado, y a beber el escaso agua que quedaba en su cantimplora. De esa guisa encontró cómo llegar a San Martín y contactar con opositores al poder establecido que le proporcionaron los medios para huir a Acapulco, donde volvió a saber de Megan, y también supo por tanto de su embarazo.

Tras de aquellos días —más apropiadamente meses— convulsos y de lograr un trabajo como chófer de bus en una gran y turística urbe, por un motivo real que no se contó a Regina —pero que se explica: su intención de establecer una nueva guerrilla en Guerrero—, la pareja cambió su ubicación por la de Chilpancingo, donde él siguió con su desempeño de conductor, en la creencia de que en una ciudad más pequeña no se le buscaría —siendo esa la excusa que sí se dio a Regina—. Total, su apellido era Hernández, siendo el más común de México, como casi su nombre, Emiliano. La custodia de Jonás, que resultaba ser hijo de un compañero abatido en la escaramuza de la serranía de Puebla, se alegó más por asistir al huérfano que por motivos de seguridad, toda vez que los paramilitares seguirían tras él.

Desvelada la verdad parcial, Regina no puso impedimento ninguno. No tenía motivos ni intereses políticos a los que atender pues al respecto carecía de principios. Simplemente le hacía feliz ser parte de la unidad familiar que empezaba a formarse en aquella morada donde comenzaba a olerse a hogar. Megan no quedó del todo conforme con la versión ofrecida y que había acordado previamente con Emiliano y Jonás, pero todos entendían que cuanto menos supiera la chava, mejor.

Era primavera de 1990, calculamos, y Regina había olvidado por completo las desgracias de su pasado. O si no tanto, al menos las ignoraba. Tenía a Jonás con ella cada noche y algunas tardes que Emiliano y él regresaban pronto. En ocasiones, solían subir a la florida terraza en que se estaba convirtiendo el tejado plano de la vivienda

que iba llenándose de tiestos de arcilla con dalias, orquídeas y magnolias, pues Megan, sobrada de tiempo, había descubierto cierta pasión por la floricultura. Entonces una pareja yacía bajo las estrellas y la más adulta abajo, en el sofá, mientras los mellizos dormían en su cuna en la antigua habitación del tío Claudio. Poco les faltaba para empezar a hablar y ya gateaban. Tal es así que también se les empezó a subir al tejado para que disfrutaran del aire, el sol y las flores del peculiar jardín. Entonces había que andar tras ellos y no perderles un ojo, no fuera que se precipitarán por el borde.

En una de aquellas noches, estando Regina disfrutando de la compañía de su nene, porque así empezaron a decirse medio en bromas, aunque ella odiaba que él dijera "mi niña", pues según decía no era de nadie —ella se limitaba, por ejemplo, a decirle «ven aquí nene», sin calificativo posesivo—, Jonás le contó el pasado de los varones de su familia, por parte de padre. Es decir, le contó de su abuelo, el padre de su padre; y del bisabuelo, el padre del padre de su padre; y del tatarabuelo, el padre del padre, del padre de padre. Y hasta fue dos generaciones más atrás. Tiene miga la historia por la trascendencia que pueda entendérsele después, y aunque Jonás se la relató a Regina en dos partes en días no sucesivos, y adornada de seguro con anécdotas agrandadas o inventadas con el boca a boca, aquí la diremos lo más breve posible, de golpe y seguido:

En la década de los sesenta del siglo XIX, el primero de aquella saga de hombres —dícese el quinto abuelo—, nacido en Brasil y con genes africanos —de ahí la genética del macho Jonás, se supone, aunque algo tendrán que ver las hembras de su estirpe—, de alguna manera que no se sabe, combatió en la guerra de la Triple Alianza, junto con argentinos y uruguayos, contra el Paraguay. Desertó para quedarse a vivir en un poblado selvático paraguayo donde apenas había hombres, sino más que niños o viejos, pues los adultos habían sido enrolados. La ocasión pintaba bien, porque se alejaba del conflicto y yacía con tantas mujeres guaranís como quería, por falta de competencia. Finalizada la contienda, al regresar de los pocos soldados sobrevivientes (la población adulta masculina del Paraguay se redujo más de un cincuenta por ciento con ocasión de esa guerra, otras almas cuentan que más del setenta), le rebanaron el pescuezo a aquel ascendiente según se supo de sus venturas con las hembras del poblado. También se asesinaron a sus descendientes, que fueron varios bebés y se violó y desterró a las progenitoras. Uno de aquellos recién nacidos, sin embargo, y por tanto paraguayo, logró huir con días de edad entre los brazos de su madre, llegando en un largo periplo hasta Cuba, nada más y menos. Sería ese entonces el trastatarabuelo de esta breve historia. No se sabe qué vida llevaron, pero sí que casi treinta años después, llegando al siglo XX, a aquel superviviente le tocó vivir

la guerra Necesaria, o de la independencia contra España, donde según le contó su padre a Jonás, su ancestro combatió a las órdenes del general Calixto García, teniendo la mala pata de fallecer a cuchillo en los días finales del conflicto —cuando los cubanos recibían ya apoyo estadounidense y los españoles apenas tenían para municiones —, estando la guerra decantada a su favor. Según se le dijo a Jonás, fue en la propia batalla por la toma de Santiago de Cuba. No se sabe cuánta descendencia tuvo. Sí se supone que sus hijos fueron todos cubanos, y entre ellos, el siguiente de la saga. De él se dice que fue delincuente y viajero, y que conmutó una pena en Bolivia a cambio de combatir en la Guerra del Chaco, contra Paraguay otra vez. Como su antepasado brasileño cincuenta años atrás, en cuanto pudo, se desbandó, pero a éste lo atraparon y por preso y desertor no tardaron mucho en ponerle frente a un pelotón atado a un poste y con los ojos vendados. Dejó, como poco, otro hijo varón allí en Bolivia, se supone por tanto que boliviano, y del que se cuenta que estaba presente junto con su mamá en el momento del fusilamiento. Total, madre e hijo, o hijos, pusieron rumbo norte, a Centroamérica, estableciéndose en Costa Rica donde se sabe que la familia tuvo una vida decente y que el bisabuelo —pues ya va está breve sinopsis por dicha generación— estudió leyes y fue letrado. Aquél, al parecer el único hombre del todo decente de cuantos se han nombrado, falleció, siendo ya padre de un único hijo, por un balazo perdido en la guerra civil de Costa Rica, que fue tan breve que la historia extranjera ni la recuerda. Y que ya hay que tener mala fortuna. El abuelo de Jonás, costarricense por lo por tanto, muy de joven y con la viuda apesadumbrada por los sucesos en aquel país, acabó teniendo la nacionalidad argentina y viviendo con el nuevo marido de su madre en Mar del Plata, Argentina. Bien podía haber seguido el camino de su padre y estudiar. Pero se enroló en el ejército, como si su familia no hubiera tenido bastante. También se casó, con la abuela de Jonás, uruguaya. Y tuvieron tres hijos, uno varón, y dos hembras —sus tías que aún deben vivir en la casa familiar donde emigró la viuda en los años cincuenta del siglo pasado —. Justo el padre de Jonás tenía dos años cuando al abuelo lo mataron los ingleses en Las Malvinas. Se dijo que su muerte fue un acto heroico, como las de todos los jóvenes que obligados combatieron en aquellas islas. La realidad es que un misilazo acabó con él y su escuadra de inexpertos en menos de una décima de segundo tras el impacto. En su caso él era militar de carrera, suboficial. Queda por tanto mencionar al padre de Jonás, pero de él ya se ha dicho, y no es cuestión de explicarlo todo, que falleció acribillado en la serranía de Puebla el día que Emiliano sobrevivió. Y no, no era mexicano sino argentino.

Al momento en que supo Regina el final de toda esta historia —de

la que ya hemos dicho que fue recibiéndola en partes y cuyo curioso desenlace enseguida vendrá—, estaba fumando con Jonás en el sofá. Emiliano, entretanto, en el tejado, fabricaba un parapeto para que los mellizos, que ya se sostenían en pie si se les cogía de una mano, no cayeran al vacío cuando fueran capaces de andar solos y Megan pudiera así dejarles sueltos mientras andaba con sus flores. Desde allí alto pudo ver como empezaba a desplegarse un escuadrón paramilitar con intención de rodear la vivienda e ir a por él. No lo dudó un segundo: descendió a la carrera y tomó, mientras daba órdenes, a los mellizos en sus brazos y se los pasó a Megan por la ventana que daba a la trasera de la casa. Jonás, armado con su semiautomática y Regina, que no entendía mucho de cuanto acontecía, les siguieron. La joven en cuanto recibió la orden de tomar las acreditaciones y huir, usó el tiempo justo para coger de la cisterna la bolsa con los pesos de su padre y el fular del tío Claudio. Allí metió sus papeles y el pasaporte falso de la irlandesa, que son los únicos documentos que encontró. Eso fue todo cuanto se llevó de aquella morada que no volvería a pisar.

Fueron lo suficientemente rápidos a la carrera para no permitir que se cerrara el cerco de hombres armados que se formaba y lograron alcanzar una camioneta pickup aparcada a un par de cuadras de distancia, que debieron manipular para poner en marcha. Emiliano, Megan y los mellizos delante, y la pareja de chavos sobre la caja abierta de la trasera, y protegidos con su portón, iniciaron la huida, esta vez motorizada. Justo en cuanto empezaba el vehículo a coger velocidad se escucharon los primeros disparos de metralleta por parte de los asaltantes. Lo hacían un poco al tuntún, sin atinar, como enrabietados pues para descargar plomo habían ido hasta allí. Se entenderá ahora lo oportuno de contar la historia de la ascendencia de Jonás cuando se sepa que el pendejo, en un arranque de estupidez, seguramente grabado también en su ADN, se levantó con el carro en marcha para disparar su pistola, dejando medio cuerpo a la vista y desprotegido. No le hubiera acertado a nadie, al menos de cuantos le disparaban, porque estaban demasiado lejos para que pudieran ser alcanzados con la poca potencia de su pequeña pistola semiautomática. Pero a él sí le llegó una única bala que, salida de una de las armas de repetición, más potentes y de cañón más largo, quiso el destino que viajara en la dirección correcta. Llegaba tan blanda que la hubiera detenido la chapa del vehículo, pero no un cuello humano, y mucho menos una arteria carótida. Total: Jonás falleció desangrado en los brazos de "su novia" medio kilómetro después. Tras su último aliento, dada la historia familiar que acababa de conocer, Regina exclamó: «¡este cabrón me preñó!».

CAPÍTULO 3

Que nadie se sonría con la historia de la familia y el destino final de Jonás, hilados con el pensamiento que pronunció la zagala en un momento tan dramático, pues la huida continuó. Ya se irá conociendo a Regina y se entenderá su comportamiento; ya se desvelará si menstruó días después, o no. Lo contaremos, pero antes se deben narran los apasionantes sucesos que siguieron:

Abandonaron la capital por el norte, por la Darío Arrieta, no seguros de que estuvieran siendo seguidos en la distancia. Tampoco de que se hubieran instaurado milicos, compinchados de normal con los paramilitares, a establecer controles de carretera. Emiliano decidió jugársela a que no era así, pues, aunque de seguro que habían recibido apoyo institucional, sus fechorías los alegales las cometen ellos solitos y luego se les tapan. Llegaron a Jalapa en poco más de veinte minutos, donde finalmente se detuvieron junto a un foso medio construido donde se toreaba, ocultos de la vía principal entre la vegetación. Emiliano, Megan, los mellizos, todos estaban bien. Incluso Regina. No así Jonás que ya no estaba pues la joven lo había lanzado fuera de la pickup al de poco de expirar, dejándolo ahí tirado, en mitad de la nada. Nadie quiso reparar en ello ni hacer observación. Emiliano tomó las riendas. Debían cambiar de carro y abandonar la pickup y para ello se acordó que él se andaría por aquella zona casi despoblada hasta afanar otro transporte. La madre y la prima le esperarían en el lugar con los mellizos. «Voy a prisa, nomás nos estén viniendo», les dijo. Y lo perdieron de vista entre la vegetación y hacia lo poco que por allí había de urbe.

Al rato, a las que les llegaron fue a ellas, pues se había desplegado todo un regimiento en su búsqueda. Los escucharon en sus vehículos por los ruidos roncos de sus potentes motores, y pronto por sus gritos, así que no dudaron en tomar una a cada mellizo y comenzar a andar monte arriba. Sin agua y sin comida. Regina no olvidó la bolsa con los pesos, el fular y documentos. La pickup, vacía, fue descubierta al poco. Un sargento lo comunicó por el walky-talkie y en nada llegaron más y más hombres, milicos y no milicos que solo se distinguían unos de otros por sus vestimentas y porque el que allí mandaba tenía galones de civil. Regina y Megan corrían colina arriba, cada una con un niño en brazos, y pronto tuvieron una visión global desde lo alto de la que se liaba ahí abajo.

Escucharon la salvaje balacera que hubo a continuación y que duró hasta los vítores. Emiliano ya no estaba entre los vivos sino aquí con nosotros, donde también habíamos recibido a Jonás. Tomaron su

cuerpo abatido junto a la vía principal Darío Arrieta, lo montaron sobre el capó de uno de los todoterrenos civiles y allí todo dios se fue desperdigando y desapareciendo como si nada hubiera pasado. Megan y Regina, calladas, con la respiración acelerada, y rogando que los mellizos no emitieran un sonido, quedaron largo tiempo ocultas. Megan lagrimó en abundancia, tardó en que le llegara cierta calma. Hasta que se hacía de noche.

Por suerte la madre continuaba amamantando a sus hijos, y éstos de buenos que seguían siendo, no molestaron más que por su peso, pues debían las dos mujeres acarrear con ellos. Cuando lo creyeron seguro, bajaron a la vía de asfalto y, por no volver por donde habían venido, decidieron seguir adelante. Caminaban hacia El Palmar, pero eso ellas no lo sabían. Llegada la noche cerrada las luces de un vehículo las cegó. Aterradas, pero sin fuerzas, se quedaron inmóviles. «Las andaba buscando. Suban», les dijo el chófer. Y así lo hicieron, sin preguntarse quién era aquél, pues no tenían ánimo para más. El hombre las condujo hasta un cuartucho con una sola cama en una lonja, no muy lejos. No sabían dónde estaban. Las dejó en penumbra. No conversaba. Pero al rato apareció con agua y suficiente pan para calmar el hambre y la sed de su día tan largo. Y se marchó.

Regina y Megan se sentaron en el piso, tras acunar a los mellizos en la cama, y por fin pudieron departir. Primero de la repena que sentía la irlandesa, cuyos hombres caían abatidos haciendo revoluciones, y, esta vez, en el caso de Emiliano, dejando dos chamaquitos huérfanos de padre. Después del futuro. Nada se habló de Jonás. Regina no lo mentó, ni sus miedos de estar preñada. La otra no quiso hurgar extrañada ante la ausencia de dolor de su joven amiga, pensó que lo tenía todo dentro y que ya lo soltaría para fuera —verán que eso no paso—. Y finalmente, conversaron sobre quién debía ser el hombre que les había dado cobijo, antes de caer totalmente rendidas como los mellizos —que de alguna forma también habían sufrido porque dormían más inquietos que nunca.

El ruido temprano del portón de la lonja las despertó. Mientras el mismo hombre les platicaba —a la luz pudieron ver que era un indio, no más—, Megan comenzó a amamantar a sus críos. «Prepárense que un camión les vendrá en un ratico. Las llevará lejos». Es todo cuanto les dijo mientras les dejaba dos botellas de agua y varias latas de frijoles. Megan contestó «gracias», y el hombre añadió que era aconsejable que antes hicieran sus necesidades mientras señalaba un hueco al fondo de la lonja. Allí fue primero una, y luego la otra. Regina, a sus dieciséis, volvió a pensar en que iba ser madre, no lo pudo evitar. Con los niños hartos de leche de mama, desayunaron una de las latas y esperaron. Quisieron preguntar al hombre, pero no tenía cara de hablador ni de querer conversación. Ambas creyeron, por sus

rasgos, que era un opositor más. El indio les dejó limpiar a los niños y asearse un poco ellas en un habitáculo anexo a la lonja, con pinta de ser su vivienda, exagerando, y donde había un grifo. Al de nada llegó el camión anunciado. Transportaba balas de paja y cuidadosamente se había dispuesto un hueco en el centro hasta donde se les ayudó a llegar, tapando después el acceso, o la salida, según se mire. Al poco de iniciarse la marcha descubriendo que el sol, en su cenit, podría achicharrarles a los cuatro, ambas usaron sus camisas para fabricar un techo en forma de lona. Los niños no se quejaban, acomodados en el heno. Seguían siendo extrañamente silenciosos y comenzaban a ser preocupantemente observadores de todo cuanto acontecía en derredor. Desconocían su rumbo.

En realidad, volvían sobre los pasos de su huida del día anterior, hacia Chilpancingo, pero pronto cogieron la carretera al norte, hacia Cuernavaca. Una hora y algo más tarde el camión se detuvo. Pronto se les abrió el camino entre las balas de paja y se las invitó a bajar, cosa que hicieron después de colocarse de vuelta sus camisas, coger a los mellizos y Regina, también, su bolsa con los pesos, el fular y los documentos, pues no se separaba de ella. Era otro indio el que les explicaba que estaban en Mezcala y que debían pararse allí hasta que se despejara el puente para cruzar el Río Balsas. Nada se les dijo que quién les impedía el paso y ellas entendieron que quienes fueran que estuvieran amparándolas, lo hacían bien, adoptando medidas oportunas para su seguridad. Megan creía, y así se lo hizo saber a Regina, que sin duda Emiliano les estaba protegiendo y que todo aquello era su plan. Le había conocido lo suficiente durante el tiempo que estuvieron juntos, le había visto planificar ordenadamente sin dejar nada al azar, así que seguía confiando en él después de muerto. La joven Regina, que no dejaba de ser una chiquilla arrastrada por los acontecimientos, confiaba en la irlandesa, porque no tenía más que hacer, dadas las circunstancias. Pensó abandonar y volver a Zihuatanejo, pero había sido demasiado feliz los últimos meses al lado de Megan, Emiliano y los mellizos. Y algo presentía. La madre bastante tenía con preocuparse por el bienestar de sus hijos, pero Regina veía lo que la irlandesa no sabía ver. Y es que aún no alcanzaba a leer la mente de un mexicano por el contexto. Creyó que la irlandesa la iba a necesitar, pero, como pronto se verá, resultó ser al revés.

Una anciana las atendió en el interior de una vivienda de planta única, al estilo de la que habían disfrutado durante meses cedida por el tío Claudio. Pero más pobre y pequeña, sin color en las paredes. Ésta, medio india, apenas abrió la boca enseñó que solo le quedaban tres muelas sanas y un incisivo que se resistía a caer. Se limitó a señalar un habitáculo, con una cama eso sí, un barreño para hacer las

necesidades, un grifo de agua y una ventana con barrotes de forma que del exterior fácilmente podían verlas, igual que ellas podían ver. Luego las encerró con pasador por del otro lado de la puerta. Allí afuera no había sino un sucio camino de tierra, sin nadie que lo transitara. «Hay que salir de aquí», dijo Regina guiada por su instinto. Megan no estaba de acuerdo. Seguía confiada en que esa escapada tan organizada no podía ser sino obra del padre de los mellizos que, además, por primera vez en dos días reían y jugaban con ambas mujeres, dándose las manitas, queriendo andar o a empujones y abrazos entre ellos. No paso mucho tiempo hasta que la vieja que las había encerrado les llevó comida y agua, pese a que seguían conservando las latas de frijoles y aún una botella de las que se les había dado al iniciar la marcha en el camión. Se ganó con ello más confianza e hizo que Regina desistiera en sus recelos. Algo reconfortadas de fuerzas, pero aburridas, allí durmieron. Ese día y el siguiente en que también se les proporcionó alimento y se les limpió el barreño cada vez que lo pidieron. Pero siempre encerradas. A nadie vieron en el exterior al otro lado de los barrotes. Regina volvió a insistir, la segunda tarde, en desalojar esa casa y en que la anciana era su captora, no su guardadora. Megan no lo vio así y, siendo la mayor, se hizo a su voluntad y allí siguieron porque la vieja insistía en que el puente seguía bloqueado.

La siguiente madrugada se las despertó temprano, cuando faltaba nada para la salida del sol, y en poco tiempo volvían al interior del mismo camión viajando hacia el norte en las mismas circunstancias y atravesando, esta vez sí, el río Balsas. Se ha de señalar aquí, para conocimiento, que el puente estuvo custodiado esos dos días anteriores por las fuerzas públicas de la zona, alarmadas por los tiroteos de Chilpancingo y Jalapa, en los que se contaba al menos un muerto: Jonás. Y que, si las mujeres hubieran podido continuar por su cuenta viaje por allí, lo hubieran hecho solo con mostrar sus credenciales, pues no iban armadas. En breve se entenderá por qué aquellos indios, sin embargo, decidieron esperar.

Este segundo trayecto duró algo más de dos horas hasta que el camión se detuvo al poco de que los mellizos empezaran a quejarse y a protestar por el calor, en Cuernavaca. Mejor dicho: al límite de la urbe. Escucharon abrirse un portón que después el vehículo atravesó. También sintieron que se cerraba tras su paso. Alguien desalojó las balas de paja para que las mujeres y los mellizos pudieran bajar, así lo hicieron. El indio que guiaba el vehículo lo apartó hasta al otro lado de una vivienda mayor, de dos plantas y techo inclinado de tejas rojas, y de la cual estaban en su parte trasera. Dos hombres había junto a las dos mujeres y los mellizos que debían ser quienes les habían despejado el paso. Ellas quedaron mudas y desconfiadas por la forma

en que las miraban. Los mellizos iban uno en los brazos de cada una. Entre ellos platicaban, como si ellas no estuvieran presentes y tratándolas como ganado a la venta. Regina lo fue captando todo, bien rápido. Megan por la barrera idiomática, no tanto, hasta que la chava dijo «*must go out of here*», es decir: "hay que salir de aquí". Y obvio es que Megan comprendió por fin su situación. Se miraron a los ojos, silenciosas ambas. La europea agarraba a su niña, la otra al niño. También su bolsa con ya se sabe, por reiterado, qué contenido. Serían las nueve de la mañana, no más, y no se detectaba mucho movimiento. Uno de aquellos hombres enseguida dejó ver su semiautomática, con cachas de madera, adosada a su cinto, con total naturalidad, sin pretenderlo ni no pretenderlo. El otro dijo que tal vez el dueño de aquel cortijo les permitiera ser los primeros en «catar las hembras». Sin pudor alguno. Detrás de ellos estaba el portón cerrado. Las mujeres volvieron a usar el inglés y eso molestó a los hombres que exigieron su silencio. Se sorprendieron de que lo usara también la chica joven, pues estaba claro que ella no era extranjera como la alta y delgada madre irlandesa. Al de un breve rato, volvió a aparecer el camión, con el chófer indio, al que uno de los hombres, el que no enseñaba un arma, le abrió el portón y pudo salir de aquel terreno, sin más. Se vio del otro lado varios carros parados. De la delantera del edificio llegó andando otro varón. Mayor, pero no anciano. Bastante blanco. Sudaba por el cuello casi como el tío Claudio y se limpiaba con un pañuelo que agarraba con su mano derecha. Llevaba un gorro de cowboy negro con una estrella plateada de adorno y una camisa igual de negra, bien abierta, mostrando una cadena de oro. Al sonreír, enseñó una paleta, también dorada. Enseguida se presentó: «soy Hernán Canales, dueño de este cortijo y ustedes desde ahorita mismo son de mi propiedad». A un gesto suyo, sus dos hombres se abalanzaron a arrebatar a Megan y Regina los mellizos. Lo siguiente, por increíble que parezca, sucedió así:

La irlandesa se adelantó a entregar a su niña al de la pistola que tuvo que usar ambas manos para asirla. Quedó desarmado de la misma. Megan montó el arma —lo que no le hubiera hecho falta pues voló de la recámara un cartucho sin detonar—, liberó el seguro, y le abrió de un balazo el cráneo, justo en medio de la frente. Cinco segundos después tampoco respiraba ninguno de los otros dos hombres. Con el IRA habían topado aquellos proxenetas, sin esperarlo, pues solo vieron en Megan una débil madre extranjera. Regina quedó extasiada, boquiabierta, sin reacción. Solo se movió cuando la irlandesa le ordenó por segunda vez recoger a la niña que lloraba junto al cadáver del expistolero. Tomó entonces la joven a ambos mellizos, y su bolsa, y caminó tras la otra que abrió el portón vuelto a cerrar tras la salida del camión, oteó el exterior y a cuanta gente se

hallaba, se decidió por un vendedor de sandías al que robó su camioneta —y las sandías— a punta de semiautomática y ambas huyeron en la dirección que consideraron improvisar. «Con que Emiliano lo tenía todo organizado» dijo Regina una vez se encontraron en medio de Cuernavaca, más o menos a salvo. Sonó a reprimenda recordando la razón que tenía, sin elogios por haberlas liberado.

Aún seguían presas de la excitación, del susto, de la ansiedad a la que no se acostumbraban después de unos meses de vida idílica que habían pasado en Chilpancingo de los Bravo, cuando abandonaron el vehículo —y las sandías— junto a un parque. Megan quiso dejar el arma, pero Regina le pidió que la siguiera llevando. La irlandesa comprobó el cargador, pero estaba vacío, tanto se había desahogado sobre Hernán Canales en especial. Hubiera matado al indio que las vendió también, de haber andado por allí. Solo quedaba el cartucho de la recámara que extrajo y entregó a su comadre, que lo metió en la bolsa con los pesos de su padre, el fular y documentos, y estuvo finalmente conforme de dejar allí la pistola. Cruzaron un parque con los mellizos y encontraron una iglesia al otro lado. Allá que fueron. Era la de Tepetates y en la sacristía pidieron auxilio.

Resultó que el sacristán que las recibió era español, o como él se decía: vasco. Cuando con honradez Regina y Megan le contaron, para pedir auxilio, sus últimos actos en el cortijo, más bien los de la madre de los mellizos, el cura puso como única condición para protegerlas, su confesión. La de ambas. Nunca supieron que el hombre conocía bien al difunto Hernán, y sus negocios, y que si bien, como católico, le entristecía su muerte, como humano le satisfizo. Tampoco llegaron a saber que él había ayudado a algunas mujeres atrapadas en sus redes y de las cuales había sido, también, cliente. Nosotros, como otras cosas, no tantas como se imagina, podemos saberlo dada nuestra condición. Pero esa historia deberían contarla los muertos de aquellas a las que salvó o uso como prostitutas el vasco, que por aquí anda también, por cierto, algo mudo.

Megan no puso reparo en la confesión pues en Irlanda se había hecho católica. Al menos de palabra. Regina nunca había practicado acto religioso, así que le hizo gracia el asunto de contar sus miserias a un desconocido para que le otorgara un perdón que no buscaba. La experiencia le satisfizo tanto que no tardó en repetir sacramento durante los días que siguieron, con la clara intención de intimidar, incluso sexualmente, al confesor. Quepa dijo que se llamaba. O Kepa, como insistirá en que digamos y se escriba. Supo de boca de la joven, con el tiempo, la historia del tío Claudio y sus violaciones —omitiendo el trágico final—, la de su exesposa, la de Emiliano y la de Jonás. Dejó Regina que Megan le contara lo que quiso en relación a su pasado irlandés, que al parecer no fue mucho más de lo que había sabido ella,

y que el vasco entendió muy bien pues por entonces en su tierra andaban a idas y venidas con la ETA. Pero nos estamos adelantando, ¿no?

Volvamos atrás. Al primer día en la parroquia. Como se ha dicho, se confesaron ambas, añadimos que arrodilladas ante el sacristán, que después de practicarles el perdón, entendió que habían armado tal revuelo que, por algunos lares, nada recomendables, se iba a hablar en demasía de ellas. Y que de seguro que alguien las estaba buscando. Todos estuvieron de acuerdo en que difícil iba a ser que pasaran desapercibidas. Más por la irlandesa y los mellizos. Así que, antes de la misa del mediodía, el cura las disfrazó de monjas, las montó en su carro y las trasladó a su hogar con los mellizos. No vivía mal, en una casa unitaria, con permiso del obispo —su tío—, en la Colonia del Rancho Alegre, a las afueras de Cuernavaca. Como servicio tenía a una casi anciana paraguaya que apenas usaba el castellano de forma que no se sabía si lo conocía. Aunque obedecía mandados en ese idioma. Al ver a las mujeres puso reparos, estando disconforme de su presencia. Pero tan pronto como conoció a los mellizos olvidó sus quejas y se enamoró de ellos. Tal fue que les colmaría de atenciones, que la primera palabra que pronunciaron fue "jarýi", que significa abuela en guaraní.

Un inciso sobre Kepa el sacristán. Tenía sobre cuarenta años y no era el párroco de la iglesia de Tepetates, sino que en cierta forma servía a sus órdenes pese a sus privilegios familiares, y económicos, que también los tenía. Como se ha dicho, tampoco se alojaba en la casa parroquial. Ni permitió que nadie en ésta supiera de las mujeres que tuvieron a bien llegar en las horas en que estaba él solo gestionando sus quehaceres eclesiásticos, dícese de organizar el culto sin que faltaran cirios, vino, hostias ni limosnas. Era un tipo alto, de buen ver, con barba cuidada de varios días; moreno de pelo, pero color de piel tirando ni a la de Megan de blanca, ni a la de Regina de morena, sino en el intermedio; tenía ojos marrones, muy claros, tanto que llamaban poderosamente la atención; tenía unas manos poderosas, con dedos cortos y gruesos. En esto último se fijó mucho Regina. Cosas de cada cual.

En aquel tiempo los mellizos aprendieron a andar sueltos, perseguidos por la anciana guaraní, que poco a poco fue haciendo dejación de funciones domésticas a favor de las dos mujeres, que con algo tenían que entretenerse, pues se había acordado que no debían de salir de la casa hasta que las aguas bajaran menos revueltas. La paraguaya apenas salía a hacer compras embelesada con aquellos cachorros humanos, y estaba encantada. Kepa, dejémonos de llamarle cura, o padre, o clérigo, alegó enfermedad contagiosa y durante los primeros quince días hizo compañía a las mujeres, manteniendo cómo

único contacto exterior la línea telefónica con la parroquia. Se supo de ese modo que lo de Hernán Cubero no había dado para mucho pues, aunque contaba con amplio respaldo en la sombra de políticos, empresarios y mandos —policiales, militares y hasta paramilitares—, después del tiroteo, el burdel hubo de cerrar y no se tardó mucho en saberse que nadie exigía venganza por su muerte, ni por la de dos de sus hombres. Eso sí, sus furcias fueron recolocadas. Solo una escapó antes de que llegaran los chotas. Aún con todo, las mujeres y los mellizos pasaron sin salir de aquella casa seis semanas y cuando al fin lo hicieron Megan se hubo cortado el pelo y teñido de morena. Kepa fue el que más agradeció la estancia de aquéllas, y no por algo las alojó con él como primer impulso, pues desde el primer instante las deseó, a ambas. A su pesar por los pecados que cometía —y de los que nunca daba cuenta a su confesor, su tío obispo—, no tardó en yacer con Regina, o ella con él, pues se encontró, al fin, un amante a la altura de su imaginación. Ya se ha dicho que, pese a su juventud, desde el primer momento le gustó provocarle, sexualmente se entiende. Ahora es fácil decir que algo buscaba la mujercita —y que lo encontró, ya se verá—, pero entonces no se reparó en ello, de pura inocente que parecía, más aún asustada por lo que acababa de vivir los últimos días. La diferencia de edad no fue impedimento, para ninguno. Pecar o no pecar les traía sin cuidado, salvo que la conciencia de ella no tenía que mantener las apariencias. No lo logró el vasco con la irlandesa, más firme en sus convicciones, pero que se sonreía y les dejaba solos en sus momentos de confesión.

¡Ah! Se debe saber, por si se supuso lo contrario, que a la chavita no tardó en bajarle la regla. Podríamos contar si Jonás tuvo descendencia por otra vía, o no, pero no aporta nada a esta historia así que cada cual piense o imagine lo que desee a ese respecto —él no desea añadir nada—. Lo que sí podemos recordar, y debemos, es que este relato de vida de Regina que estamos narrando, había comenzado justo un año atrás. Más o menos.

Mike Palacio

CAPÍTULO 4

Como ha quedado escrito, se puede decir que en dos meses las mujeres andaban libres por fuera de la casa, por Cuernavaca. No vivían mal. Kepa las mantenía y la paraguaya colaboraba con los cuidados de los pequeños, a los que adoraba. Pasaron el duelo. Pasó Megan el duelo. El de Emiliano. Medio entristecida unas semanas, estado al que llegó después de saberse a salvo, junto con sus mellizos. Después, en su cerebro empezó a pensar en el futuro. No así Regina que, mantenida y satisfecha, dejaba ir los días con alegría y sin nadie por quien sintiera que debía llorar. Tan pronto leía novela erótica como negra, cuando Kepa estaba en la parroquia, como escuchaba música alquilada en una discoteca, aconsejada por Megan, con quien también pasaba ratos volviendo a sus clases de idiomas, enseñándose en viceversa, o sencillamente acompañándose la una a la otra, aunque sin el primo Emiliano que las uniera, pronto la diferencia de edad entre ambas, y su distinta ambición, empezó a hacerse notar. A ella le debe Regina, en cualquier caso, descubrir, al fin, a Thin Lizzy y a U2. Y a Gary Moore, The Pogues o Waterboys. Pero en especial a la rola *Sympathy for the Devil* de los famosos Rolling Stones, que aprendió por tres motivos: uno, adoraba el logotipo de esa banda, el de la lengua fuera; dos, le gustó mucho; tres, intentaba provocar con ella a su sacristán, que dicho sea de paso, también cogió cariño al tema por más que fuera de tenerle simpatía al diablo. También comenzó la joven Regina a visitar salones de estética y tiendas de ropa. Pagaba Kepa, que recibía una asignación mensual desde España, con desconocimiento de parroquianos, que no del obispado. A él no le importaba, pues con Regina se venía ahorrando de otros gastos como los que ya no tenía con Hernán Cubero.

Para tristeza de quienes leéis esta historia —pues aquí toca narrar la separación de la irlandesa y nuestra protagonista—, pesar del vasco, que nunca dejó de albergar una mínima esperanza, y de la guaraní como se adivinará, un día Megan regresó de uno de sus paseos solitarios y anunció su marcha. Hasta Australia nada más y menos. Donde la esperaba, al parecer, otro huido irlandés, o eso dijo. La casi anciana lloró durante días sin consuelo; Kepa no tuvo sino que conformarse y ofrecerse a pagar los billetes, cosa que hizo pues ella bien se lo pidió privadamente y él no pudo negarse, amenazado con que se aireara su asunto con una menor; Regina, ¿cómo reaccionó ella? Abrazó fríamente a Megan, como si todo lo vivido lo hubiera sido en un universo paralelo, y añadió un escueto «se te echará de menos». Algo notaba de tiempo atrás la irlandesa que no le gustaba en quién iba convirtiéndose la joven, tal vez por ello tomó aquella

decisión. El día de su partida, con sus mellizos, pasó solo con su pena por no saber del cuerpo del padre de sus hijos abandonado en aquella tierra y la de la guaraní, a la que se hubo de prohibir acompañarlos hasta ciudad de México, al aeropuerto. Fue su segunda vez allí, después de la primera recogida por Emiliano, casi dos años atrás, pero esta vez ella abandonando el país. De México se llevó dos hijos, un amor muerto, una aventura y el idioma de Cervantes. No sería su última ocasión en pisar aquella terminal, la siguiente lo fue con documento legal australiano —lo narraremos de pasada—, pero eso es parte de su historia, que aún continúa, y otros deberán contar cuando llegue su momento.

La casona de Kepa quedó sin ella ni los mellizos como vacía, salvo para Regina, que pasó allí hasta su mayoría de edad. Viviendo. Y creyéndoselo. En ese tiempo falleció la paraguaya y fue sustituida por otra, igual de vieja. Y en ese mismo tiempo también fue inevitable el runruneo que surgía de acá para allá pues la joven actuaba sin pudor. Tan allá que llegaron a oídos de la parentela vasca algunas nuevas al respecto —por cuenta del tío obispo que inevitablemente supo qué había entre el sacristán y la joven que alojaba en su morada—. Quisieron los familiares del otro lado del Atlántico saber qué pasaba con su sobrino. Para que se contextualice: Kepa había sido familiarmente deportado, numerario del "opus dei", acusado de violar a una menor, después de que sus padres llegaran a un cuantioso acuerdo de indemnización para evitar una denuncia. En su descargo, que ingresó en la orden, por orden, de su madre. Sobre la violación otros serán quienes deban justificar o amparar esos asuntos terrenales aunque hay actos futuros con los que llegó a redimirse de ello, ya se verá —lo decimos desde aquí y él nos mira complaciente—. El caso es que, en Cuernavaca, donde hacía ya casi diez años de su llegada, Kepa había encontrado el lugar donde satisfacer a su familia (hasta su asunto con nuestra protagonista), pues difícil era hacerles pasar vergüenza desde tan lejos, y de satisfacerse a sí mismo.

Contextualizado queda.

Regina supo de boca de él de los problemas que generaba, que para ella no eran tales, total qué podrían suponer los deseos de gentes tan lejanas, o de un obispo. Hasta que lo supo, cuando dejaron de llegar los dineros. No le quedó otra que aceptar de primeras el ofrecimiento del vasco, que se hacía cargo de su vuelta a Zihuatanejo, a donde dijo, en unos meses pasaría a verla. Fue como si él se hubiera cansado de la muchacha, o al menos que necesitaba airearse de su presencia por un tiempo. Pero nada es fácilmente lograble en cuanto atañe a Regina. En una semana de encantamientos —ya se imaginará—, logró un cambio de planes y partieron ambos, con todos los pesos que él pudo reunir, hacia el pueblo de la infancia de ella, a orillas del Pacífico. En un visto

y no visto, ella lo logró. El viaje se hizo con tres maletas de ella (en una de las cuales introdujo un hatillo de tela con sus pesos, el fular y el cartucho), por una de él. Más aún: antes le instó a vender la casa de Cuernavaca, pero resultó que era propiedad de la familia, y no se pudo. También a colgar la sotana pues no la iba a necesitar en Zihuatanejo, pero él no quiso porque entendía que en el futuro sacar a relucir su condición sacerdotal podría serle útil. Regina se conformó con todo lo conseguido y aceptó tal hecho, si bien le hizo prometer que ocultaría su sacerdocio. Y él creyó partir con ella más enamorada de él que nunca, justo lo contrario de lo que sentía diez días atrás. Poco le duró.

Llegaron y directo fueron hasta la casa de la tía cincuentona, Isabella, la que regentaba una estación de Pemex y que ya se mencionó. Ahora debemos añadir que, desde la partida de Regina hacia Chilpancingo, tras el verano de sus quince años, la tía no había recibido a ningún familiar, desconociendo todo de ella por el tiempo que tardó en volver, está vez acompañada del vasco. Tres anexos más se deben: el primero es que si Isabella aceptó su presencia es porque se encandiló, según le vio, de Kepa; el segundo, que existía algo de remordimiento en Isabella por no haber vivido más a cargo de su sobrina pues lo prometió a su madre; el tercero, que no se dijo anteriormente, es que la casa tenía dos habitaciones lo que había obligado a que durante la visita de Emiliano, Megan y los mellizos de aquel estío de años atrás, Regina compartiera cama con su tía, mientras les cedía a ellos el cuarto que de normal ocupó entonces. Atendiendo a ello se entenderá que Regina vio su oportunidad y convenció al vasco de que debía, o bien ocupar un sofá, o compartir espacio con la tía. Él quiso saber si acaso se arrepentía de lo que ellos tenían y lo que se habían prometido (tantas cosas ella), pero la chica alegó que aquél era un pueblo y todo se sabía, que debían mantener ciertas apariencias. Como siempre, le convenció.

Sea como fuere, y aquí discernimos pues hay quienes creen que Kepa se vio como en un harén, con una joven y otra no tanto, pero al fin y al cabo de mismos genes y más cercana a su edad —apenas le descontaba una década—, y hay quien cree que sencillamente fueron las circunstancias y la obediencia ciega a la que le sometía la mujercita (así somos, no perfectos y tampoco lo vemos todo y él no nos lo quiere contar). El caso es que poco tiempo pasó para cuando Kepa e Isabella compartían dormitorio, y hasta trabajo en la Pemex. Y hasta coitos. El vasco en unos meses había cambiado radicalmente de vida, sin proponérselo, y apenas se había dado cuenta. Tampoco parecía infeliz. A Regina le salió, otra vez, todo redondo pues ella sí que estaba hartita de él, que le aburría ya hasta en la cama. Mucho más se debería contar de lo que la tía Isabella y Kepa el vasco

tuvieron, y sobre cómo fue su vida junta, de mucho amor, de puertas para adentro, y para afuera. Pero es que insistimos: él no quiere que se sepa nada de lo que compartieron y ésta, al fin y al cabo, no es su historia.

En poco tiempo Regina, por su parte, que vivía mantenida, retomaba algunas viejas relaciones, ya liberada de la presión de su asunto con el vasco. Aunque igual le hubiera dado, pero todo fue más fácil así, sin él encima. No nos referimos a que se volviera a ver con personas de su edad, pues sus antiguos conocidos no quedaban a su altura, sino a que retomó sus asuntos con Adolfo, que seguía todas las mañanas haciéndose a la mar. Ahora ya casado, sin embargo. Y padre por partida doble —y escucharlo le entristece, que por aquí anda también—. Esta vez sí consiguió que él alquilara moteles, e incluso algunas mañanas de mar revuelto la llevara a su propia cama, mientras la mujer de él no estaba pues también trabajaba, en una guarda de niños, donde podía llevar a sus propios hijos. Y es que a veces a Regina se le ponía todo de cara, aún sin pretenderlo. A costa de esa felicidad que le proporcionaba el placer inmediato se iba volviendo, o ya se vislumbraba porque siempre lo había sido, un tanto solitaria y antisocial.

Pasaron otros años, dos más o menos, en los que una novedad que se tuvo fue una misiva de la familia vasca —que de alguna forma dio con el cura— y al que se le notificó su desherencia absoluta. Él, creemos, —porque insistimos que no quiere participar de esta parte del relato—, no se inmutó, pues hasta daba la impresión de que había olvidado su pasado, incluidos los recientes años de pecado con Regina. Así pensamos entonces porque era palpable que entre él e Isabella seguía creciendo su amor. Aunque como pronto se verá, en asuntos terrenales nada es tan absoluto ni sencillo.

Si se ha escrito “una novedad” y no “la novedad” es porque hubo otra que alteraría el futuro de muchos, por más que cada cual sea más o menos dueño del suyo. La cosa fue así y con ella se inicia una nueva fase en la vida de Regina:

Tenía ya sus veinte, o los rebasaba, y era una bella mujer que callaba bocas al pasar. Lo que significa que generaba odios y admiración según cuánto se la conociese. Más. O menos. Y no guardaba más relación cercana que con Kepa e Isabella —a quienes denominaba “sus tíos” (¡qué cosas! Así en plural)—, y Adolfo. Y éste ya comía de su mano, como se supondrá, hasta el punto de que una mañana no le quedó otra que hacerla participar de un negocio nuevo que le había salido, «porque dos pequeñas bocas que alimentar cuestan mucha plata», le dijo —y también los caprichos de ella, añadimos—. El caso es que se hicieron a la mar, como muchas mañanas, en el cascarón de madera e impulsados por el viejo motor

del Talbot Horizon, que ahí seguía, erre que erre, con un mantenimiento y revisiones mínimas. Adolfo le dijo a Regina que "lo habitual" tendría que esperar. Y que la pesca ese día iba a ser distinta. Surcaron un poquito más mar adentro de lo normal. Llegó un momento en que él paró la navegación y la ordenó tumbarse, a babor, tras la cubierta de madera que protegía el motor, que iba en el centro. Después la tapó con una lona y la ordenó callar. Le dijo que era cosa de minutos. Y aguardaron. Él nervioso, oteando hacia el horizonte, ella de vez en cuando protestando en voz alta hasta que Adolfo dijo que no quedaba otra que su silencio si quería regresar con vida. Tan serio, que ella lo entendió y no platicó más, ni mu. Pronto apareció una lancha neumática por algún lugar. Gruesa, potente, con la proa levantada como diciendo "aquí estoy". Él susurró: «ahora, por dios, si puedes, ni respires». Ella oía ya los otros motores —porque dos traía esa nave—, y así hizo. Según se acercaba se pudo ver que la patroneaba un varón y otro le acompañaba. A Regina, de haberlos visto, aquellos hombres le habrían recordado, demasiado, a los del cortijo, los que dijeron adiós a la vida con una de sus propias armas y una bala como la que ella aún guardaba. Pero no dijo nada, casi ni respiró, inteligentemente, siguiendo el mandado de Adolfo. El estar mecidos por las suaves olas que había, ayudó a no llamar la atención.

Regina siguió agazapada sin mover un solo músculo. La fuera borda se acercó y se amadrinó, amura de babor de ellos con amura de estribor del viejo cascarón. Hábil que fue Adolfo colocándose así cuando los otros estaban ya a tiro de distinguirse las caras, pues ella quedaba aún más oculta tras la cubierta del motor. Desde fuera solo se podía suponer que allí había una pequeña lona, sin más. La conversación fue muy breve, como si todos tuvieran excesiva prisa y pese a estar en mitad de la nada, en medio del mar. Adolfo solo recibió confirmación de su deber por parte de aquellos hombres mientras le entregaban un paquete, que ya se supondrá que era un fardo de coca. De cocaína. De gran pureza. De unos diez kilogramos —su peso no se puede adivinar, por eso lo contamos y porque dará juego —. Ella tomaba notas, para sí, sin abrir boca, sin respirar. En nada volvieron a rugir los fuerabordas. También el viejo motor del Talbot que había permanecido en constante ralentí. Y ambas embarcaciones se alejaron una de otra en direcciones opuestas. Adolfo no permitió salir de debajo de la lona a Regina hasta que se vio, de seguro, fuera de cualquier visión de aquellos narcos. Y cuando ella por fin respiró aire libre, lo cogió a él. Como nunca. Con una excitación y un morbo hasta entonces desconocidos. Quiso repetir, pero Adolfo le dijo que solo tenía hecha la mitad de su encomienda y que debía entregar el paquete si quería cobrar su parte. Pusieron rumbo Zihuatanejo con la mejor de sus capturas.

Se dará cuenta en cuanto avance esta historia de la extraordinaria importancia de esta segunda novedad acontecida dentro la monotonía de su vida —que a ella parecía satisfacerle—, pues es que Regina adquirió sus primeros conocimientos en el arte de narcotraficar, así, como si nada, sin pretenderlo. Era una esponja en cuanto a aprender de ciertos asuntos de la vida. No es que no supiera que existía la droga, que siempre ronda. Que si coca, que si LSD, que si marihuana, que si algo más blando, o el producto de la adormidera. Pero jamás había pensado antes en lo lucroso de ese negocio para los *dealers* y que acababa de conocer en parte, pues Adolfo le participó de la suma del montante total de su bonificación. Ella, por su socialización, solo sabía de los inconvenientes del narcotráfico: cárcel o muerte. Él, para redondear la lección, le regaló una pulsera, de oro, con su nombre grabado en cursiva y en mayúsculas, así: "*REGINA*". Y es que sumó tantos pesos de una tacada como meses pescando. Por hacer un recado. La joven tomó debida cuenta y preguntó por la siguiente entrega. Adolfo contestó que no sabía cuándo, que a él ya le dirían, pero que con lo llevado seguramente había para abastecer un tiempo mucho mercado, pues aquello alguien debía de cortarlo y, tal vez, transportarlo.

Y el día a día volvió. Repitiéndose. Por la mañana, tía y tío llegaban a abrir la Pemex y allí pasaban las horas, charla con unos, y con otros, la mayoría clientes, ganando algo de plata. Regina buscaba a Adolfo en el puerto y las veces que no estaba porque había marejada sabía en qué taberna encontrarlo. Allí le esperaba a que acabara sus coloquios con otros hombres de mar, y después se iban juntos, a un motel, a un acantilado en coche, o incluso, como se contó, a casa de él. Por las tardes los tíos seguían en la estación sirviendo combustible, ella rara vez los visitaba. Adolfo se ocupaba de su mujer y de sus hijos. Regina se quedaba en casa viendo telenovelas, como una adicta, admirando a las malvadas. A veces leyendo. Novela negra o romántica. También se dijo. Resultó insaciable en eso. Rara vez ponía música. Dejó de interesarle, aunque de vez en cuando dejaba sonar la canción de los Stones y sospechamos que por jugar con el vasco.

Un día bien pronto se cruzó por la calle, mientras iba camino del puerto, con Hugo y Lupe —que pasan de inmediato a secundarios de lujo en esta parte de la biografía de nuestra Regina—. Ellos iban de la mano, como bien enamorados y Regina tuvo que esconder su envidia sin conocer muy bien de dónde y por qué surgía ésta. Se conocían, claro, eran del grupo de los que se dijo conocidos con los que pasaba las tardes por la playa a sus quince inviernos. Ellos hacían carreras ahora en la universidad de Acapulco, pero entonces debía ser semana blanca, o algo, porque allí que se vieron los tres y la pareja tuvo la educación de pararse a saludar. Que si qué ha sido de tu vida

(«nosotros en la universidad»), dónde te habías metido («nosotros en Acapulco»), y así más, hasta que la chica preguntó por aquel primo y su mujer extranjera que le visitaron un verano. Regina de entrada no sabía dónde meterse, ni cómo mentir, ni qué historia inventar. Ella caminaba con sus pensamientos calientes pese al frío, porque lo hacía, pues ese día la mar estaba en calma y con Adolfo había tenido lo suyo. Así, sin más, de puro instinto, soltó la verdad: «lo acribillaron en Jalapa, era opositor». Lupe se llevó la mano a la boca y Hugo abrió los ojos, con admiración. Añadió: «¡qué huevos!». A Regina siempre le dio igual que Emiliano luchara por esto o por aquello, pero vio coartada, la que igual buscaba, en la reacción de ellos para quedar otra ocasión y romper su monotonía —aunque ya se sabe que ella no daba puntada sin hilo y en todo había un porqué.

Poco después se vieron, esta vez con más formalidad, citados en un restaurante, a comer, después de la pesca. Se sorprendieron de que ella supiera a sal —realmente no la cataron más que a los besos de saludo, pero saltaba a la vista de dónde venía—, y ahí sí que elaboró una fantástica crónica y habló de que finalizó lo de esteticista; sumó que en un salón de peluquería la quisieron violar, y que su primo Emiliano no lo consintió y envió guerrilleros a saldar cuentas (sí, tal vez aquello fuera una media verdad). A uno le puso nombre: Jonás. Volvió a medio mentir con su amor correspondido con ese pistolero y exageró del todo romantizando su muerte en medio de una balacera en la que ella participó con una semiautomática y causando dos bajas rivales. Como conclusión de aquella batalla quedó como comadre de la guerrilla, ahora como guerrillera en retaguardia. Hugo no podía abrir más lo ojos y Lupe es que hasta la deseaba (ya se sabe que desde siempre en las universidades campan el comunismo y el amor libre como Pedro por su casa). La pareja se tenía que marchar y a su pesar lo hicieron, no sin antes dejar su dirección, la de Acapulco, reseñada en una servilleta de papel. Regina volvió a sus telenovelas, pero también se entretuvo maquinando cómo sacar partido de esos dos y de lo de Adolfo.

El tiempo continúo a lo suyo, avanzando y ella paciente con sus planes. En Zihuatanejo todos estaban conformes con sus vidas. Los tíos felices. El negocio iba bien, tenían vida social y sexual, y de salud estaban como nunca —sobre todo la tía—. Kepa por fin asentaba la cabeza, fuera del control eclesiástico y de su familia y lejos del estrés al que le había llevado durante años su tipo de vida. Adolfo seguía con sus encuentros marinos y terrestres con Regina, sin que su mujer protestara, aunque algo debía de intuir a esas alturas; ya se sabe que cuando se tiene mucho que perder se hace como que no se ve, y se busca una su consuelo. Ella —alguno de nosotros lo vio, a los que vinieron después se lo contamos—: lo hizo (lo añadimos por

entretener al lector no porque aporte algo a esta historia). Económicamente a su marido le iba mejor, por lo tanto, igual-igual a sus hijos y a ella. Sin quejas, entonces.

Así estaba todo de bien cuando llegó el lagarto. O la lagarta, porque era hembra, que acabaría apodando a Regina, aunque para eso hubo de pasar un tiempo. El inicio fue así:

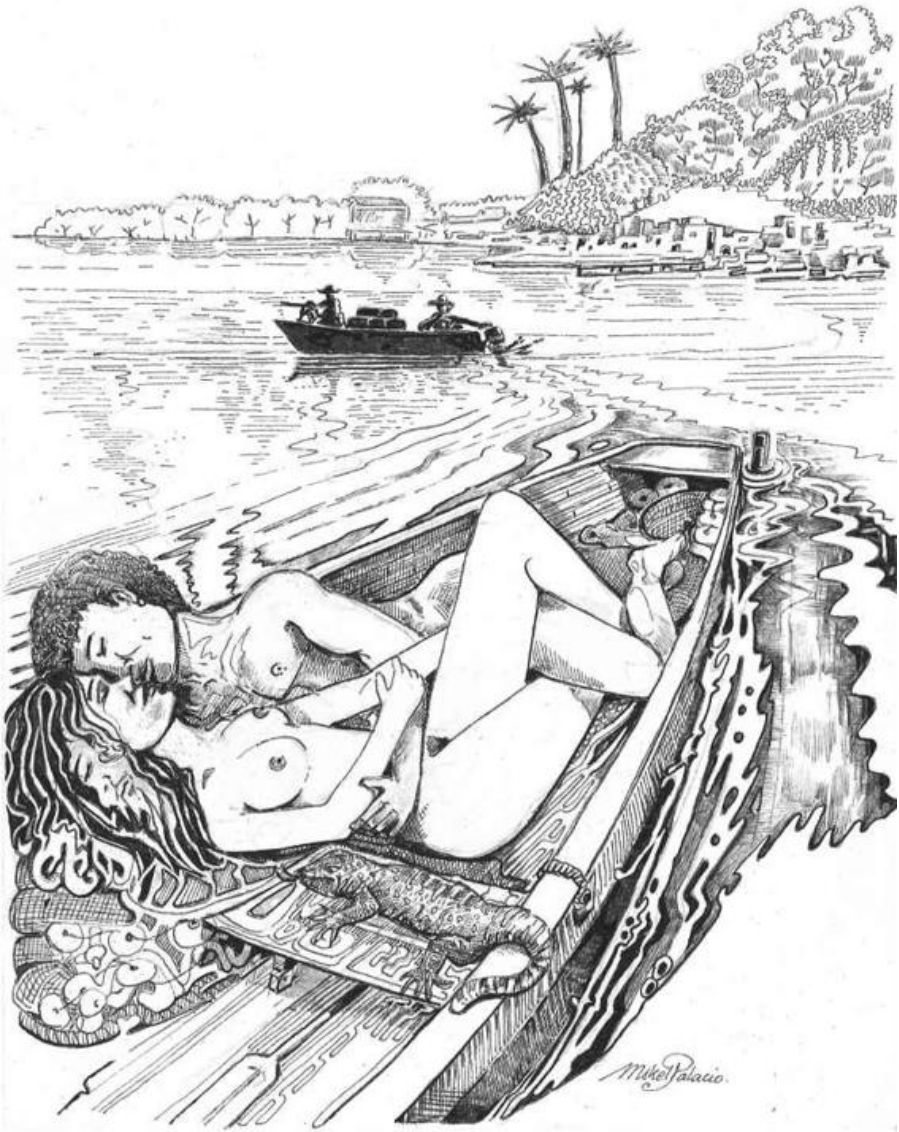
Se celebraba una pequeña feria de animales, un domingo, parte de la cual ocupaba un reptilario con bichos de la zona del estado de Guerrero. Kepa quiso ir, así sin más, por culturizarse. La tía Isabella quedó trabajando en la casa para cerrar la contabilidad semanal y Regina le acompañó, pues cualquier excusa era buena para matar algo de tiempo. Tenía paciencia, ya se ha dicho y se dirá más veces. Siempre la tuvo. Pasaron la tarde viendo aves, primero, alimañas y pequeños mamíferos después, básicamente roedores. Nada interesante. Algo ablandó la mente —pensemos bien, él insiste en no explicar nada relativo a sí mismo—, del vasco que se sintió más cerca de ella que de costumbre, desde que pisaron Zihuatanejo. Tal vez fuera el recuerdo por la lujuria pasada, o a esas alturas sencillamente cariño (lo dicho: él no quiere confesarlo). Al ver como ella miraba ensimismada un pequeño hámster, se ofreció a regalarle uno. «Antes te hacia regalos. ¿No aceptas ahora uno de “tu tío”?», le preguntó. Tal vez con segundas. (Lo dicho: no se sabe). Ella negó en menos de una décima de segundo. Rotunda. Y siguieron paseando por la exhibición. El lugar era grande, bien preparado, y estaba lleno de gente. Pero hasta al tío comenzó a parecerle aburrido. Se iban. Se marchaban justo cuando un chiquillo, no más de diez años, se cruzó con ellos mientras verbalizaba con su padre el miedo que le habían dado las serpientes. Salieron los caprichos de Regina a flote y debieron dar la vuelta y buscar el lugar donde se mostraban aquellos animales de sangre caliente y que habían pasado por alto. Encontraron varias pitones, serpientes rey, y algunas víboras de cascabel, hasta que la vieron. O la vio Regina. Allí estaba la lagarta. Negra y amarilla, llena de escamas con forma de granos, cabezona, gruesa y con sus patas cortas y robustas. Medía unos setenta centímetros largos —sumada su cola— y debía pesar unos tres kilogramos. Y «es venenosa» explicó el cuidador que la exhibía y que sumó más información sobre el animal como que era la única especie de lagarto que tiene veneno, autóctono de donde estaban, del Estado de Guerrero. No los hay en ningún otro lugar del mundo, repitió orgulloso el hombre por no se sabe ya por cuántas veces aquella tarde. O en su vida. «¿Se vende?», preguntó nuestra chava. Que no, que no y que no, respondió su cuidador. Y a todo esto el vasco anonadado, en silencio. «¿Cuánto?», insistió ella. Que ni todo el oro del mundo, le respondieron. Regina se calmó de la excitación que extrañamente le había supuesto la visión de aquel réptil con su lengua bífida y cambió,

aparentemente, de intenciones. De inmediato le dijo a Kepa: «tío, vámonos».

Horas después, llegada la noche, cenaba con el cuidador de serpientes, arácnidos y lagartos, al que había vuelto a buscar debidamente pertrechada. Hombre al estilo Adolfo por edad, pero ni feo ni guapo, sin carisma, aburrido y monotemático. Y no inmune a las insinuaciones de ella que hasta se dejó ver un pecho entre los botones de su camisa color fucsia. Así de sencillo. El vino y un par de manos bien puestas rozando una promesa que ella nunca pronunció, y esa noche la lagarta era suya, con terrario y todo.

El armatroste pesaba y contaba una longitud de metro y medio. Llevarlo hasta allí no fue en exceso complicado pues ya tenía el tipo experiencia en traslados y la mecánica y motorización adecuada. La puerta resultó estrecha, así que se las vio y deseó para meterlo dentro del cuarto de Regina, que además exigía silencio para que no se despertaran "sus padres" —la mujercita no vivía sola, para decepción del incauto—. El caso es que definitivamente lo pudo pasar de canto, deslizándolo sobre una base pequeña con ruedas que tenía en algún lugar de su camioneta, y depositarlo en el piso, junto a la pared, pegado a un enchufe. Adiós, nos volveremos a ver, un placer, deme dos besos, es usted todo un caballero. Y si te he visto no me acuerdo.

Algunos deseos, a esas alturas de la vida de Regina, eran así de simples de alcanzar. ¿No nos cree? No se ofenda, por favor, y recuerde el título de este relato, que en este punto es cuando tocaba empezar a explicarlo. Y ya verá.


Mikel Palacio

CAPÍTULO 5

Nunca tuvo nombre el reptil, ni falta que le hacía.

Regina metió en el terrario el hatillo —que para entonces contaba con los pesos de su padre, el fular y el cartucho, se recuerda—. Era de tela a cuadros de distintos marrones y crudos, y quedaba bien mimetizado entre la tierra seca, ramas, hojas, piedras y un tronquito hueco que servía a la lagarta de refugio. Se ocupó mucho de cuidar al animal estando pendiente de la luz y la temperatura, no dejándolo sin agua y procurándole constante alimento (huevitos de ave, alguna pequeña lagartija e insectos); ponía también especial interés en la limpieza de su celda. El bicho, por su parte, comía, bebía y vivía su cautiverio con aparente dignidad. Rara vez intentaba trepar por el vidrio buscando una salida, señal de que mientras lo alimentaran no tenía mucha intención de protestar. Pronto se hicieron íntimas, pues ella pasaba tiempo tumbada mirando a la lagarta que se salía del tronco hueco para saludarla. O por ver si traía comida, a saber. A veces permanecían horas así, juntas, separadas por un cristal. La lagarta respirando y analizando su entorno y ella leyendo libros de amores sobre la alfombra de su habitación. En ocasiones la liberaba y la llevaba al sofá, a acompañarse viendo las telenovelas. La lagarta se quedaba entonces quieta, a un lado, con una pata sobre el muslo de ella hincando con suavidad sus garras en contacto constante, moviendo ligeramente la cabeza y sacando su lengua bífida para recopilar información de cuanto la rodeaba, no sabía hacer otra cosa. Nunca hizo amago siquiera de morder a su ama, lo que hubiera resultado sin duda doloroso pues así inyectan el veneno estos reptiles.

Kepa el vasco, que no se sorprendió nada la mañana siguiente a la visita a la exposición de animales cuando descubrió el terrario con el reptil en la habitación de la sobrina, e Isabella no hicieron alegatos ni a favor ni en contra del bicho, salvo por el hecho de que la tía dejó bien claro que si se lo encontraba por ahí, fuera de su habitáculo, lo espachurraba a escobazo limpio. Y eso nunca sucedió.

Uno poco más tarde de la adopción de la lagarta, Regina retomó sus intenciones con Adolfo. No las que ya tenía y colmaba, sino la de sus futuros negocios. Pero él no cedía. Cada vez que ella preguntaba por información sobre el narco negocio, él respondía que ella ya sabía más de lo que debía —no nos digan—. Pero a cada poco ella volvía al asunto, deseando saber más. Adolfo se lo había ganado, la pesadez, la insistencia, por no haberla dejado en tierra el día de aquella pesca distinta; por imprudente y por no conocer a la mujer con la que llevaba años yaciendo; por pensar con el cerebro de la entrepierna.

Hasta que un día ella prometió su parte trasera a cambio de que él la colmara de datos (¡cuán débiles son los machos!). Él confesó antes de recibir el premio que con la excusa del dolor no se concretó. Y lo justo se intentó. Eso sí, ella se esmeró en otro tipo de lance aquella mañana, para compensar —algunos de nosotros sabemos que ella hizo lo que más le excitaba. ¿O no Adolfo? El vasco no dirá ni mu, claro.

La cuestión es que ahora Regina por fin sabía más. La teoría del corte de la coca y el aumento exponencial del beneficio posterior. No del riesgo, que estaba en su naturaleza ignorarlo o excitarse con él. Dejó pasar un poco de tiempo. Era aún joven y no tenía prisa, viviendo bien como vivía. Sin dar un palo al agua.

Hasta que operaron a la tía Isabella que quedó postrada en una cama de hospital varias semanas. Nada grave según Regina (un tumor en el útero, del que no murió —se verá que su último aliento fue distinto—). La sobrina la animaba a volver a la Pemex a primeras de cambio. ¿Por qué? Adivino usted: ella tuvo que sustituirla. El tío vasco cuidaba de Isabella, primero en el hospital, después en la casa. Aunque por entonces, a ratos, también iba por la estación de servicio. Regina debía madrugar y hacerse cargo. «Ya es hora de que trabajes y hagas algo para ganarte la vida», así de contundente fue su tío que, conociéndola, negó la posibilidad de que se escaqueara.

En la Pemex, al inicio, Regina renegaba de todo. De los clientes y de los proveedores. Del diésel y de la gasolina súper, de aceites y lubricantes. En una ocasión incluso dejó de cobrar un depósito porque no la viera allí sirviendo una de esas antiguas compañías de la pubertad a las que había abandonado. Pero se ha dicho “al inicio” por algo. Y es que nuestra chica, una vez asimilada la realidad tras unos primeros días calamitosos, halló algo que le podría servir: conocer gente, personas, futuros clientes —quién sabe—, contactos. Soltó la lengua y empezó a platicar, no por relacionarse sino por la información. Primero con todos aquellos que pedían gasolina para completar el depósito. Eso es que tenían bastante plata. Su sorpresa no fue que le dedicaran su tiempo pues era alegre, sonreía, y era muy guapa, sino todo lo que le contaban a ella, una desconocida. Varones y hembras, por igual, aunque con distintos propósitos. Ellos, ya se sabe, y ellas muy variados. Se dio cuenta de que no todas las actitudes se aprenden de los libros, ni de las telenovelas. Que hay que tocarlas también con el seso además de los oídos. Y que la vista abarca más que una pantalla de tv.

Estableció una rutina de cuestiones hasta llegar a las principales y que eran: ¿dónde y cuántos van?, ¿qué se celebra?, ¿hay narcóticos?, ¿a qué precio?, ¿de calidad? Más o menos ese era el camino que intentaba transitar cuando el cliente le parecía el apropiado. Normalmente al acercar el final de semana, si era un chavo, si no iba

solo, según como vestía —aunque aprendió que ese no era un síntoma —, si ya iba con colocón. Todos eran factores que garantizaban el éxito, aunque había sorpresas inesperadas. Viendo y escuchando algunos de aquellos tipos con los que alcanzaba hasta el final de la encuesta (o porque la rellenaban ellos solos a partir de una sencilla insinuación), se aclaró a sí misma que ella nunca jamás probaría las drogas. Y damos fe que así fue.

En cuanto a Adolfo. Se enojó por tener que salir de pesca solito los días que su joven amante gastó en la Pemex. Desde su negocio con los narcos cada vez faenaba menos y si lo hacía era por aparentar sus ingresos y por el premio que obtenía con la compañía de ella, que el no recibirlo era lo que peor le sentaba. Así que le sobraba el tiempo y no sabía qué hacer con él pues su mujer seguía yendo con sus hijos a su labor en el jardín de infancia, teniendo Adolfo hasta su vuelta demasiadas horas de asueto. No tuvo otra que empezar a pasearse por ahí buscando sustituta con la que ocupar sus matinales. Una mañana pasó a repostar su carro, por la Pemex —queremos decir—, allí estaba con su nueva amante. Llevaba consigo una rubia de cuerpo de vértigo, pero con el rostro nada agraciado. Al acercarse a abonar el combustible le dijo a Regina que la echaba de menos; que a la del auto la llamaban “la gamba” porque tenía todo comestible menos la cabeza; que cuánto tiempo le quedaba gastando allí su vida. Ella se hizo la huidiza, la ausente, la que no le importaba ya él. Sabía muy bien por qué. Adolfo no tardó en confesar ante la tortura de la indiferencia y contó en otra de las visitas a por carburante que en dos días tendría un nuevo reparto, pues bien sabía del interés de ella. Quedaron. De cajón.

La joven pidió a su tío, según él llegó del hospital, sin preguntar siquiera por la evolución de Isabella —que iba bien, señalamos—, que se ocupara la mañana en cuestión de la estación de servicio. Así que el vasco supo que de una u otra forma Regina en dos días no abría la estación de carburantes. Hurgó entre las amistades de Isabella y encontró quien podía ocupar su lugar en la habitación del sanatorio, junto a su amada, el día que Kepa se hizo cargo de la Pemex desde primera hora para desesperación de los que ya iban convirtiéndose en habituales en pasarse por allí a ver a la belleza autóctona que regentaba el negocio y hablaba con simpatía de lagartos, libros, telenovelas y fiestas.

Navegando al encuentro de los narcotraficantes (al de dos días como quedó dicho), Regina y Adolfo no pudieron intimar debido al estado de la mar. Algo de oleaje, algo de viento. Ricitos blancos de espuma por doquier. Aun así, la embarcación se comportó, casco y motor. La chica se ocultó como lo hiciera en la primera ocasión y la operación se repitió con el lógico contratiempo de que no había calma y eso

dificultó el traslado del fardo, aunque favorecía el que ella no fuera descubierta. Ya de vuelta, y aun estando seguros de no poder ser oteados, para desesperación de él, nada íntimo hubo. «Así no puedo, me mareo. Luego», se excusó Regina, reconozcamos que no sin algo de razón (pruebe usted a practicar según qué actos sobre unos maderos flotando en una mar malhumorada). También pudo ser que la intención de Regina fuese sacar rédito de la situación pues esta vez le acompañó hasta el lugar donde Adolfo debía entregar la coca. En roca, pura, como él decía. Quedándose fuera, sin estar presente en el momento, pero tomando buena nota de que el sitio era un taller mecánico, el Garaje Andrés Cano. Se le abrieron los ojos. Después de que el otro tuviera sus pesos en el bolsillo le dio su premio, no sin recibir ella también lo suyo, pues solo imaginar sus futuros negocios ya sentía un calor interno especial que debía calmar.

Volvió esa tarde al despacho de carburantes, a seguir con los quehaceres, mientras su tío podía ir a ver a Isabella, a estar junto con ella hasta por la noche; a mimarse, como dos tórtolas. Y siguió Regina con sus interrogatorios, solo que esta vez preguntaba, según creía que tal o cual cliente podría saber, por algún garaje de la zona para arreglar un auto. Con esa ignorancia, sin especificar el tipo de avería, pero daba igual. No tardó en que alguien le hiciera saber de Sito, o Andrés Cano Junior, Andresito. Supo así en relación al taller donde su amante había trasladado el fardo, que seguía con el negocio el hijo de quien lo abriera décadas pasadas y se había especializado en neumáticos, amortiguadores, ballestas y frenos, sobre todo. Es decir: en todo lo tocante a las ruedas. Según decían, el junior había echado el bisnes para adelante tras unos años de casi quiebra y en los que el padre, retirado, casi lo vende todo. Pero no se lo aconsejaban, Sito no era buena persona ni se rodeaba de gente de fiar. Regina no volvió a preguntar.

Cuando le pidió su auto al tío, un Ford, —y esto, excepción, el vasco sí nos lo confirma—, él ya sabía que algo tramaba, pero no el qué. Bastante preocupado que estaba con la recuperación de Isabella, decidió que Regina ya era mayorcita para entrar y salir sola de sus entuertos. ¿Cuántos años contaba entonces? Los veintitrés por ahí. ¿No? Ocho años cristianos de la muerte de su padre y lo del tío Claudio. Casi tanto de lo de Emiliano y el chavito con los ancestros de fallecimientos tan bélicos y singulares (que sí, que nosotros estamos con Jonás, pero es que ella ya tenía casi olvidado su nombre, por eso lo contamos así). Al asunto. La chica no sabía conducir y necesitaba maestro. Ahí aparece Adolfo otra vez, madrugando de más, ella también, para impartir clases particulares. Con o sin qué, ya se imagina. Eso sí, en el coche del tío. A su mujer Adolfo le dice que sale antes a la mar, que los bonitos están tempraneros, que si el cambio del

clima que se empieza a notar, la contaminación, los plásticos y todo eso. Premonitorio él, puros años noventa, siglo pasado ahí en la Tierra. Si coló la excusa, ni él nos lo cuenta. Pero había que echarla, por eso del disimulo de ambos.

En una semana ella era capaz de guiar el Ford, sin licencia, y con algún susto. Liberó a su amante del compromiso y practicó sola hasta que fue capaz de repostarlo. Y para allí que fue una mañana que el vasco se volvió a hacer cargo de la Pemex (se nos olvidó comentar que para entonces la tía Isabella seguía su recuperación, pero ya en la casa). Donde Sito, Andresito. El camino ya lo conocía. Embocó el auto en la entrada de la lonja, parándolo a tiempo de no desapilar una columna de neumáticos. Se encontró que el jefe no estaba en el taller. En su lugar había un tico y un dominicano, sucios, grasientos, gordos, obscenos y que se asustaron por la forma en que embocó el Ford en el taller, hasta que la vieron y se volvieron a asustar de lo bella que era. El tico, más espabilado, le dijo que Sito el *boss* llegaba un rato más tarde. Faltando al respeto, ella marchó a esperar fuera, dejando el carro ahí, molestando el trabajo de los otros, que no se atrevieron a abrir más boca. Al menos la chica se dejó ver en sus cortos paseos frente al garaje.

Entre que llegó Andresito se aprovecha para recordar que Regina seguía su idilio con la lagarta, a la que no podía dedicar tanto tiempo como antes, pero a la que seguía colmando de buenos alimentos y cuidados.

Apareció el jefecito del garaje. Era tan poca cosa, chaparro —como Regina, pero ella en mujer no lo parecía—, delgado (esmirriado), medio calvo a los treinta, cara aguilucha, ojos saltones. Nada tenía de Adonis, por tanto. Pero aquél no se dejaba pisar, para nada. Listo y vivo como él solo, no tan sociópata como lo era ella —ya lo habrán deducido hace tiempo—, pero con un perfil de psicópata de libro (no había que verlo sino tratar a sus empleados), como se sabrá, pero tampoco tan acentuado como el perfil de ella. Regina no le miró mal del todo. Llegó en un Chevy Corvette amarillo. ¡Cómo para no irle bien el negocio! Y un auto negro tras él con un par de matones. Sin disimulos. Pero hombre, al fin y al cabo. Y allí estaba ella, con su vestidito corto y su problema en las ruedas. Concluyó Sito que merecía una atención personalizada y ordenó rápido al tico y al dominicano que cambiaran las cuatro gomas del Ford (del vasco) dejando los otros encargos para después. Revisaron frenada y estado general de suspensión. Precio módico y vaya Dios, Regina sin cartera. «Luego nos vemos, a la hora de comer, y te pago ¿te parece?». «Vale, pero te llevo a donde vayas y dejas el coche de garantía». Macho alfa él, pero no tan estúpido. La llevó a una cuadra de casa de los tíos y quedaron a comer, él la devolvería a recoger el vehículo. Regina nunca hubiera

dejado de pagar la factura, simplemente necesitaba hacer un aparte con Sito —lo sabemos todos aquí, hasta el dueño del Ford y usted que lo había imaginado.

Sigamos. En la comida Regina se mostró distante pues estaba ante una mente algo perversa, aunque algo la admiraba. Como la suya, pero de otra guisa. Usó a la lagarta como trampolín para guiar la charla hacia ninguna parte más allá que para establecer contacto y con la suerte de que Sito se declaró un enamorado, un loco, de los lagartos escorpión y pidió ver al reptil. «Ok. Te pago ahorita los neumáticos, tú me llevas a recoger el Ford (de mí tío —no lo dijo—), en unos días paso de vuelta y voy con mi lagarta. Prometido». Y él, que empezaba rendirse, a todo que sí.

Hora de hacer un inciso ante los incipientes negocios de Regina que se avecinan para establecer la situación del todo los días siguientes. Isabella y Kepa pudieron volver a sus coitos, ergo ella estaba casi recuperada, así que él abría la Pemex cada mañana. La tía no tardó en acompañarlo a partir de media mañana, sentada en una silla la mayor parte del tiempo al principio, admirando con orgullo el trato de él con todo tipo de clientes. Cortés, honesto, elegante. Vasco, al fin y al cabo. Aunque Clemente de apellido.

Adolfo vuelta a la gamba por las mañanas, que esa sí cedía por detrás de puro gusto. Pero con Regina presente en su mente, en los momentos de sacar a pasear su tercera pierna. Por las tardes marido y padre ejemplar. Y su mujer, madre y esposa ejemplar, también.

Hugo y Lupe, de los que ya hubo una primera incursión en esta historia, no los olvidemos, en Acapulco, en la universidad, aplicados en sus estudios de letras como buenos rojos y revolucionarios. También de charlas y borracheras y algo de amor libre. Y sacando a colación a su amiga guerrillera en los círculos más íntimos. A sus edades: cualquier grupillo de dos o más comunistas.

La lagarta feliz —vaya usted a saber—, porque su ama estaba más tiempo de vuelta, volvían las visitas al sofá y las telenovelas y las horas cuidándose una a la otra separadas por un cristal, mientras Regina se tumbaba a leer sobre su alfombra y el reptil salía de su escondrijo en el tronco hueco.

Pero tanta estabilidad empezaba a exasperar a Regina que sentía que según se hacía adulta inconscientemente quería más. Y no se refería a más gente a su alrededor, ni a más pesos que llevar al hatillo —que ahí seguía en el terrario con su contenido—, sino que necesitaba algo que no sabía muy bien qué era, para que su mundo no se le hiciera pequeño. Lo diremos nosotros: ansiaba poder, poder sobre los demás, poder que le permitiera dominar a otros humanos, pero ella no sabía ponerle nombre a ese *feeling*. Y su instinto le decía que el camino para alcanzar aquello que buscaba era: la *money*, la guita, la

lana, la plata, el dinero, todo es lo mismo, es lo que todo lo puede. Eso ya lo había aprendido. Daba igual cómo obtenerlo pues a todo estaba dispuesta, no importaba en qué se gastara, el caso era poseerlo. Ansiaba por otro lado, e igual de instintivamente, volver a vivir alguna aventura como la balacera de Cuernavaca, de la que retenía en su memoria la intensidad con que lo había sentido, no el horror por las muertes que la acompañaron; necesitaba con qué producir algo de adrenalina extra. El sexo hacía tiempo que había dejado de llenar ese espacio.

Es hora de seguir adelante con el asunto principal en la vida de Regina a estas alturas de la historia de su vida. Más adelante lo serán otros. Ahí vamos —aunque haya quien, como el vasco, se limite a aportar cualquier cosa menos lo que atañe a su mundo interior, u otros que no pueden hacerlo sino a partir de su momento, que llegará —. Ahorita seguiremos explicando lo del título del cuento que se está leyendo.

A veces de una anécdota, de una simple ocurrencia, surge un mote que le secuestra a uno toda la vida —y después también—. Regina dejó pasar dos semanas, no una, para acudir donde Sito, al garaje, con la lagarta, a mostrarla. Necesitaba que el tiempo avanzara pues iba bosquejando un plan, pero éste en lo relativo a las fechas de ejecución, no dependía de ella. La llevó en una caja cerrada, y que utilizaba cuando limpiaba el terrario, así que el reptil viajó sobre el cartón al que ya se había acostumbrado. En el taller, al ver como ella la extraía y la dejaba apoyada a lo largo de su brazo (el animal se agarraba con sus patas delanteras a la altura de su muñeca, mientras enroscaba su cola por detrás del codo; sacaba a pasear su lengua bífida cotejando el entorno; movía los ojos con rapidez y la cabeza a un lado y otro con lentitud), Sito se colocó unas lupas para verla de cerca. Y sí, podía ser cierto que adoraba aquel tipo autóctono de reptil en particular, o sencillamente que reaccionó como muchos haríamos ante la contemplación de aquél sobre el brazo de ella. Diríamos que, salvando las distancias, eran la bella y la bestia. Sito quiso que ella y el reptil alargaran la visita, pero Regina se excusó rápidamente bajo juramento de volver a verse y el otro con ello se dio por contentado. Y cuando ella se disponía a marchar él dijo: «hasta pronto, Lagarta». ¿Ven qué sencillo? Así que Andresito Cano, narcotraficante a tiempo parcial, fue el primero en llamar a Regina, Lagarta. Y a ella le gustó tanto que le dedicó una sonrisa sincera al escucharlo.

Para rematar la idoneidad del mote, que por antojo de una sola persona no se perpetúa, sucedió que al día siguiente Sito apareció en la puerta de su casa con intención de acelerar el prometido nuevo encuentro. Había hecho sus averiguaciones de que el día que la había acercado la había dejado a varias cuadras, así de listo era —sí, era, él

también está por este limbo—. Timbró y abrió el tío Kepa. Pregunto: «¿está Lagarta?». El vasco lo entendió, a la primera, y arrastró con él lo de Lagarta. Esa era la guinda que faltaba al pastel pues comenzó a llamar así a su sobrina —¡ejem!— en ocasiones, con cariño, porque le gustó ese sobrenombre. Sobre la visita inesperada se zanja contando que Kepa llevaba el suficiente tiempo en Zihuatanejo para saber a quién tenía delante. Así que su sobrina no estaba, respondió. El excura no pecó mintiendo, en realidad: Regina había ido a Acapulco, regresaba en una semana dios mediante. Pero esos detalles no se los dio al del taller, que marchó sin decir adiós.

Añadido: lo malo de aquellos días de ausencia de ella es que los tíos se comprometieron a mantener el terrario. El reptil comió y ensució como nunca. Hasta cazó un pequeño roedor.

En Acapulco, por su parte, Regina bailó, trasnochó, comió, y se alojó con Lupe y Hugo. No estaba en sus planes practicar el amor libre con ambos. Pero arrastrada por la vorágine de una gran ciudad llena de turistas yanquis y con cierto punto de cosmopolitismo en cuanto a lo que ella había conocido para entonces, lo hizo, lo del amor libre, con ambos miembros de la pareja, por separado, y los tres juntos y revueltos. Fue por darse el capricho, por saber, por no dejar de vivir experiencias que otras mujeres tenían. A Regina, esas relaciones le sirvieron para saber que, de volver a sentir que tenía que hacerlo de acuerdo a un fin pretendido (que también fue por eso), no supondría mayor problema yacer con hombre o mujer, pues no le disgustó nada de cuanto allí se practicó.

Esos días vistió algo hippie pues la ocasión demandaba interpretar su papel de guerrillera. No sabía nada de comunismos, ni socialismos, ni de comunas y anarquías, pero nadie lo notó, aunque ni bebió ni probó droga alguna, lo que parecía ser requisito indispensable hasta para los que parecían más intelectuales con sus anteojos redondos. La pareja la metió en sus círculos lo suficiente para comprender pronto que solo les iba a necesitar a ellos dos, ya que entendió que a cuantos de sus camaradas conocía no eran más que otro montón de ilusos que seguramente en unos años estarían casados, ellas amamantando bebés, ellos vistiendo trajes y corneándose unos y otros. Al binomio Lupe Hugo, también le auguraba dicho futuro, erróneamente. Pero a ellos ya les había enamorado de antes, en su papel de luchadora por las libertades disparando su semiautomática contra el enemigo capitalista y en la cama, así que con Lupe y Hugo iniciaría sus negocios; a tenor de lo vivido aquellos primeros días en Acapulco entendió que era mejor así.

Una vez decidido, que no necesitaba de más camaradas, uno de aquellos días, desnudos en la cama los tres, avanzó con su plan y para ello platicó sobre el asunto de que toda guerra necesita sus dineros. Y

de que a ella la habían enviado allí para aprovecharse de un mercado abierto para los gringos: el de la coca. Los capitalistas del norte —explicó—, pagarían las armas con las que iban a derrocar su sistema. Esa idea, como todos suponemos, ya la traía estudiada de antes. Y triunfó ante la pareja persuadiéndoles sin mucho esfuerzo, de forma que celebraron su futura colaboración con la guerrilla borrachos de marihuana —la hierba del socialismo—, tequila y sexo, para ningún pesar de Regina, que ejercería de enlace. No se desdijo de sus intenciones el binomio con la consiguiente resaca del día después, lo que significaba que el plan de Lagarta avanzaba —y es aquí que hemos tomado el apodo nosotros también por vez primera—. A ella se la despidió en la estación de bus, totalmente serena.

Al volver a Zihuatanejo, según entró en la casa, el tío la llamo «Lagarta» antes de preguntar por el viaje y el paisaje (a ratos espectacular). Ella le miró extrañada. Mucha coincidencia que usara el mismo apelativo que Sito, así que rápido supo que había pasado a buscarla días antes. Era algo más bueno que malo. Siguiente paso: Adolfo. Paciente, paciente y paciente estuvo hasta el siguiente día de narcotráfico llegado de alta mar.

Sabemos que será difícil creer los singulares hechos que relataremos a continuación, pero si después de leerlos se piensa bien, verá que son del todo factibles, por más que extraordinarios. Quien haya supuesto que Sito iba a ser su suministrador en el negocio que pensaba iniciar, yerra. Y no ha entendido hasta ahora quien era Lagarta; enseguida lo hará.

Adolfo y Regina — «llámame Lagarta, por favor» para sorpresa de él —, partieron la mañana que tocaba en el cascaron rumbo al océano, al mismo punto de encuentro, justo donde la tierra es un fino hilo en el horizonte, al oeste. Ella preguntó cómo era posible que encontrara siempre la lancha rápida de los narcos. Adolfo contestó que ellos le encontraban a él que se limitaba a navegar en la dirección marcada, las millas pedidas. Un emisor que encendía y llevaba a bordo les ayudaba, por supuesto, y que ellos localizaban con el correspondiente receptor. Se hizo la entrega con Lagarta camuflada tras redes, una lona y enseres de pesca al otro lado de la caja del motor, como era la costumbre; era un paquete de diez kilogramos envuelto en plástico negro y precintado con cinta americana, idéntico a los anteriores. Pura rutina. El ruido de los motores fueraborda anunció, para relax de la joven, la partida de los otros rumbo a su nave nodriza. Adolfo depositó lo recibido en el fondo de la embarcación junto al escondite y encaró al este camino de vuelta a Zihuatanejo. Cuando fue seguro Lagarta salió de su ocultamiento. Con suerte de la buena mar de esa matinal, cogieron y repitieron hasta saciarse más él, aunque no con tanta calidad como quiso. Lagarta tenía otro asunto en mente que no

podía descuidar. Cuando tocaron puerto se hacía tarde y Adolfo se apuraba por no hacer esperar en exceso al psicópata de Sito, en su garaje. Así que Lagarta le convidó a marchar y no contar con ella que ya se ocuparía de volver por su cuenta. «Toma, a prisa», le dijo y le confió la saca con la que disimulaban el fardo para llegarlo hasta el maletero de su auto. Antes él vio como ella lo introducía, plástico negro y cinta americana, en aquella bolsa de tela que recibía en sus manos.

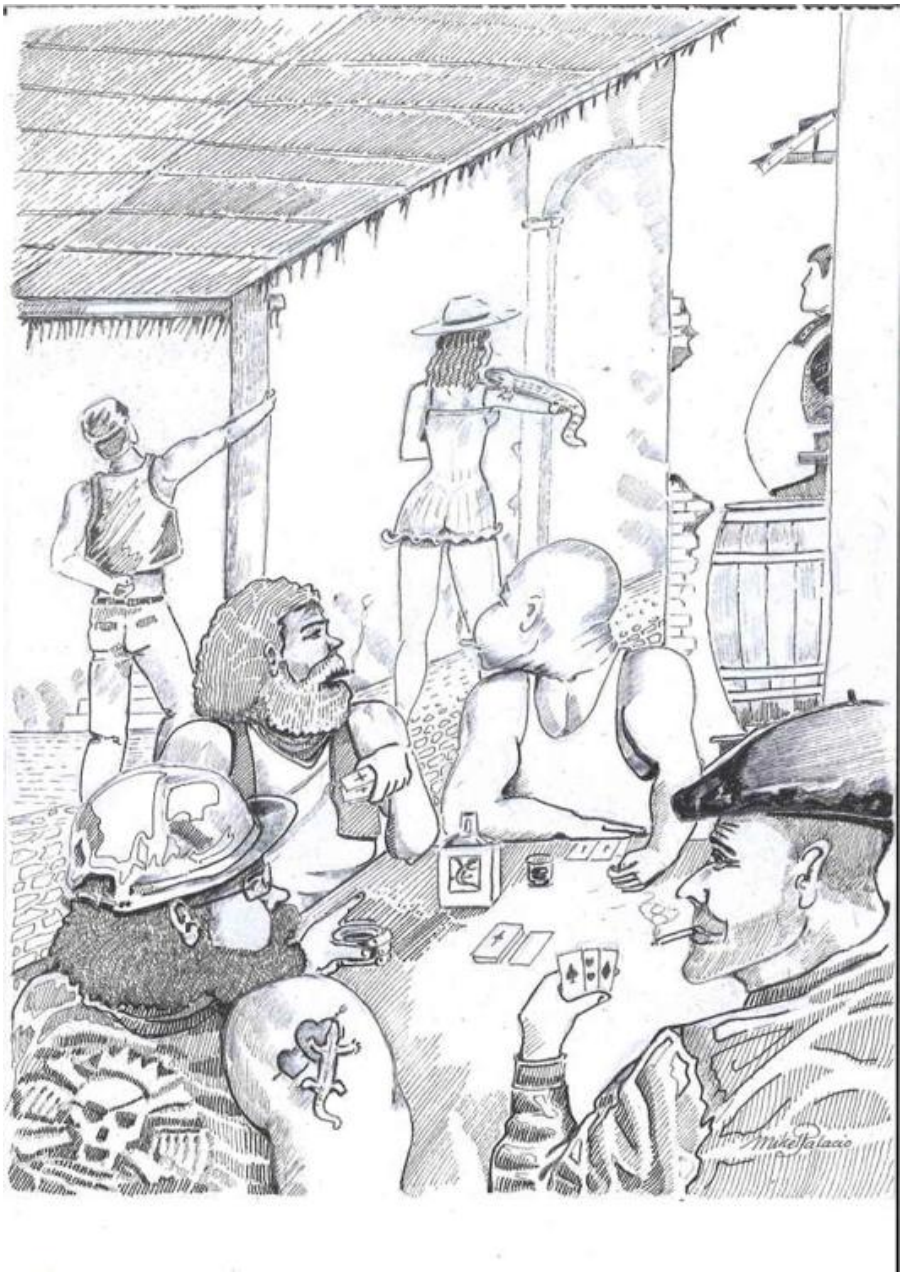
Ahora sabrá usted que ese fardo pesaba diez kilos, aproximadamente, pero no justos. Y que, ¡sorpresa!, iba lleno de harina. Primer paso de Lagarta: robar diez kilogramos de cocaína pura, dejando a Adolfo con la soga al cuello. Pero en eso no pensó porque no le importaba. ¿Se sorprende?

El cómo lo hizo resultó sencillo, inteligente, osado y valiente. Llevó antes su fardo al puerto —que no le costó que imitara a los reales de los que ella había tomado anteriormente debida cuenta, midiéndolos por dedos de su mano—, lo embarcó y lo ocultó bajo la lona, que como imaginará no era el único equipaje entre baldes, aparejos, herramientas, latas de combustible, aceite y *etecés*. Después sangre fría. Confiar en que llegara el mismo tipo de envío. Y luego paciencia, mucha paciencia y templanza, para entregar el falso.

Aunque esto es parte de la historia de Adolfo —justo poco antes de que se pasara por aquí— y no de ella, creemos obligado contarlo —y él nos ayuda—, pues a veces la vida de uno se describe con hechos en los que no está presente, pero que le influyen. Llegó entonces Adolfo al garaje con su fardo en la saca. Y se hizo el cambio. Coca por pesos. Regresaba a casa cuando un buga negro se le cruzó y detuvo su auto. Los de dentro le secuestraron y él sin entender nada. Tampoco Sito que no podía creerse lo que pasaba pues el fardo, en sí, era como los de siempre y sabía que Adolfo llegaba directo del puerto. No tenía sentido, además, intentar un timo tan burdo delante de sus propias narices. El marinero, acojonado, a punto estuvo de citar —por decir algo que le salvara—, que Regina la había acompañado (no sabía qué podía ver ella en aquel sorpresivo entuerto), pero no le dio tiempo pues Sito le dejó marchar queriendo confirmar antes que la entrega no venía viciada de base previendo el cártel propietario algún movimiento de agentes de la narco-criminalidad ministeriales.

Recopilando lo que siguió: Sito no tardó en saber que de la neumática salió cocaína; Sito, el psicópata (¿algún narco no lo es —o no aprende a serlo—?) sabía todo de Adolfo. Sus aventuras con Lagarta, lo de la amante que llamaba la gamba y hasta quiénes eran los *affaires* de su mujer. El pobre pescador, sabedor de que algo no iba bien y con la esperanza de que se aclarara, decidió refugiarse en casa de su aventura rubia de cuerpo de diez —a quién por respeto

dejaremos ya de ofender con el calificativo que él mismo le puso—. La pobre, sin culpa, sufrió, lloró y se orinó antes del disparo. Y nosotros ofendiéndola. Adolfo no le sobrevivió mucho más. Y aquí está ahora, haciéndonos compañía rogando no describamos su muerte, pero aportando a la historia. Asegura que, de haber conocido el futuro, hubiera expulsado el nombre de Lagarta por la boca con el primer trozo de piel que le arrancaron, pero que no lo hizo por amor, porque sabía que su hora era ya, y porque no podía creerse el futuro que ahora nosotros sabemos y le seguiremos contando a usted. Su cuerpo, ya descompuesto en el fondo oceánico, no recibió ofrendas de ningún familiar como se supondrá. El de su amante rubia, al menos, sí. Ella apareció en un conteiner de basura junto a un callejón y tenía familia que la quería.


Mike Palacio

CAPÍTULO 6

¿Dónde estábamos? Lo contamos: con el reptil en el terrario, custodiando el hatillo y a lo suyo; el auténtico fardo de droga bajo la cama, tan cerca que lo acariciaba con sus pies Regina, perdón Lagarta, que tumbada en su alfombra disfrutaba leyendo una novela romántica, Anna Karenina, Tolstoi, ni más ni menos. Por cierto que el ruso escribió aquello que "Los dos guerreros más poderosos son la paciencia y el tiempo", fue en Guerra y Paz que ella no leyó —sí Emiliano y aquí nos lo cuenta y por eso consta—, pero misteriosamente nuestra protagonista supo hacer suya la frase, como se descubrirá de cada uno de los lances que siguieron en su vida y que le narramos.

No tardó en saberse en Zihuatanejo del asesinato de la amante rubia, uno más en esa zona de la costa del Pacífico mexicano. Y tampoco de la desaparición de Adolfo, que todos hilaron con lo de su amante y sospecharon de algún amor perdido de ella. Caso cerrado para los chotas que tenían crímenes mayores que resolver como el robo del carro de la hija del acalde. Lagarta necesitaba dejar correr el tiempo, aún podrida de coca que adulterar. Y que esconder. Diez kilos de bulto son poco menos que diez tetrabriks de leche. Explicaremos cómo lo hizo: aquellos días se perdió, un poco por seguridad, por sus queridas Playa Linda y Playa Quieta, con sus novelas. Y también con un par de paquetes cada vez y que enterraba herméticamente en lugares salvajes junto a los arenales. Con ello en cinco visitas la droga estaba fuera de la casa, y bajo tierra, en sitio seguro. Dicho queda así por no extendernos en detalles. Y a más paciencia.

A los que sí que alcanzó cierta preocupación, teniendo en cuenta lo ocurrido y las nuevas rutinas de ella, fue a los tíos, el vasco e Isabella. Sobre todo, al primero, que sabía, además del asunto de que el pescador era amante de su sobrina, de la visita de Sito y por ello hilaba más fino. No hay que olvidar que había sido confesor por años y si de algo sirve esa gestión es para conocer los actos del prójimo y aprender así cómo funciona la mente humana y con ello el mundo en el entorno de uno. Por ello, antes de salir de casa oteaba el exterior desde distintas ventanas, por seguridad. También, cuando supo de la intención de su sobrina, ya sin Adolfo, de pasear y descansar en algún arenal —lo que podría ser normal—, mostró su interés en llevarla en el Ford para pasar a recogerla después de salir de la Pemex, a comer. Quiso preguntarla en uno de esos viajes un poco por todo aquello, pero intuía que no habría respuesta, al menos verdadera. Algo que también se aprende confesando. Ella iba con mochila, siempre. Toalla,

libros, bebida, comida. Y lo que usted ya sabe. Las cinco primeras veces. Después siguió yendo por el placer de disfrutar de sí misma en entornos tan idílicos y porque su tío Kepa le procuraba transporte de ida y vuelta.

Un mes largo pasó. Suficiente se dijo Lagarta. A cortar. Lo primero fue ir haciendo acopio de paracetamoles, glucosa, sacarinas, aspirinas, algo de harina y azúcar que es así como se lo había explicado Adolfo. Todo aquello que se puede comprar sin sospecha. Pero en tres semanas machacando a ratos con un mortero apenas había obtenido quinientos gramos de sustancia de corte —sin abusar del azúcar y la harina—. Añadió algún medicamento de los que se suministraba la tía Isabella, un par de botes que pastillas analgésicas blancas que debieron perderse por ahí. Y era tedioso el proceso. La siguiente visita a la playa desenterró un paquete y en su propia habitación lo abrió. La sustancia estaba dura, como una piedra y a cada golpe se agrietaba como un cristal, en pedazos llenos de aristas. Otra desagradable tarea que debía perfeccionar: convertir aquello en polvo. Estaba trabajando más que en toda su vida, llegó a sudar como escalando el monte en Jalapa con Megan y los mellizos, el día que balacearon a Emiliano. Cuando finalizó de mezclar y de triturar el conjunto le sobraban unos trescientos cincuenta gramos de coca, roca, pero tenía más de kilo doscientos en polvo, para iniciar su negocio. Robó espacio a su lagarta y dentro del terrario quedó todo separado en dos bolsas que envolvió con un pañuelo. Y a dormir.

Varios meses habían pasado desde la muerte de Adolfo cuando un día miércoles Lagarta viajó hasta Acapulco. Ella sola, con el riesgo de portar un tercio del polvo blanco ya cortado en su mochila. Decidió que no repetiría. Demasiado estrés y sudoración durante el trayecto, y aunque esa inseguridad le excitaba, no era lo suficiente; su cerebro le decía que en el futuro, en lo tocante a su persona, debía de alcanzar rápido la forma de limitarse a ordenar que otros hicieran. Y a amasar beneficios. No más. Ya buscaría otros peligros más sanos que la caldearan por dentro.

Hugo y Lupe la recibieron excesivamente politizados, venidos arriba en los asuntos reivindicativos, con ganas de manifestarse y reventar actos gubernamentales. Habían pasado meses con algunos contactos por carta que desde Zihuatanejo a Acapulco demandaban paciencia y fe y a la inversa acción. La ausencia de Lagarta les había vuelto a colocar a Hugo y a Lupe junto a sus camaradas. Resultó que los zagales habían hablado de ella a demasiados, lo que no fue de su agrado. Les ordenó algo enojada dejar de hacerlo, por la seguridad de todos. Los pendejitos enseguida entendieron que si Lagarta estaba allí era por actos de lucha activa contra el capitalismo; actos importantes, de gran trascendencia; actos más discretos que debían llevarse en

secreto; actos que hicieron que pronto recuperaran la ilusión de ser colaboradores de la guerrilla. Creyó Lagarta que debía explicarles su misión. «Sin ocultaros la verdad», mintió antes del «he de confesar» que la coca había sido incautada por guerrilleros en una acción contra un depósito policial donde se custodiaban los alijos en Chilpancingo, lo que suponía que su único coste había sido la sangre derramada —la épica excitaba a la pareja y eso Lagarta enseguida lo vio—. Todo serían ganancias entonces y para ello debían procurar la preparación y la venta de las dosis, para entregarle a ella el noventa por ciento de los importes, que reintegraría a sus contactos, para revertirlo a la lucha contra-capitalista. La pareja podía quedarse con la décima parte restante, por los gastos y su tiempo, pues la guerrilla sabía compensar a quienes se lo ganaban. No daba puntada sin hilo Lagarta. Los estaba transformando en camellos, futuros capitalistas curiosamente, pues si todo iba bien esa pareja iba a ganar, si lo sudaban, mucha plata. Lo más sabio de su discurso fue la prohibición de consumir la coca y que añadió al glosario de órdenes que «le habían sido encomendadas de trasmitir». Lo improvisó todo, como se imaginará, pero esa cláusula la añadió a última hora de forma certera, pues los *dealers* que consumen no suman beneficios, y aquí la gran triunfadora debía ser ella que debía asegurarse de recibir todo lo recaudado. El resto de las normas que impuso, imagine: cualquiera que a usted se le pueda ocurrir, y alguna más en su papel de jefa de aquel pequeño comando civil. Y narco.

En aquella primera ocasión se acordó que ella les guiaría. Así que por jueves y viernes se encerraron en su piso, con alta dosis de adrenalina segregada ante lo prohibido. Con emoción y miedo que fueron perdiendo según preparaban algunas más de doscientas dosis de a gramo y medio, arriba abajo. ¿Cómo lo hicieron sin apenas medios? Se lo explicamos. Tomaron como muestra un montón de cien (su báscula no daba para pesar menos) y separándola, a ojo, por la mitad, y cada mitad por la mitad, repitiendo seis veces el proceso que doblaba el número de mitades a cada paso, hasta conseguir dividir los cien en sesenta y cuatro partes. Si afinaban con la vista, salía. Matemática pura. Y atinaron bastante. Fabricaron envases, cuyo tamaño determinaron a través del método de prueba y error, con recortes circulares de bolsas plásticas de compras. Usaron hilo de coser para cerrarlos. La labor fue tediosa, casera, complicada sin la debida intendencia. Tras de repetir el proceso por tercera vez, aún quedaba un montoncito de lo portado por Lagarta. Se guardó en el departamento, junto con las dosis elaboradas. La emoción le pudo al trío, se saciaron de amor libre y durmieron diez horas seguidas, después. Los tres.

El fin de semana comenzó la venta. Fueron directos al exterior de

los clubs más de moda entre el turismo. Optaron por colocar las dosis por poco precio y vieron que eso generaba desconfianza en la calidad del producto. Así que igualaron por abajo el valor al de mercado y entre sábado y domingo habían despachado sus primeras sesenta dosis e ingresado lo correspondiente. Plata caliente y vuelta a las emociones, a la adrenalina y al amor libre.

Lagarta, sin dejar que se viera lo que le excitaba todo aquello, decidió empezar a gastar su parte que tomó para supuestamente aportarlo a la lucha. Entendió que usando el dinero en metálico, en Acapulco, no tentaba su suerte, así que anunciando que debía volver a Zihuatanejo, se alojó en un buen hotel de espaldas a la pareja. En realidad, lo hizo porque podía y porque se estaba encaprichando de la compañía de los dos, de Hugo y de Lupe (a alguien le había escuchado que no se debían mezclar el placer con los negocios. Empezaba a comprenderlo). También consideró que necesitaba descanso y algunos placeres de los que no iba a gozar a su vuelta. En Zihuatanejo debía ser discreta, allí podía, esos días de ser una anónima en una gran urbe, consumir en ropa, en televisión por cable, en novelas, en comida, en cualquier antojo que en realidad eran pocos. Con su paciencia fue sencillo dejar pasar los días. Se alejó mucho de los ambientes universitarios y nocturnos. Disfrutó del sol y de las playas, casi como una gringa más.

Cuando diez días después simuló su regreso al piso de la pareja, los halló enamorados de su confianza, del negocio en general y de sus beneficios en particular. Lo habían vendido todo, hasta el excedente que dividieron y embolsaron, usando una balanza de precisión, cucharillas con medidas, y un pack de bolsas de cierre termosellado. Y todo adquirido con parte de su diez por ciento. El noventa restante —que Lagarta calculó con rapidez—, se le entregó íntegro. No cabía de gozo ella por dentro, por fuera interpretaba a la perfección su papel.

Pasó un mes y el binomio ya no asistía a sus clases, ni frecuentaban ambientes socialistas, pendientes del negocio y creyéndose más luchadores que los intelectuales. Se estableció que cada tres semanas Hugo y Lupe hacían el viaje en bus hasta Zihuatanejo con lo recaudado, que entregaban a Lagarta, y ésta les proporcionaba lo que tocaba, sin cortar, para el regreso. Porque hasta lo de la adulteración delegó ella. Había calculado Lagarta que cortada tendría para casi veinte kilos de sustancia, así que se encargó de proporcionar en cada ocasión como para siete u ocho dosis diarias. Les ordenó colocar una aquí, tres a diez cuadras, aquí y allá, para no estresar a la competencia y no llamar la atención. Nunca les dispensó más medida que con la que pudieran disponer de cien gramos por semana para la venta, lo más medio kilo por mes, así tendría para unos tres años. Había tantos yanquis, y tan viciosos, que entraron poco a poco en el mercado, sin

molestar a nadie como se pretendía. Nada de clientes fijos que le buscan a uno necesitando, a cualquier hora. Mejor, turistas. Los beneficios para la pareja eran tantos que no les importó trabajar de más. Consiguieron un par de contactos. Uno para efedrina que les permitía rebajar el porcentaje de coca pura en cada dosis manteniendo sus efectos, y otro de pectina en polvo. Y siguieron usando algo de harina y azúcar, estirando el peso total que se obtenía. Tan sencillo. En cada visita se encontraban a la misma Lagarta, con sus mismos hábitos y su misma vida, logrando que confiaran en que ella no se quedaba con nada de los beneficios y que todo era para la lucha contra el capital. Lo que en realidad pasaba, es que guardaba y aguardaba para comenzar con el blanqueo que iba necesitando, pero sin llamar la atención.

Seguían bajando las aguas revueltas por Zihuatanejo entre quienes habían vivido la desaparición de diez kilogramos de cocaína pura, es decir Sito y sus lacayos que seguían presionados y no podían olvidar aquello, y las sospechas populares en relación a lo de Adolfo y su amante rubia que el trascurso del tiempo había convertido en rumores a cada cual más magnífico. Y Lagarta con su discreción nos enseñaba su astucia. Sito, al contrario, estaba muy nervioso. Se habían vuelto a ver en alguna ocasión, pero ella limitándose a un saludo lejano, con fingida simpatía. Él inseparable de sus gorilas uno de los cuales ahora copilotaba el Chevy. Y llevaba contratado a un tercero en el coche negro, detrás, con el otro gorila. El pistolero, le decían al nuevo, porque donde ponía el ojo, ya se sabe. El esmirriado Andresito se justificaba con que los empresarios honrados cada día sufrían más el secuestro y la extorsión y de ahí que necesitaba más custodia. Como si en el mundo a su alrededor todos fueran estúpidos. No era más que otra excusa de las que hay que dar para quedarse uno contento y el que la recibe hacer como que está conforme. Pues más jodido es el silencio, así al menos se aparenta algo. Igual-igual que los asuntos de cornamentas entre Adolfo y su mujer.

Se debe suponer por todo ello, y por la lógica, que los narcos seguían buscando al ladrón de lo suyo, no desaparece un fardo de diez kilogramos así sin más. Normalmente se volatiza el culpable y nadie más vuelve a verlo, eso es que dan con él. A veces hay un arte en ese envite y se le procura al humano en cuestión trato como a un toro en un ruedo y poquito a poquito, entre distintas suertes, se le va mandando al otro barrio. En función de la resistencia del tipo, ese proceso tarda más, o menos. También tiende a desaparecer algún "*not guilty*", como el pobrecito de Adolfo, al que se le trata igual, por las dudas. Sin otras pistas, pues no había salido la mercancía a la luz, Sito pasaba automáticamente a liderar la lista de sospechosos, para el cártel. Él era un engranaje en la cadena de distribución, entre la

fábrica de refinado y el traficante que se la fiaba —o vendía— al camello que se la colocaba al cliente —al drogadicto queremos decir —. Cobraba tasa fija. Como también el difunto pescador. Así que no podía hacerse cargo del montante del valor de la sustancia, ni de lejos. A los narcos no es que les importara la lana tanto como la traición y las molestias, pues tenían que enviar otro tanto por otra ruta. Lo explicaremos, y llegará el inciso al que queremos que se atienda.

Por entonces se gastaban unos cuatro mil dólares por kilo entre producción y venta al distribuidor (que era al fin quien lo cortaba). Ahí entraban los pagos a Adolfo (poco) y a Sito (más) cuya función era hacerla llegar a los USA en traslado directo, camuflada entre pilas de neumáticos que se enviaban a una fábrica de Austin, Texas, para su recauchutado. Allí pagaban cincuenta mil dólares por kilo. Así que el fardo, en bruto, valía medio millón. Y Sito no tenía ese dinero.

Llegó el inciso: sí, está usted pensando que Lagarta iba a sacar mucha más tajada, porque cortada la sustancia su volumen se ampliaba. Vendida por gramos el beneficio se multiplica. Se había ahorrado, además, los costes de cultivo, recolecta, producción y distribución. Así es. La mujer iba camino de joven millonaria. Y Hugo y Lupe, lo menos, de acaudalados.

Pero volvamos a Sito, que también anda por aquí, y debe ser contada también su parte —él no tiene escrúpulos a estas alturas, y aquí su psicopatía sirve para que podamos extendernos un ratico en el asunto—. Anduvo mirando hacia atrás días que fueron semanas, que fueron meses, casi a cada paso. Desconfiando con el correr del tiempo hasta de sus contratados. Los mecánicos y los guardaespaldas. Había delatado rápido lo del cambio de harina por cocaína, que sonaba como de broma, pero fue cierto como se ha explicado. Desde el cártel se le dijo que anduviera tranquilo y localizable, así como te dicen los chotas cuando sospechan de ti. Con la salvedad que éstos no le aparecen a uno en un callejón, le practican una corbata y lo balacean. Algunas excepciones haberlas haylas. Todo el mundo tiene un precio. Hasta los de la cana, que diría algún amigo de Mar de Plata.

Adelante. Sabemos nosotros, los que lo vivimos en riguroso directo desde acá, por donde ya rondábamos por entonces, que dos mujeres y también sicarias le espiaban por sus zonas de alterne favoritas, a la espera de que cometiera un desliz. Eran las mismas bellezas que hicieron lo de la gam..., perdón, lo de la rubia con cuerpazo y lo de Adolfo, que su tortura fue bastante para confesar cuanto sabía, que era nada. Eso los amos del cortijo lo conocieron informados por ellas, así que por allí las dejaron un tiempo. Su consigna era no irse de Zihuatanejo sin saber si Sito mentía, o pendientes de que aumentara la oferta en la zona, señal de que la sustancia salía de la madriguera a donde la hubieran llevado. Mas la coca no asomaba, y el hombre

parecía no saber de ella, o era demasiado listo (psicópata). Los tipos de su condición lo son, pero también son machos latinos, con lo que a veces se confunde cojones con cerebro. Hasta que llegó una noche, entre cervezas y debidamente escoltado, que Sito platicó con una de aquellas *mataharis* buscando un polvo. La jodida lo prometió a cambio del otro tipo de polvo, el narcótico. Y él que no tenía, que no suministraba, que estaba hartándose de andar por lugares donde se tiraba de tales artificios para aguantar una noche entera y satisfacer a una mujer. Aun así, ella aceptó, hasta en eso podía estar mintiendo. Marcharon en el Chevy, al que le seguía un buga negro con tres matones, y a éste una motocicleta con la otra mujer a saldo de los narcos.

Nos vamos recreando con este asunto, que dio su permiso y es que lo de Sito tiene tela. Y nos escucha y ni se inmuta. Se ríe. Así que seguimos, que al acabar se sumará él en este limbo a ser testigo de lo que vendrá y todo sirve para contextualizar esta biografía autorizada de Lagarta.

Sito y la mujer que había apalabrado un polvo llegaron a su hogar, entraron por el garaje (apertura con sensor y mando a distancia) donde dejaron el Chevy. El auto negro que les había escoltado quedó fuera de la vivienda y el último contratado, el que decían el pistolero, bajó a pasear y a fumar. Cuando volvió, los dos gorilas habían desparramado dos o tres litros de sangre por la tapicería del buga. A mitad cada uno, aproximadamente. Otros a quienes sus seres queridos sí que les hicieron la ofrenda de los muertos, con su vinito, su sal, su incienso, hasta sus flores de cempasúchil iluminadas por luces de velas y un par de menús de *burguer* de una conocida franquicia. «Pero qué buena eres, Margarita, en lo tuyo» le dijo el pistolero cuando regresó. Ella le cogió por la cintura y lo beso compartiendo la sangre caliente que le había salpicado el rostro, y él respondió a lametazos. Enseguida chacheaban fumando ambos, pues eso es lo que en esos momentos les latía hacer, sentados sobre el capó. Esperando. Ya sin besuqueos, pasado el éxtasis inicial de la asesina, que aún tenía algo de sangre coagulada, seca, en el cuello y otro poco en una oreja (al menos a la vista). Volvió a su condición lésbica que solo abandonaba algunos instantes como aquel por motivos de labor, siendo su pareja la que estaba dentro de la casona con Sito. Tumbaron luego los fiambres para que no se les viera desde las aceras, si bien por allí era harto improbable que alguien pasara, estaban a las afueras, en una zona residencial de alto standing. Y fueron hacia la puerta de la casa, a timbrar.

¿Qué pasaba dentro? Vamos a hacer que no sabemos cómo se llegó a la situación que se describirá —aunque Sito quiera que lo hagamos, pero no es este un relato pornográfico—, y contaremos cómo estaban

las cosas cuando Margarita y el pistolero pasaron dentro (la otra *matahari* les abrió): Sito estaba desnudo, atado en su propia cama, con el ano perforado por un dildo. Las carcajadas de los recién llegados fueron largas, con cuerpo y volumen. La otra espía, medio desnuda que estaba de cintura hacia arriba, se sumó a las risotadas, dijo que el pinche se lo había hecho solo, «en serio, no me mamen ¡eh!». Se miró el trío y la otra siguió: « ¡Sin lubricar el güey! ¡Tiene el agujero más grande que el cráter de Chicxulub! ». Y compartieron seguir a pecho partido, demasiado distraídos y confiados, incluso el pistolero se dobló un instante de cintura para abajo pues creía que se le cortaba la respiración de la pura risa. Pero esas que se han contado fueron las últimas palabras de la que no era Margarita, dichas para aumentar lo cómico de escena, antes de que una bala de calibre 45 ACP le atravesara un pulmón y la secara de la misma. Sito, que no era tan tonto como para desprotegerse ante una desconocida, por más vicioso que fuera —y como buen psicópata—, esparcía plomo por su habitación con los ojos fuera de órbita, después de desanudarse sin esfuerzo cuando vio llegar a la pareja y usando el Colt oculto de su mesilla. Lo suyo no era la puntería, aunque fue más certero que el chavito de Pulp Fiction en la escena del departamento de estudiantes que no atinó un tiro siquiera. Bien, vale, el muchacho tiró solo seis, Sito tenía quince, pero estaba penetrado por detrás y atinó una al menos, en un pecho. Lo que pasó cuando vació el cargador sucedió rápido. Ahí tuvo fortuna porque no se alargó su muerte, sin ningún tipo de suerte taurina. Después de aquel jaleo, los dos sicarios que quedaban vivos se incorporaron mirándose el uno al otro con expresiones indescifrables, el instinto les había mandado el cuerpo a tierra, checando de no tener ningún agujero. No lo habían, ni tiempo como para pasar el rato, ni para llevarse a Sito pues solo disponían, como método de huida rápida, de la motocicleta de Margarita y un carro con dos cadáveres. Pasado el susto inicial, el pistolero necesito un disparo para partirle el cráneo y esparcir sus sesos. El dildo salió del agujero, ahí había seguido apretado por la tensión de los anteriores instantes. El siguiente tiro, el de Margarita, fue por venganza. Allí, a sus pies, yacía su chamaca.

Enseguida supo Lagarta de todo ello, al menos de lo que se contó, y que se resumía en que Sito y una mujer quedaron fiambres. Se alegró, ¡cómo no! Pero no porque hubiera visto un mal tipo en el que nos acompaña ahora, sino por ver despejado el camino para comenzar la operación de blanqueo. Siga leyendo. Regina, perdón Lagarta, rondaba varios proyectos en mente. Sabía que un negocio no iba a ser suficiente. Así que como siempre, paciente, dejó pasar un par de semanas más y fue a por ello. Hay que decir que para entonces el montante de boletos —billetes—, que escondía bajo su colchón

empezaba a abultar demasiado. Era un problema. Seguía sin gastar por no aparentar. Salvo mínimos caprichos. Ni un detalle siquiera tuvo con los tíos. Al fin y al cabo, ellos la mantenían. ¿Cuántas chavas de su edad habrían sido capaces de contenerse con tanta plata? Las que suponemos todos, solamente cuatro. O ninguna. Pero así era el plan. No llamar la atención ni en su casa.

No podía contar con Hugo y Lupe, que bastante tenían con lo que tenían. De hecho, al inicio de sus cavilaciones, pensó por un tiempo decirles que la guerrilla necesitaba del blanqueo, pero era una idea absurda, tanto como involucrarles a ellos en esta segunda fase de su plan. Así que de plano que tenía que ocuparse ella por sí misma. Sobre el narcotráfico había aprendido algo de Adolfo — ¡presente! dice ahora—, y de la vida, al final se trataba de vender un producto adquirido con riesgo y guardado igual —tentar a la suerte que le provocaba cierto placer—. Disponer del dinero ilegal libremente era distinto.

Manos a la obra. Lo primero, convencer a su tío de comprar al retirado Andrés Cano la lonja donde tenía el taller y que tras la muerte de Sito permanecía cerrado, después de un registro judicial en el que no se halló nada. A tercios. Uno Isabella, otro el vasco y otro ella, Lagarta. Kepa no entendía a qué venía aquello, pero cuando estudió el trato creyó que invertir los ahorros en el local no era mal plan de futuro. El viejo Andrés vendía a la baja tras la estocada anímica por la muerte de Andresito, del que estaba harto, sí, pero era su único descendiente vivo. Creyeron a su sobrina cuando les dijo que la lana de su parte la llevaba heredada de su padre, desde siempre años atrás, y de su tío Claudio. Lo segundo extrañó de entrada a Isabella, era su hermana. Pero con lo desapegada que era esa prole, lo vio factible. Se habían visto en la vida menos veces que dedos hay en dos manos, salvo que haya muchos amputados. Lo que le chirrió al tío fue que a la pinche de su sobrina (cuesta calificarlos así, con ese estatus familiar, atendiendo a los dos primeros años que pasaron juntos, —y aquí el vasco frunciendo ceño—), le diera por esos planteamientos sobre planes de futuro y jubilaciones. Lagarta se justificó diciendo que copiaba la idea de oída en una taberna. Salidas para todo tenía, con convencimiento. Andrés el padre aceptó el trato y se retiró a la montaña a vivir lo que le quedaba, lejos de cualquier hospital (aquí el hijo dice que hizo de madre porque ahí sigue con casi noventa otoños —la paz de tu ausencia, comenta Emiliano—), y la inversión quedó hecha.

Como se sabe, a esas alturas, ella por libre seguía, preocupada de mimar a la lagarta, teniéndola bien alimentada y limpio su terrario; acompañándola siempre que podía. Adueñaba un tercio de una lonja y Zihuatanejo tenía un garaje menos. Con eso no había limpiado ningún

boleto aún y la plata seguía llegando regular. Hugo y Lupe, por cierto, a cada viaje, vestían o se adornaban mejor. Se tatuaron también, brotando una idea nueva a Lagarta al verlo. También por aquellas fechas, a cuenta de aquel tatuador, habían hecho la amistad de un gringo que les compraba una o dos a la semana. Retomaremos eso más tarde.

Lagarta, siguiendo con sus propias tesis, sentó a sus tíos una noche y pidió permiso para abrir un negocio, para sorpresa, no en la lonja sino alquilando una nueva junto a la Pemex, pues había varias desalojadas desde hacía tiempo. «¿Y los pesos?» preguntaron ambos, así a dúo, tan buena pareja eran. Así que no quedó sino mostrar una parte pequeña del montante de beneficios que seguían llegando. Herencia de Adolfo pensó en alegar, pero aún no se le daba por muerto. Legalmente: desaparecido. Un premio reciente en un juego de azar, mintió con descaro. Y nadie en aquella casa pudo demostrar que no era así. ¿No quería el vasco que Lagarta se ganara la vida trabajando, con honradez? — a eso nos contesta que sí, que quería.

En dos semanas tenía garaje, solo para neumáticos, equilibrados y pastillas de freno. Contrató a un amigo de Isabella que trascenderá en esta biografía. Ella lo propuso y fue inicialmente todo un acierto. Con él Lagarta simplificó un asunto al que todavía no tenía encontrada una salida, ya que ella podía llevar los números, lo debía, pero necesitaba alguien a su lado cambiando ruedas y, sobre todo, no haciendo preguntas. El tipo controlaba pues había hasta pilotado en las carreras, por toda América, y llevaba tatuados a todo color a los hermanos Rodríguez, junto a un John Lennon (sin Yoko Ono), en el hombro izquierdo. Luego de dejar de pilotar quedó en la NASCAR de mecánico, ya la había catado al volante con un sexto como mejor resultado, hasta que tiempo después el alcohol le empezó a consumir poco a poco y acabó expulsado de los USA por asuntos legales, delincuenciales. Algo de familia dejó por allí, pronto se sabrá. Gracias a la amistad de la tía, de quien había estado profundamente enamorado en su niñez, el tipo dejó de ser un pinche huevón tras su regreso. Trabajando para los estadounidenses conoció a tantas mujeres, y hombres, y mujeres-hombre, que ninguno de aquellos viejos sentimientos influía en su amistad y hasta abrazaba al vasco por hacer tan feliz a Isabella. Ismaelito le llamaban, aunque a esas alturas de la vida contaba buena barriga y era más alto que el tío Kepa, y una sexta de edad mayor, aproximadamente. No muy bello, para no mentir. Lástima de hombre. Y si lo decimos ya imaginará usted que también hoy es uno de los nuestros.

El negocio del nuevo garaje echó a andar, bien cerca de la Pemex como se ha dicho. Lagarta tenía su despacho en una planta superior fuera de la vista. Isabella y Kepa, en la estación de servicio,

entregaban a la clientela vales de descuento del treinta por ciento como regalo por apertura del negocio. La competencia lo aceptó por legítimo en unos inicios, pero pasaban semanas y aquello seguía funcionando igual. Con la rebaja robaban parroquianos a otros talleres. A Lagarta eso le daba igual, a más ventas más dinero volvía blanco, hasta que un día Ismaelito, que feliz era allí laborando, recibió una paliza por mandato del dueño de un negocio rival. Acabó en el hospital herido de cierta gravedad. Tanto que no puso una rueda en dos meses. Lagarta le había cogido cierto cariño al hombre pues le era útil. Como mecánico debía valer, no había quejas, y hasta amenizaba con sus historias de las carreras a los choferes que se quedaban allí durante el cambio de gomas. La saludaba cada mañana cortés, sin una mirada mal intencionada, como ajeno a su belleza. Como un respetuoso caballero, aunque no lo pareciera. Algunas ocasiones al cerrar por la comida se acercaban a la estación y almorzaban juntos los cuatro unas tortas, los tíos, Ismaelito y Lagarta. Los beneficios de Acapulco seguían llegando puntuales.

Y sucedió lo inesperado. Regina, pues así se presentó ante él, obviando el sobrenombre que le había creado el difunto Sito —por aquí saca pecho—, conoció a Thom (Thomas) Vieytes, hijo del mecánico, de su época de la NASCAR y de una community manager, formal y seria por entonces —como son las cosas por allí, ejem...—, del circuito de Daytona en Florida, de la época en que Ismaelito pilotaba, siendo el chavo la familia que dijimos que dejó por allí. La de los padres fue una historia breve, con casamiento, embarazo y divorcio, pero siendo ambos seres respetables y jóvenes, no se discutió ni paternidad, ni manutención. Thom e Ismaelito nunca habían dejado de relacionarse, cosas de la sangre y de lo mucho que le gustaban al niño, entre otros asuntos, los bólidos y otro asunto que será importante en el futuro de Lagarta. Socialización pura fue la del chamaco en los óvalos yankis, con el papá, la mamá, o ambos. Así que cuando Ismaelito regresó expulsado de los USA, el vástago le siguió cada verano —excusa perfecta para pasarse unos días por Cancún o Acapulco—. Volando en aerolínea, se entiende. También fue de visita, en ocasiones, al azar. Al saber Thom de las lesiones del padre, con quien había retomado más el contacto desde su trabajo en el taller tras unos años difíciles y un poco antes desde retorno a la amistad con Isabella, salió volando de Miami a Acapulco y allí le recogió el vasco. Directos fueron luego en el Ford hasta el hospital.

Ese mismo día se encontraron. Regina boca abierta porque no entendía que con lo gacho que era el padre, lo bello que era el hijo. Era como Emiliano, pero en gringo de Miami. Un año más joven, mulato clarísimo —tanto que no lo parecía—, uno ochenta, atlético, rubio, sin un ángulo en el rostro, barba despoblada casi blanca de tres

días, claras hasta las cejas, ojos verdes, labio grueso el bajo, fino el alto y sonrisa perenne —en eso último era mexicano—. Dominaba más bien que mal el castellano. Pero ella enseguida le habló en inglés, en el que aprendió de Megan y ahora, de repente, renacía en algún lugar de su cerebro. ¿Y qué sintió él? Lo mismo, pero al revés. Ya hemos contado los encantos de Lagarta.

Para cuando Thom se enteró, organizó el viaje y llegó, el padre había mejorado. Estaba el asunto del motivo de la paliza que a él se lo habían dejado bien clarito. Lo agarraron tragando pinole (en babia, distraído), cuando iba a cerrar y Lagarta andaba por la Pemex tratando con sus tíos. Entre golpe y golpe, uno de sus asaltantes, el que miraba y no pegaba, lo dejó bien claro: «me tienes hasta el queque con los descuentos». Y al él lo descontaron, pero a base de golpes de vara y de patadas. No se supo de qué garaje venía el asunto, pero siempre se sospechó del más cercano, porque era el que más perdía y porque Ismaelito creyó reconocer la voz del dueño, si bien nada dijo y se lo guardó. Como sobrevivió no quiso venganzas. Se acabó el descuento a los habituales de la Pemex, pero la cartera de clientes conseguida y el de boca en boca, tiraron para adelante con el negocio.

“Los chavitos felices” (así se titularían las líneas que vendrán si este texto se dividiera en párrafos con nombre). Sí, ella solo había sabido de aprovecharse del sexo débil (que es el de los más machos, se diga lo que se diga —aquí ahora que casi todo lo vemos y sabemos, no lo negamos—), y no le había ido mal, económica y sexualmente, que es lo que buscaba. Solo con el guerrillero había sentido algo... distinto, aunque totalmente intangible. Era tan joven entonces que bien podía estar confundiéndolo. A esas alturas de su vida, a ojo diez años después —es que aquí en este limbo de justos, leches, no va igual el tiempo—, era una mujer adulta, solitaria, que cada vez se acercaba más a mostrar el yo de su cerebro y su trastorno antisocial. Vamos teniendo dudas de si hay otro tipo de perturbación de la conducta que la describa mejor. Jamás hubiera dado nadie, ni el vasco que era a la postre quien más la conocía, un centavo por verla derrotada por amor, y lo parecía por esos días. Al segundo de conocer a Thom, como no queriendo, pero deseándolo ambos, coincidieron en la habitación del herido que de la misma les manda a freír espárragos, a no agobiar para leer sus revistas de automovilismo (las que ambos le llevaban, algunas por duplicado, pero él no lo confesaba). Y en la cafetería ya se pasaban el chicle. Ella pronto le llevó a ver a su lagarta. Thom le ayudó a limpiar el terrario, sujetando el reptil algo asustado mientras Lagarta no podía dejar de mirarlo, así tan vulnerable. También aprovecharon la soledad, yacieron como lo que eran, jóvenes con los andrógenos y los estrógenos en las nubes, ya se imaginarán. Aquí no damos detalles, pero decimos que ella acabó cediendo por detrás al de

poco. Y él, abobado perdido.

Cuando dejaron de ser obligadas las visitas a Ismaelito porque éste ya se trasladó a su domicilio, llegaron a estar cuatro días sin verlo, pecando aquí y allí, en las playas de ella, Quieta o Linda, junto a la lagarta o en la habitación de hotel de él. Y sí, ella atolondrada por culpa de Cupido o necesitada de sexo, pero no olvidó visitar los lugares donde tenía ciertos paquetes enterrados. Y todo en orden. Hasta recogió una dosis jugando a las escondidillas con él, como dos niños. Thom le contaba, hablaba mucho, de su vida en Florida, mientras le acariciaba la espalda y el lunar familiar sobre la rajita del culo y a ella se le abrían los ojos con cada aventura, más y más. Aprovechaba para mejorar su inglés, que se había vuelto por la falta de uso torpón, casi un spanglish. Aunque rápidamente mejoró. De repente, le volvió su gusto por la música. ¿No lo hemos dicho? Ya se insinuó unas líneas atrás: Thom tocaba el bajo en una banda de rock, como hobby compartido con el automovilismo, los Telegram Sam. Al menos ella pudo hablar de U2, de su simpatía por la rola de los Rolling Stones de la que se habló ya, también de Thin Lizzy (a los que no conocía Thom, así que Lagarta le contó la historia, o lo que recordaba, de Phil Lynott), y de los Waterboys a los que resultó que él idolatraba. En el carro llevaban siempre un compacto, el de Fisherman`s blues. Regina mejoraba el inglés con sus canciones, cantaban juntos: *I wish I was a fisherman / Tumblin' on the seas / Far away from dry land / And its bitter memories...*. hasta el estribillo… *With light in my head / You in my arms / Light in my head / You in my arms...*. Y él la abrazaba, y se besaban, y todas esas cosas propias de los tórtolos y las tórtolas. También Regina le regaló una guitarra, en una visita a Acapulco como de pretendientes formales. Detallemos eso último que a la postre... bueno, siga leyendo:

Iba tocando recibir en Zihuatanejo a Lupe y a Hugo, a los que iba a ser difícil dedicarles el tiempo que merecían. Así que modificó el plan y se marchó ella para allí, para Acapulco, con las centenas de gramos de coca pura que correspondían y con su amado Thom que nunca supo lo que se había jugado en aquel viaje. En cualquier caso, era cosa de novios escapar unos días a un lugar turístico. Ella había aprendido a llevar bastante cash, mucha de hecho, por si algún chota quería interrumpir el negocio. Lo contamos, pero de no haberlo hecho no cambiaría esta historia pues el trayecto en el Ford del tío Kepa se hizo sin incidentes.

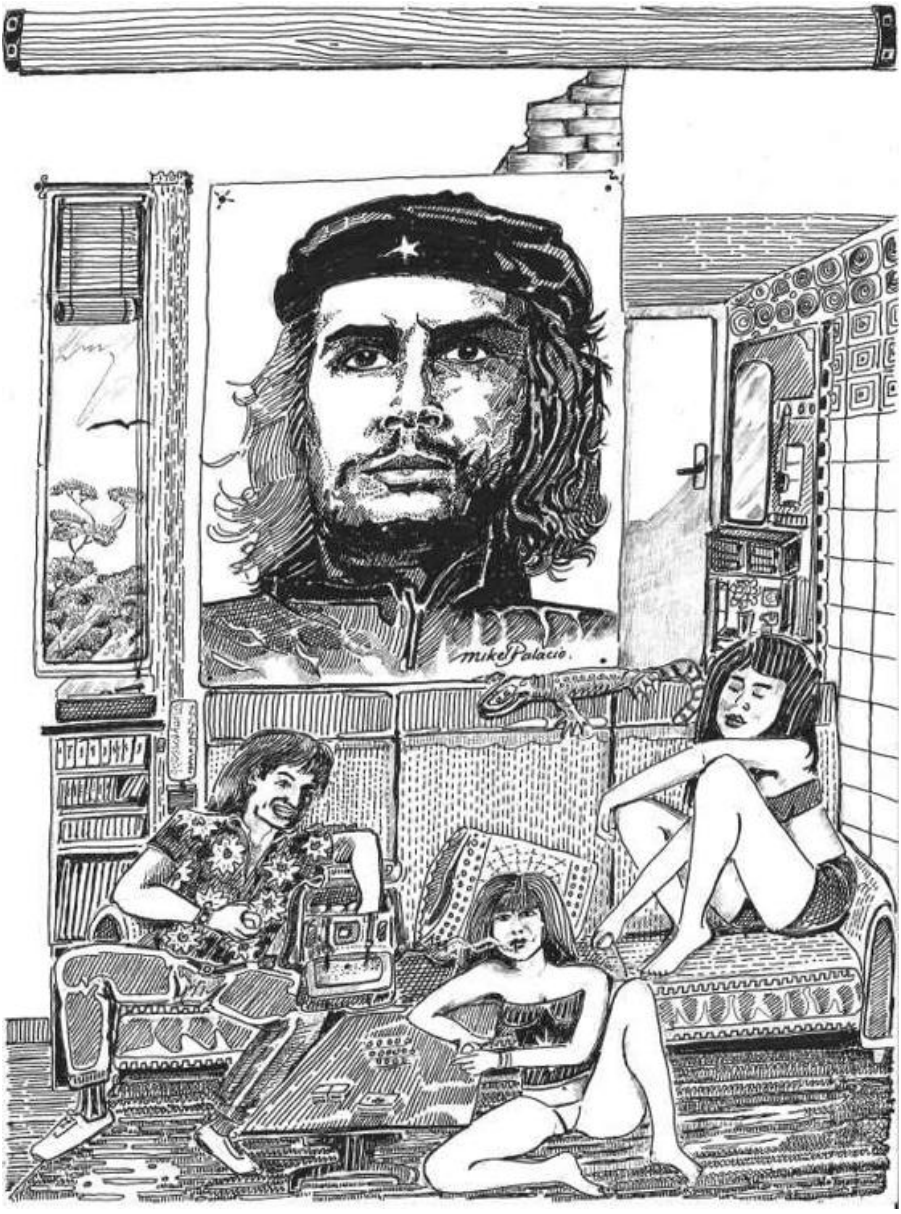
No se oculta que el binomio de *dealers* seguía enamorado de Lagarta y que se conformaban con el amor libre que correspondía con cada uno de sus viajes a por mercancía. Ellos dos no es que se amaran, es que eran uno solo. O eso sentían. De primeras, cuando la vieron llegar del brazo de un yanqui rubio: decepción. ¿Han visto alguna pareja

compartir los celos por alguien? Entonces se dio. Cosas. A Thom le parecieron gente simpática, y no se enteró del negocio porque su chica —la nuestra—, se ocupó de mantenerle distraído de todo cuanto acontecía casi en sus narices. Así de bobo seguía él con ella que no se coscó de nada.

Dejemos de irnos por las ramas. El asunto del tatuaje. Ya se contó que ella había visto los de ellos y tuvo una idea, así que allí fueron los cuatro, donde el tatuador —y ya de paso se llevó la dosis al gringo, amigo de éste, que dijo que se pasaba por allí también—. ¿Qué se mandó dibujar ella? ¿Hay que contarlo? Efectivamente: su lagarta, bueno, una parte, la cabeza y unas garras —las de delante—. En su hombro. Quedó perfecto, todo negro y alguno de los granos amarillentos de sus escamas. Y después, y no entendemos si fue como un guiño a las antiguas rabietas que procuraba a Kepa, o por añadir un asunto musical que satisficiera a su chico, se hizo, en un lugar solo visible en su desnudez, en pequeño, el símbolo de la boca y la lengua stonianos. Thom también aprovechó la visita al estudio, que como imaginarán se alargó. Él ya tenía varios. Y se tatuó la frase *Light in my head / You in my arms…*, con la que dijo que siempre la iba a recordar. Se la grabó en el brazo derecho, a la vista. El binomio, Hugo-Lupe, aprovecho para tatuarse un pequeño sol, ella, y una pequeña luna, él, en sus tobillos, así como si sumaran entre los dos el día completo.

Junto al Tatoo Rock Center Diablo, que así se llamaba el estudio, estaba la Mansión de la Guitarra, otro negocio que por obvio no decimos qué vendía. Y a la vista, una Gibson SJ200 con acabado sunburst, bellísima, carísima, preciosísima. Quien sepa de guitarras entenderá de qué le hablamos. Thom siempre había deseado una. Estaba en su lista "*must get*". Y allí perdió el norte Regina y la adquirió, para él. El binomio ojiplatico con la guerrillera, que les parecía otra, cuando la vieron pagar. Y es que tiró del cash de seguridad que ellos desconocían que portaba y ya no iba a necesitar para su vuelta. ¿El Yanqui? Abobado por partida doble, por Regina, y por la Gibson. Adelantemos que, aunque enamorada, no había pasado a ser estúpida del bote, porque al siguiente encuentro con Hugo y Lupe, ya sin Thom, les cabalgó juntos y por separado y les confesó que aquello con ese yanqui no era más que otra misión presupuestaria de la guerrilla, una inversión bien planificada. Y el binomio, como siempre, tragó.

Y ahorita, aclarados estos asuntos, que nos sirven para enfocar el futuro de este relato, vamos a hacer un descanso. Usted solo cambia de página, en ese tiempo terrestre que tarda, nos basta para acordar como contar lo que sigue.


Mike Palacio

CAPÍTULO 7

¿Se acuerdan del gringo, el que compraba una o dos a la semana? Tomó nota de todo. En especial del regalo y del pago en metálico. Sacó desde un coche algunas instantáneas con una cámara fotográfica y un teleobjetivo, de los cuatro. Y se marchó.

La noche del regalo, en el hotel. Thom ofreció un pequeño concierto a Regina estrenando la Gibson y que acabó con el Imagine de John Lennon. Ella no pudo evitar que se le escapara una mueca graciosa que a él le confundió. En realidad, la había provocado la lírica de esa tonada. Tanto buenismo y tanta ilusión por un mundo mejor le desesperaban a ella. Tanto imposible, tanta utopía.

Volvieron a Zihuatanejo y se acercaba la partida de Thom, lo que entristeció a ambos. El último domingo pasaron a comer, por casa de los tíos, con Ismaelito que ya salía de su departamento y podía moverse un poco siempre que le llevaran y le trajeran. El vasco, e Isabella, percibieron muy bien el rictus serio de la sobrina, apenada pues le quedaba solo una noche más con Thom. Él le había pedido volverse juntos a Florida. Que allí iba a ser muy feliz; que saldrían juntos a pasear por las playas; que harían el amor antes y después de sus conciertos; que podría trabajar ofreciéndose para clases de castellano porque había mucha demanda; que en su apartamento tenía sitio para los dos; que podría conocer a su madre; que los tíos podían ir de visita; que pilotaría en Daytona; que el país era más rico y se vivía mejor; que la mentira del sueño americano, en definitiva. Y debemos decir los que aquí estamos y queremos opinar, que, por primera vez en su vida adulta, y aquella fue la ocasión más cercana, estuvo a punto de ser sometida por una voluntad ajena. ¿Entienden ahora el grado de encaprichamiento con el niño yanqui (mitad mexicano)? Pero eran muchos los inconvenientes. Uno el más importante: su negocio, que iba viento en popa y a ojo de buen cubero esperaba estirarlo un par de años más. Había pasado ya el tiempo suficiente desde lo de Adolfo y Sito como para haberse ganado una existencia sin sobresaltos (exceptuando lo de la competencia con su mecánico). Estaba el asunto de la plata que ahora crecía legalmente en la cuenta corriente del garaje. De cada cuatro ruedas colocadas ella había vendido seis. Podía pagar a Ismaelito —jamás pensó en aumentar sus emolumentos pese a la paliza—, no tenía acreedores y el alquiler de la lonja era barato. En un par de semanas, además, reabría. Y estaba otro asunto, que ya lo había sopesado ella tiempo atrás, y era la lagarta, que no podía sacarla del país así como así, pues necesitaba permisos del lugar donde quisiera instalarse.

Esa última noche se prometieron, los dos, visitas, reencuentros y amor eterno. Lagarta le aseguró que en unos años acabarían viviendo juntos. Justificó que, aunque no lo pareciera, sus tíos dependían de ella, e incluso el propio padre de Thom, Ismaelito. Él vio algo raro, celoso. Ello arruinó en parte esa velada final. Al día siguiente, en la partida, ambos llevaban calentón, pero ninguno propuso desfogarse en un escusado o cualquier esquina. Thom volvió con el vasco, pero estaba vez a ciudad de México. Aquel día, en el aeropuerto coincidieron la irlandesa Megan, un hombrecito y una mujercita, y Kepa, es la neta, sin verse, pero nada tiene que ver con esta historia. Ella, sencillo, viajaba de ocio al país del padre de los mellizos que era también el de su nacimiento, para que lo fueran conociendo. Lo decimos por explicarlo, porque bastante atrás ya adelantamos que Megan volvió a visitar aquel aeropuerto, no más.

Poco después de la marcha de Thom se abrió el negocio y los clientes volvieron, aunque sin vales de descuento. Pero como Lagarta algo tenía que decir, directo bajó precios. No los tiró pues traería ello las mismas consecuencias, pero sí un mínimo porcentaje a modo de declaración de intenciones. La cuenta corriente siguió en ascenso, los tíos se amaban más cada día y verlos trabajar juntos en la Pemex hasta daba envidia, y para Ismaelito fue como si nada hubiera pasado.

En una de las siguientes visitas a Zihuatanejo, Lupe y Hugo viajaron en carro. En humilde deportivo. Lagarta quiso reprobarles, pero se contuvo. Algo se habían ganado y se merecían disfrutar de su beneficio. Pidió, eso sí, compartimento especial para la pequeña cantidad que debían llevar de vuelta. Ya lo tenían en un doble tubo de la toma de arie del turbo. Allí no iba a buscar nadie. El montante de boletos que entregaban a Lagarta era cuantioso, pero no excesivamente voluminoso. Ese lo acarreaban bastante desperdigado, entre sus ropas, equipaje y pequeño doble fondo, atrás. Estaban en todo. Lagarta no iba a poder prescindir del binomio que tantos beneficios le estaba dando. Pero eran bastante ingenuos pues recorrieron 250 kilómetros de la México 200, con dos autos atrás, a cierta distancia. Uno de ellos llegando a estacionar paralelo durante la parada que hicieron en San Jerónimo. Los chóferes que les siguieron tomaron nuevas instantáneas de ellos y de ellos con Lagarta. Hacía calor, nadie llevaba mangas y Regina mostraba en el hombro su nuevo tatuaje. No observaron nada llamativo, solo una visita de cortesía, una jamada, una escapada a Playa Quieta donde se bañaron, una cena, una visita de hotel y luego como la amiga de los perseguidos se marchaba para su vivienda, con los tíos. Para el regreso, uno de aquellos hombres se adelantaba con los carretes de negativos y el otro se aseguró que la pareja volvía a Acapulco. Después los del seguimiento se reunieron con el gringo, el comprador de unas pocas dosis

semanales. Y él reconoció a Lagarta de su visita anterior con Thom, sabiendo solo que se llamaba Regina por su amigo el tatuador. Es claro que alguien, por lo que se imagina, sometía a control al binomio —conocemos lo que siguió, ahora no es oportuno desvelarlo, tenga usted paciencia, como Lagarta, que llegará su punto en esta su biografía—. Pero era ella, no más, una de las muchas personas asociadas a Hugo y Lupe que se relacionaban bastante, sin haber dado nunca pista de quien les facilitaba la poca coca que traficaban con regularidad suiza. Nada se vio en Zihuatanejo que ayudara a pensar que Lagarta era su suministradora pues era fácil ser discretos en una habitación de hotel.

Un episodio quebró la tranquilidad de las semanas siguientes, donde hubo otra visita idéntica del binomio. Hasta con parecido seguimiento, pero sin levantar sospechas más allá del hecho de viajar y verse con la misma mujer. Fue lo que toca relatar que el jefe del taller de la competencia, el que Ismaelito había reconocido su voz sin decirlo, que se presentó en el despacho de Lagarta, al que accedió sin permiso y aprovechando que el mecánico alineaba unas ruedas y no le vio. Ella, vestida con vaqueros y una chamarra que dejaba su lunar sobre el culo a la vista, también casi el ombligo, tecleaba la contabilidad (la mayor parte del tiempo, sin embargo, leía novela y escuchaba, ahora otra vez, música cantada en inglés). El hombre la sorprendió. Platicaba solo él; ella, mirando como sin haberse disgustado de su presencia, muda. Esa rebaja del precio, aunque mínima, también les estaba afectando, era el resumen de toda su exposición. «Es el capitalismo, ley de oferta y demanda, ¿no?» fueron las primeras palabras de Lagarta. El otro hizo que no escuchaba nada y siguió en su tono de amenaza y dejó ver que estaba molesto por tener que tratar el asunto con una mujer. Ella, que estaba a punto de no aguantar más, decidió que era bastante y, aparentemente, cedió: «tiene razón, veré qué se puede hacer. No vamos a mearnos unos a otros, bla, bla, bla». Se levantó —no lo había hecho hasta entonces—, de su mesa y acompañó a su visita hasta la puerta con una sonrisa, hasta el pie mismo de las escaleras (ya dijimos que el despacho estaba en un alto de aquella lonja). El otro jefe parecía contento y aparentemente solucionado el asunto monetario sonrió, pero ante la atractiva mujer, que no ante la jefa de aquello, con ojos de superioridad y de lascivo deseo (Lagarta distinguía muy bien esas miradas). Llegados al primer escalón, él con la cabeza de lado para poder contemplarla e insinuarse, ella le dijo que tuviera cuidado al bajar «no se me vaya a caer». Y tanto. Se comió unos cuantos peldaños y llegó al suelo en traumatismo craneoencefálico, con tibia, muñeca derecha y cuatro costillas fracturadas, un hombro dislocado, morados y un par de brechas con buena expulsión de sangre. Que caída más tonta. Y no fue por aquellas

miradas, pues habría volado igual sin ellas, créanos que aquí es otro punto de común entente entre todos, que la conocemos y que acreditamos que el pie de Lagarta que trastabilló a aquel hombre se movió por iniciativa propia y que lo tenía meditado desde que se había levantado de la mesa pues si no, no hubiera acompañado al otro hasta el borde de aquel precipicio. El garaje de la competencia acabó cerrando.

Contaremos otro suceso de aquella época —y vendrán más en otras futuras—, ya que estamos con este cambio de actitudes, con este pasar a la acción de Lagarta. Existía por entonces en Zihuatanejo el clan de un pesero que aglutinaba el transporte de civiles de un lado para otro por la ciudad y las afueras, disponiendo de una flota de treinta vehículos y chóferes que hacían lo mismo que Lagarta con la competencia, a ojos del buen capitalismo. Es decir, la guerra de precios. Un día algún otro taxista, despechado y harto, accedió al terreno donde guardaba sus autos aquel pesero jefe y ponchó no menos que cuarenta ruedas. Todas a puñetazos de arma blanca, punzadas y rajadas. Así que, durante tres jornadas con extras, Ismaelito se dedicó a devolver el uso a aquellos coches, cambiando las gomas pues estaban todas inservibles. Pero el cabeza del clan, el que mal pagaba a sus propios trabajadores, empezó a justificarse con que aquellos neumáticos nuevos eran pura chafa, baratos. Y que Lagarta, una mujer, quería cobrarlos a precio de Goodyear de la Fórmula Uno. Y no abonaba las letras. Ismaelito fue a encargarse, pero el otro, según le dijo a Lagarta, cantinfleaba y no decidía finalmente el pago. Resultó de aquellas negativas que una noche ardieron doce autos, con los neumáticos casi nuevecitos. Y sí, fue ella que al regresar a casa olía a carburante tanto que hasta su lagarta despertó y comenzó a lanzar su lengua bípeda de un lado a otro para saber qué estaba pasando. El vasco algo olió y a la mañana supo en la Pemex lo sucedido. Al menos no acabó nadie en el hospital —por entonces todavía seguía allí el otro jefe de taller—, pero el negocio de otro pendejo que osó ningunear a Lagarta fue a la quiebra.

¿Adivinan quien aprovechó la lonja alquilada a tercios para establecer una nueva cooperativa de colectivos? No muy grande ni ambiciosa, pero diez autos con veinte chóferes a pleno rendimiento sirven también para el blanqueo.

No podemos inventar el cómo hubiera sido la vida de Lagarta en Zihuatanejo. Tal vez hubiera sacado en un tiempo a pasear su riqueza para adueñarse del lugar, de los gubernamentales y de la policía. Del alcalde. De los juzgados. Al fin y al cabo, si uno atiende a sus hechos, hacia allí encaminaba sus pasos, pacientemente. Pero centrémonos en los sucesos importantes y determinantes de aquella época siguiente, que impidieron todo lo expuesto. Hemos creído importante resaltar

sus hechos con los otros dos empresarios pues atiende directo a la personalidad de ella que se seguía formando, pero lo gordo de por entonces es lo que más ganas tendrá usted de escuchar.

Así que ahí tenemos a nuestra Lagarta, aún con cierto atontamiento con el que semanalmente departía telefónicamente con Thom, pero rebelde ante las injusticias de las que ella era la víctima. Y dando que hablar porque en Zihuatanejo se empezaba a rumorear de La Lagarta, con dos eles, la del artículo y la del sobrenombre. Nunca era sociable, se sabe, y lo más se dejaba observar por su belleza y porque nada podía hacer contra ello salvo aumentar su vanidad, pero percibió que se la hablaba con más respeto, muy de usted, de señorita, de lo que me diga o me desee doña... No como un pavo, pues es hembra, pero se pavoneaba parecido. A veces entraba a un local, todos grillando, con sus bebidas y sus juegos, y se hacía el silencio tan rápido como iban girando las cabezas oteándola unos y otros, salvo Kepa el vasco, que si estaba por allí no volvía el cuello, lo más movía los ojos hacia donde ella se hallara, más por si tenía que protegerla de alguna reacción de machito de terceros. También seguía siendo joven Lagarta, claro. Y todas estas realidades que comenzaron a rodear sus días, no se dude, la fueron cambiando, para desesperación de, entre otros, el que más, el que giraba solo la vista —algunos de nosotros que ya la habíamos amado en la tierra y éramos testigos plenos de todo ello, comenzábamos a temer por lo que vendría.

Recordará que se inició este episodio con el gringo de Acapulco y sus fotografías, se acordará de los seguimientos, al binomio Lupe Hugo, de la coca... Habrá pensado que se trataba todo de asuntos de los gubernamentales, de los chotas. Nada. Directo lo contamos, iban a saldo del cártel que seguía queriendo saber lo de sus diez kilogramos, aunque tuvieran que gastar tanto como lo que habían perdido en averiguarlo, aunque hubiera volado el tiempo. Así son, no pueden permitir dejarse engañar. Nadie como ellos conocía su producto, su composición química exacta y empezaron a pagar aquí y allá por dosis, en toda la costa del Pacífico, desde Acapulco hasta Tecomán en una primera fase que ya fue suficiente. En medio quedaba, obvio, Zihuatanejo, lugar de donde habían desaparecido los kilos y después Adolfo. Las dosis que adquirían se analizaban, eliminando las sustancias con que eran cortadas, y de entre todas, las del binomio de chavos Hugo Lupe, era la exacta, así que por eso les seguían, hombres del cártel. Pero ellos, tan jóvenes, no daban con el perfil del ladrón y su vigilancia determinó que negociaban demasiada poca cantidad para disponer del total y que alguien les suministraba. Ante el jefe de los narcos, el gringo amigo del tatuador, que era su hombre principal en esas averiguaciones, propuso tres teorías. Un profesor de la universidad; un tío bastardo de Hugo; y Lagarta. Ya se dijo que los

encuentros extraños no eran solo con ella. Por llamar al morbo un segundín: lo del profesor era también por cuestión sexual pues Lupe así lo quiso, otro tipo de trío, esta vez con dos hombres que también jugaran entre ellos. Y ya puesto se explica también que lo del tío bastardo era por imposición de él mismo, que exigía manutención por los gastos derivados de una enfermedad de la madre de Hugo, que ya había fallecido, a la que se supone había cuidado. Solo le mantenían un poco. Para una ajena impresión de aquellos tres tipos de encuentros, cualquiera podía estar suministrando al binomio la cocaína sustraída al cártel. Así que ante la duda bien podían haberse decidido por los tres de una tacada, lo mismo les costaba, pero se optó porque la joven pareja lo confesara y el verdadero culpable fuese en unos días fagocitado como correspondía.

Una tarde, en Acapulco, Hugo volvía al departamento, en bicicleta. Durante la mañana se había separado de Lupe que se había quedado el GT pues recientemente él había retomado la asistencia a reuniones universitarias con comunistas. Empezaba a tener dudas y problemas éticos con el asunto de la coca, que de hecho los tenía también ella, animados ambos por su amigo el profesor universitario al que esa misma semana le habían confesado el negocio tras un polvo, no creyendo el catedrático que esa fuera forma de actuar, convertirse en narcotraficantes, de los precursores del Ejército Zapatista. Nada habitual era verlos separados, ni a Lupe guiando el buga. El caso es que los sicarios enviados no se percataron de que al garaje solo llegaba ella y cuando entraron en el piso así fue, que solo a Lupe encontraron pensando que darían con los dos. Valiente rebelde, ¡qué luchadora perdió la guerrilla! Los confundió con paramilitares de esos que le había contado Lagarta que la cercaron en Chilpancingo y, antes de confesar lo que ellos quisieran que confesara, pues ya habían empezado, no viendo peligro en una linda muchacha, con aquello de «no te va a pasar nada», «solo vinimos a platicar», tomó un cuchillo de cebollas por el mango, cruzó la cara de un asaltante —que perdió un ojo y al que se le dibujó una perfecta cicatriz ceja-boca—, y saltó por la ventana de su cocina, desde un cuarto bastante alto. El novio la vio caer y a un sicario con un ojo colgando asomarse a la ventana que, por suerte, con su ojo bueno, no le vio. Hugo lo captó a la primera y huyó pedaleando, aunque con tanta lágrima casi muere atropellado. No lo hizo. Avisó a su jefa, a la que halló de suerte en el teléfono, en su casa, viendo telenovelas con su reptil. Es por eso que conocimos nosotros también el final de la pobre Lupe y lo hemos podido contar, pues resultó otra de las dignas muertes que salpican esta vida de Lagarta que se está narrando. El sobreviviente pidió alojamiento y enrolarse en la guerrilla una vez descubierto, «aunque me da que estos eran de la narco competencia», le dijo.

¿Qué creen que hizo Lagarta? De primeras, le ordenó no pisar Zihuatanejo, «no es seguro». De segundo, desaparecer un mes tras lo cual debía ir a Chilpancingo de los Bravo y allí le dio una dirección y el nombre de un hombre con el que contactar. Falso todo. Mentira. Ni hombre, ni nombre, ni lugar existían.

Haremos el clásico inciso. A Lupe la velaron y le hicieron más de una ofrenda, familia, amigos y hasta en la universidad, tanto era querida. Sobre distintos altares se procuraron estampas con su rostro, flores de cempasúchil, granados y de almendros, incienso —y algo de marihuana—, agua, vino y ron, azúcar —a saber—, sal y hasta una estatuilla del Che Guevara junto a la de San Isidro Labrador y una foto de Hugo del que nada se sabía. Acá, por tanto, no está con nosotros, así que no podemos saber lo que sintió al arrojarse al vacío. Hubiera sido interesante. Hugo, por su parte, obedeció a Lagarta, pero no encontró a nadie en Chilpancingo a donde llegó después de deambular por monte y puebluchos varias semanas viajando con el gordo (a dedo). Lo último que supimos de él: mucho tiempo después le reconocimos en una nota de la prensa, al lado del Subcomandante Insurgente Marcos. Y es que a veces el destino de uno está escrito.

Sigamos.

Sin confesión de ningún miembro del binomio ¿cómo creen que reaccionó el cártel? Empezaron en el mismo Acapulco. El pobre catedrático se orinó de horror y dolor. Cuando estuvieron de acuerdo en que solo sabía lo que sabía de oídas de boca de la chica fallecida y del que no aparecía, le ahorraron más sufrimientos rebanándole la carótida. Antes habían hecho lo propio con el tío bastardo, pero aquel pobre lloró y sufrió más porque en realidad nada podía contar. Ambos tenían familia viva que hizo ofrenda a sus muertos. No podemos contar lo que hubiera sucedido, de no haber actuado los narcos, entre Lagarta y la pareja, pues al poco, con la ayuda de su nuevo amante, iban camino los chicos de conocer la realidad del negocio con el que se lucraban. Estaríamos en la ficción —aunque dan ganas de imaginarse un desenlace—. Así que seguimos con la historia tal y como sucedió. Todo muy rápido que aquí hay a quien esta parte le duele, mucho.

Al recibir las noticias de Hugo, Lagarta no sabía qué tiempo le quedaba para huir de Zihuatanejo. Y sabía que tenía que hacerlo. Tenía saldo en la cuenta, y mucha plata sin limpiar, pero disponible en cash. Nunca había estado en el punto de mira de un tirador con tanta puntería, así que decidió moverse rápido. Tanto como pudo. Tomó su mochila con algo de ropa, su pasaporte y algunos boletos en pesos que pasó a dólares americanos. Cogió también su hatillo —con el cartucho, el fular y los pesos de su difunto progenitor—, que sacó del terrario como por una extraña premonición. En un pequeño

contenedor metálico y hermético —de los que había usado para enterrar los fardos en los alrededores que no olvidaba de Playa Quieta y Playa Linda—, metió todos los billetes grandes que pudo y los enterró en el propio terreno de su vivienda, la de la tía Isabella. El resto de la plata la dejó en una bolsa de papel oculta en el almacén de la Pemex cuando pasó a anunciar que se iba unos días de vacaciones con Thom a Miami, sospechando el vasco ante su actitud extraña —al que pidió que la llevara al aeropuerto de Acapulco—, que la sobrina tenía prisa por algo. A la tía Isabella le rogó que cuidara de la lagarta unos días lo más. El destino quiso que se cruzaran por el camino en la México 200 con los mismos autos que habían seguido al binomio tiempo atrás, aunque uno con un chofer distinto, con dos ojos sanos. Antes de que pasaran doce horas ya había tomado Lagarta su vuelo, amaneciendo al día siguiente en Miami en brazos de su amado Thom. Segura por el momento.

Para relatar lo que sigue aquí está el vasco. ¿Lo cuentas tú, Kepa? Nada, que no quiere. Sigue medio mudo. Sigamos el resto del grupo con el drama que se viene y que a la postre nos obliga a estar aquí más encogidos, con menos espacio. Es una forma de hablar, las almas no ocupamos.

De los informes anteriores, los hombres del cártel sabían de la casa de la tía Isabella, que vigilaron. Allí solo entraban y salían ella y el vasco, pero no otearon a ninguna Regina de la que guardaban fotografía con tatuaje de la lagarta incluida. En dos días estuvieron obligados a preguntar acá y allá y enseguida confirmaron todas sus sospechas, pues supieron que se la tenía respeto y hasta algún temor, y que al final todo el mundo la conocía y la decía La Lagarta y era dueña de al menos una buena lonja y un negocio de ruedas. Ya hemos dicho que ella había empezado a percibir ese miedo de las gentes después de su paso adelante en asuntos de su propia justicia; no recordamos si escribimos que le encantaba que así fuera, que la temieran. El caso es que en tres días los sicarios del cártel tenían controlada la Pemex, el taller donde Ismaelito seguía, feliz, a su asunto de neumáticos. Y la casa. Al cuarto día llegó la orden.

El primero en fallecer fue Ismaelito. No se sabe en la tierra cómo murió porque su cadáver apareció calcinado junto con el taller y nadie se molestó en hacerle la autopsia. No se hizo ninguna porque se dieron por bien muertos los muertos con tanta violencia y firma del narcotráfico. Pero él lo puede contar porque desde Miami, donde quedaba su única familia viva, Thomas Vieytes, no se estilaban las ofrendas y nadie quedó que le hiciera una en Zihuatanejo. Fue que llegaron dos sicarios cerrando la persiana del garaje y atándole a una silla con cinta americana. Tuvo mala suerte de que el vasco le había contado que Lagarta había ido a ver a su hijo, así que sabía dónde se

encontraba. Él, no más, seguía trabajando sin molestar a nadie. Así le golpearon fuerte hasta el desmayo pues pronto supo que delatarla a ella, era hacerlo con su vástago. Lo colgaron boca abajo y le espabilaron para volverle a atizar de forma que ahora al recordarlo aún hace muecas de dolor. Le hundieron en un barril de agua con la mala suerte de no ahogarlo, pues se negaba a dejar su mundo. Como último extremo, cansados, le pincharon el mismo corazón y expiró. Una punzada limpia-limpia. Grande y fiel fue su fallecimiento; una muesca más en la lista de los que dejaban la tierra protegiendo a una mujer con sobrenombre de reptil.

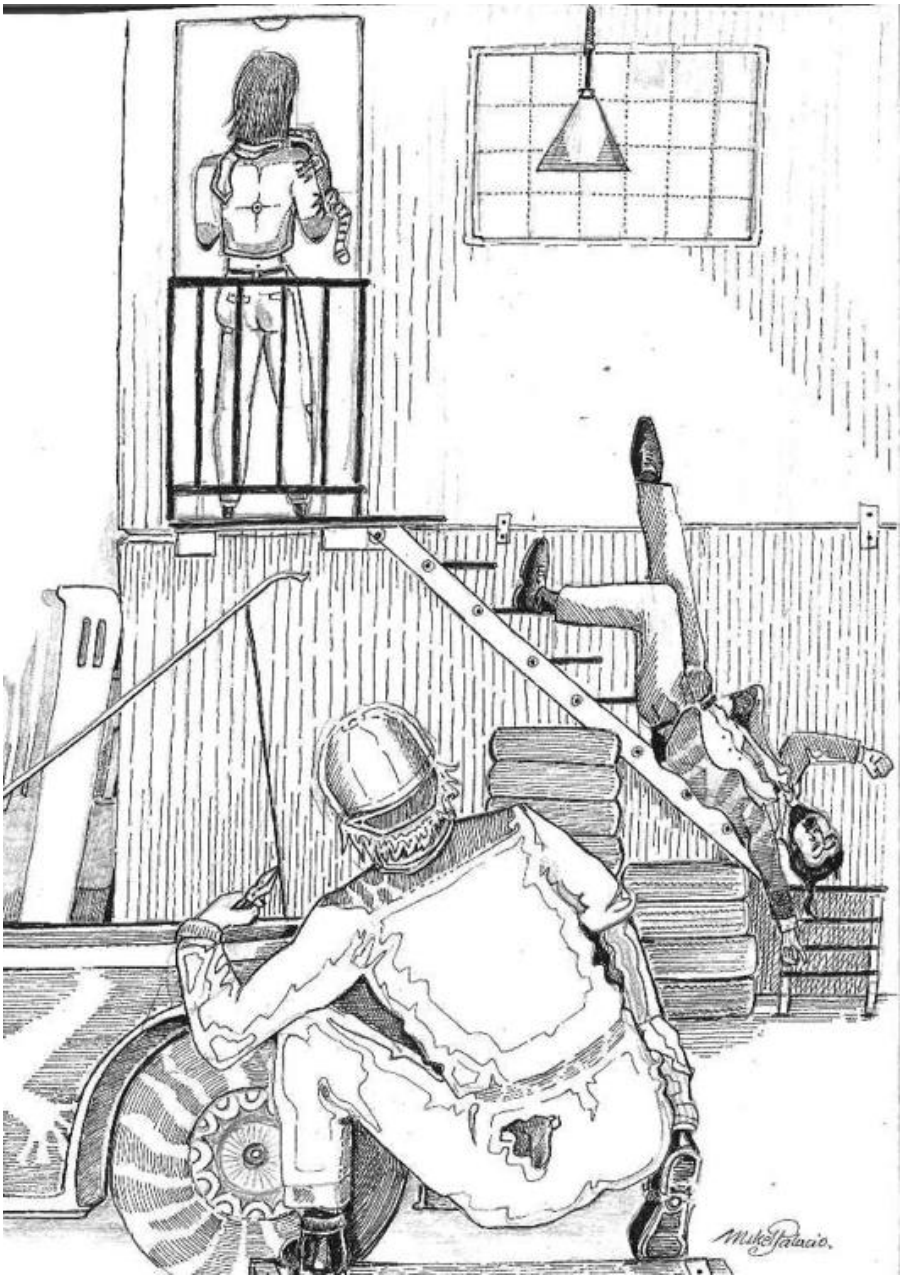
Lo del vasco e Isabella. Lo contamos nosotros sin él. La pareja de enamorados. Ella de él, él de ella y de alguna manera aún de Lagarta. Kepa no quería verla sufrir, ni que sufriera, así que aseguró que la tía no sabía nada de nada, que los asuntos de su sobrina Regina los trataba él y que a Isabella debían dejarla en paz. Sabía que, no siendo útil para los narcos, ella no sufriría. Así que la usaron para amedrentarle haciéndole ver cómo perforaban su cráneo con un 45 ACP de punta hueca. Imaginen la de vísceras que salpicó aquello. ¿Cómo supo el tío que aquellos sicarios lo harían así? Había confesado demasiados. Por eso, y porque recordaba la escena de Dennis Hopper y Christopher Walken de "Amor a Quemarropa" (si no la han visto tienen que verla), supo acelerar su muerte. Comenzó la plática cuando aún el alma de Isabella no había abandonado la biosfera. «Soy descendiente vasco de vuestros conquistadores», «mis antepasados violaron a todas vuestras mujeres, y a vuestros padres», «se recrearon en sus ortos y sus vaginas», etc., etc... Se centró en el que parecía más ofendido, el que más cara de autóctono tenía. Le miró a él directamente, se le veía la rabia crecer. «Está escrito cómo la mamaba tu madre y la madre de tu madre y la madre de la madre de tu madre, que se mamaba hasta las conchas.» Es cierto que uno de ellos, el más tranquilo, se reía ante semejante actuación a la que no veía sentido, y porque no tenía prisa por comenzar la suya. Pero el que estaba rabioso, el mismo que había recibido la orden con Isabella, para sorpresa del resto de su grupo, no se contuvo y descargó otro 45 ACP y la sangre y los sesos de la pareja se mezclaron en el piso de aquella vivienda.

Hay que reconocer que Dennis Hopper no lo hizo mejor. Él siguió vivo por ahí tomando tragos con Jack Nicholson, ¿no? Lo de Kepa el vasco fue real. Se ahorró la tortura de forma elegante e inteligente, no pensaba delatar a la que era examante y sobrina, a la que profesaba dos amores distintos. ¡Estuvo sublime! Pero nada, ni con los elogios se inmuta éste...

A Isabella se le hizo ofrenda, fueron los vecinos y asiduos de la estación que se ocuparon del agua y la sal, del incienso y las flores, de

las velas y estampas de santos junto con una fotografía de ella en su primer día de trabajo sirviendo carburante. Al vasco nadie quiso, los vecinos escusados en que, en el fondo, no sabían mucho cuales hubieran sido los deseos de su familia transatlántica. Le guardaban simpatía, sobre todo los clientes de la Pemex, pero al cabo era un extranjero. Se limitaron a darles sepultura juntos, a la espera de que llegara alguna reclamación por su cadáver, y que aún se espera. Tampoco hubo ofrenda para el reptil, la lagarta, que falleció en el consiguiente incendio de la vivienda que se dio. Cuatro cadáveres se hallaron cuando el fuego amainó; contando el del animal y otros dos sin apenas huesos en la cabeza, Kepa e Isabella, quedó el del pobre diablo que apretó el gatillo vengando las ofensas de sus antepasados, que el jefe de aquel escuadrón de la muerte no perdonó y ajustició, *élmismo-allímismo*, ante tanta torpeza, pues no había nadie más a quien torturar para perseguir a Lagarta. Tenía que haberse metido él también un poco de plomo en el cerebro por no prever aquello, o por no haber visto el film.

Pasen de capítulo y seguirá esta historia. A partir de ahora el vasco igual deberá opinar de lo que vio desde aquí.


Mike Palacio

CAPÍTULO 8

En Miami Regina supo de lo ocurrido por boca de Thom, que se enteró de boca de su madre, que se enteró de boca de una vieja amistad de cuando con Ismaelito visitaba Zihuatanejo y de cuantas veces volvió con Thom de niño y de casi adulto. La suegra, que toca narrar que tenía de nombre Melanie —y que dará pronto algo de vivos colores al relato—, tardaría muy poco en no soportar a la nuera que resultó una total holgazana que quería todo hecho —hecho por su hijo, decimos—, mientras ella solo respiraba; amén de hablar un horrible inglés que no mejoraba pues la muchacha se empeñaba en no hacer vida social, es posible que por no mostrar sus limitaciones lingüísticas o, sencillamente, por su innata sociopatía, o por evitar ser vista en caso de que la hubieran seguido hasta allí.

Estaba esa madre de Thom algo informada de su temperamento y de sus vagas actitudes, por su exmarido, nuestro acompañante Ismaelito, que algo veía en vida mientras quitaba y ponía neumáticos y de lo cual comentaba poco o nada con Isabella y el vasco —lo confirman ambos y Kepa se maldice de no haber hecho más por Lagarta, bien marcándole un camino, poniendo límites, educándola o llegados al punto de no retorno, cuidándola más, vigilándola—. Aquí en el limbo empieza a culparse de unos últimos años más pendiente de Isabella y de olvidar pronto los primeros momentos que pasaron juntos cuando no fueron tío y sobrina, cuando se encaprichó de ella hasta que dejó de hacerlo y la quiso enviar a Zihuatanejo, sola. El vasco, aún la quiere —tampoco desmiente, pero al ser un sentimiento íntimo tampoco lo confirma—. Además, desde aquí no sabemos nada de Isabella.

Pero hemos de seguir está crónica y para ello se debe volver a los primeros tiempos en Miami. De Lagarta. La muerte de sus tíos, Kepa e Isabella, le afectó algo, poco, y durante poco tiempo. Casi nada. Poco. Lo justo. Poco. Nos explicamos, ¿no? No como a Thom que lloró a su padre Ismaelito —y a nuestro lado lo contempló orgulloso— y anduvo alicaído unas semanas. Si Lagarta tuvo alguna lágrima ya se imaginan por qué animal fue. Ningún mamífero, solo el reptil. Hubo unos días de conflicto, al comienzo, con los funerales a los que ella no quiso asistir, de sus tíos. Aun así, Thom pidió su compañía en el sepelio de su padre, pero no encontró forma de convencerla para que le acompañara. Claro, huía. Terminaron yendo hijo y exesposa Melanie y no les robó mucho tiempo, que Lagarta pasó encerrada en su nuevo alojamiento con sus novelas, evadida de la realidad. Terapia propia. Hubiera preferido que Thom tardara algunos días más en regresar

pues se encontraba feliz en soledad, no teniendo que mostrar cara de pena ni de culpa, no temiendo que llegara algún reproche completamente justificado.

El apartamento donde residían los nuevos pretendientes. Pequeño, alejado del mar, nada de primera fila sino quinta o así, mal vecindario, malos vecinos, algunos ruidosos y otros viejos. En Culmer, así se llamaba la barriada y no era nada de lo que Lagarta imaginaba cuando Thom le contaba de su vida en Miami y de los sueños del tío Sam. Tampoco era un arrabal. Ella lo había pensado, como haríamos cualquiera, lleno de gentes guapas o llamativas, de vida, de playas, de clubs nocturnos, de lujosas viviendas con vistas al mar y soleado. De todo aquello, solo tenía Lagarta a mano, el sol. Tampoco aguantaba la hipocresía que empezaba a conocer de las gentes de aquel país de países distintos, pero unido, en lo esencial, a una bandera y a una forma de someter al más débil, viendo que, en realidad, era como vivir en una jungla. Al menos en su México existía una especie de ley universal por la supervivencia que todos utilizaban por igual. Por lo tanto, no socializar no le suponía ningún problema y le ahorraba falsas sonrisas, que hubiera sido capaz de dibujar en su rostro sin dificultad, y conversaciones vacías con tipos y tipas sin interés que nada le aportaban. Y para colmo estaba Melanie, la madre, ahora doble viuda, más o menos, a la que conoció cuando al nada de llegar ella, se presentó a anunciar en persona la muerte de Ismaelito, su ex, el padre de Thom.

La suegra tendría la misma edad que el mecánico y era un ser sofisticado, aunque algo desordenado. Siempre maquillada, izada sobre tacones de quince centímetros, glamurosa, con media melena rubia y ojos azules, se pintaba los labios de recién despierta cada mañana. Y buena gente en sentido de que era de apariencia educada, cortés, aunque muy suya y un poco vivalavida como se ha insinuado unas líneas atrás. En eso se parecía mucho a Ismaelito y eso seguramente les juntó en su juventud. Lagarta tenía su propio concepto del glamour, de su época de estudiante de estética, y distaba mucho de lo que veía en aquella mujer que rivalizaba por el amor de Thom. ¿Objetivamente? Lagarta deslumbraba por su belleza natural, pero por entonces no sabía nada del glamour ni lo había en ella, de por sí algo vulgar. Adelantamos —por si se nos olvida contarlo—, que con el tiempo ese look de Lagarta cambiaría, según se fue adinerando y pudo demostrarlo (que lo era), a mejor. En realidad, nuestra protagonista lo que pretendía de su chico era su total atención y servicio. Y la madre le parecía una fresa, superficial, no entendiendo que buscara el placer sin entender que la satisfacción por conseguirlo era mayor que el logro en sí mismo. Que no era tan ambiciosa como Lagarta, en una palabra. Eso sí, para molestarle a ella y porque el

sentimiento de antipatía pronto fue mutuo, Melanie contaba de la lana de la que disponía en sus cuentan y con la que ayudaba a veces a la pareja, como no queriendo hacerlo, y Lagarta se mordía para no descubrir una verdad que no pensaba compartir ni con su Thom. Que ella era mucho más rica, o lo creía, y tenía más de medio negocio sin recoger los beneficios, aún.

¿Se imaginan el asunto?

Tenemos que hacer un esclarecimiento, en cualquier caso. Lagarta sí quería al muchacho, como se puede querer amando a alguien. En sus momentos privados. Pero no podía evitar odiarle también por haberle llevado a vivir a aquel lugar que no era su tierra prometida, resultando que la decisión fue suya por no tener otro lugar al que huir, pero entendió que el engaño estaba en las promesas que le había hecho él en Zihuatanejo sobre la vida que tendrían juntos. Así que la muchacha, por entonces, conoció la incertidumbre del no saber qué se quería —lo vimos todos aquí, lo juramos todos con mano en el fuego —, de no saber si amar u odiar porque Thom se merecía ambas cosas; de no saber si alegrarse de estar viva y tener donde caer, viva, o de haber buscado otra ruta de escape. Dudaba. Lo único que la quebraba es que, por algo que no sabía ni podía comprender, amaba a Thom, le quería a su lado, en sus minutos y en sus segundos, en sus planes de futuro. En su cama al despertar. O hasta roncando. Entre nosotros, hay quien sostiene que esos sentimientos no eran sino por sentirse protagonista de una de sus telenovelas, o de sus textos románticos. O eróticos. Aunque de esto último no hay acuerdo. Pronto se verá que acabaría entendiendo cual era el verdadero deseo que por él sentía.

Sí. Planes de futuro. Hay que platicar al respecto. De lo que siguió.

Melanie les invitaba a almorzar, casi a diario. Cosa que antes no hacía como averiguó Lagarta pues la idea sorprendió hasta a su Thom, con lo que se sintió más intimidada y esa sensación no le gustaba. Se hizo la guerra fría entre ambas. Y el pobre chico en medio, estirado de cada brazo por cada una de sus mujeres. La de siempre y la nueva. El disgusto de ella fue que Melanie era mucha mamá y el disgusto de él que ninguna disimulaba la antipatía mutua. Un día, al postre, la madre sacó a colación los rumores que le habían hecho llegar desde Zihuatanejo, y que tardaban pues aun manteniendo algún contacto no era sino de ciento en viento. Lagarta enseguida se expresó en su idioma, para que ella no entendiera sus palabras. «Me vale madre», dijo. Pero Melanie captó rápido el sentido de aquella respuesta e hizo como si nada hubiera oído y continuó expresando lo que se le había dicho, que lo de su exmarido y los tíos de ella era un asunto, feo, de drogas y que detrás se encontraba gente muy peligrosa. Afinó del todo cuando señaló: "*you may be in danger*". O lo que es lo mismo, expresó sus dudas de si ellos estaban también en peligro. Especialmente su hijo

Thom que era quien realmente le preocupaba. Se darán cuenta que del muchacho a ratos apenas hablamos, pero es que no aporta nada a esta parte de la historia más allá de su simple existencia y de lo que ello le suponía a ella, a Lagarta.

Cuando Melanie habló sobre aquel temor resultó un alivio que no se le ocurriera asociar la marcha de la novia hasta Miami con los días en que aquello había ocurrido y nadie de la pareja la hizo caso. Aparentemente. Lo decimos así porque se entiende ahora que Lagarta comenzara su operación de acoso a la mente de Thom para convencerle de trasladarse a otro lugar. Motivos tenía. Ella. Librarse de la madre; pasar más tiempo con su nene que entre su trabajo de mesonero, la música y los amigos —que en Miami son muy importantes—, muchas veces la desatendía un tanto; huir del cártel era también tenido en cuenta. No podía asegurar que Isabella o el vasco no hubieran confesado y que no hubiera algún sicario por Miami ya buscándola. Al principio evitó ese pensamiento, pero tras la insinuación de la suegra soñaba con que los amos del famoso fardo, que ya se había llevado por delante unas cuantas vidas, podrían meter mordidas hasta en la policía de Miami, pues mucho latino había enrolado ahí.

Sin embargo, pasaron los meses, cuatro o cinco terrestres, y lo único memorable fue que Melanie y Lagarta no se odiaron más, pues bastante pronto alcanzaron el tope estableciéndose un acuerdo no escrito de hasta donde podían llegar la una contra la otra sin herir en exceso a la víctima colateral, así que Thom tampoco sufrió en mayor medida de la que ya aceptaba. En ocasiones, incluso le acompañaban ambas a un parque cercano, allí él tocaba canciones con su guitarra, frente a su amada y Melanie se conformaba con observarles a distancia, sin interrupciones. Otras veces era la joven quien dejaba a Thom con su madre, dando paseos, platicando asuntos familiares y ella se quedaba leyendo o viendo algo en la tv. Y Lagarta aprendió inglés. O yanqui. Y bastante bien. El aburrimiento de los canales latinos, que parecían cubanos, le llevó a los del país de las segundas oportunidades (las de quienes están podridos de plata porque sus padres tienen esclavos en minas de esmeraldas con sus correspondientes contactos y pueden intentarlo dos, tres y treinta veces). Y con la televisión perfeccionó el idioma. Hasta pidió a Thom, para gozo de él que pensaba que era síntoma de la integración y no del aburrimiento, que se platicara en inglés entre ellos. Salvo en la cama que allí ella no sabía expresarse sino en su lenguaje de cuna. Se aprovecha la ocasión para añadir, pues somos testigos de todo (desde aquí lo mismo da ver eso que ver beber), que se formó una dependencia sexual del chico para con ella, que ya dijimos que por él, ella lo que fuera. Sorprendente. Tenía tiempo libre además Lagarta

para pensar y sin darse cuenta comenzaba a creer en sí misma, en sus conocimientos, en su mente, en sus posibilidades y en lo que podía alcanzar, no en vano ya había logrado bastante y seguía viva. Se acordaba también de Hugo y Lupe. Mejor dicho, sobre todo de los tríos y el amor libre. A secas. Es lo que tiene pasar horas solitarias y ser joven, que el instinto se dispara.

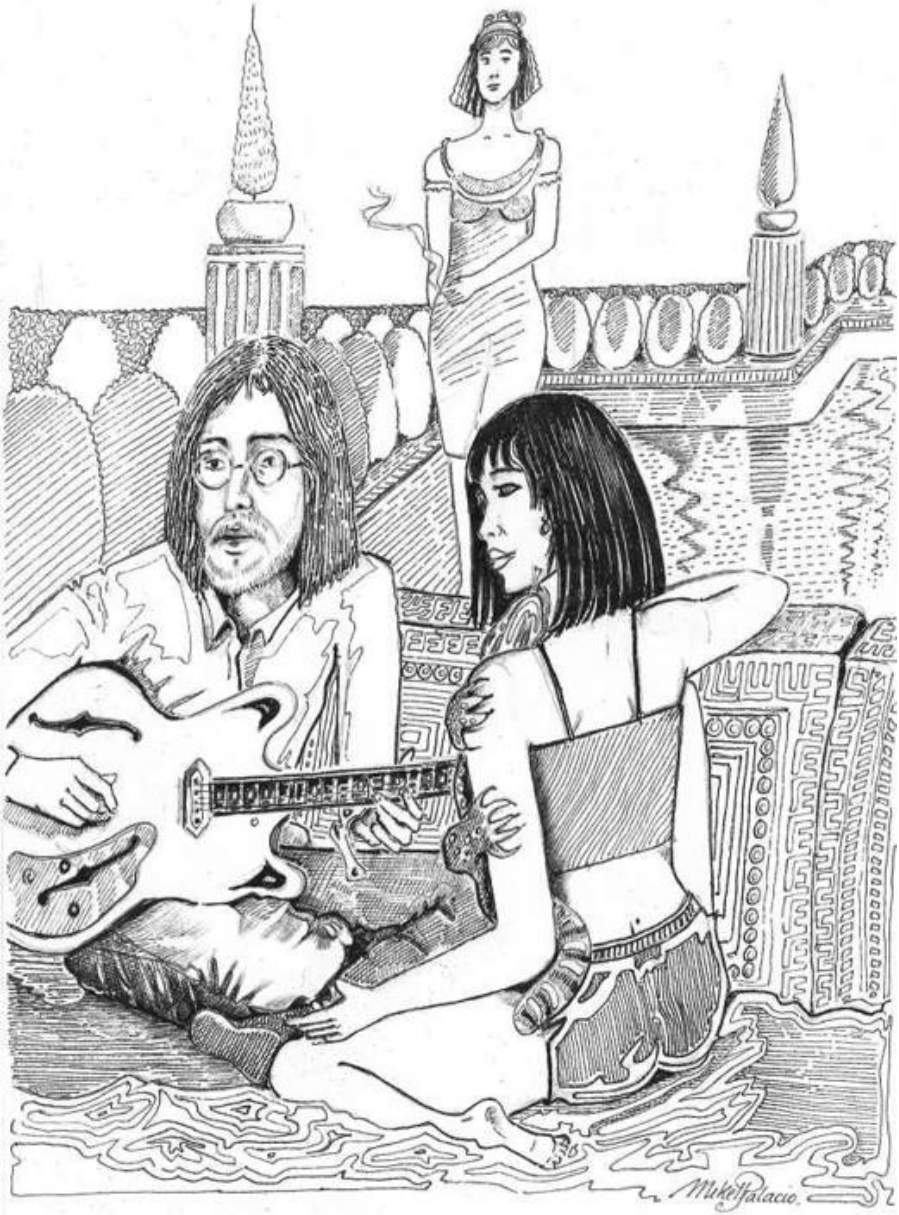
Lagarta proponía, esto o aquello. Y Thom aceptaba, obedecía, gustoso. En una ocasión le pidió que quedaran, los dos, con otra, y que, de entre las que conocían, fuese la que ella eligiera. Ya se dirá con qué fin porque a estas alturas todos sabemos que no solía hacer nada por un solo motivo. Así se hizo. Lagarta en esos meses, y pese a su sociopatía, algo había empezado a relacionarse, aunque no dejaba de ser para los de Florida más que una mera conocida, pues nada sabían de su vida y callaba la mayor parte del tiempo limitándose a escuchar y a captar el idioma. La elegida (tardaremos en decir su nombre real pero recuerde siempre que se dirá por el final de esta historia) se hacía llamar Manhattan, aunque había quienes la decían "Big Apple" y no era ni guapa, ni fea, ni alta, ni nada. Tirando a obesa, claro de ahí lo de "Gran Manzana". Con curvas. Lagarta sabía del éxito de su elección pues se le veían a la mujerona las babas que le se le caían por Thom y, además, presumía en ocasiones de su bisexualidad como haciéndose la interesante. A ella le valía aquella, pues solo necesitaba una mujer para satisfacerles, perdón, para que la satisficiera a ella como hacía Lupe. Eligiendo a aquella gordita supuso que no le gustaría mucho a Thom y no habría consecuencias a modo de extraños encaprichamientos. Hecha la elección, se acordó de Megan, dio de beber a ambos y noche resuelta. Manhattan, para sorpresa, resultó mucho mejor que Lupe en aquellas lides sexuales, más experta, pero al acabar, al salir por la puerta, Lagarta le dijo «*out of here. You will never come back*». También había sido buena con Thom, demasiado. Así que le prohibió la vuelta por aquella morada.

Todo esto lleva a la evidencia de que por entonces la enamorada era ella, tanto como él, y a que llegó el inicio de la mudanza como Lagarta pretendía, pues aquello fue también la intención del famoso trío, ya que los días siguientes Thom, de emocionado, decía «*ok honey*» a todo (que es lo que suelen decirse las parejas después de una aventura de esas). No resultó exacto un traslado, sino algo parecido, luego lo explicamos. Para pesar de Melanie, que enloquecía. «No haberte ido un mes a Europa vieja loca» pensaba Lagarta (lo enmarcamos por ser pensamiento literal). Para pesar de la banda de rock que dejaba de contar con el bajo plomizo, compacto, con su punto de distorsión, metódico..., como fondo de sus rolas. Perdón de sus temas, que aquello no era México. Para pesar del dueño que lo tenía contratado como barman y le bien pagaba porque tenía enganche y atraía clientes

de ambos sexos. Inciso: ella jamás pisó en aquel tiempo el lugar: The Golden Ocean. Para pesar de Manhattan que esperaba otro final, con Thom y alguna otra.

Pero Lagarta tenía otra cuestión que resolver y era la de su economía y sus otros anhelos, y ya se puede intuir que en su vida lo normal es que se acabara haciendo su voluntad. Aún tenía dólares de los que cambió, pero no tenía acceso al dinero de su cuenta corriente en el Banxico, ni al enterrado junto a la vivienda de la tía y el vasco. Así que aquello era como no tener nada, porque de nada valía toda esa lana ahí en barbecho cuando ella la quería produciendo más plata o más placeres. Era cierto que Thom la mantenía en Miami, pero al contario que en su época con el vasco en Cuernavaca, ahora eso no le satisfacía nada. Tal vez porque a su novio lo veía como un igual y el ser él quien ponía los dólares la hacía sentirse por debajo. Y había un asunto más. Ardía por narcotraficar. Cuando lo había hecho se había sentido plena, poderosa, aunque solo dirigiera el asunto, o por eso, y gastara poco de su tiempo. El saber que aquello podría seguir en marcha y que la lana podía volver a llegar fluida, era padrísimo.

Verá que, como este episodio, esta primera estancia en Miami fue breve y pasó sin grandes emociones. Salvo por Manhattan y los odios con Melanie.


Mike Palacio

CAPÍTULO 9

La especie de mudanza. Se simuló mucho a la huida desde Zihuatanejo a Miami porque fue presurosa en cuanto Lagarta logró el sí de Thom al de poco de lo de "Big Apple". No existió tiempo para él de echarse atrás. Salieron con lo puesto, en eso decíamos que se pareció, incluso se llevó Lagarta el hatillo que ya empezaba a ver mundo. Melanie tenía un auto, un Cadillac y se fue prestado con ellos, más o menos. La madre estaba en Europa, se dijo, y lo había dejado a cargo del hijo.

La primera noche la pasaron en un hotel en Jacksonville, la segunda en un motel a las afueras de Pensacola. Thom preguntó «*where are we going?*» varias veces. Y ella que «*surprise*», «*no destiny*», «*adventure*». El caso es que él quería saber su destino y ella daba largas cuando en realidad volvían a México según ella intencionaba —pero ya se verá que no llegaron— y por eso viajaban en carro. Su plan, el de Lagarta, era dejarlo en un aparcamiento y volar directo a Acapulco, pero de momento tenía que esperar a que él asimilara la idea. Si se lo hubiera dicho así sin más, Thom no habría aceptado. Con el Cadillac y unas maletas tan pequeñas como llevaban, no pensaba el chico que llegaran tan lejos. Pero hay que insistir: ella no había olvidado el hatillo, señal de que no deseaba regresar a Florida.

Pero a veces una anécdota cambia el futuro. Ocurrió en Houston, donde Thom ya se animó. Porque salieron a cenar y antes compraron algo de ropa. Al abandonar el restaurante encontraron una banda que tocaba en la calle y quiso el destino que, justo cuando pasaban ante ellos, hicieran un cover: *The boys are back in Town*, de Thin Lizzy, nada más y nada menos. Ambos la reconocieron, al unísono. Recordemos que fue cosa de Lagarta que él escuchara esa banda irlandesa, como lo había sido de Megan que los conociera ella. El tipo que tocaba el bajo también cantaba, y era negro, alto, pelo afro, extraño. Le faltaba el bigote. Cuando acabaron esa siguieron con *Sympathy for the Devil* —créanos, fue cierto— y después otras canciones, ellos seguían ahí de pie, ensimismados, en trance cada cual a su manera. Habían escuchado en silencio, dejando sus corazones acelerarse o detenerse en función de lo que la música marcaba. Thom atento a cada golpe de púa, a cada riff, a cada break del baterista. Ella al todo. Porque aquel conjunto de instrumentos juntos sonaban a una sola cosa, algo que le entraba hasta lo más a dentro, que hacía que vibrara su cuerpo por dentro.

Nosotros sabemos que aquella magia había brotado del volumen de dos amplificadores: un Fender Bassman y un SWR ReadHead. Ese

último, el del bajo, es el que sentía Lagarta vibrando en su sangre que seguía al galope por sus venas.

Al acabar la actuación charlaron un rato con los músicos después de depositar unos dólares en una funda de guitarra abierta. Thom, como solía, casi olvidando la presencia de ella, se ensimismaba en exceso con algunos temas. Bueno, con los bólidos y el rock solía suceder. Ella un paso atrás, sin rencor, contemplando la escena. Aquel fue, en realidad, su primer concierto. Jamás había escuchado música amplificada ni sentido el rebote de las ondas sonoras de aquella forma. Podía haber ido a ver a Thom con su banda pues en su tiempo en Miami hicieron un par de bolos, pero ocasionaba a ir *mommy* Melanie, que se decía su fan «number one», y ella declinaba, aunque ya se dijera que por entonces le había vuelto el interés por la música. Entendía, erróneamente como se ha mostrado, que un concierto no se distinguía de un compacto. Y escuchar a Thom con su Gibson acústica estaba bien, pero no era lo mismo. Por cierto, esa belleza se había quedado en el apartamento de Culmer.

Otra vez el destino. Y esa chispa que prendía entre neuronas en el cerebro de ella. Cuando volvían para su habitación, mano con mano, él simulando el ritmo de algún riff con la derecha que llevaba libre, ella diciendo que quería ver un concierto más grande, de esos que había visto alguna imagen en la tv porque allí en persona tenía que ser algo distinto. Y Thom que los mejores son en las salas, no muy grandes, donde salpica el sudor de los músicos sobre el público. En el hotel preguntaron y giraban por allí algunas bandas, ninguna suficientemente chida, al parecer. Pero el recepcionista resultó ser otro loco de esos mundos y cuando vio que Thom hablaba su mismo idioma (el del rock) les invitó a unas cervezas. Que ella no tomó. Pero charlaron, Lagarta otra vez un paso atrás. El otro un ojo en cada uno, y la conversación en él. En los oídos de ella nombres, títulos, palabros técnicos, que pasaba todo desapercibido pues iba ultimando un negocio en su cabeza —ya se avisó que había prendido una chispita ahí arriba—, hasta que una palabra la trajo de vuelta y la hizo intervenir. «*Did you say basque?*». Realmente había dicho Basque Country, o sea, País Vasco. A Kepa, que por aquí anda, ni le ha subido el pulso; o sí, tal vez un poco el ego. Lean como siguió el asunto:

El contexto había sido así, y que ella se había perdido pues solo afinó el oído con aquella palabra, y se hubo de repetir. Tres "*mates"* de aquel tipo del hotel habían regresado de Europa, de una gira en pequeños locales, entre ellos varios en el País Vasco. Se llamaban Green Day y en unos días el tipo iba a verlos a Chicago. Allí daban un concierto. Lagarta digo que irían con él. Thom que «what!». Y, como se imaginará, allá se fueron en vuelo directo Houston-Chicago. De alguna forma el recuerdo cariñoso por su tío el vasco —así vamos a

creerlo que resulta más enternecedor, a ver si se nos ablanda éste—, marcó el destino de los tiempos siguientes de Lagarta. Verán.

El baterista de aquel grupo resultó un chistosillo, sin gracia para Lagarta. El bajista demasiado... como Thom, y el cantante demasiado agradable y buena persona. Así que por esa parte el viaje resultó algo decepcionante. El concierto sí estuvo genial, sobre todo para él. Lagarta sintió, pero no lo mismo que al escuchar en primera fila a la banda callejera de Houston, ahora también estaban cerca del escenario, pero rodeados de gente molesta, no como en la calle de Houston donde tenían su espacio. La cuestión es que vio potencial en todo aquello pues allí todos habían pagado su boleto. Había conocido a los músicos un ratito la mañana en que llegaron a Chicago, gracias al nuevo compadre, el recepcionista. Luego ya, ni verlos pues se les acumulaban los compromisos. Conocieron más tipos pues pudieron acceder a una fiesta privada, de más de ciento cincuenta personas, que daba el organizador del concierto. Lagarta se pasó la noche con su inglés bastante mejorado, preguntando y con los oídos bien abiertos pues en ocasiones le costaba entender y siempre quería saber. Thom se perdió de primeras con su nuevo amigo. Vivía el momento de su vida. Ella tuvo hombres y mujeres para elegir con los que entretenerse y no sentirse sola, pero su cabeza no estaba para aquello. Su cuerpo tampoco pese a que se vistió para la ocasión e iba por ahí subiendo braguetas, endureciendo pechos y mojando alguna braga. Así ellos y ellas hablaban más. Lagarta, como ya se supondrá, se proponía chambar en el oficio de la música; pronto entendió que las ramificaciones eran muchas. Y que su punto de partida era Thom, que estaba... Chíngale que no sabía dónde estaba desde hacía horas. Tal vez tras ella y ella entre tipos y tipas que ya se intuía que en horas tendrían menos capacidad de reacción que un molusco crudo.

Lagarta hubo de salir sola de aquella fiesta, luego de buscar a su novio lo justo para poder alegar que lo había hecho. Buscarle. Llegó sola hasta el hotel, por suerte estando a dos cuadras de distancia solo tuvo que desandar el camino que habían hecho unas horas antes, Thom, el recepcionista y ella. Pidió la llave. No estaba. Subió. Llamó a la puerta. Mandó a la calle —al pasillo en realidad— a tres o cuatro chavas, dos melenudos, un calvo y al recepcionista. A Thom no le dijo nada. Se metió en la bañera y le dejó royendo su culpa, aunque estaba como ausente tras el susto de encontrarla tras la puerta, al abrir. Y por algo que llevaba puesto.

Por la mañana volaban de vuelta a Houston en pasaje de última hora, donde debía esperar el Cadillac de la mamá. Pero a quién se encontraron es a la misma Melanie. Thom, que la tenía cruda (lo del dicho anterior de los moluscos crudos: resaca), la había llamado y comunicado su aventura pues ella recién había vuelto de París para

cuando llegaron a Houston la primera vez, así que conocía donde había quedado su auto. Sabía que a su novia le iba a molestar y no le había avisado de aquel chivatazo a su madre; tuvo suerte porque a ella se le olvidó regañarle por aquello. Resultó que, al ver el estado de su hijo, le venía en grande a Melanie culpar a Regina que iba perfecta. Thom justo abría un ojo cuando ella estaba radiante. Seguía puesto, drogado. Ambas sentían la misma decepción. ¿Eso las unió? El caso es que, con o sin glamour —concepto subjetivo y aquí absurdo— no les quedó otra que platicarse la una a la otra más tiempo que ningún otro que habían pasado juntas hasta entonces. Al comienzo se decían, pero frases huecas. Lagarta en realidad rumiaba cómo llegar a sacar provecho de lo aprendido en Chicago. Y en una de estas que la mamá del niño mostró una foto de éste, bien chavito, tomada de su carterita, que lo tuvo claro y vio que con la otra de su lado algo podría hacerse, así que dijo: «*Melanie, we may do something to make him happy*». «*Off course!*» recibió de respuesta. Y le propuso la empresa a llevar a cabo para hacer a Thom feliz. Si su mundo era la música, como ella acababa de comprobar, debían invertir en la carrera de Thom. Regina comunicó, además, que disponía de herencia —otra vez—, que podía, que deseaba, invertir en su nene, que por lo que había aprendido del viaje a Chicago hacía falta algo de lana para lanzarse. Melanie solo vio enamoramiento hacia su hijo Thom y quedó en invertir la misma parte, lo que fastidió, pero Lagarta tuvo que aceptar para negarse que aquello era una guerra de gallinas por el gallo más macho. Aquí creemos que Melanie era cierto que peleaba, sobre todo el vasco que sabe mucho de su época de confesor de suegras.

Cuando Thom despertó a la razón y a tenerse en pie por sí mismo, ya estaban de vuelta otra vez en vuelo directo Houston-Miami (el Cadillac viajó de regreso con chófer de alquiler como había sido siempre la intención de Melanie). El hatillo estaba otra vez en su armario. Sentaron a Thom —habrán percibido ya que con la suegra delante a ella la decimos mayormente por su nombre— y Regina le interrogó sobre la calidad de sus canciones. Las de la banda. Melanie, que ya los había escuchado y asistido a sus conciertos, confesó que ella no entendía, pero que al público no parecía entusiasmarle el espectáculo más allá de la segunda fila, donde ella solía colocarse, al fondo. Delante siempre van los amigos, los fieles, los conocidos que se conforman, aunque se desafine. «*Mommy, we must shake our money maker*», lo dijo Regina, que sacaran la billetera a pasear. Allá que fueron las dos con una grabación a un estudio a ver qué se podía hacer. Costó doscientos dólares confirmar lo que ya creían saber, aunque hubo una buena noticia: con Thom podía haber futuro, pero los del resto de la banda no eran nada chingones (a saber qué hubiera dicho aquel tipo si la plata la pusieran la madre y la novia de alguno

de aquellos otros). Se juntaron con él y se lo contaron. Regina le dijo que tenía que ser el Phil Lynott blanco, Thom que de qué, Melanie —que nada sabía de quién era aquél, ni de que murió drogadicto—, que Regina tenía razón. Thom que no sabían nada de música, ninguna de sus dos mujeres. A esto se levantó y dio al *play* al reproductor de compactos, como por hacer algo, para relajarse. Sonaba el trabajo Harvest Moon de Neil Young y el chico pasó rápido a la cuarta tonada, la que daba título a aquella obra musical. La magia de aquella canción dejó a las dos mujeres mudas, hasta el último acorde, casi llorando... "*because I´m still in love with you / I want to see you dance again / because I´m still in love with you / on this harvest moon*". Y en paz, bocas abiertas ellas. Y calladas. «Haz eso, vida» —hasta a nosotros nos pareció cursi Regina que acaso se vio bailando y amando a su nene bajo la luna llena, aunque lo creemos improbable—. Melanie lo entendió por el contexto y porque en Miami quién no aprende alguna palabra castellana. Y confirmó pidiéndole a su hijo que hiciera lo que Regina decía, tocar y cantar como había escuchado. A Thom le salió una chispita en el ojo y fue a por su Gibson, afinó la sexta en Re y comenzó a tocar. Y a cantar: «*She was born under the winter sun...*», ahí había una canción con estrofas, *bridge* y estribillos. Dedicada a Regina y a su futuro juntos, hasta la muerte. Ustedes dirán, era, obvio, en inglés así que les contamos por encima. Hablaba de una joven, supuestamente Regina, que crecía en su pueblo, y de él que vivía con sus acordes y sus canciones hasta que el tiempo se detuvo cuando la vio a través del escaparate de un club (no era muy poético conocerla en una ruin habitación de hospital en Zihuatanejo). Que ella dio sentido a su vida. Que se besaron «*under the harvest moon*» por primera vez (había tomado Thom la frase prestada). Que se amaron como el verano sigue a la primavera. Que él era joven y ella más. Que tuvieron hijos, que ella le cosía sus ropas con sus pequeñas manos, con las que le abraza bien fuerte y le proporcionaba amor infinito y dicha. Que ese amor no tendría final. Y que ella envejecía, pero él más. Que los hijos se fueron con sus vidas y ellos seguían contra viento y marea. Pero que ni el sol durará para siempre. Y que ella ahora está muerta, pero que él lo está más. Y el «*And now she is dead, and I am more*», se repetía desgarrando el aire. Cuando acabó la rola —que hemos resumido no somos aquí tan tiernos— y Thom bajó su guitarra y las miró, las vio de la mano, hombro con hombro. Regina se soltó cuando fue consciente de su inconsciencia. Empezaba a entender a Megan, de repente, recordaba aquella tonada que cantó del grupo U2, "*With or without you*", y veía lo que significaba para ella. Comprendió que no le había cantado a Emiliano, sino a su amor irlandés balanceado por el ejército inglés —ya se dijo que llegaría el lugar en esta historia en que entendería aquel mágico momento y lo que una tonada puede llegar a

significar—. Sabía, ahora también, que el padre de los mellizos lo había vivido igual —él aquí nos lo confirma y recuerda la sonrisa que tuvo al ser testigo de este nuevo momento de la vida de Lagarta.

Pero ella se sintió ablandada, vulnerable. No necesitaba escucharle a Thom cantar así pues le sacaba algo de dentro que estaba mejor oculto. También sabía, aprendido en Chicago, que una buena rola atraía a las grandes disqueras y que con una de esas empresas rondando el negocio se iba de sus manos. Así que adujo que preciosa, para consumo interno, pero que con esas canciones ningún público recibiría el sudor de los músicos desde las primeras filas. Que aquello no era rock. De repente, entendía. Y Thom, y Melanie, que sí, que también era rock, como el de Neil Young.

Cedió Regina. No tuvo otra. Pero algo obtuvo a cambio. Sea como fuera había que regresar a México, así podría visitar el Banxico, e invertir en la producción allí, con la plata de ella si quería movilizar sus recursos económicos para limpiar algo de lo enterrado. Ya vería, en el caso de dar el pelotazo la canción de Thom, como reconducir el negocio, así que propuso grabar en Acapulco donde sabía que hasta Melanie accedería a ir, a consumir combinados y lucir bikinis, de lo que a su edad aún no tenía vergüenza; podría llevarse consigo alguna otra viuda. Volvía a pensar en el otro negocio como se supondrá, el suyo de verdad, el que la satisfacía solo existiendo; volvió Lagarta a su ser, evitando que la música la convirtiera en alguien a quien podría odiar, o despreciar, en alguien, en definitiva, con debilidades. Porque algunas rolas la hacían sentir algo que no iba con ella, que no entendía la ternura, horrible, que le surgía por dentro, hasta casi odiarse cuando era consciente de esos sentimientos.

Hubo un contratiempo que demoró algo la partida y es que Thom, decidido también a apostar por sí mismo, se encerró a componer, con su Gibson SJ200, papel y lápiz. ¡Y qué días! Mejor no se le molestaba. A Lagarta le quedaba pensar en los pormenores de sus asuntos, y pulir cualquier plan con sus inconvenientes, en ello se entretuvo y es que además le excitaba como antaño y, como entonces, cogía con Thom en cuanto el muchacho se descuidaba o hacía un descanso. Él creía que la fogosidad perdida con la costumbre la ponía él, en su nuevo rol de futuro *rock star*. Pero aquellas nuevas canciones, o rolas, no le devolvían a ella al trance, así que por ese termómetro se sabía que no valían, que no eran suficientemente buenas. Por lo demás reinaba la paz en las comidas con Melanie, si bien con el paso de los días la antigua tensión entre ambas volvió poco a poco. No quedaba otra cuando las dos se disputaban la atención o el amor de él.

Se tardó meses en los contactos y los preparativos, pero por fin volaban Miami-Acapulco. Los tres, sin más viudas. Y la Gibson. Y el hatillo, por si acaso, con sus pesos, su fular y su cartucho. Al llegar

aún faltaban dos días para entrar al estudio y Thom debía ocupar su tiempo en encontrar un percusionista de sesión que entendiera lo que planteaba y tocara las bases sobre las que montar sus canciones. El resto lo grababa él. Llevaba ocho temas, pero solo uno bueno, el que ya se ha dicho —y desde aquí lo ratificamos que conocemos los ocho —. Con esa labor de entrevistar músicos por delante, Lagarta se excusó y viajo a Zihuatanejo. Volvía por segunda vez después de huir. Intentó pasar desapercibida, pero fue imposible, tan hermosa como estaba viajando hacia los treinta, nadie la había olvidado. Eso lo complicó un poco todo. ¿Qué hizo? Esperar dos noches para poder desenterrar la plata del terreno de la casa de la tía Isabella. Ahí seguían los restos calcinados perimetrados por una valla. Ella era la heredera, legal, pero tenía claro que no debía aparecer por allí. Tras tener la caja con todos los boletos grandes que había guardado, y que eran un dineral, se fue a un notario y cedió poderes para venderlo todo junto con la lonja que había sido el garaje de Andrés Cano. Supo entonces que la concesión de la Texaco había expirado por incomparecencia para hacerse cargo del negocio y extender la franquicia. Y que los taxistas se habían agrupado en una propia sociedad. Dos problemas menos eran, en realidad. Antes, la primera mañana, había visitado el Banxico para transferir fondos, una parte pequeña, a una cuenta suya en los USA. Le dolieron las tasas a abonar pues era dinero que estaba blanco y por tanto ya se había perdido parte. También avisó que se depositarían allí los beneficios de las ventas ordenadas al notario y que se le debía notificar en el acto a la dirección de la entidad financiera norteamericana. Pero faltaba lo importante, lo que realmente tenía valor. La cocaína. Seguían en su memoria las marcas y pistas para encontrar lo enterrado en los entornos de Playa Quieta y Playa Linda. Del último hueco que había usado sacó los restos, que eran casi medio kilogramo. Hermético, perfecto, sin pérdida. Lagarta lo agarró, lo olió, lo palpó, aún cerrado. Daba igual, era su valor lo que le daba placer y ella lo recibía por lo sentidos que le daba la gana. Comprobó que nadie había removido por donde estaba el resto y se fue tranquila de vuelta al centro de Zihuatanejo, al hotel. Por la noche acunó su roca en la cama de su habitación, la abrió, la tocó, casi la probó. Le falto abrazarla como a una hija pródiga a la que se vuelve a ver.

Cuando regresó a Acapulco, tras tres noches de ausencia, Thom ya había entrado al estudio. Melanie le escuchaba junto con el técnico al otro lado del cristal. A última hora se prescindió del productor con el que se había contactado ya que de común acuerdo decidieron que ellos —madre e hijo— decidirían sobre el sonido, el tempo y los arreglos; el percusionista grabó las bases de las ocho rolas en una mañana sin aportar nada propio; Thom siguió con las líneas del bajo,

con pocos errores, pero muy sencillas y poco trabajadas. Estaba acostumbrado al rock más duro de su banda y a otros ritmos, aquellas nuevas canciones exigían un cambio de estilo y otra forma de tocar, más profunda y con un tono más grave. El técnico se daba cuenta, pero como cobraba no decía, sabio él, ni mu. Tampoco por el hecho de que se saltara de una tonada a otra, grabando líneas enteras o partes. Desconectando y retomando al antojo. Demasiada improvisación y allí no había línea ni *planning*. Cuando Regina llegó al estudio tras su visita a Zihuatanejo comenzaba Thom el trabajo a las guitarras, las rítmicas, así de deprisa iba todo. Se colocó junto a Melanie a escuchar al músico que, en la cabina, con sus auriculares, intentaba imprimir su *feeling* a cada rasgueo. Pero tampoco era guitarrista. Y allí solo el empleado se percataba. Cuando Regina le llamó a aquél para hacer un aparte en un momento de descanso —mientras Melanie aplaudía y acudía a felicitar a su nene a la cabina—, el hombre pensó que el tema a tratar era aquel desastre. Pero tampoco ella sabía nada de aquello y le importaba bien poco el resultado. Más es: cuanto peor, para ella mejor. El caso es que le mostró parte de la roca, y al tipo se le abrieron los ojos, de par en par. Llegó el momento de ponerle nombre al hombre porque por aquí anda, también, en este limbo y resulta su existencia primordial hasta el final de esta historia: Dieguillo, le llamaban en el estudio sus jefes. Fuera de ahí, sus compadres —nosotros también—, se le decía «el gallego» pues tenía clara su ascendencia española, de A Coruña, no en vano se apellidaba Caveiro.

Pese a ello, después de siglos de mezcolanzas raciales, al hombre no se le notaba nada europeo. Dieguillo por aquella época era un hombre cuarentón —al punto de que Melanie le había echado un ojo—, vestía juvenil, vaqueros y camiseta y solía cubrirse con un gorro o alguna visera; tenía la piel tirando a oscura; ojos negros bajo unas cejas bien pobladas; ni alto ni bajo; ni gordo ni flaco; tenía pelo, abundante y semi largo; siempre llevaba barba, de diez o más días. Iba de hombre libre, de algo hippie, aunque fuese mexicano. Enseguida amigó con Lagarta, que se presentó con el sobrenombre tratando lo que iban a tratar, pero pidió que, en presencia de su chico y de su suegra, ella sería Regina. «Necesito hacer un bisnes con esto», le dijo. Aquí el vasco se empeña en que se cuente que ya de antes Lagarta había captado el consumo de Dieguillo, y que la experiencia de Chicago le había mostrado el resto del camino, que, por tanto, no se tiraba a piscinas sin agua. Dicho queda. «Mañana vengan pronto y platicamos de ese negocio que usted propone, señorita», respondió el gallego dando el acuerdo casi por cerrado solo con la palabra, como si también fuera familiar de algún vasco. Lagarta lo hubiera cogido ahí mismo, pero de la emoción, del regusto, del olor a plata que le invadía el cerebro, de seguir cobrando el beneficio de tanto trabajo que le

estaba dando su aventura narcotraficante. Quien lo acabó cogiendo, a Dieguillo, ya alcanzada la noche en cuanto Thom y Regina marcharon, fue Melanie, que iba para los tres días que llevaban en el estudio deseándolo y él siempre la había esquivado. Pero al fin se dejó hacer, nada entusiasmado, pero pensando en Lagarta, en que de alguna forma, por su mirada, por su sonrisa, por sus caderas, haría lo que fuera por yacer con aquella chavita que de un vistazo le estaba ya rebanando el corazón. Y el tiempo de así enamorado que seguiría, ni lo imagina, y lo seguimos narrando.

Mientras Melanie obtenía su triunfo con Dieguillo, percatándose Regina, que no Thom, ellos regresaban al hotel. El cantautor estaba tan emocionado que no sentía su cansancio. Tampoco veía (escuchaba) su desastre porque no había un productor que de primeras hubiera ordenado repetir mil tomas, modificado el audio y añadido todos los silencios que necesitaban aquellas canciones (menos es más, también en la música) y un carro de *etecés* que exigían para ser algo pasables. El caso es que Lagarta necesitaba también satisfacer su cuerpo que seguía demandando de la emoción desde el desenterramiento y creyó que lo haría, pero al pisar la habitación que ocupaban, Thom cayó rendido, mientras ella se preparaba para la guerra. Se quedó allí de pie, contemplándole, estrenando un conjunto íntimo y sexy. Tuvo un momento de raciocinio y se preguntó a qué santos lo quería tanto para ella sola —no pensaba repetir lo de "Big Apple"—, en esos momentos descubrió que no sentía por él nada distinto que lo mismo que por su lagarta escorpión. Fue un momento de introspección crucial. Simplemente Thom era suyo, su posesión, y no iba a permitir que nada le pasara, porque ya se le habían llevado al reptil, pero jamás podrían llevarse a su hombre.

Volvió del trance del autoanálisis —que de aquí contemplamos anonadados pues pensaba mucho, pero en silencio—, y su cuerpo aún necesitaba desfogarse. El destino puso a dos afortunados en el pasillo, cuyas voces escuchó. Dos turistas que hablaban francés y casi nada de español, algo chavitos. Así era ella que se invitó a su *room* y lo quiso con los dos como una nueva experiencia, resultando que ellos, tras un buen comienzo, acabaron más dedicándose el uno al otro. Se fue de allí Lagarta con un triste y débil orgasmo y ganas de más. Enrabietada tanto que ni el suyo propio y privado logró sacarse mientras a su lado Thom roncaba. Por la mañana lo odiaba como lo hace una mujer a la que no se ha satisfecho, y le veía como un ser sin alma —se equivocaba en ello, damos fe—, pero como un objeto suyo, y al desayuno no le hablaba ni atendía a los planes para el estudio que él enunciaba. Cuando bajó Melanie de su habitación a la zona del restaurante estaba esplendida —ella sí había alcanzado sus orgasmos, a su edad, con el gallego— y Regina se lo reconoció y enrabietó aún

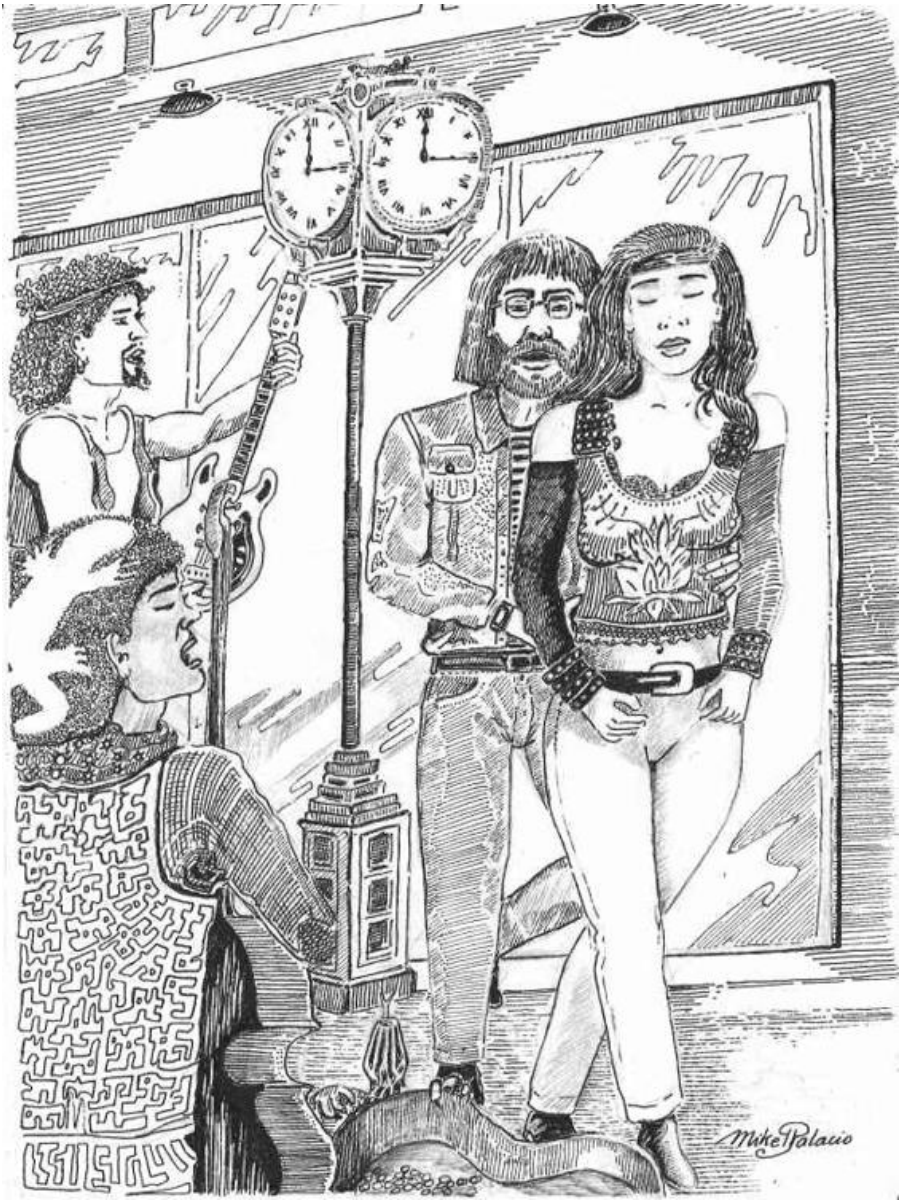
más. Pasaron por allí los francesitos, como si el destino quisiera compensar la felicidad que la posibilidad de volver a sus negocios le había regalado hacía solo unas horas. De la misma, señalándolos, le aseguró a Melanie que la habían pretendido y que ahí tenía, si quería, carne fresca por duplicado. Se hizo la ofendida, la suegra, menos mal que Thom estaba recogiendo otro café y no fue testigo de la escena.

Al llegar al estudio esperaba Dieguillo junto con el hijo de uno de los jefes de aquello. El gallego anunció que aquél proseguía con el trabajo cuando en realidad iba a hacer prácticas pues de todo iba aprendiendo. Thom, de inicio, puso cara de pocos amigos, pero se le dijo que el chavo era el nuevo George Martin mexicano, el quinto *Beatle*, que se había formado en California —eso era cierto—, que no había podido estar con ellos hasta entonces por otros compromisos. Resultó en su labor más sincero, tal vez por el entusiasmo que mostraba, y a punto estuvo de colapsar inicialmente ante la catarsis sonora que se encontró, pero ya se le había aleccionado que hiciera cuanto quisiera siempre que pareciera que allí él no decidía, sino el cantante. Y es que el amo de aquello quería que su hijo echara andar en aquel negocio y tenía que aprender también a tratar egos. Sabía más música que Thom y era mejor instrumentalista, amén de manejar los parámetros técnicos del control de las pistas. Y tenía buena psicología adquirida en sus estudios. Resultó todo un reto que el muchacho superó con nota, logrando que, primero, Thom se abriera a alguna de sus ideas y segundo, casi consigue cuando acabó aquella aventura, que las rolas fueran decentes. Al menos salvó la buena, limpiándola de impurezas y de los excesos con que Thom se la quería llevar. Pero nos adelantamos. Vayamos cerrando el capítulo con los hechos notables de aquellos días y que deben ser contados.

El negocio entre Dieguillo y Lagarta prosperó, a las órdenes de ella, pues él se plegó a sus pies sin cogerla como le hubiera gustado, aunque siguió con Melanie las veces que ella quiso. El trato cerrado se concretó con el destino aliado de Lagarta, como ya tantas veces... y de entrada le fue todo rodado. Nada podía colocarse en el estudio, aunque era práctica habitual, pues no quería asociar su producto a un lugar concreto, ya que aún creía que era más seguro esparcirlo y, aunque había pasado mucho tiempo, seguía preguntándose el cómo fue lo de Lupe, Ismaelito, el vasco y la tía Isabella. Aunque no le causaba temor aquello. Ni preocupación porque el siguiente de la lista fuese el nuevo socio, Dieguillo. La que no iba a ser es ella, ni permitir que lo fuese Thom. El gallego tenía un contacto en Banxico, uno joven que iba destinado en unos años a la carrera política, allí podría colocar los beneficios descontada su parte, a nombre de una sociedad que Lagarta creaba para la carrera de su novio. Por fin sentía que tenía un empleado a la altura que sabía algo de todo aquello del

narcotráfico, más que el binomio Hugo-Lupe. El tipo del Banxico ya lo dejaba todo bien limpio en la cuenta, bajo comisión, obvio. Esa era la parte fácil, pues así se lo aseguraba el gallego. Lo del corte y distribución tampoco era en exceso complicado, pero exigía más cuidados y tiempos. Lo mejor del plan es que los riesgos los asumía, todos, él, más de los habituales, pero es que Lagarta le ponía al hombre a tres piernas, y además le hacía llamar a Cupido insistentemente. Casi como le había pasado al vasco unos tres lustros atrás —y ya verán lo que seguirá—; ella solo tenía que procurar el suministro de cuarto de kilogramo de aquello cada mes; Dieguillo lo convertía, con su magia, en casi tres veces aquello y en sus círculos se pagaba siempre de más. Afirmó Lagarta que cumpliría su parte del negocio, como si fuese una labor que la exponía bastante pues dijo que ella se encargaba de la compra de la cocaína pura, con el riesgo que todo ello conlleva por las gentes con las que había de tratar, de quienes en realidad solo conocía de sus métodos violentos de resolver sus conflictos, porque no sabía ni quiénes eran los dueños de la vieja coca robada. El gallego creyó que ella asumía esos peligros de negociar con narcos en realidad, y se hubiese comido cualquier otra trola, y hubiese firmado el mismo trato aun sabiendo que ella ya tenía kilogramos para un buen tiempo. Pero lo más elegante de aquello es que Lagarta ideó volver a Zihuatanejo, a su Playa Quieta y Playa Linda, y organizar más enterramientos con nuevos que repartieran todo en partes más pequeñas, de forma que trabajó un día, se anotó las ubicaciones, y no debía sino que proporcionar a Dieguillo una cada vez. Él iría y desenterraría la coca.

Antes de acabar contamos —algunos, el tío Claudio sigue a lo suyo, el vasco algo celoso, como Adolfo, pero aquí estamos Emiliano, Ismaelito, Sito y Jonás especialmente interesados en esta parte—, que Dieguillo al fin pudo descansar del acoso de la suegra porque, para el horror de Lagarta que no siempre gana, a veces sufre nimias derrotas, Melanie amigó con los bisexuales francesitos una barbaridad, pues aquella madura sí les valía en sus perversiones, llegando ésta a no volver a pisar el estudio. Y es que algunas mujeres, se sabe, con el tiempo ganan en desinhibiciones. Días después la grabación de aquellas canciones viajó de vuelta a Miami dispuesta a producirse en serie en formato Compact Disk para su distribución. A la hora del regreso a Florida Melanie también viajó con ellos, aunque apenada de abandonar a sus nuevos amigos, pero al que tampoco quería dejar es a Thom en exclusivas manos de su nuera Regina.


Mike Polacio

CAPÍTULO 10

En Miami parecía siempre que el tiempo se aceleraba. Eso no le gustaba a Lagarta —ni nos gusta a los que estamos por aquí—, de forma que ella, como compensación, ralentizaba sus biorritmos, su existencia. Lo llamaban primer mundo, pero para ellos y por ellos. Vivía más pendiente, por tanto, de las noticias de Acapulco que seguían siendo importantes también para la carrera de Thom pues Dieguillo se había comprometido que iba a hacer algunas llamadas, que dentro del mundo musical se darían algunas oportunidades. Él estaba al tanto de las intenciones de Lagarta de usar la carrera de éste para poder disponer de algo de plata en los USA de forma legal. Se había empeñado en que su amigo del Banxico podía solucionar esos asuntos, pero eso no le libraba a ella de las dichosas *taxes* que tenía que abonar al trasladar los dineros con el correspondiente cambio de nación y de moneda. Lo que no tenía pensado, aunque se le proporcionó la idea, es vender en Florida polvo blanco; no asumiría riesgos allí donde no podía controlar qué y cuánta lana se necesitaba para trabajar sin la presión por poder ser enchironada; si de alguna forma llegara a solventarse ese asunto, eso sí, Lagarta no se ponía límites. Pero aquello nunca se dio.

Antes de que empezaran a llegar buenas nuevas con el negocio reemprendido, Regina y Thom se casaron, para pesar de Melanie que solo pudo decir amén y engalanarse para la ceremonia a cuyo convite, sin pudor, invitó a sus amigos franceses. No le damos aquí más trascendencia al día en cuestión porque se imaginará lo que ello supuso para Lagarta más allá de que obtuviera papeles para la doble nacionalidad, lo que empezaba a ser necesario y era su pretensión. Sí contamos que el novio quiso ofrecer un concierto, pero se le convenció que un día tan señalado no debía trabajar y que bastaba con que expusiera con su Gibson SJ200 su tonada *The Missing Wife*, que así se titulaba. Melanie se había movido y como antigua relaciones de Daytona había llevado al evento a varias personas importantes que podían abrir algunas puertas. También contrató la suegra un equipo de audiovisuales que inmortalizó la ceremonia y la actuación de Thom e hizo un montaje de los recién casados a modo de vídeo recordatorio del convite y, aprovechando, se hacía otro promocional de la canción que se pensaba empezar a emitir por las televisiones por cable locales. La novia se opuso pues no entendía aconsejable que su rostro se hiciera excesivamente público (finalmente se haría el vídeo, pero con una actriz amateur que años después haría carrera desposando un par de viudos ricos). Como luna de miel fueron hasta New York, visitaron

la Estatua de la Libertad, se hizo Thom fotos en Strawberry Fields en Central Park, donde cantó junto con un puñado de entusiastas Imagine y Let it Be, y subieron al Empire State y a una de las Torres Gemelas (la que años después caería primero). Hasta pisaron Canadá en su visita a las cataratas del Niagara.

De regreso Melanie estaba emocionada pues había acordado para Thom, en ausencia de la pareja —lo que pareció restregar a su nuera —, dos conciertos que serían en sendas salas de Lakeland y Orlando, para después recalar en Daytona donde actuaría en una fiesta privada de un auto francés que competía en las 24 horas. Sería ya por 1999, casi acabando el siglo, y los pilotos de aquella escudería no darían ni diez vueltas abandonando a primeras de cambio. La casualidad hizo que uno de los chavitos gabachos con los que Melanie había intimado en Acapulco fuera hijo del manager de aquel equipo, y que se llevara a su amigo con él. Al hilo de lo que interesa, Thom vendió todo el aforo en aquellos dos primeros conciertos en solitario, aunque le vieron no más de cuarenta personas y le escucharon la mitad con la otra mitad de las dos salas vacías. También vendió tantos compactos como entradas, cuando la realidad es que fueron cuatro y a cuatro jovencitas que, eso sí, les gustaba más Thom que su música. Así son los comienzos, duros, hasta darte a conocer, era el consejo que Dieguillo le decía a Lagarta, para que ésta le dijera a su esposo. Y mira que se hace raro hablar de Lagarta y maridos. A ella poco le importaban las carreras musicales o de autos en Florida, las *news* de Acapulco llegaban buenas, y eso es lo único que le hubiera quitado unos minutos de sueño.

Supo Lagarta por entonces de un nuevo invento tecnológico que superaba el de los teléfonos inalámbricos móviles que ya usaban; la red de redes ya empezaba a asentarse, lo que la obligó, por primera vez en su vida, a comprar una computadora. Se conectó a internet antes del cambio de siglo, cuando empezaba a ser tendencia y, se decía, era el futuro a corto plazo —damos fe aquí todos, usted que lee y disfruta de la tecnología y nosotros que no la necesitamos—. El caso es que el gallego se carteaba con ella digitalmente, con una periodicidad suiza y sin riesgo de ser interceptada esa comunicación. Él quería más porque la sustancia era buena y se colocaba muy bien. Y ganaba plata gansa. Decía que incluso el del Banxico insinuaba que era el momento de aumentar el negocio porque tenía cómo blanquear más sin aparente dificultad. Pero Lagarta, que si algo no era es estúpida ni impaciente, ya había puesto el límite a la cantidad que ella entregaba. No obligando a más normas, como sí había hecho con el binomio Lupe-Hugo, porque con este distribuidor no quedaba sino aceptar su experiencia.

Para sorpresa de cualquiera que supiese algo de líricas y acordes,

Thom empezaba a despegar. Síntoma evidente del futuro porvenir de la industria musical que empezaba a entender más de rostros y cuerpos que de voces, porque se estaban dando cuenta sus ejecutivos que podían vender lo que quisieran y que la potencia informática podía arreglar muchos desaguisados. Adelantamos que su historia futura como artista se quedaría en ser un *one-hit wonder* más y que vivió de los derechos de su rola incluso después de cansarse de ella. Lagarta le contemplaba en la distancia y le dejaba girar acompañado de Melanie que se veía con las influencias de su época de relaciones públicas del circuito de Daytona. La suegra, en ocasiones, en ausencia de los francesitos, aprovechaba para realizar viajes fugaces a Acapulco, donde se veía con Dieguillo a su pesar y que seguía cumpliendo fielmente con sus encomendados.

Poco a poco, como ven, el ideal de Lagarta de darlo todo por su Thom, se diluía. Pero él, se aseguraba ella, seguía siendo suyo, de su propiedad. Resultó obediente de puertas para adentro mientras le dejaba parecer libre fuera, incluso opinar por los dos en cualesquiera asuntos que no le trascendían lo más mínimo. Los momentos que compartían eran de envidia ajena, tan jóvenes, aún, tan unidos, tan caminando mano a mano, tan locuaces y salvajes entre las sábanas —sin terceros invitados—, tanto que él olvidaba por momentos sus otros mundos, pero ella nunca. Thom era su spa, su masaje, su fisioterapia.

Hasta que... (demasiados *hastaqués* hay en la historia de la humanidad) resultó que el gringo, aquel amigo del tatuador y a sueldo del cártel, no había olvidado el asunto de Lagarta, aunque sus jefes habían decidido ocuparse de otras cuestiones al creer suficiente la sangre derramada en venganza por los diez kilogramos robados. Hasta que, decíamos, la vio de paseo por Acapulco durante una fugaz visita con el tipo de un estudio al que conocía y del que sabía que siempre andaba tocando varios negocios. Nada debía de ese trabajo, pero la información es poder y un jefe satisfecho es cosa de bien tener. Hizo averiguaciones y supo ya más que el hecho de que la dijeran La Lagarta, que se llamaba Regina, y que seguía con sus tatuajes (los vio, en Acapulco estila el calor tanto como el lucimiento de los cuerpos de las féminas). Supo por una amistad del propio gallego que éste comía en la mano de ella, enamorado hasta el tuétano, que era su empleado, no más; que ella vivía en Miami, de marido cantante (que también tenía fotografiado del día famoso que se tatuaron y compraron la Gibson); que en ocasiones visitaba al del estudio. Así que, en sus horas libres, que según los pedidos del cártel eran, por temporadas, abundantes, se dedicó al espionaje de Dieguillo, elaborando un dossier. Pronto supo que sus dosis de coca tenían de base la misma que había localizado tiempo atrás vendiendo al binomio desaparecido, pero con otras sustancias de corte, y pensó que esas noticias iban a

gustar mucho en una hacienda de un arrabal de una gran ciudad en México.

Cuando aquella nueva llegó a aquel lugar, pilló al que estaba al mando de buen humor, tanto que no decidió la muerte inmediata de Lagarta y del gallego. Algo influyeron las fotografías que se mostraron con su belleza innata. Así que no se dijo más; los quería allí, rindiendo cuentas. Para eso ella tenía que ser sorprendida en uno de sus regresos a Acapulco pues no la iban a traer secuestrada desde el otro lado de la frontera. Era viable lo que aquel jefe pedía porque ella visitaba México, aunque lo hacía con una periodicidad tan incierta que era difícil de predecir. Así que entretanto, el gringo, que aparentemente iba ascendiendo de status entre los empleados del cártel, siguió averiguando y hasta alcanzó en sus pesquisas al del Banxico, del que supo de su existencia e imaginó a qué se dedicaba. En el arrabal no había prisas pues el líder trataba un exceso de asuntos y había aprendido a manejar tal cantidad pacientemente. ¿Recuerdan también quién es la mar de paciente en esta biografía no autorizada? La cuestión es que a no mucho tardar, contra pronóstico, se conjuraron los astros porque de una tacada se llevaron de Acapulco a la hacienda a Dieguillo, a Lagarta y hasta el del Banxico. Sucedió de la siguiente manera:

Thom lidiaba por Canadá con su tonada de playback en playback ya que se había decidido que así se amortizaba mejor lo invertido en él. No era mal asunto que girara pues con ello, además, tenía a su Thom y a la suegra entretenidos y ella podía viajar con ellos o sola a Acapulco las veces que quisiera, no olvidemos que para entonces eran esposa y esposo. También se estaba negociando una cesión de derechos —algo que de no haber resucitado el negocio de la coca Lagarta jamás hubiera permitido, pero aquel juguete ya le aburría ordeñarlo—, a cambio de grabar con una importante disquera otros tres compactos en los siguientes seis años. Se llegaba a la última navidad del siglo cuando se programó una entrevista en un estudio de radio durante una visita del cantautor a Kansas City y Lagarta programó verse con el gallego en Acapulco. Todo llegó a oídos del gringo que lo trasladó a oídos del de la hacienda. Aquel día Dieguillo finalizaba una grabación y cuando se hubieron marchado los músicos se quedó esperandola y también al del Banxico que debía llegar algo más tarde, pero eso el gringo no lo había sabido. Como siempre hacía, pues no perdía la esperanza, el gallego pensó que igual ese era su día y cogían al fin Lagarta y él. Llamaron a la puerta y abrió, pero fue el currela gringo del cártel quien, colándose dentro, se presentó diciendo: «qué pasa güey que traigo unos instrumentalistas que quieren ver esto». Dieguillo entendió rápido que aquellos no eran músicos y de qué iba el asunto, así que no protestó cuando creyó que

su hora había llegado y era inevitable lo inevitable pues siempre sabía a qué se exponía, lo que suele ser habitual en México. Antes de que le colocaran la capucha miró a los ojos de su antiguo amigo y le expresó «no manches gringo, que me hiciste esta gachada y se la devolveré a tus muertos. Lo juro por los míos». A él, que aquellos no le preocupaban lo más mínimo, le importó un bledo. Bajaron al gallego algunos de aquellos no-músicos y se lo llevaron. Pronto llegó Lagarta, que iba tarde, con el del Banxico que acaba de coincidir en la acera y aunque aquello no se lo esperaban, ni unos ni otros, los que enseñaban sus Colts con cachas nacaradas hicieron una llamada y recibieron indicación de llevarse a los dos y no matar tampoco al ejecutivo que acompañaba a la mujer. Él no lo sabía, pero aquel susto, del que se orinó, auparía su carrera. Lagarta se acordó de Megan y quiso tenerla allí, pero en su lugar había un tipo meado. Pronto se tranquilizó, en parte, cuando el gringo le saludo como a una presidenta y le hizo ver que si estaban allí era para llevarla ante alguien más importante que todos ellos juntos. Nos pareció leer entre los labios de ella algo como «eso lo veremos».

El traslado fue largo, parte en la trasera de una furgoneta de forma que no se veía el exterior, parte en avioneta, parte en un todoterreno escoltado, pero con las cabezas en capuchas. No en menos de tres ocasiones Lagarta le dijo al del Banxico que o dejaba de llorar o pedía un pistolón a sus raptores y ella misma lo despedía de este mundo. El gringo, que acompañaba eufórico por el éxito de todo aquello, se meaba de la risa y hasta platicó para que se le dejara un arma, vacía. Pero los hombres que había puesto el cártel a su disposición no estaban para esas chanzas.

Lo que pasó en la hacienda, a donde llegó el gallego también, pero en distinto transporte y algo peor tratado, lo va a contar el vasco —(esto sí es una chanza), aquí estamos dictando ahorita mayormente Adolfo, Sito y Jonás; Emiliano, de ciento en viento, pues anda más distraído con algunos asuntos de sus mellizos al otro lado del mundo, e Ismaelito a veces se nos distrae viendo carreras—. ¿De quién cree usted que se acabaron sus días después de aquella visita? No es que por entonces aquí hubiera mucho sitio, nos alegramos de que la cosa siguiera así. El tipo al mando, el jefe de aquel cártel, vestía unos jeans y se parecía demasiado a los del cortijo de Cuernavaca, pero miraba distinto, como desde más alto, con sus ojos marrón claro. Iba bastante maqueado para lo que se acostumbra entre los narcos. Se diría que era un tipo elegantemente informal. Y no se reía lo más mínimo. Le escoltaban un carro de mexicanos con armamento pesado, pero enseguida los apartó de la vista de ella, a la que llevó a un aparte dentro de la hacienda. Lagarta, cabeza alta, no cesaba, paciente, de observar y le pareció que aquel capo era también un ser paciente y

pensador. Nada sabía del hombre del Banxico, y no había preguntado por Dieguillo pues desconocía si era culpable de aquello o estaba ya con nosotros. El diálogo de aquel hombre resultó un cúmulo de verdades en relación al destino de la droga que años atrás le habían sustraído en su camino desde una lancha en Zihuatanejo hacia Austin-Texas. Presumió de haber dado instrucciones para lo de la chiquilla Lupe y lo de un profesor de universidad y otro tipo de Acapulco —y es así que nosotros lo pudimos saber también—. Lagarta solo escuchaba, pero el hombre quiso saber si había acertado con aquellas decisiones, afirmando entonces ella que con lo de la chavita hubiera bastado porque desconocía quienes eran las otras dos personas, mostrando la misma pena y remordimiento que él: ninguna. Una mueca de dolor hemos querido ver —que existió— cuando aquel narró lo de Ismaelito, y una sonrisa de ella —que sí se vio, para halago del aquí distraído, presente y mudo vasco—, cuando se relató lo de su proeza de muerte, inspirado en una escena de película que el que hablaba había reconocido. Lo contó el jefe del cártel tal y como fue, tal como a él se lo dijeron, con la consiguiente muerte del que apretó el gatillo contra Kepa, lo que hacía que aquella realidad superara a la de la ficción. Lagarta se enorgulleció de su tío, casi como si hubieran sido familia de sangre, obviando sus años iniciales de encuentros con el que aún era sacristán y que tenía olvidados. Y se dijo que debía ver esa película, algo que nunca hizo. Pero hágalo usted, Amor a Quemarropa, dijimos, así se le dio título en España; por Buenos Aires se tituló Escape Salvaje, por México La Fuga y en original True Romance.

Explicó el hombre, atento a la paciencia de ella que no ponía ni un punto ni una coma a sus palabras, cómo se supo de su negocio analizando dosis de coca por media costa del Pacífico mexicano y que a ella le pareció un operativo digno de halagarse; también aclaró que por él el tema se había resuelto con la sangre de la que ya había dado cuenta, pero que, ante la insistencia de su hombre, «el gringo», las nuevas noticias le obligaban a volver sobre aquel viejo asunto cuando tenía otros más necesarios, y es que, ante sus hombres, debía mostrarse juez de todas las traiciones o embustes que recibía; señaló el inconveniente y la pena de haber prescindido de Andresito que visto lo visto no tuvo nada que ver con aquello —aquí, orgulloso, presente —, quien le servía decentemente y para quien había planeado mejor futuro; dijo de Adolfo, «el pescador» le llamó pues no sabía su nombre, que todo se hizo correcto pues se dejó robar y se le procuró un entierro con sus peces —él lo lamenta—; y enseñó a Lagarta los pasos que hubo de dar y el tiempo que necesitó para poder volver al suministro hacia Texas, siendo ese en realidad el mayor inconveniente que ella le había causado. Y «ahora me va usted a platicar su parte, lo que no sé», finalizó.

Lagarta, que veía una oportunidad de seguir viviendo fruto de esa conversación, no faltó a la verdad y le contó de cómo se escondía en la chalupa de Adolfo cuando le entregaban el fardo y en cómo decidió que aquel iba a ser su negocio; de cómo robó y guardó la coca; de cómo esperó durante un tiempo, paciente; de cómo reclutó al binomio Hugo-Lupe; de sus negocios para limpiar la plata; de su huida a Miami; del retorno al bisnes cuando sintió que debía hacerlo pues aún tenía sustancia que, no habiendo más, había decidido (como método de seguridad que por lo que se veía no había sido suficiente, por lo que felicitaba a su captor), ir comercializándola poco a poco; dijo que el pobrecito que la había acompañado era un empleado del Banxico que le limpiaba los beneficios de forma mejor que en su primera época de traficante de coca en que ella misma tuvo que montar varios negocios; que el del estudio, del que desconocía su paradero, era el duplicado del binomio Hugo-Lupe, pero con conocimientos y un excelente y leal empleado; no se olvidó de acusarle al de la hacienda, en su cara, de la muerte de su lagarta, la que llevaba tatuada (para entender la relación que se fraguaba entre ambos, se ha de decir que el hombre se disculpó y ofreció su pésame por aquel error); reconoció que era joven y ahora lo hubiera hecho distinto, no por recuperar algunas vidas, sino por no faltar el respeto a señores tan distinguidos como el que tenía delante y con quien podría hacer buenos negocios ya que creía tener una puerta abierta de acceso y vuelta a territorio yanqui. El otro —del que ya se habrán dado cuenta que no se relata su nombre, ni el del Banxico, por si en algún momento se vienen por acá o nos mandan a alguien, no más, dicho queda—, escuchaba estoico, pues no había tomado decisión sobre cómo resolver aquel conflicto, o si la había tomado empezaba a cambiar de opinión como se habrá adivinado por el perdón pedido. Además, la belleza, la resolución y la falta de remordimientos de Lagarta generaban una especie de simbiosis entre ellos que ella también había percibido. Aquel hombre era otro psicópata, evidente, pero de él no se sabe si nacido o como método de supervivencia, pues ya dijimos que uno no puede dedicarse al narcotráfico sin serlo o aprender a serlo.

«Es la hora de comer», es cuanto dijo el mexicano cuando Lagarta acabó su exposición. Se sentaron a una larga mesa de una sala contigua a donde se había tenido aquella extensa plática. Cada uno en un extremo y ella estuvo en el que no había plato, ni alimentos. Sí se le ofreció algo de beber, que aceptó. Reinó el silencio mientras el otro comía y meditaba sus siguientes órdenes. Lagarta no le distrajo de sus pensamientos ni un solo segundo, algo que, como se verá, también influyó y sirvió para que se acabara de generar esa asociación de mutuos beneficios. Al acabar, y a un gesto de aquél, se acercó un hombre con un solo ojo y una cicatriz desde el parche, con el que

tapaba el cuenco vacío, hasta la boca. Le habló al oído dando algún precepto y el sicario marchó.

«Cuénteme de esa puerta abierta de la que dice que dispone, Lagarta». «Para usted Regina si prefiere». «Que sea Lagarta». En esos momentos el pulso de ella aumentó, pero nadie lo sintió más que nosotros, ante la satisfacción de aquella victoria y el nuevo poder que esperaba tocar con prontitud. Le platicó el asunto y el mexicano, al igual que se llevaban haciendo el uno al otro mutuamente, no la interrumpió.

Un detalle importante en este momento del relato que recientemente describimos como biografía no autorizada, lo que nos ha gustado expresar así y reiteramos para que quede la debida constancia grabada en el cerebro de quien haya llegado a este punto de esta historia, es que ante ciertos hombres con poder hay que demostrar estar a la altura. Es decir: no tienen que dudar de que no se duda, de que no se tiene alma —es un decir—, y de que se tiene la piel más dura que un tardígrado. Dicho se ha, para que se entienda lo que vino a continuación y cómo se resolvió el asunto, que tal vez sorprenda. Y si ya lo intuye, hágaselo mirar. En serio. Tal vez sea usted otro psicópata. Lea:

Ante su presencia se hizo llamar al gringo que llegó acompañado de varios hombres del cártel que, ya se veía, le trataban con elegancia y una sutil reverencia ante los logros con que honraba al jefe de todo aquello. Se sentó a la mesa y se hicieron las presentaciones. Se explicó lo de la puerta abierta al territorio más al norte y se pidió su parecer pues no en vano no le decían el gringo sino por ser oriundo de Boston. El otro vio algún inconveniente y dijo que no sabía hasta qué punto debían fiarse, así en plural, de una ladrona. «Alabo su franqueza», recibió como respuesta y también una mirada de indiferencia de Lagarta. Se hizo llegar luego a Dieguillo, no sorprendiéndose ninguno de los presentes por verle amordazado. «¿Qué hacemos con él?», preguntó el narco-jefe. Y el gringo se dispuso a contestar. A la primera sílaba calló la boca al ver la mano alzada del que había preguntado y cómo éste le miraba a Lagarta que era a quien realmente había interrogado. Ella respondió entonces que se había generado allí un clima de desconfianza y traición con alguno, que nada bueno acarrearía en el futuro negocio. «¿Estás de acuerdo?», esta vez la pregunta era para el gringo que no tardó nada en mostrarse conforme, añadiendo que el del estudio y él no eran tan amigos. A otro gesto se desamordazó al gallego que permanecía en pie y escoltado, con la cabeza gacha, al estilo tío Claudio, pero él lo hacía por mostrar respeto, a los presentes y a la muerte que se le anunciaba. El propio amo del cártel tomó su pistola cogida de su cinto, la colocó en la mesa y la arrastró hasta Lagarta. Ella se puso en pie y se acercó armada

hasta su hombre, Dieguillo, el que tan buen servicio le había hecho. Al estar a su altura, «es justo que sea él» diciendo, le extendió el arma ante la mirada del de Boston que comenzaba a no comprender qué estaba pasando allí. Fue el único. Dieguillo tomó el Colt, los mismos que le habían reverenciado sujetaron al gringo que no tuvo tiempo de ni mirar al suelo, ni de soltar una lágrima, ni de suplicar, pero de pura incredulidad ante la aparente ilógica de todo aquello. Dieguillo dio los pasos que necesitó para asegurarse en no errar y descargó su ira contra él. No se la devolvió a sus muertos como había jurado, sino al gringo en persona. Lagarta sonreía sabedora de la satisfacción que sentía el gallego con todo aquello.

Aún expulsaba sangre, que se escurría por el suelo de mármol, aquel cerebro, cuando se citaba a los presentes a la hora de la cena porque el jefe del cártel tenía otros asuntos que tratar y se ausentaba del lugar mientras ordenaba que trajeran al tercer secuestrado y les dieran algo de almuerzo. Cuando llegó el del Banxico, oliendo a pestes, pero ya siendo tratado con apariencia de señor, no entendía nada. Lo primero que vio fue que se arrastraba un cadáver fuera de aquel salón; también a Lagarta y a Dieguillo, felices en apariencia, lo que le tranquilizó.

El gringo, por si existe la curiosidad, no se encuentra entre nosotros. En respeto de su alma se debe honrar que tenía mujer, de Guadalajara, Jalisco, con quien compartía la paternidad de tres muchachas que a no muy tardar deberían de ingeniárselas para vivir sin el sustento del cártel. Eso sí, el hombre recibió su ofrenda, que incluía, sobre un billete de dólar, un santo del que colgaba una estrella de sheriff como amuleto.

Si se pregunta si aquella fue la primera vez que el gallego traía a alguien a un lugar parecido a éste nuestro, debemos responder que no, sin dar información que, como otra tanta, no viene a cuento en este relato.

CAPÍTULO 11

Para reponernos del relato anterior, para reponerle a usted porque nosotros aquí seguimos a lo nuestro sin excesivos sentimentalismos, debemos contar qué sucedió unos miles de kilómetros más al norte y de lo cual Lagarta tuvo conocimiento a su vuelta —y con ello lo supimos nosotros también—. Aclaramos antes que el matrimonio y la suegra comunicaban ya por entonces por celulares móviles, ya se dijo, pues se alcanzaba su siglo actual y ya lo hacía más de medio planeta Tierra. Y que aún sin localizarla a ella, pues no se le devolvió su terminal hasta que se les retornó a todos a Acapulco, Melanie determinó finalmente la firma con la disquera con la cual se negociaba. Aquello supuso un inconveniente pues chocaba de plano con la intención del nuevo trato que se había ido gestando durante la cena en la hacienda, ya libres de la sospecha de acabar balanceados los tres cautivos. Y es que se tardó algunos días en saber de Lagarta, que creemos que Thom pasó algo angustiado y la suegra casi esperanzada, pues el cártel agasajó a sus secuestrados con varias jornadas de descanso en los que pudieron practicar el tiro, el galope a caballo e incluso Lagarta pudo disfrutar del conticinio y contemplar el firmamento y las estrellas con un potente telescopio, recordándole sus días en el techo de la vivienda del tío Claudio acompañado de Jonás —aquí presente y sonriente—. Con aquel artilugio también vio la luna bien de cerca como si pudiera sentir la sensación de pisarla, lo que sin duda la impresionó más. Antes de devolverles la libertad se acordó —por ir al grano porque lo otro es paja—, separar las misiones de cada cual hasta tal punto que Lagarta y Dieguillo no volvieron a saber de el del Banxico hasta años después cuando inició su carrera política. Llegó orinado a la hacienda, pero aquel secuestro vaya si le rentó. El gallego por su parte suplía las encomiendas del difunto gringo en Acapulco, aunque no todas, ya que sus contactos con el mundo de los grupos de punk, rock, pop y folclóricos siempre venían bien para según qué negocios, y no convenía abandonar esa labor. Incluso durante una semana se cerró el estudio para que una de las amantes de un socio del jefe del cártel grabara sus rolas, diez veces peores que las peores de Thom. Lagarta no dejó de visitarle en cada viaje a Acapulco, lo que siempre fue del agrado de él.

Thom, con aires de artista bohemio por entonces, con pelo más largo y más barba, quiso detener su gira por platós y alguna entrevista de radio para trabajar en sus nuevas composiciones, pero los nuevos propietarios de sus canciones, con los que acababa de firmar, exigían, tanto más temas con los que llenar los compactos acordados, como

más exposición pública pues se trataba de venderlo. Así que se empeñaban, como les correspondía, con guiar todos los pasos del artista. Regina, que aguardó paciente la llegada del caos para revertir la situación como se verá (recuerden que ponía en práctica de forma magistral el haiku de Tolstoi), y Melanie tuvieron sus más pues se había cerrado el acuerdo sin estar ella presente y no solo se habían cedido los derechos de la canción buena, la de *The missing Wife*, sino que no había capacidad de decisión sobre los lugares y fechas en las que giraría Thom con su Gibson, ni sobre los músicos y técnicos que debían acompañarle. La suegra, ajena a los negocios que tramó la nuera en sus días en la hacienda, reconocía en su fuero interno, a toro pasado y viendo el disgusto del hijo, parte del error y la forma en que se supo fue que la acusó de haber estado ausente para añadir que, de seguro, en su presencia nada de aquello que ahora no aprobaba se hubiera firmado, pero que igual a madre e hijo les había podido la emoción y con ello habían sucumbido a la presión de la ejecutiva de la disquera. Así que aceptó volver al despacho donde se había cerrado aquel trato a intentar un renegociado. Al de poco viajaban suegra y nuera juntas —damos fe, lo vimos— hasta la oficina en New York donde se había sellado el acuerdo.

Allí conoció Lagarta a la ejecutiva que había sacado la mejor tajada. Indira, mujer de origen hindú, aspecto de cincuenta (pero a saber), solterona y algo gruesa, piel oscura, enormes pechos, de mal carácter, agria en el trato cercano, implacable en sus asuntos, que no eran otros que los de la empresa para la que trabajaba y a la que dedicaba la vida. No iba a ceder ni de primeras ni de segundas cuando Melanie, sorprendida Regina presente en la reunión, intentó desesperada una mordida —que por otro lado era ridícula nos aclara Sito—, lo que sin duda la hacía más culpable del mal acuerdo firmado, hecho que no pasó desapercibido. La de la disquera se ofendió y a punto estuvo de expulsarles del despacho y hasta del edificio, pero intervino la esposa de Thom, nuestra Lagarta, que había adoptado durante la negociación un aire paciente y sereno, de observadora, muy a su estilo, y convino que lo que sí podía aceptar Indira era acompañarlas a la mesa en dos noches, antes de que se regresaran a Miami, y así limar aquellas asperezas, al fin y al cabo, todas querían el éxito de Thom y debían tratarse bien. Ya de paso, y antes de dejarla aceptar la invitación, se preguntó por cuál de los mejores restaurantes de Manhattan debía de tener el honor de recibirlas. La ejecutiva, a la que no amargaba un dulce y menos una buena cena regalada, eligió el lugar, y se concretó el convite.

Lagarta tenía no más de cuarenta y ocho horas para resolver aquello y poder echar a andar los nuevos acuerdos sellados con palabras en la hacienda del arrabal. Se garbeó un poco por las oficinas de la disquera

haciendo como que contemplaban los pósteres de estrellas que adornaban sus paredes, siendo que la gran mayoría eran desconocidos para ella y que Melanie contó anécdotas de los que había conocido por el *paddock* del circuito de Daytona. Después acabaron en un garito irlandés sito en la misma cuadra del edificio donde se habían reunido. No tardó mucho en aparecer por allí una pareja, hombres, que habían visto entrando y saliendo de algunos despachos de la compañía musical, bastante dicharacheros. Tampoco tardaron ellos en consumir tanta cerveza y wiski como se les propuso, o como ellos proponían pues al de poco no aceptaban invitaciones, sino que las ofrecían. Cuando creían que la velada acabaría en orgía con sus dos nuevas amigas, una más joven, otra mayor, que los dos borrachos las veían a ambas capaces e igual de apetecibles —ya se ha dicho lo qué pasa cuando se da de beber a un hombre—, resultó que ellas se despidieron para mejor ocasión, dejándoles plantados y bastante perjudicados. Melanie, que poco había entendido de aquella situación y que se acordaba de sus amigos franceses, no quería marchar, pero Regina se la llevó pues la necesitaba entera para la velada que debía llegar la noche siguiente. Suegra y nuera no compartían habitación en el hotel, sino que estaban en contiguas, donde no había llegado Thom que seguía encerrado en Miami (¿se dijo que en un nuevo apartamento, éste sí, a dos cuadras del mar?) componiendo. Lagarta tuvo que acompañar a Melanie a la suya hasta que cayó rendida pues no estaba bien segura de que, si la dejaba a solas, acabara en la barra del bar del hotel buscando dos gabachos.

Por la mañana amaneció la suegra, como siempre, hecha una señora, y ambas visitaron la ciudad y viajaron en ferry hasta Staten Island para que Melanie viera de cerca la Estatua de la Libertad, y para que no se desmadrara. Llegaron puntuales a la cena, que costaría un potosí, e Indira apareció mucho más coqueta, si se puede decir, de lo que había parecido en su despacho. Vestía de largo, florida, había pasado por algún salón de belleza que le había recogido el pelo y decorado el rostro de vivos colores alrededor de sus ojos y pintado los labios de rojo mate algo chillón. Pudo parecer ridícula, pero no, la mujer alcazaba su máximo de esplendor. Comenzó la cena advertida Melanie de no mentar a su hijo y el problema que les ocupaba, ese había que darlo por zanjado por el momento, y siéndole solicitada confianza en lo que iba a venir por parte de su nuera. Para sorpresa de Regina, la suegra obedeció. Se comió ensalada y pescado —caros, no nos pidan nombre los platos, eran muy largos, ni las recetas—, y se regó todo con un vino blanco espumoso italiano. Con dos botellas, exactamente. Melanie e Indira enseguida parecían haber limado asperezas y hablar el mismo idioma y Regina solo empujaba la velada en esa dirección, más contenida con el vino, que ya se dijo que no era

bebedora, aunque por aquellos tiempos ya cataba ciertos caldos como acto social, cuando, como entonces, la ocasión lo demandaba.

Acabó la cena y, con rabia, pero sabedora de que aquello era una inversión, Regina aflojó los tropecientos dólares —vale, tampoco nos fijamos en todos los detalles—, que aquello debió costar. Un potosí, ya dijimos. Y después propuso acercarse a un bar de ambiente caribeño a tomar una última copa. Era uno que estaba a las puertas de su hotel, hecho que no se mencionó. Para allá fueron las tres y quiso el destino que apareciera, salido de la nada, Dieguillo. Allí en medio New York, en el local que, casualmente, se había elegido para el último trago. Como se imaginarán, Melanie quedó con los ojitos saliéndose de órbita. No eran sus franceses, pero era su español, o al menos el que tenía apellido gallego y que catara durante las primeras grabaciones en Acapulco y en alguna posterior ocasión. No tardó en invitársele a unirse a las tres mujeres. El hombre vestía, además, ajeno a sí mismo. Demasiado formal —ya sabrá usted que todo fue cosa de Lagarta—, con traje, corbata, zapatos y repeinado, de forma que parecía otro.

Se cambió el vino por el champagne francés. Cuando supo en un aparte Dieguillo de su misión, por momentos miraba a Lagarta y en la lengua de ambos le decía: «es muy gacha». Ella respondía: «aguanta la vara; al menos son dos y a una ya conoces». Él, que siempre le había hecho la promesa de hacer cualquier cosa por ella, nunca imaginó que lo que le pidiera fuese hacer un trío con dos mujeres, una no muy bella y mayores las dos. Obvio que por eso no le informó su socia de nada hasta el final, cuando ya estaba en Manhattan pertrechado para la ocasión, no dándole tiempo a decir que no. En su contra, que con la segunda ya se había apretado en el pasado, así que por ahí no había coartada. A él le decimos en este limbo que, visto lo que tuvo que hacer, hubiera sido entendible que rompiera aquel pacto y ya se hubiera buscado Lagarta sustituto y es que Indira tenía unas perversiones un tanto extravagantes de las que tampoco se le informó y que se vio obligado a cumplir. Faltaba la suegra por enterarse de qué iba aquel bisnes, así que en otro aparte que se hizo en el excusado Regina le dejó bien claro a Melanie el plan que debían seguir, pues la había mantenido al margen hasta entonces, así que la convidó, de entrada, a no ingerir más alcohol y no estar hasta las chanclas, recordándole además el mal acuerdo que había firmado y cuál era el fin pretendido con todo aquello. La suegra, susurrando un gracioso «hija de puta» en perfecto castellano de Miami, estuvo totalmente de acuerdo con el plan. ¿Fue una sorpresa? Creemos que sencillamente le pareció divertido. Y también que desde aquella noche comenzó a conocer a su nuera Regina de la forma en que se debe, aunque siguió sin llamarla Lagarta, sobrenombre que ya sabía.

No diremos todos los detalles del fin de aquella velada, sí uno que le

sorprenderá. Y es que en las dos habitaciones del hotel hubo sexo. En una el trío, perverso a más no poder. En la otra, Lagarta, a quien lo que pasaba al otro lado de la pared algo le calentaba, y recordando el nombre del distrito neoyorquino donde estaba, compartía orgasmos con una mujer bien parecida a Big Apple, pero latina y de México como ella, y que había echado la vista ya desde la noche anterior en la barra de aquel bar caribeño (mujer que no ha muy tardar volverá a aparecer por esta historia y a la que entre susurros y gemidos llamó "Manhattan" en un par de ocasiones).

Horas después —por eso sabemos algo de lo que pasó en aquel trío, de lo cual Dieguillo se avergüenza profundamente y desea que no concretemos (y sin embargo el vasco sí está por la labor de que se den detalles, que no se darán como no se hizo con otros tantos suyos)—, en el despacho de Indira, Lagarta exhibía unas instantáneas bastante dolosas y escandalosas de las perversiones llevadas a cabo por aquella ejecutiva la noche anterior, las que hizo y se dejó hacer, e imagínese lo que se quiera que si acierta usted está al menos igual de enviciado que ella. Los rumores que contaron aquellos dos machos de su propia oficina, los que creyeron poder llevarse a la cama a la suegra y a la nuera, resultaron infundados por demasiado leves, por alejados de la realidad que superaba cualquier ficción. Y más real fue que se renegoció el contrato, perdiendo la disquera prácticamente toda su capacidad de decisión sobre la carrera de Thom, más allá de comprometerse a pagar la grabación y producción de tres nuevos compactos, así como una buena soldada por ello, lo que supuso, dicho sea de paso, el fin de la carrera de Indira, con quien Lagarta no tuvo piedad con las cláusulas del acuerdo que sustituyó al viejo. La pusieron de patitas en la calle cuando llegó a oídos de sus superiores y rumbó su vida ciento ochenta grados. Indira abandonó New York y no acabó muy lejos de la que fue esposa del tío Claudio que, no se lo creerá usted, seguía por entonces viva con su silla de ruedas y sus perros por Las Vegas, y sabía ya algunas frases en inglés.

De Melanie también hay que decir algo y es que ya serena, días después, tomó a Regina y la quiso tener en jaque con que, si alguna de esas fotografías veía la luz, su hijo iba a saber muy bien quién era su esposa. Jamás habló tan serio aquella mujer y tan confiada de sus palabras. Lagarta sintió lástima por ella. No le dejó con el regusto de que su amenaza tuviera efecto pues respondió que, si en algún momento la ponía en tesitura de pensar siquiera en mostrar aquellas imágenes, iba a sopesar a la vez si la mataba, o la dejaba vivir. Después la despachó con que podía visitar a su hijo cuanto deseara pero que, por lo demás, la quería bien lejos, con sus franceses o sus francesas, a lo cual no ponía ningún impedimento. Se dice que por un tiempo Melanie intentó contactar con Indira, la exejecutiva, para

concretar una venganza, o visitarla a ella, o las dos juntas a los gabachos, pero ésta debía estar ya camino de Las Vegas, no hallándola.

Dieguillo ni preguntó por las fotografías, ni habló de aquella noche, jamás. Ni aquí. Se cierra así el capítulo más corto de los que componen esta historia pues no se puede acompañar de ningún otro suceso de por entonces que estuviera a la altura.

Mike Palacio

CAPÍTULO 12

De vuelta en Miami Thom seguía con sus rolas, o sus intentos, tan pronto animado por la novena o la onceava que añadía a un acorde, como acomplejado por no llegar con su voz a esa nota tan alta, descendiendo de tono el conjunto, pero quedaba insatisfecho por la gravedad con que con ello sonaba; lo intentaba entonces cambiando la melodía y la letra no encajaba; o subía, para seguido bajarlo, el tempo, una y mil veces; para cuando había logrado algo, le aburría el resultado, y vuelta a empezar. Casi era mejor así. Lagarta incorporó al hatillo la cinta grabada con las imágenes de Indira y de su suegra en la habitación del hotel y que, todo hay que decirlo, fue debidamente colocada la cámara y ocultada por Dieguillo, mientras las mujeres aún apuraban una última bebida en el bar, con Lagarta ya intimando con la que la visitaría en su habitación y que en este capítulo volverá a hacer aparición —nos reiteramos, pero es importante—. Con Melanie apenas se veían y, a lo más, la madre se citaba con el hijo a almorzar, sin la nuera que se quedaba leyendo sus novelas e iba olvidando otra vez la música pues bastante tenía con un cantautor en su cama. Aquella era una pasión de ida y vuelta, guiada por el interés. Tenía miedo, además, de lo que una armonía, una letra y una melodía podían sacar de ella, una debilidad que, de adentro que le salía, pensaba Lagarta que quedaba mejor ahí, enterrada. También esperaba noticias del cártel con el visto bueno con que empezar su nuevo negocio. Esa era, en realidad, su única inquietud. Y esperaba paciente.

Antes de que la confirmación llegara, sí se le propuso, a través de Dieguillo con el que se estableció desde la hacienda un hilo más directo al parecer, pero con información no tan trascendental según ella creía, erróneamente, devolver la coca que no le pertenecía y que había confesado a su propietario, aún guardaba. Era una proposición de obligado cumplimiento y una muestra de buena fe. Por ello viajó Lagarta a Acapulco en vuelo directo desde Miami; ya con el gallego de escolta hasta Zihuatanejo y sus playas Linda y Quieta donde en sus cercanías fue desenterrando los kilogramos que le quedaban. Dieguillo no se sintió estafado en su parte de acuerdo inicial, aquel que establecieron al día de conocerse, sabedor ahora de que ella no negociaba con ningún narco, sino que ya tenía la droga en su poder. Al contrario, al conocer la verdad —o el engaño—, pensó, muy a lo macho, que Lagarta tenía más testículos que la mayoría de los varones que él conocía, incluidos los suyos propios que jamás hubieran robado a un cártel. Fue a través de él que se entregó de vuelta la coca y ella sufrió dolor por ello. Aquella sustancia era parte de su pasado, otra de

sus victorias, podría decirse que la primera lograda por sí misma, en solitario. Debió haber guardado una muestra para el hatillo, pero la ilusión de lo que se avenía y la presencia de Dieguillo, que sabía que comía en su mano igual que podría dejar de hacerlo —ya se verá que nunca lo hizo—, le hizo dudar y dejó que toda la coca volviera a su amo. Al despedirse del último envase con su cuarto kilogramo, Lagarta se dio cuenta de algo que no supo concretar y que no fue sino el primer indicio del desencuentro con el jefe del cártel, que a no mucho se conocerá con todo lo que ello implicó.

Al regresar a Miami, en vuelo directo, lo que no la había tenido a ella alejada del hogar sino una noche, Thom echaba chispas. Al conocer el motivo, Lagarta las echó también, pero de otro tipo, como de fuegos de artificio. Allá en su nuevo salón, junto al acceso a la terraza, había un terrario, más grande que el que obtuvo regalado en Zihuatanejo de aquel pobre criador de serpientes, y con una nueva lagarta escorpión en su interior. Le pareció más bella que su antecesora, no más grande. Según supo de boca de su angustiado esposo, esa misma mañana se habían presentado los empleados de un comercio de animales, y que no lo parecían, con todo aquello y con el mandamiento de instalarlo allí mismo. Él se quejaba de no haber sido informado de dicha adquisición, en la creencia de que era una compra de ella, que era la única que supo que el reptil no era sino un regalo en respuesta a su buena fe, de parte del dueño de la hacienda. Tampoco la bautizó. El hatillo no tardó en salir de su guarida y en acompañar a la nueva lagarta en su terrario, guardando en su interior los pesos, el fular, el cartucho y la cinta grabada. Ambas, humana y reptil, pronto comenzaron a conocerse a base de horas de compañía. Incluso Thom acabó por coger cariño al "*little alligator*", como él la llamaba. Durante un tiempo, además, la banda sonora de aquella morada la acaparó la *See you later Alligator* de Dr Feelgood; tonada que, por cierto, gustó a Lagarta por alegre y divertida, aunque nada tuviera que ver con un lagarto, y casi tanto como la de simpatía por el diablo. Y vuelta a la rutina de los intentos de Thom con conseguir nuevas rolas que superaran a la que le estaba dando a conocer. De ciento en viento salían a dar un bolo o a algún plató a hacer una actuación, en ocasiones una interview en algún programa menor. Cosas de la compañía que le gestionaba, en parte, tras el nuevo contrato firmado y que, de alguna manera, pretendía rentabilizar aquello. La última palabra era de Lagarta siempre, por cláusula, y por el momento no ponía nunca impedimento, para no enquistar más el disgusto de la disquera y, sobre todo, satisfacer a su esposo y a aquellos que, no tenía duda, seguían cada uno de sus pasos.

Dieguillo, por su parte, permanecía en contacto directo con ella y de alguna forma con los nuevos jefes. También atendía diariamente su

labor en el estudio de Acapulco donde comenzaba a verse desplazado a recados por parte del hijo del dueño de aquello.

Transcurrieron meses, casi un año tal vez, sin ninguna nueva. El siglo XXI corría y Lagarta seguía anclada al nuevo apartamento de Miami, en una vida tranquila. Sabía que debía llegar su momento. Estaba cogiendo algo de peso y Thom no parecía satisfecho con ello, así que propuso que fuera a un *gym*, a ejercitarse. Ella, inicialmente, no iba a ir allí a exhibir su carne ante desconocidos, pero al de poco, por no escucharle más, plegó y a condición de ella fueron juntos. Descubrió así Lagarta, su droga. Y es que a veces las cosas son así de simples. Comenzó a sentirse bien, alcanzando cada nueva meta que se proponía: más kilómetros —al de poco, antes de entrar al gimnasio corría varios junto a las playas de Miami—, más pesadas las mancuernas, más intensidad. Su cuerpo enseguida respondió ganando músculo y anchando espaldas, endureciendo su trasero desde el mismo lunarcito donde se iniciaba. Siempre ignorando miradas y chavadas. Aquello no era Zihuatanejo, y no es que cesara la grilla cada vez que alcanzaba ella el gimnasio con sus shorts y su camiseta de tirantes, luciendo el *tatoo*, pero casi, porque algunos callaban al verla, se daban con el codo. Algunas de las habituales, las que llevaban tiempo de triunfo allí y habían cabalgado algunos musculosos, sintieron celos. Las más veteranas en el lugar, e inteligentes, sabían que aquella chica sería sustituida por otra a no más tardar, quedando en plano de igualdad a ellas, pero las había que a Lagarta le recordaban a Melanie, por la forma infantil en que rivalizaban. Solo que en este caso en una competición que a ella no le interesaba. No quería ningún músculo ajeno de cuantos allí se exhibían, y que ella ignoraba.

De entre todas aquellas celosas había una: "La Inmunda" —que así la llamamos aquí unos cuantos, el sobrenombre se lo puso Sito—, por su inmundicia, deshonesta como nadie, siempre grosera y descortés. La criticaba a izquierda y derecha, hasta que alcanzó el interés de unos chicos muy blancos y rubios, al estilo del físico ario, muy tatuados, de aspecto violento. La Inmunda, que empezó a tener éxito entre aquel grupo, no vio que se habían acercado a ella por lo único que les unía, que era el odio hacia Lagarta, pero en su caso no por celos de mujer, sino por una cuestión racial a la que La Inmunda se fue sumando. Había allí más latinos, y algún mulato, ni árabes, ni asiáticos. El nuevo barrio era más distinguido, como se ve. Pero solo Lagarta había logrado una antipatía visible ya que el resto estaba integrado y ella no se relacionaba con nadie, aparentemente indefensa, así que ello podía convertirla en presa fácil de aquel grupeto de supremacistas. Ella se había dado cuenta, tenía calada a la Inmunda, y en su fuero interno a veces tramaba tratar el tema con el gallego, pero para acabar siempre no queriendo perder el tiempo con

gentes que no merecían su atención. Thom para entonces ya se había cansado de acompañarla toda vez que aquella no era su droga; Lagarta, sin embargo, no sabía vivir sin aquel ejercicio físico; cambió su alimentación y sus rutinas; planificaba cada nuevo entreno; en definitiva, sentía interés por su cuerpo y aquellas maratonianas sesiones de gimnasio le hacían sentirse demasiado bien. Buscaba estar en forma y coqueta a la vez; bien perfilada, sin que su cuerpo perdiera su encanto, pues como mujer también se gustaba de verse bien formada ante un espejo. Rara vez lucía palmito por alguien, más que por sí. Pero La Inmunda, que consumía la misma obsesión deportiva, no podía con su odio hacia ella y que crecía cada vez que un musculado se acercaba a la latina Regina, con timidez, tal era así el aura que proyectaba, pero intentando no más que cogerla pues era muy propio de aquel recinto deportivo que con el paso del tiempo muchos lo hicieran entre sí, incluso los del mismo sexo. No desaprovechaba la ocasión aquella mujer inmunda para platicar con el grupo de blanquitos y solo por sus propios complejos, no tardó en compartir y departir con ellos a otros niveles.

Y sucedió lo que usted tal vez va imaginando.

Una mañana de lunes, cuando apenas comenzaba a asomar el sol, Lagarta salió de su portal e inició su carrera de cinco kilómetros antes de pisar el *gym*. Al doblar la esquina de la cuadra de su finca se topó con La Inmunda escoltada por dos de sus amigos racistas. Le interrumpían el paso. «¿A dónde vas mexicanita?» —ya se ha dicho que en Miami hasta quien no quiere sabe lo básico en idioma de Cervantes—. No fue la rubia, sino uno de aquellos muchachos que preguntó. No vieron, a su espalda, como dos varones tan gringos como ellos, pero de aspecto y vestimenta opuestos, se les acercaron y en nada, uno a uno, los pusieron de rodillas a cañón de semiautomática tocante en el cráneo. La Inmunda lloró, se orinó. Lagarta la miraba, desde arriba, con las rodillas golpeando su frente. Quería que la sintiera ahí, bien cerca, a ver qué platicaba ahora y cuál era el motivo de sus sonrisas, las que había visto en su cara cuando se le acercaba de frente, y la otra iba escoltada. Se resolvió el asunto rápido, con profesionalidad. A los otros dos, los sicarios les permitieron salir huyendo bajo promesa de no volver a pisar donde su jefa pisara, y de no volver al gimnasio, ni ellos ni nadie de su grupo de raciales blancos. En realidad, no querían regar la calle de cadáveres a una cuadra de la casa de ella. Los pistoleros entonces, alzando la vista, esperaron la orden de qué hacer con aquella rubia que de rodillas suplicaba. Lagarta le cogió la cabeza, le levantó la cara, le puso la mirada contra la suya propia para que viera con quién trataba. «¡Márquenla!» fue la única palabra que dijo antes de reiniciar su carrera matinal, como si nada quedara a su espalda. Allí dejó a los

hombres y a La Inmunda se le rajó desde la comisura de sus labios hasta el lóbulo de cada oreja, y se le dibujó una esvástica de sangre en un muslo. Después la dejaron allí con un pañuelo. Lagarta corría feliz aquella madrugada no por saber que no iba a volver soportar a aquel harapo de mujer, ni a los imberbes que le doraban la píldora, sino porque se sentía protegida y, más que eso: poderosa. No había duda de que su paciencia estaba siendo observada —no solo nosotros la contemplábamos—, y que alguien tenía planes para ella. O eso creía.

Tardó en volver a tener noticias del cártel y lo hizo cuando llegaba el verano y la disquera organizaba una ruta de conciertos de Thom en Cancún, Acapulco y ciudad de México. Él y Lagarta volarían en avión, seguramente. Y Melanie, que se empeñó en asistir, aunque hacía tiempo que no tenía noticias de su par de amigos franceses, o por eso. Por carretera se debía desplazar desde Houston una caravana de un par de grandes *vans,* con el equipo de audio e instrumentos, y un bus, con el personal de técnicos, músicos y choferes de repuesto que también se encargaban de la seguridad de aquel convoy. Ese grupo dormiría en ruta.

Recibió poco antes, y no por casualidad, Lagarta una nota de Dieguillo que debía reunirse con él en Acapulco para ir juntos hasta Zihuatanejo. Le extrañó el lugar a ella, pero llegaron ambos un día antes. Así hubo tiempo de hacer footing por sus playas Linda y Quieta, y de añorar por unos días a su nueva lagarta que había quedado custodiando el hatillo y escuchando a Thom y su Gibson. Descubrió lo apropiado de haber devuelto la coca pues allí empezaba a invadir el ladrillo. Al gallego le sorprendió la nueva imagen que se encontró en ella. Se había cortado el pelo a una pequeña melena que había alisado, y estaba algo más definida, proporcionando el conjunto una visión estética más agresiva y sensual a la vez, como una declaración de intenciones de que tenía ante sí una nueva Lagarta, siendo que era, simplemente, una evolución de la que siempre había sido. Pasaron la noche en el hotel, en plantas distintas. Durante la cena, ella, que ya le trataba a él casi como a un hermano, y viendo sus miradas, tímidas, pero inconcusas, le hizo ver que ya aprendió a no mezclar negocios y placer, y que lo mismo debiera hacer él. Alargó Lagarta el discurso lleno de muestras de cariño y afecto y de juramentos de lealtad mutua que ella siempre iba a corresponder. Dieguillo, a su pesar, comprendió que lo de yacer con ella no era posible, pero aun con todo juró respeto y admiración eternos, algo que ya había demostrado con creces, aunque se muriera por un polvo, solo uno, a cambio de un amor de por vida que ya daba. En cualquier caso —aquí ahora, el hombre, ni calla ni desmiente—, todos vimos lo que acabó pasando; esa conversación, a los de siempre, nos pareció interesada, quería ella algo, otro que la antepusiera antes que a su propia vida de ser

necesario.

Aquella noche Lagarta le procuró como muestra de ese cariño que le juraba, ya lo había gestado antes de la cena, previo pago, doble compañía al gallego, en su habitación de hotel. También a modo de compensación por sus servicios y su amor imposible. Lo dicho, para tenerle a sus pies —y ahora que lo narramos y aquí lo confirma él, no le pesa lo más mínimo—. Ella, como empezaba a ser costumbre, eligió a una jovencita con curvas y ligero sobrepeso, de cuantas hacían noche en el hotel y estaban en el restaurante en ambiente festivo, robándosela a un hombre algo mayor que después de llenarle la copa dos veces creía tenerla a punto. La chica se dejó llamar Manhattan entre susurros, al menos era medio gringa, e hizo todo cuanto ella le pidió, y dio impresión de que más hubiera hecho. No volverían a verse, pero aquella soñaría mil noches más con la Lagarta como alguno de nosotros hicimos antes de llegar aquí.

La reunión a la que estaban convocados era en un hotel cerca del aeródromo donde solían aterrizar vuelos privados, junto a Playa Larga, a la hora del mediodía. Lagarta y Dieguillo llegaron *o'clock* y se sentaron en una mesa del restaurante. Estaba vacío, salvo por un camarero que había tras una barra y que desentonaba algo. No era zona muy turística, tampoco era fin de semana. Sucedió algo que ella no esperaba pues Lagarta se sintió humillada —y en verdad lo fue—, viendo llegar al jefe del cártel, personalmente, acompañado de una muchacha, de nombre Teresa, con un pequeño sobrepeso y bonitas curvas, y con dos distintas miradas que se alternaban: una alegre y de grato y no muy lejano recuerdo, otra seria y de servicio. El hombre la presentó como su hija, pero como diciendo lo sé todo de ti. Y enseguida pidió a Lagarta que se acompañaran fuera una a la otra mientras departían los hombres. El gallego la suplicó con la mirada que hiciera caso, que obedeciera y marchara con la otra. Doble ofensa. ¿Cuántas más quedaban? No sabía si iba a mirar al Dieguillo igual después de aquello. Ni qué iba a hacer con él. Pero no vio otra posibilidad que, por el momento, claudicar, hecho de vital importancia para sus días futuros.

Se alejaron las dos mujeres de la mesa, saliendo la hija delante por la puerta, a caminar por Playa Larga. Se vieron tres coches Chevys que apenas habían recorrido distancia desde el aeródromo, parados a la salida, y varios grupos de chamacos, como aquellos del cortijo de Cuernavaca que despachó Megan y es que, en México, por entonces y ahora, sobra de ese estilo de tipos. Lagarta se mordió el labio, pero la siguió caminando a la otra, viendo más hombres iguales por acá y por allá. Teresa, a sus ojos, en ese contexto, no tenía atractivo sexual alguno y no quería verla como aquella que creyó conquistar en el bar del hotel de New York el día de lo de Indira y su suegra con el

Dieguillo que ahora departía con el jefe del cártel, que no era sino lo que debía estar haciendo ella. La mujer intentó agradar y trasladar la plática a lo acontecido entre ellas, en los USA, pero enseguida vio que no era posible. Lo hacía porque era ello un imperativo de su propio padre, que —adelantamos—, lo era. La examante de una noche de aquella hijísima —la que lo fue de alguno de nosotros, se ilumina el alma del vasco, la de Adolfo y la de Jonás que parece que empieza interesarle lo que viene y de lo cual solo como testigo mudo aporta su parte—, se sentía ultrajada, ofendida, tratada como una hembra de ganado. Entretanto el jefe y el gallego seguían platicando y eso volvía una y otra vez a la mente de Lagarta que rabiaba por dentro y apenas se concentraba en Teresa y su plática cuasi infantil, y sin serle la mujer atractiva que había parecido tiempo atrás, cuando creyó haberla elegido entre las que alternaban en una barra donde Melanie emborrachaba a la ejecutiva de la disquera. Se preguntó entonces Lagarta, qué tenía que ver Dieguillo en todo aquello, pues era evidente que Teresa estaba allí por mandato de su padre, el capo del cártel. Se adentraron en la playa, por iniciativa de la jovencita con curvas, paso a paso hacia la orilla, hasta casi mojarse los pies. Y fue entonces cuando la hija sacó su tercera forma de mirarla, y de hablarla. Allí ya no estaba la casi niña, sino una mujer harta de ser esclava de la voluntad del de la hacienda, por más que este fuera su padre y que, entre otras cosas, le había ordenado en cierta forma prostituirse con Lagarta, a la que tenía de nuevo ante sí. Se lo hizo saber: lo humillada que ella también lo era, más siendo hija de sangre. Le enseñó y le explicó hasta donde pueden llegar las intenciones de los jefes de los cárteles, que tienen más armas que la muerte, y poder hasta sobre sus vástagos de una forma que nadie imagina.

Así fue como Lagarta y Teresa encontraron un nexo en común, uno nuevo. Lo que había pasado entre ellas en aquel hotel a ninguna disgustó, pero ambas lo situaban en un segundo plano en esos momentos. La otra no había elegido hacerlo, sino que había recibido la orden de su padre, para quien era, pese a todo, su niña Teresita, aunque después no tuviera reparo en exigirla que pusiera su cuerpo al servicio del negocio de la familia, no valía ella para mandar a terceros a recibir ofrendas. El destino, aquella noche, había querido que mereciera la pena cumplir el mandamiento, no siempre era así. Lagarta, sin otro quehacer mientras Dieguillo y Melanie ponían en marcha su proyecto contra Indira, creyó que simplemente se había proporcionado algo que solía, sin ser consciente de que alguien, desde una hacienda lejana, jugaba con ella. Fue bonito entre ellas, agradable, pero más placentero era el poder, en eso ocupaba Lagarta sus pensamientos y sus rencores durante el paseo. Teresa por su parte sentenció, mientras llenaba un pequeño frasco de muestras con arena

de aquella playa, que la intención de su padre, misógino, aunque resuelto en sus negocios, era que la otra supiera que él, sabiéndolo todo de ella, mandaba, también sobre sus deseos ocultos, que no había otra forma de servirle en sus asuntos que plegarse a sus voluntades. Lagarta no necesitaba aquel añadido, lo había comprendido desde el momento en que la había visto llegar al encuentro, antes incluso de saber que era la hija del narco, pensó que era una prostituta —lo que de alguna manera era cierto—, pero no dijo nada y escuchó que, sirviendo a la forma que se le decía, iba a ganar mucha, mucha plata. Ese era el mensaje que, reconocía Teresa, su padre le exigía transmitir y que quedara bien entendido.

Esa nueva mujer que le hablaba, que era la misma con la que se había acostado, pero en su plática parecía otra en parte, al parecer, estaba derrotada, como lo había estado su madre, según contó y, quiso que Lagarta lo entendiera bien, hasta el punto de entregarse a las personas que su padre le ordenaba, algo que, reconoció, era en ocasiones contadas y algunas de ellas ciertamente desaconsejables. Al regresar del paseo, que duró poco, cuando iban alcanzando el asfalto y a los hombres que tenían tomada la zona, Teresa volvió a ser la de su llegada al restaurante, la que hablaba con ingenuidad casi infantil. Antes le entregó, a modo de recuerdo, el frasco de arena que había recogido de aquella playa. Tanta capacidad de transformación asombró a Lagarta que entendió que ese mimetismo era un mecanismo de pura defensa y subsistencia. Y que su pinche padre no conocía todas las caras de aquella su hija.

Lagarta no volvió a ver al jefe del cártel pues este esperaba ya a Teresa en el interior del Chevy, para partir, lo que le ahorro mirarle con el odio que ardía en su estómago y a saber si algún disgusto con ello. Antes de marcharse Teresa se giró y quiso saber «¿por qué Manhattan?». Lagarta, que no recordaba haberla llamado así entre las sábanas, pareciendo aquello ya una costumbre pues no era la única a la que se lo había dicho al parecer, contestó con un gesto, que ya tendrían ocasión, que algún día se lo contaría, sabiendo que llegaría el momento de hacerlo.

Dieguillo estaba dentro del hotel, casi en la misma posición en que le había dejado, acodado a la misma mesa del restaurante que seguía con el mantel vacío. La mirada de ella mataba, pero no a él pues la suya era de perdón sin culpa y porque tuvo la decencia, el respeto, incluso el amor evidente no confesado, de callar hasta casi la llegada a Acapulco, donde fueron de seguido en el mismo auto con el que habían partido de allí hacía escasas veinte horas. Él solo abrió la boca cuando ella quiso saber qué tenía que ver con el encuentro programado con Teresa tiempo atrás. El gallego aseguró que nada, y contó que él había sufrido algo parecido por aquellas fechas y que al

entrar al hotel de Playa Larga se le había recordado nada más ver al único camarero que servía en el restaurante. No gustó nada aquella confesión a Lagarta, no por su socio, sino porque no podía consentir que ambos estuvieran sometidos. Había olvidado ya, pues para ella carecía el dato de interés, que quien se les estaba imponiendo también había decidido no arrancarles la piel después de su secuestro, y les había devuelto la vida. Más le valía no haberlo hecho, se juró Lagarta —y en este punto no adelantamos nada, pero siendo nosotros quienes relatamos la historia, ya podrá aventurarse un final—. Tras aquella confesión, ella sugirió al fin: «está bien; me vas a platicar qué ordena ese mamón». Antes de contar, Dieguillo respiró aliviado.

Lo que le explicó durante los últimos kilómetros de aquel viaje en buga de vuelta a Acapulco no fue nada que ella no hubiera supuesto, pues suya era la idea de usar las giras de Thom para mover la coca. Quedó resumido como una reunión para asuntos de intendencia en relación a ese plan, pero, para su ofensa, no se había hecho en su presencia respetando la propiedad intelectual de aquel bisnes, lo que no le dejó de doler en la vida, tanto como lo antes dicho sobre el uso del descubrimiento de sus asuntos más privados. Cuando el gallego acabó su relato sobre el cómo se iba a hacer el traslado de la mercancía, la coca, a los USA, añadió una nueva información que enrabietó a Lagarta por no haber sido ella quien tuvo la ocurrencia y que fue la siguiente: su marido, el cantante, sabía castellano, era de cajón que, grabando su rola, y otras, en esa lengua, tendría más ocasiones de visitar México y a más viajes más traslados de sustancia. Y más riesgos, pensó Lagarta, más por buscar un pero, indignada consigo misma al no haber sido la idea suya. De vuelta a Miami, habiendo dejado a Dieguillo en Acapulco, a Thom le encantó la ocurrencia de traducir sus canciones. Le entusiasmó al punto que se olvidó durante un tiempo de las nuevas que estaba componiendo.

Se inicia así la primera gira y el equipo, la caravana, se puso en marcha el día señalado en dirección a Cancún, donde Thom tenía una aparición televisiva y un par de bolos. Los miembros de seguridad de aquel convoy, los chóferes, eran, como se supondrá, hombres del cártel, recién contratados, sin ningún tipo de antecedente criminal. También lo eran dos músicos, el de las baquetas y un pianista, así de orquestado iba a actuar Thom. Y unos, los chóferes, no sabían de la participación de los otros, los músicos, así de bien trabajan a veces los cárteles de la droga. Ya se ha dicho que Lagarta, Thom y Melanie viajaron en avión hasta Cancún. Para cuando acababa la gira en la capital después de realizar un par de miles de kilómetros y una *tournée* que duró tres semanas, Thom estaba el número cuatro en la lista de ventas del país —cosa de tratos con la industria de la comunicación de los que se imagina—, lo que dejaba la puerta abierta para una

siguiente visita y que ya se gestaba con las canciones dobladas al castellano que cantadas por el mismo Thom, llegarían.

El convoy pesaba una tonelada larga más a su vuelta; como se entenderá, los pesados equipos de sonido, los instrumentos, las maletas con enseres o el personal no habían engordado. Y aquello era mucho más de lo que entre Adolfo y Sito hacían llegar a Houston entre neumáticos. El regreso fue por Laredo, y pasó por la línea de frontera mientras algunos jóvenes desde sus vehículos aplaudían y algunas hasta se acercaban corriendo para pedir un autógrafo o una foto con Thom —que en esos momentos pasaba volando por encima de sus cabezas—, todo preparado para que los agentes que no tenían por qué conocer al artista, se distrajeran un poco y tomaran nota de que aquella gente merecía un trato distinto. Tanto en el lado mexicano, sobre todo, como en el gringo, los oficiales de aduanas hicieron lo justo con la inspección tratándose de un convoy de una disquera importante de los USA lleno de músicos y técnicos limpios totalmente de antecedentes, como pudieron comprobar con sus documentos, y con la cara de Thom dibujada a tamaño gigante en el lateral de cada vehículo y la trasera del bus que trasladaba a las personas de aquel séquito. Se supondrá, como así fue, que, de haber buscado con detenimiento, hubieran tenido que esforzarse mucho en localizar los dobles depósitos fabricados en bajos, y huecos varios de cada vehículo. Todos pasaron el filtro canino, pero eso ya se había ensayado con perros adiestrados, como era costumbre, dando el visto bueno final a la obra de los mecánicos chapistas. Nadie reparó que los *vans* y el autobús que habían entrado al país no eran los que marchaban, aunque sí eran de la misma marca modelo y dígitos de matrícula que los que salían. Ese fue el mayor riesgo, aunque no mucho atrás habían caído las torres y los gringos se enrolaban con ello en una serie de guerras por Asia, a modo de venganza y negocio, muy al estilo cártel de la droga, o peor, porque sus ejércitos resultaron más asesinos y con menos principios. Tal vez no esperaban ser atacados por la frontera con México, y por entonces, por allí, bajaban la guardia, destinando sus recursos a robar carburos del otro lado del mundo. Así que la gira resultó un rotundo éxito como había pronosticado Lagarta en la hacienda al jefe del cártel.

En lo tocante a la calidad de aquellas interpretaciones en los conciertos y apariciones en tv, nosotros que las escuchamos todas, hemos de señalar que para los últimos conciertos empezó a existir cierta conjunción entre los músicos y Thom, llegando incluso a entenderse para extender algún coro o repetir un estribillo, para gusto del público que medio llenaba cada sala, pues a los comienzos aquello era un casi un calco de las rolas originales mezcladas por el hijo del dueño del estudio de Acapulco, a los que se añadía cierta

instrumentación no por interés artístico, sino comercial (así el convoy era mayor). Se puede decir que, a excepción de alguna autoridad de la DEA que se percató de un aumento del consumo de cocaína de gran calidad por Texas y Luisiana, tras aquella gira, todos comieron perdices pues, como hemos dicho, por entonces, los recursos yanquis se destinaban a otros asuntos.

Menos Lagarta que no comió tanta ave y que simulaba su descontento por su papel relegado en todo aquel bisnes con la felicidad de su esposo, con el que yació a menudo durante aquel tiempo, más de lo habitual por entonces, tal era también la euforia de él, no teniendo más satisfacción ella que el saberlo suyo y no del cártel. Disfrutar del sexo fue de lo poco agradable que pudo vivir aquellos días y, dicho sea de paso, le produjo bastantes placeres. También a Thom tenerla a ella tan entregada a buscar más y mejores orgasmos que calmaran el ansia que llevaba dentro por la traición del jefe de la hacienda, creyendo él que ambos compartían esa lujuria fruto del éxito que estaba alcanzando, rolando. Leyó Lagarta también en sus ratos libres, que los había bastantes, algunas novelas, pero para entonces su pasión era el thriller o las negras, no la romántica. Devoró El Padrino de Mario Puzo, sumó Cosecha Roja (Dashiell Hammet) y varias de Patricia Highsmith incluyendo el Talento de Mr. Ripley que le apasionó tanto o más que ninguna otra y releyó dos veces. También hemos de aclarar, por si alguien se pregunta qué fue de la otra lagarta durante aquel casi mes, que periódicamente, mientras el convoy viajaba por carretera, hicieron retornos a Miami, en vuelos directos, Thom y ella, así se cuidaba del reptil escorpión y se adecentaba el terrario con el hatillo con sus pesos, su fular, su cartucho y su cinta grabada. Sobre el bote de arena de Playa Larga, se ha de describir que Lagarta lo depositó aparte dentro de aquella urna de cristal, bien a la vista, con idea de que llegara el momento de que acompañara al resto de los objetos. Por lo demás se hacían mutua compañía las dos hembras, bípeda y cuadrúpeda, mientras el cantante seguía preparando la futura gira en español. Melanie, como se habrá podido imaginar si se ha reparado en que narramos que hizo el primer vuelo con la pareja y no los siguientes, intimó pronto con uno de los músicos, abierto en su sexualidad a ciertas tocatas con otros flautistas, así que fue feliz viviendo aquella aventura viajando incrustada entre el personal, quemando kilómetros bien acompañada y durmiendo en moteles de carretera, aunque más soñaba en su asiento del bus que en la cama de aquellos, donde se hacían otras cosas.

Y una última y obligada mención, porque de seguro que hay una cuestión sin resolver y que, en este punto, con la mitad de lo pasado y la otra mitad por venir, confirmamos una única vez, no siendo necesario plantearse de nuevo esta cuestión pues la respuesta siempre

será la misma: no. Thom no se enteraba de nada en lo tocante al narcotráfico. Jamás supo la de años de prisión que se había jugado y que hubieran llegado de un desencuentro o del azar, sobre todo en USA, donde habría sido difícil un soborno. Él vivía por sus rolas, por su esposa y por su madre, y ahí no sabemos decir en qué orden. Y sí, hay dos, Emiliano y Sito, que ganarían la votación de más espabilados aquí, que no han hecho sino reírse de él, de su inocencia y candidez. El vasco, en cambio, cree que era, y es, un muchacho entrañable.

Mike Palacio

CAPÍTULO 13

A ojo de buen cubero Melanie tardó en regresar a Miami aproximadamente dos semanas después de la primera gira. Ella contará qué hizo con los músicos o a dónde fue. Supuso un tiempo de paz para los casados, aunque Lagarta seguía chafada por dentro por la humillación en el negociado de algo que ella, al fin y al cabo, había ideado, desahogándose en maratonianas sesiones en el gimnasio donde todo el mundo la dejaba en paz. Durante este tiempo, al menos, vivieron casi como al inicio de su relación, nada más conocerse tras el ataque que sufrió Ismaelito, el piloto, mecánico y suegro muerto, cuando trabajaba para ella cambiando gomas en el taller de Zihuatanejo. Por lo que fuera, ella quiso volver con su esposo a pasar unos días de vacaciones allí, en su lugar de infancia. Añoraba Playa Linda y Playa Quieta. Que descansara de las traducciones de sus rolas y que, tal vez, en un ambiente puro de lengua castellana podría inspirarse mejor, fue la propuesta que hizo a Thom. Problema: el reptil, había que dejarlo solo en el terrario, así que el rule iba a ser muy corto en el tiempo. No se nos olvide relatar que custodiaba el hatillo y la arena de Playa Larga que Teresa había recogido el día que el narco jefe, su padre, había dado las instrucciones para el traspaso de la cocaína por la frontera. Y que se ejecutaron a la perfección.

Se nos preguntará qué pretensión había en Lagarta, para pedir, y hacer, ese pequeño viaje de retorno a sus orígenes, y fue —creemos— que solo quería pensar y mantener un contacto como usted leerá en breve que es lo que hizo. Lagarta y Thom tuvieron otros buenos encuentros íntimos, no ya como casi adolescentes, pero acordes a lo que tocaba, con más calidad que cantidad. Eso a él le mantenía cada vez más enamorado, ella gozaba y entendía que procuraba los cuidados que se merecería su objeto más preciado, igual que, a la manera en que tocaba, se los proporcionaba al reptil. Es cierto también que paseó el matrimonio una mañana por las cercanías de Playa Larga, de la mano, con planes de futuro que servían para dejar que él soñara despierto con una carrera como cantante que no acababa de despegar al norte del continente americano. Después ella estuvo corriendo sus kilómetros, junto a la misma orilla por la que había caminado con Teresa. Mientras, él tocaba una guitarra de viaje que había adquirido para no maltratar con tanta ida y venida a la Gibson SJ200; la veía acercarse, rebasarle y desaparecer hacia el otro extremo. En lo que no se fijaba es en su mirada, firme hacia algún punto de enfoque bien lejano, allá donde se concentraban todos sus pensamientos sobre el cártel, el jefe y su hija. Al cuarto día, el que

volvían, se separaron antes del vuelo un tiempito, él quedó con sus textos en la habitación del hotel, el mejor de Zihuatanejo, y Lagarta, que anunció que iba a hacer ejercicio, se vio con Dieguillo que había llegado hasta allí a demandada de ella. De ese encuentro les dijimos antes, al comienzo del párrafo.

¿Algo rondaba ya su cerebro? Tal vez. Lagarta le cuestionó directamente por asuntos de fidelidad, si la tenía hacia ella o hacia el cártel. «¡Chale! Vos siempre primero», respondió. Y ella sonrío y le cogió de la mano pues caminaban, ahora, por Playa Quieta. Dieguillo se sonrojó y se ilusionó con la muestra de cariño; notificó que había sido despojado de su responsabilidad en el estudio, definitivamente, que ahora asumía el hijo del dueño. Merecidamente, dijo. Esa era su mayor novedad. Lagarta quiso saber de Teresa, que le contara cuanto conocía de esa mujer, pero él le dijo que poco o nada podía contar, pero que averiguaría. Así, sin más. Podía ser peligroso, por ser ella hija y trabajadora de quien lo era, pero Lagarta consintió en que su mano derecha lo hiciera, sin meter prisa en ello. Le dijo, le ordenó, también, que no arreglara nada con el asunto de su despido del estudio, lo trataba ella directamente con el cártel pues entendía que debía hacerse escuchar.

De vuelta a Miami, subiendo como la espuma la plata en las cuentas corrientes de la empresa que representaba los derechos del cantante, cosas de los beneficios de la droga más que del arte, Lagarta dejaba a Thom unos días semi olvidado ya que, por su lado, volvía de Zihuatanejo con mucho texto castellano que quería probar si encajaba con las melodías de sus temas. Ella se dedicó a ir al *gym*, a pagar la deuda pendiente del nuevo departamento, que pasó a ser completamente de ambos, a adquirir un auto Cadillac moderno y a comunicar con el jefe de la hacienda. La señal para el contacto —lo decimos porque resultó el establecido un sistema muy original—, era pedir un boleto a la taquillera de un cine para ver Dos hombres y un Destino, filme que hacía años que no se proyectaba y debía ser del agradado, suponemos, del de la hacienda, o de alguna de sus esposas, la viva o alguna muerta, por aquello de ver a dos rubios guapos robando bancos y enamorando a una morena antes de ser balanceados en Bolivia a la salida de su último acto. Y se siente el spoiler, pero si no la ha visto, hágalo, que no olvidarán nunca los personajes de Butch Cassidy y Sundance Kid, Paul Newman y Robert Redford, ni más ni menos.

Un gringo, otro, y ya eran unos cuantos los que estaban a sueldo en territorio yanqui, se le acercó a Lagarta un desayuno, algunos días después de que pidiera aquel boleto. En una terraza de la costa, la habitual donde ella tomaba a veces su zumo matinal y leía un tiempo. Se arregló con aquella interview con el intermediario el asunto del

estudio de Acapulco y en a muy poco una nueva empresa de grabación, aunque no muy ostentosa, pero con la suficiente tecnología, se abría en la turística ciudad, quedando Dieguillo a los mandos como responsable único. El gallego, al saberlo, la hubiese amado más, pero ya no era posible. A otro poco de meses, Thom cantaba allí sus rolas en idioma de Quevedo y se mezclaban sobre las antiguas pistas, aunque se empeñó en pequeños retoques jugando otra vez a autoproducirse. Por suerte algo había aprendido de su anterior experiencia, y el destrozo apenas se notó. El plan siguiente era esperar a que las radios mexicanas emitieran una y otra vez la de "La esposa ausente" y, al estilo de la anterior, pero con mayores pretensiones en lo referente a la totalidad de la mercancía que debía viajar de vuelta, se organizaría en unos meses una nueva gira.

Pero para ello debía transcurrir ese tiempo. Thom, evidente, se dedicó por completo a su siguiente compacto, que ya tenía prácticamente decidido. Algo más de vida social tuvo la pareja, pues la poca fama de él había sido suficiente para que se acercaran algunas viejas amistades, incluso algún integrante de los que se abandonó de su antigua banda, con quienes hizo algunos ensayos recordando su época de bajista, decretándose un concierto por los viejos tiempos. Allí asistió Melanie, la suegra, que seguía con sus historias, pero no dejaba a su hijo suelto en ninguna de sus andanzas musicales; Lagarta hizo una doble sesión de entreno ese día, mañana y tarde, que usó como excusa para no acudir al evento. Esta vez el antiguo local donde había trabajado Thom se llenó (cuando Lagarta se enteró, preguntó por qué no se había cobrado por el acceso y dudó si habría negocio juntando de nuevo aquella banda de rock, los Telegram Sam). Asistió también Manhattan, que al fin y al cabo era una antigua amistad. Cuando la fiesta aquella acabó Thom se la llevó para el nuevo departamento creyendo que con ello iba repetir el trío, pues de solo verla se había calentado entero por dentro, y que daría una sorpresa a Lagarta. Big Apple no le contó la forma en que ella la había arrojado fuera de su casa después de haberles procurado tanto placer a ambos hacía unos años, esperando que eso estuviera olvidado. Se imaginarán que Lagarta, al verla, y mientras su marido corría a ducharse para estar preparado para la batalla que esperaba se iba a librar desde el sofá hasta la cama, la despachó recordándole sus antiguas palabras «*I told you: you will never come back. Out of here, immediately*». Para cuando Thom salió completamente higienizado se encontró a su esposa en el sofá, luciendo medias y ligas, y un ligero tanga, nada más, buscando batalla mientras de fondo sonaban los Waterboys. Él pareció no escucharlos, ni reparar en la pose de ella; preguntó por Manhattan y aquella fue la primera gran crisis porque, para rabia de Lagarta, él la abroncó por no entender su sorpresa, por no compartir juntos lo que

como estrella de la música tenía gratis en cada gira —decía—, pero que él solo quería vivirlo con ella. Inicialmente, al comienzo del disgusto, en el que se alzaron las voces —y noticia era que Thom lo hiciera, pero venía eufórico del encuentro con su antigua banda—, Lagarta llegó a entender sus razones e incluso se enterneció al ver la forma en que él la quería, tan honesta. Y se excitó algo viéndole enfadado. Llegó a sentirse culpable e incluso ideó una forma de corresponderle (descartando a Manhattan y siendo con alguna otra). Le pasó como escuchando la ya famosa canción, que se enternecía por dentro.

Aun así, Lagarta tuvo que vestirse y quedare a dos velas pues la situación, en sí, la calentaba como se ha dicho, pero su esposo estaba realmente dolido, tanto que esa noche no la quiso a su lado y quedó en el sofá —no sabemos si soñó con el trío— bebiendo cervezas hasta dormirse. Ella, sola, en la cama de ambos, sin conciliar el sueño, se arrepentía al poco de sus palabras, de su dulzura, del sentimiento de ternura, de haber bajado la guardia. Por la mañana era Lagarta quien le abroncaba a Thom, dando la vuelta a la tortilla, aprovechando su resaca; alegando que todo se debía hablar de antemano, se consensuaba —cosa que ella no haría con lo que ya ideaba y que bien le venía para las pretensiones que iba maquinando, adelantamos—, que las cosas no se hacían así, que las mujeres son seres sensibles que hay que mimar, que vivía en su mundo de estrella y a veces la dejaba de lado. Sí, ¡esas cosas dijo! Artista ella en dar la vuelta a las cosas, hasta obligar el profundo arrepentimiento de él. Pero aquel desencuentro les magulló a ambos un tiempo. Seguramente a Thom como niño mimado, a ella por no aceptar que su esposo podía tomar decisiones sin ella con afectación para ambos.

Como todas las crisis aquella también pasó y el matrimonio la venció. Mucha culpa tuvo Lagarta, que rara vez olvida, de esmerarse en ser una buena esposa, en apariencia, y en hacerle creer que los dos eran uno con una sola idea y vida. Seguía también, de ciento en viento, visitando a Dieguillo, no para saber cómo iban las cosas por México y si había noticias de la siguiente gira, porque eso lo conocía vía mensajería digital, sino porque él la viera, con lo que ello suponía, y para tratar las posibles nuevas sobre Teresa, que por entonces estaba como desaparecida, por lo que podía saberse. En ocasiones se llevaba consigo a Thom e incluso se hicieron un par de platós en Acapulco a modo de que el público mexicano no se olvidara de él, pues los genios del cártel habían establecido que era apropiado mantenerlo en el candelero.

Lo siguiente, y por motivo que ahorita mismo se expondrá, sería lanzar el videoclip en castellano de la famosa rola, contratándose para ello un equipo de audiovisuales con profesionales del cine, un grupo

completo de baile moderno, y una actriz latina que tampoco hizo carrera, pero siendo tantos que llenaron dos autobuses. Se incluía esta vez un tráiler con todo el equipo técnico y sus chóferes, traído desde Texas hasta Veracruz, donde se grabaría. Allí llegaba por aquellos días vía marítima un pesado cargamento al que había que dar traslado al otro lado de la frontera, como se hizo con éxito. En esta ocasión no los acompañó Melanie, pero ya se imaginarán que de vuelta el convoy con las grúas, cámaras, micrófonos, luces, pantallas, altavoces, computadoras y un sinfín de cachivaches, era idéntico y más pesado que el que había cruzado la frontera hacia el sur. Al igual que los buses con el personal. Otra operación que aumentó muchas cuentas corrientes, incluida la de la empresa que gestionaba la carrera de Thom. Lagarta aprovechó los días de rodaje para hacer una escapada turística hasta Belice, en avión privado, y con Dieguillo que se había acercado como supervisor musical al rodaje y con quien mantuvo a bordo una importante charla tanteando la intención de ampliar mercado y establecerse por su cuenta, ramificando servicios y beneficios. Pero no podía hacerse sin ser competencia al de la hacienda, siendo algo que se estimaba totalmente desaconsejable, si querían seguir viviendo. El gallego, no piensen que se alineaba con quien ahora más le mandaba y le pagaba, sino que seguía dispuesto a todo por ella, pero por no tener que hacerla ofrenda, la recomendaba bien. Lagarta dio por buenos todos sus consejos. En Belice visitaron algunas entidades bancarias y aprovechó ella para tratar otros asuntos.

Es de imaginar, acertadamente, que Lagarta no era feliz con todo aquello. Los que aquí bien la conocemos —Emiliano, Adolfo y el vasco, sobre todo, algo Dieguillo cuya impresión por entonces era de cuerpo y alma presentes, siendo ahora solo recuerdos—, sabemos que no, que rabiaba por dentro porque se le alejaba de toda toma de decisión, sintiéndose ella como un florero en mitad de un salón donde se reúnen altos asociados de una multinacional y, aunque sí recibía su parte que era abundante pues abundante era lo que se recaudaba, ella quería ser el centro. Podría pensarse que Lagarta no debía quejarse y seguir cobrando por derechos de autor de la idea y por poner a su marido en el anzuelo, pero eso era poco, era más importante su escalafón que la cantidad de lana que ya le sobraba para abrigarse inviernos de tres vidas.

Sin embargo, pronto se vio que la mujer huía hacia algún lugar y que, con tanta rabia contenida, pese a su paciencia, no reinaba la paz en ella. Cuando ya se programa la nueva *tournée* de Thom, y ésta más amplia con más localidades, pero también más extensa en el tiempo para tener que hacer más viajes de ida y vuelta, y no se convocaba a Lagarta más que para informarla que todo se ponía en marcha en un mes y que deberían iniciar con vuelo directo, esta vez, a Durango en

jet privado, ella enviaba un mensaje a Dieguillo pidiéndole un tipo de total confianza en Miami para arreglar un asunto, que es el que ahora contamos para que se conozcan el tipo de desahogos que venía necesitando. Lagarta seguía, como se supondrá, con sus sesiones de gimnasio, que era su droga, y sus mimos al marido y al reptil, sus únicos bienes preciados. Para entonces la historia de La Inmunda que no había vuelto por allí y que nadie había confirmado, estaba aparentemente olvidada, más por el puñado de nuevos clientes, que ya se sabe que esos centros deportivos están plagados de buenas intenciones que muchas veces no pasan de un par de meses. Resultó uno de aquellos ser alto ejecutivo de una *startup*, o algo que así él llamaba; no la dejaba en paz, pero tratándola como el que adueña lo que no otro tiene, porque el primero tiene lo de ambos. Incluso le echaba carrilla, cosa que molestaba y que ella, inicialmente, intentaba ignorar. El tipo en sí era igual a Lagarta en algunos aspectos, pero carecía de visión para darse cuenta de que si alguien podía mirar desde lo alto al otro era ella. Y comenzó a exigir que se plegara, como otras muchas, a sus deseos, hasta el punto de que una mañana la cogió del brazo, apretando por encima del codo e impidiéndole seguir con el ejercicio que llevaba a cabo, todo para convocarla a una cena privada como ella no podía imaginar ni había visto nunca, a bordo de su yate.

Seremos rápidos con esta parte del relato que poco aporta más allá de recordarnos a todos que Lagarta, si algo tenía era mente de psicópata contenida y guiada por un interés mayor, que era la avaricia por el poder, por ser la cúspide de la pirámide desde donde el resto de los seres pudieran dejarla hacer tranquila. Poco le importaban los demás, pero también sus vidas y sus muertes. Salvo en ocasiones. Y ésta se la pintaron parda. El tío era un gringo, alto, moreno, engominado, con ligera barriga, y que creyó firmemente que esa noche cenaba como Pancho y que le iba a dar a aquella treintañera —por ahí sobrepasaba ya Lagarta—, hasta en su documentación, hasta quedarse harto él de satisfacción. Llegó ella a la embarcación vestida con lo más humilde que encontró en su armario diciéndole a Thom que visitaba la casa de una amiga no tan favorecida. El tipo al verla, apenas vestía un traje de baño y una camisa de flores, puso mala cara y enseguida la embarcó y ordenó rumbo a saber, pero mar adentro. La embarcación era ciertamente amplia hasta el punto de contar con un empleado que hacía de patrón y camarero y que muy poco después, cuando echaron el ancla apenas alejados media milla, sirvió la mesa en la popa, donde viajaba sentada la pareja sobre una especie de sofá, Lagarta aguantando unas manos grandes que la iban sobando un poquito. Ella, entre haciéndose la coqueta y la infantil, le pedía al otro que esperara hasta el finiquito de la cena, y que mejor si el sirviente no estaba delante. Pensaba también lo buenos que habrían sido los

encuentros de su infancia con Adolfo en una chalupa como aquella —nos pide él que le citemos, que ya le toca—. En una de las veces, ya mecidos por un leve oleaje, el que obedecía empapó de vino la camisa del dueño de aquel bote y recibió una salvaje reprimenda, aludiendo a su posición social e incluyendo un empujón de despreció que arrojó al tipo al suelo. También se le recordó el precio de la prenda que acababa de maltratar y que al llegar a puerto debía limpiar. El camarero se levantó, se disculpó y se fue al interior de la nave. El gringo se justificó con que el capitán que solía llevar su yate aquel día se encontraba indispuesto y el nuevo, al parecer, era un total incompetente del que ya iba a dar cuenta tan pronto pusieran pie en tierra. Aprovechó también para desnudarse, con la excusa de que debía de empezar allí la fiesta que les había llevado a los compañeros de gimnasio a mantener aquel encuentro.

Poco después de esa plática con sus próximas intenciones, el de la *startup* acabó arrodillado, desnudo como él mismo se puso, llorando, gimiendo, suplicando de la forma y en cantidad que cada cual quiera imaginar. Lagarta le miraba con media sonrisa, no más. Su terminal telefónico yació en el fondo del océano y él igual, pero cinco millas más lejos, en zona más profunda, donde se arrojó su cadáver vestido con un *jacket* de submarinismo lleno de plomo. Después de devolver a Lagarta a puerto el sustituto patrón se hizo de nuevo a la mar tirando por la popa de una neumática a motor, para acabar hundiendo aquel yate de lujo, antes de regresar a otro pantalán. En el fondo del océano, lo primero que se pobló de vida fue el hueco que quedó en los testículos del gringo después de ser rebanados —y que por sí mismos flotan mientras son picoteados por peces pequeños—, y el agujero de su cráneo, que eso sí le practicó Lagarta con una elegante Walther P22 de reciente fabricación cuando al tipo no le quedaba una lágrima más que expulsar y estaba a un paso de morir desangrado. No fue que quisiera acortarle el sufrimiento, pues como se habrá leído fue excesivo, sino que quería ser ella quien lo callara para siempre. Punto.

Hemos prometido ser breves y manifestamos lo que sigue con la intención de continuar con el retrato de ella, así que nos damos prisa en llegar definitivamente al final de esta parte, que no acabó ahí, pero cuyo resultado final sirve para evaluar la inteligencia de Lagarta (algo propio de las personas con su trastorno que resultan realmente peligrosas, no todas lo son). Sucedió que al de la *startup* no le echó de menos nadie que le quisiera, pero sí su mujer que necesitaba su cadáver si quería hacerse con el control del negocio. Por ello, de alguna forma, un investigador privado acabó meses cercanos después rondando el gimnasio al que Lagarta no faltaba, guiado por la confesión de una mujer rubia que cubría sus cicatrices en la cara con vodka, cuando no trabajaba atendiendo la recepción de un hospedaje

para la prostitución, tan al fondo iba aquella cavando su tumba. El caso es que había llegado a esa mujer, el detective, a razón de alguna habladuría que el mismo gringo desaparecido había relatado a su propia esposa, y que había escuchado en su nuevo centro deportivo, sin sospechar jamás que la que protagonista principal de aquel rumor era la que él acosaba.

El investigador tenía su pedigrí y era de suyo bastante demandado y conocido, muy caro. Lagarta, cuando comenzó a sentirse observada, hizo sus propias averiguaciones de la misma forma que siempre, tirando de Dieguillo y sus contactos, que concluyeron que el asunto no iba a ser tan sencillo. No se aconsejaba deshacerse del detective en Florida y acabar llamando la atención de gentes con uniforme, placa y pistola legales. Una opción que se sopesó fue doblarle el sueldo, pero tenía fama de no haber aceptado mordidas ni obscenidades, tanta como de implacable. El tipo se llamaba Harry, aunque era negro, pero también alto y con algún hoyuelo en las mejillas y solía calzar un Colt Anaconda colgado del hombro. ¿Cómo se resolvió el asunto? Con un nuevo contrato, plan ideado por nuestra protagonista, de apariencia sencillo y muy rentable, que no iba a llevar mucho tiempo, pero sí a Harry al estado de Washington, a Seattle, durante un par de días, a buscar a un hijo pijo fugado que soñaba con montar una banda grunge (lo de la moda musical por aquellos lares se escuchó a Thom, que sabía que algo de culpa de ello tenía Neil Young, el que inspiró *The Missing Wife* o la Esposa Ausente, en castellano). Todo falso. Si miran un mapa verán que más lejos de Miami solo quedaba Alaska. Allí al difunto Harry, al parecer, le asaltaron un par de ladrones y le robaron cartera, reloj (un omega de oro) y su Colt Anaconda, al estilo autóctono, investigándose aquello como un hecho propio por la policía de Seattle sin conexiones con otros lugares.

Pero por esas fechas Lagarta no estaba especialmente conformista, como se verá. Cuando llegó la buena nueva de que lo del tal Harry se zanjaba a más de cinco mil kilómetros, decidió que no era bastante, que una mujer persuasiva no desistiría en su empeño, más cuando el cambio de status de desaparecido a fallecido de su marido le reportaba excelsos beneficios. Así que la abordó, junto con el gallego y un chófer de un auto que llaman, por su lujo y tamaño, limosina. Allí en la trasera, con espacio suficiente para los tres, Lagarta vestía de negro, con gafas oscuras y coleta, en cierta forma dejando que se la viera poco. Y no salió inicialmente palabra de su boca. El gallego dijo a la viuda que efectivamente lo era, pero también que no buscara más el cuerpo de su marido porque nada iba a encontrar. Como la otra no parecía convencida, y a un gesto de Lagarta, Dieguillo la adelantó que iba a sufrir en sus carnes lo mismo que había procurado su difunto a otras damas, y después la golpeó algo y la violó hasta su sometimiento

para después arrojarla del auto en frente de la lujosa vivienda de ella, en el borde de la propia Miami, invitándola a entrar y asearse y confiando en que tuviera la lección aprendida, como ella había jurado tener cuando Lagarta, la única vez que pronunció palabra dirigida a ella, le había preguntado si quería más. No se añade un punto y se da fin a este asunto que no dio ninguna otra nueva.

Esta historia del gringo, su mujer y el detective se solapó en el tiempo con idas y vueltas a distintas localidades de México, en Jet o en línea regular, de Thom, Lagarta y, a veces, una Melanie entristecida porque no se le permitiera vivir aventuras rodando con el convoy que, dicho sea de paso, nunca era el mismo en relación al personal que iba cruzando la frontera. Medidas de seguridad. Thom salía en playbacks televisivos y dio algunos conciertos, resultando que llegó a llenar en Ciudad de México un auditorio de cinco mil almas, durante cuatro días seguidos, lo que puede parecer meritorio, pero no se hubiera logrado sin la publicidad constante en radios y alguna tv y sin que mucho público ganara sus entradas en absurdos concursos de radio.

Los recientes éxitos, nos referimos al negocio de exportación, llevaron a Thom y a Lagarta, y a Melanie con ellos, a dejar Miami e instalarse en San Petersburgo, en una residencia con piscina propia y servicio. Una mansión, más bien. Tuvieron que pasar por Belice a dejar parte de los fondos fuera del alcance del fisco norteamericano, pues bien es sabida cuál fue la verdadera tumba de Al Capone, y allí sucedió que cuando Thom, que creyó que aquel viaje era turístico, se presentó como un *rock-star* nadie le conocía ni le abría una puerta, pero cuando salió del banco donde se depositó cierta cantidad de plata que él no sabía la totalidad que era, el propio director les despejó educadamente el paso hasta la calle. Tampoco llegó a hacer reverencias pues clientes como aquellos le llegaban de todo el mundo.

No sabemos si el lector conocerá que la nueva ciudad de residencia familiar, San Petersburgo, es otro de los templos del automovilismo yanqui, donde se disputan varios tipos de competencias y al de poco de llegar ellos, incluso la IndyCar Series, la misma que hace la famosa carrera de las 500 millas. Durante los días de locura que se ocasionaban las semanas de carreras Melanie volvió a pasearse por los *paddocks* recuperando alguna vieja amistad, pocas, pero suficientes para con ello entretenerse bastante, dándole aquello algo de vida. Hay que decir que la mujer empezaba a presentar achaques y que, aunque Lagarta no lo quería así, no le quedó otra que aceptarla en el nuevo alojamiento que tenía tamaño, además de para piscina y servicio doméstico como ya se ha dicho, para que la suegra residiera sin molestar y casi sin llegar a verla, y para disponer de gimnasio propio pues no tenía ganas Lagarta de vivir nuevos ataques de celos, raciales, o machistas como los de otro pijotero gringo, sin que ninguno de

aquellos episodios le hubiera costado, dicho sea de paso, un minuto de sueño.

Vamos a acelerar esta parte del relato porque queremos adentrarnos en la última fase, que es la que ha de llegar a partir del final de este capítulo y resulta novedosa en relación a los asuntos que rodeaban la vida de Lagarta y sus intereses que, aunque pudieran parecer colmados pues disfrutaba de una vida de lujo, sin excesivo contacto social más allá que el que resultaba de mantener a Thom a su lado, en realidad seguía existiendo en su interior un estado de inconformidad permanente al que deseaba poner fin. Solo esperaba pacientemente su momento.

El negocio de la música se estancó en cierta forma, pero siguió produciendo, aunque menos intensamente, pero sí hasta el punto de parecer Thom más un artista latino pues, pese a sus quejas, no se le proyectaba casi en su propio país sino al otro lado de la frontera. Había resultado que al comerciar con las rolas grabadas en Acapulco, en versión en castellano, la disquera para la que trabajara la exejecutiva Indira (y que en Las Vegas por entonces dejaba de andar haciendo fuera del bacín e iniciaba un negocio de servicios de limpieza con el que prosperó, pero esa es su historia), rescindió por lo legal el acuerdo establecido de producir otros compactos sin solicitar compensación por el incumplimiento, solo por alejarse de la pesadilla que suponía aquel contrato, lo que en realidad vino de perlas al cártel que se adueñó, de facto y sin papeles, de la carrera del cantante, para más rencor de Lagarta que era respetada en apariencia, pero mantenida constantemente de lado.

Melanie enfermó, seguramente agotada por su vida de excesos, o porque éstos fueron cesando, a saber. Y en relativamente poco tiempo vivía recluida en su parte de la mansión, disfrutando de las atenciones que le proporcionaba su hijo artista y de pequeños placeres como desayunos con champagne y el no tener que esforzarse siquiera para andar, teniendo transporte en descapotable de dos ruedas impulsado por una mujer filipina que solo sabía de servir y decir amén.

Lagarta siguió cuidando de su reptil encargándose ella de la limpieza del terrario —ahora una casa de lujo para la lagarta, enorme, tanto que era fácil esconder el hatillo entre varios troncos huecos—, pasando horas juntas y pendiente siempre del bienestar del animal, al que incluso soltaba por una zona del jardín bien delimitada en la que ambas tomaban juntas el sol. No dejó de ser nunca deportista, amante esposa y lectora, mayormente, procurándose, pero muy de ciento en viento, alguna mujer rellenita al estilo Manhattan. Siguió recibiendo informes de Dieguillo, al que apenas veía, pero con el que tenía contacto digital diario gracias a los avances tecnológicos. Él también disfrutaba de una vida de mayores lujos en Acapulco, los que había

imaginado en el momento que Lagarta le presentó años atrás el pedazo de roca de cocaína en el estudio.

Si usted ha estado atento, que no se duda, tendrá en mente en este punto también a Teresa, la hija del de la hacienda y capo del cártel, y la obsesión que Lagarta tenía *con, de, hacía, por* ella por motivos que tal vez no acierte a imaginar, pero que tendrán que ver con lo que sigue, siendo ése y no el negocio que tantos beneficios dejaba, el argumento del constante contacto entre Acapulco y San Petersburgo.

Mikel Palacio

CAPÍTULO 14

Eric Burdon cantaba "*My father was a gamblin' man, yeah, yeah / Down, way down in New Orleans*", esa rola de The Animals, la de la casa del sol naciente, se reproducía de ciento en viento por el aparato Hi-Fi de uno de los salones del nuevo hogar, no en vano Thom resultó un fan de ese cantante de voz barítona (que si él tuviera parecida este cuento sería otro) y hasta de todo lo que grabó en sus proyectos con War, banda que escuchaba a menudo. No hay padres en esta historia al estilo de los narrados en esos versos, al menos en este punto, y no sabemos si alguno de los hijos, que todos lo somos, tenía uno apostador —más allá de los ascendientes de Jonás que se jugaron de alguna manera, y perdieron, todas sus vidas—, pero sí habrá en este relato alguna *gamblin' woman*, en breve. Y es que a esos mundos, tampoco en Nueva Orleans (ya se llegará allí), aunque no muy lejos, llevaron las pesquisas sobre Teresa, la hijísima.

Había resultado que a Dieguillo ya le había llegado el rumor de la nueva afición de la que había dejado de ser la chamaquita del cártel para convertirse en una mujer independiente, algo libertina. Feliz, en resumen. Se oía que ya no obedecía a las órdenes del padre, aunque también se sabía que él la protegía y la acunaba a distancia, como a una pertenencia que no se quiere perder, al puro estilo de Lagarta con su esposo Thom, al que temía más extraviar como posesión, que a que zozobrara su amor. Por su parte Dieguillo, fiel escudero de Lagarta, gastaba parte de su fortuna procurándose también los placeres del juego, con cierta cabeza y sin derroche, solo por disfrutar de las compañías de quienes sostenían las cartas y de la clase que otorga saborear un wiski en aquellos ambientes. Así comenzó a visitar una timba ilegal en un bar-salón del último piso de un hotel de Acapulco. Es cierto que llegó de la mano de algunos músicos que pasaban por su nuevo estudio, bastante desprendidos y desnortados. Ese negocio no dejaba pérdidas y ocupaba parte del tiempo del gallego, pero no le distraía al modo en que no generaba emociones. Y así llego al póker, juego de engañadores, si bien ya se ha dicho que de lo que él disfrutaba era realmente del contexto, del aura de todo aquello. Jamás se hubiera sentado a una mesa legal, con demasiadas luces y taquígrafos y conversaciones contenidas y aún más falsas. Gustaba de la riña y de la risa, de la barriobajeza de los adinerados, del despecho por la plata, del sudor de quien la pierde y ha vendido a su esposa y hasta sus hijos para seguir jugando (esos no acaban en timbas legales). Poco a poco se ganó un asiento con su nombre en el ático de aquel hotel, donde tenía acceso directo porque no daba problemas y

manejaba plata. Resultó que, pese a que los motivos que le llevaban hasta aquellas timbas eran, en parte, que allí no había tipos como él, los que las organizaban gustaban más de gentes templadas y que lo fueran buenos pagadores, más que de los que provocaban el escándalo, a los que se les acababa invitando a no volver, pero irremediablemente eran sustituidos por otros que parecían sus gemelos de actitudes, algo inevitable en esos mundos. Dieguillo así obtuvo plaza. Al de poco, de hecho, si bien él no dejaba que pareciera que así era, ya solía ganar más que perder, por su carácter observador y templado, por su paciencia aprendida de Lagarta, lo que alguna vez le ocasionaba alguna impertinencia que dejaba, de normal, que solucionara quien había puesto al impertinente que la causaba en la mesa —pero continuemos que se va a notar que esas líneas las está alargando él—:

Había movido hasta entonces el gallego distintos hilos para dar con el paradero de Teresa, finos y discretos para que no llegara ninguna nueva a la hacienda. Es por ello, y por los negocios y la vida que tienen la cualidad de apropiarse del tiempo, que había pasado casi mucho —todo es relativo, aquí ya hemos dicho que no controlamos eso—, desde la cita en el hotel de Playa Larga, pues desde aquello había recibido la orden de saber de la hija del narco, aunque nunca tuvo presión de Lagarta porque consumara aquel deber, sino que ella dejaba y confiaba en el buen hacer de él que, si tardaba, sus motivos tendría. Ambos sabían que el dato llegaría, lo que no esperaba él era toparlo de frente en una mesa ovalada ocupada por cuatro cuatreros, sus vicios y sus tragos, más Teresa con los suyos, y sus vaqueros y camiseta de The Clash, y una baraja de 52 naipes franceses.

Teresa seguía siendo físicamente la de siempre, es decir, tenías la misma casi-gordura, las mismas curvas, la misma gracia en la mirada y la misma careta infantil, hasta chistosa a la mesa y con la que sacaba de onda a más de uno. Llegó con sus dólares a la partida alegal invitada por quien la organizaba, sospechando Dieguillo que algo tendría el caballero —smoking negro, camisa blanca, gemelos dorados, repeinado—, con el de la hacienda, el padre de la *gamblin' woman* y que si no, a no mucho tardar le contentaría participándole de las hazañas de su hija antes de que supiera por terceros que le procuraba esos vicios. El tipo cambiaba la lana por fichas del Caesar Palace y se quedaba el tres por cien, que era mucho, cinco dólares solo por la entrada en cada mano de cada jugador. Imagínese el beneficio cuando se calentaban las cabezas y subían las apuestas. El hombre, que quería parecer Gary Cooper repeinado hacia atrás, pero se quedaba muy lejos a sus casi sesenta primaveras, en apariencia, llevaba una vida de lujo a base de los beneficios y hay que señalar que laboraba su negocio con mano firme y era más profesional que

muchos de sus iguales en el mundo de los legales, siendo la suya una de las mesas más demandadas y estables en Acapulco. Un par de mujeres que habían empezado de chavas con él se alternaban atendiendo a que no quedara un vaso vacío o un antojo sin satisfacer de un apostador y un veterano calvo, seguramente expulsado de algún casino legal, hacía de croupier durante todas las horas que duraba cada timba que se organizaba cada cuarenta y ocho, siendo los martes, jueves y sábados, con el descanso añadido de los domingos.

Aquella velada a la que llegó Teresa, Dieguillo estuvo tímido y con la mirada baja. Y abandonó pronto la mesa pues no quería que la otra le descubriera. Ya se ha contado que había llovido bastante y se recuerda que apenas se vieron pues la hija entró al restaurante de aquel hotel en Zihuatanejo para llevarse a ella, a Lagarta, de allí, así que casi no le miró. Y cierto fue que no reparó en él y lo sabemos con rotundidad porque nada hizo pensar después lo contrario —y es de la misma opinión el interesado, aquí apoyando este texto—. En seguida informó a Lagarta.

Lo primero que ésta ideó fue la forma de volver a verse, ni al estilo barra de hotel neoyorquino, aunque acabara parecido —se verá—, ni en la forma que lo hicieron el día del paseo en la playa, sino de manera que ambas pudieran expresarse libremente. Dieguillo averiguó que la mujer vástago del narco tenía apalabradas cinco visitas a aquella timba alegal, por lo que en obediencia a lo que Lagarta le pidió, volvió dos días después y en un receso —se hacían varios, aquello duraba horas—, se acercó a Teresa y le dijo «Lagarta manda recuerdos, aún guarda la arena de Playa Larga», con lo que la mujer perdió la concentración y abandonó rápido la mesa a la reanudación. Ella se quedó a un lado con una bebida servida por una de las chavitas con la que hubiera tenido un encuentro si la sirviente no lo tuviera totalmente prohibido, intimar con los apostantes. Dieguillo la hizo esperar antes de acabar él sus apuestas. Ambos, el gallego y la rellenita, hicieron después por coincidir en el elevador camino ella a la planta del hotel en que se alojaba y él a su casa. Teresa hizo dos cosas: invitarle a una copa en su suite y depositarle en su mano una tarjeta con un número de celular que, ratificó, era seguro. Dieguillo dudó sobre lo primero, pero el wiski que llevaba en sangre rápido decidió por él. Aquí el hombre no dice nada, ni pone cara de arrepentido, pero al menos nos ha contado esta parte de la historia en la que nuestra Lagarta no estaba presente, salvo en esencia. Lo relevante en este punto, en cualquier caso, es que quedó confirmado el rumor de que se había encontrado Teresa atrapada por el juego del póker al estilo de solo dos cartas cubiertas que dicen Texas Holdem.

Por entonces, no es sorpresa, Lagarta andaba buscando un motivo nuevo, una inédita forma de que su cerebro, que se iba apagando de

emociones, segregara oxitocina, serotonina, dopamina y endorfina, hormonas todas ellas felices, pero, sobre todo, necesitaba adrenalina, emociones, riesgos, pues su participación en el negocio que tanto de aquello le había proporcionado en el pasado era nula. El día que recibió la noticia desde Acapulco empezó a producir un poquito de aquellas sustancias, a la espera de que se iniciara la producción en serie. Para ello debía de planear, y actuar. Y como siempre, sin prisa, y sin pausa. Se preguntaba también qué sensaciones podría producir sentarse a una de esas mesas, pero en su meditado análisis concluyó que, sin llegar a apostarse a su lagarta, o a su Thom, algo que jamás haría, la emoción no podría ser de las que quitan el hipo, así que, si en sus futuros planes la ocasión lo demandaba, podría jugarse parte de la plata que empezaba a sobrarles. Engañó a su esposo, que se sorprendió por su interés, para que le enseñara a jugar a aquel juego, que también le pareció propio de mentirosos, e incluso para que organizara alguna velada con amistades —lo que resultó más sorprendente—, y apuestas pequeñas. Se sorprendió al comprobar que algunos hombres, o sus prometidas o cónyuges, se transformaban ante una baraja, una cerveza y una simple y absurda apuesta, al igual que lo hacen otros al ponerse a guiar un auto. Aprendió que había una ciencia matemática de probabilidades que anunciaba una posible victoria, pero que al final no era aquél sino un juego de azar donde cabía una posibilidad de que el más fuerte se comiera al chico si se le hacía creer con psicología que se llevaba una mejor mano. Por lo demás, contar con mejores naipes no dejaba de ser un hecho fortuito.

Finalmente se vieron Lagarta y Teresa, *off course*, más tarde que pronto, en terreno neutral, Houston, donde Thom acudió a una grabación para un tipo que estaba montando su historia de forma *freelance* y pensaba emitir a través de una plataforma de vídeos de internet. Él encantado porque estaba seguro de que aquel sería el futuro, ella ni fu ni fa, porque nada que no estuviera ya probado su beneficio le atraía.

Ocurrió que antes de verse las mujeres platicaron inicialmente por teléfono pues Lagarta se dio un tiempecito, pero acabó usando la tarjeta que le dejara Dieguillo con el número de Teresa. Se hizo durante varias horas, a veces, varios días, cada una a sus asuntos, queriendo cada una arrastrar a la otra a su conveniencia. De ellas dos se sabrá quién quería cama y más cama, hasta una relación abierta formal que le parecía de lo más normal, con sus idas y venidas, y con la que poder compartir también mantel y dos tragos, no iban mucho más allá sus pretensiones. Lagarta, por su parte, quería entrar en su vida pero de otra guisa, quería ganarse su confianza ciega. La primera dejaba bien claro con cada confidencia telefónica que vivía al margen de su progenitor y que las obligaciones contraídas de nacimiento con

los dueños de la hacienda del arrabal de la gran ciudad se habían terminado. Lagarta leía entre líneas lo que ya le había contado el gallego: que Teresa seguía dependiendo de todo aquello, aunque ya no como soldado de cártel, sino solo por los vínculos de sangre, que le costeaban su nueva vida. Tenía cuidado en su plática, en no descubrir su jugada ante una apostadora profesional, así que le entreabría varias puertas para que ambas cumplieran sus deseos carnales. Bastaba ese gancho para que la hijísima no se le escapara; en cualquier caso, ante Lagarta, el cerebro de Teresa no rulaba igual que ante una mesa de póker. Ya, segura de que así sería, y también porque la hija atravesaba una genial racha, lo suficiente para no necesitar el dinero de la coca por entonces —esa era su intención—, no tuvo prisa Lagarta en el encuentro que aceleró cuando salió lo de su esposo Thom en Houston con el periodista musical que iniciaba su carrera por libre.

Teresa acudió a la cita más adulta, con la tercera de las caras que enseñó en Playa Larga, plagada de sinceridad, y el cuerpo y el brillo en la mirada de la primera, la del hotel, concretamente la que tuvo en la habitación durante su erótico encuentro. Lagarta lo hizo bien bella, con su cerebro rumiando ideas y posibles planes, aunque no pudo ni supo evitar entregarse un rato en la forma que en seguida diremos, pues lo exigían las circunstancias, no le disgustaba y aún tenía una deuda con su esposo que no olvidaba. Y es obligado también señalar desde este limbo de los justos que, a estas alturas de su vida, al contrario que en su juventud —no se enfade el vasco—, no hubiera eso hecho por nadie si no lo era también por sí misma, ni aunque su padre fuera el mismísimo rey de la coca y se lo ordenara.

Fue que Thom las visitó durante la cena, tras su *interview*, y viéndolas a las dos, por un momento, volvió a creer que existía la posibilidad de un trío, pero recordando el último episodio con su amiga Manhattan, rápido desistió sin imaginar que en los planes de Lagarta entraba satisfacer a ambos, para que él siguiera comiendo de su mano y ella tomara lo que iba poniendo en la otra. Así que aquella, para sorpresa del maridito, sí fue la segunda vez en que la pareja se enzarzó en este tipo de aventuras, que por lo que vemos desde aquí son más habituales de lo que muchos imaginan (aquellos que no las practican). A los postres, los de la aventura, Teresa cuestionó otra vez que Lagarta la había llamado Manhattan de nuevo, y Thom confirmó lo expuesto, siendo esas las únicas traiciones del subconsciente de Lagarta que podemos narrar, al fin y al cabo, todos tenemos debilidades. Ella salió brillante del paso, se nos crea, contando la verdad, para gloria de Thom que pensó que por fin su esposa cambiaba de opinión, también respecto al asunto de Big Apple, a quien tenían más a mano en Florida. Sin embargo, nada de esto volvió a tener trascendencia en la vida de la pareja, pues no lo repitieron

juntos. Sí se concluye tras este *ménage à trois,* que Lagarta tenía una mente sobresaliente como ya sabemos, y que no había terapia que la devolviera de su psicopatía.

Se despidieron la mañana siguiente en el hotel de Houston con muchas promesas. Teresa dijo que se quedaba un tiempo por los USA y que probaría suerte en Las Vegas, donde por entonces hacía carrera Indira y seguía con sus perros la viuda del tío Claudio —ya se imaginará que no topó la hijísima con ninguna—. Aquel territorio le era bastante ajeno a Lagarta, por lo que decidió no seguirla como hubiera pretendido de haber sido el destino de la apostadora más al sur, al otro lado de la frontera. Así que marchó con su esposo a rumiar a San Petersburgo. Lo hacía en sus sudadas sesiones en su propio gimnasio, o con su reptil escorpión, en su pieza de jardín donde se sentía la lagarta libre y cazaba algún insecto distraído, o al sofá mientras leía la bípeda, con una de las garras sobre sus muslos y la bífida lengua de la otra oteando el aire. A veces, desde aquí, algunos —Emiliano e Ismaelito mayormente, lo que tal vez sorprenda—, las contemplábamos distinguiéndolas porque una tenía ausencia de alma, como a veces distinguimos al perro del amo al que se le parece.

Al de un tiempo, en el que solo se supo de Teresa por llamadas de celular, y el destino quiso que con su nuera Regina cogida de la mano, pues puso a Thom departiendo a treinta millas con un reportero de una revista musical, Melanie falleció. Se fue a no sabemos dónde porque por aquí no pasó por recibir sagrado sacramento. No se puede decir que no muriera a su pesar, pues la suegra siguió hasta su último estertor soñando con sus gabachos y sus flautistas, y se sabe porque su subconsciente la traicionaba y los llamaba a viva voz e incluso recordaba en alto el tamaño de sus partes y lo que quería que hicieran con ellas. Curiosamente no mentó a Ismaelito —para su disgusto, que la hubiera recibido de brazos abiertos—, ni al otro que la dejo viuda, ni a antiguas aventuras, sino a los culpables de las últimas y más perversas, cuando vivía relajada de prejuicios y sin miedo por el qué dirán, al fin libre. Nosotros creemos, sin saber si Melanie era consciente de ello, aunque tal vez y por eso murió cogiéndola de la mano, que Lagarta tenía la culpa de mucha de aquella felicidad de sus últimos años. Durante el funeral la nuera hizo su papel al lado de su esposo huérfano, brillantemente, vestida de negro, hasta el punto de que no hubo ningún pero sino, al contrario, adulaciones de las amistades que quedaban vivas de la suegra y a las que ella no había conocido. En su fuero interno Lagarta se liberaba de un peso pesado, dicho lo cual se ha de reseñar que desde aquí ninguno percibimos que tuviera culpa alguna o que acelerara el desenlace final de Melanie, entendemos que por cuidar a su segundo ser más amado: su esposo Thom, al que no le deseaba que sufriera ningún daño.

Sabe mal despachar a Melanie con medio párrafo, siendo lo que ha sido en esta biografía, pero tampoco tuvo una muerte en la que pudiéramos recrearnos al estilo de otras: las heroicas del vasco, Ismaelito y Emiliano, la absurda de Jonás, las crueles de Adolfo o el tío Claudio o la graciosa de Sito. Llegará alguna más —y aquí nos mira uno de reojo.

Pero sigamos. La muerte de la suegra no trastocó en exceso los propósitos de Lagarta, que ya iba hilando su plan. Así que avanzamos en su biografía no autorizada, como ya hemos confesado que es, con lo concerniente a la hijísima del de la hacienda y lo que significaría para algunas vidas. Quería sustraérsela al padre, a la forma que no quería que le robaran a su Thom. Sabía el daño que eso le haría a aquel misógino que la ignoraba y menospreciaba pese a que sus lúcidas ideas le habían generado incontables beneficios. Cierto que también a ella, pero no en la misma medida. Había salvado la vida con aquella brillante ocurrencia, pero no olvidaba saberse capaz, Lagarta, de construir un imperio semejante, que colmara sus ansias, por encima de quien se pusiera en su camino, como había hecho el de la hacienda. Sin embargo, no podía. Ya se lo había establecido así Dieguillo, que en su posición cualquier intrusión en el narco negocio significaba una guerra que no iba a vencer porque, salvo a él, carecía de reclutas y en cuanto a medios la distancia era abismal. Así que cuando creyó que era el momento, mientras Thom se ensimismaba y seguía con su vida y algunas pequeñas giras que omitimos, pero ya se imaginarán que las que volvían del sur siempre pesaban más que en el viaje de ida, contactó Lagarta con el gallego para que él, a su vez, se viera con Teresa. No le pareció mal comienzo a él, medio al tanto de lo que ella tramaba, tanto ya la conocía, pues recordaba la noche pasada con la jugadora tomando un wiski en su habitación del hotel de Acapulco, y lo que vino después. En cuanto se supo que la hija del narco había vuelto al sur de la frontera organizó una cita con ella, que se dio, pero pareciendo haber olvidado lo ocurrido entre ellos en la habitación, para pesar de él. Aun así, comieron juntos y hablaron de la vida y de los naipes franceses —tema que le ordenó Lagarta que se tratara largo—, para finalmente concretar una nueva cita, ésta a tres bandas, y al saber Teresa que estaría presente ella, Lagarta, la que le decía Manhattan en la intimidad, en seguida aceptó.

El acto fue en Monterey a donde cada cual llegó por aire y porque allí nadie les esperaba. Fue durante un almuerzo, de lo más corriente, en un puesto de alimentación callejero con grasa abundante y que satisfizo a cada parte. Lagarta propuso a Teresa adentrarse en el mundo de sus vicios con los naipes, para lo que reclamaba su ayuda, dando pie con ello a que lo hiciera también entre sus brazos, o al menos eso creyó la hijísima del narco que recordaba el pasado común

entre ambas, con o sin marido, y que estuvo conforme, pues todo aquello pintaba bien y podía procurarle placeres por duplicado. Lagarta apenas tenía experiencia, ni como apostadora, ni como organizadora, y no se ocultó por ello, confesándolo antes de añadir que quería motu proprio una mesa nueva en algún lugar, con un grupo de apostantes novatos, lo que ya de por sí debiera proporcionar doble beneficio, es decir, éstos pagaban por su asiento en la mesa a modo de porcentaje por cada ficha cambiada, y debían de palmar algo de plata debido a su inexperiencia. Se dejó a cada cual ofrecer su propia opinión, su forma de construir esa nueva timba; Teresa platicó mucho, muy animada, algunas de sus ideas sobre cómo debía de ser el local se tomaron muy en cuenta y sobre otras se la hizo creer que parte pasaban al plan; Dieguillo no ofrecía sino pareceres, sabedor de que postreramente el asunto se realizaría según lo trazado en la mente de Lagarta; se concretó que Teresa se sentaría a la mesa como apostadora, el gallego haría de croupier y de anfitriona, ya se sabe. Cuando Lagarta regresaba esa noche a Florida se había establecido el acuerdo y la pareja que había dejado en Monterey lo celebraba emborrachándose, tanto que tampoco pudo repetir su aventura pasada, también porque ambos tenían la mente en la que volaba vuelo directo a Miami.

En todo aquel plan solo había un pero y es que interesaba que en la hacienda no se supiera, por el momento, nada, entendiéndose que era más efectivo si se llevaba a cabo en territorio norteamericano, así que se tomó su tiempo, al estilo de siempre, sin prisa. Dieguillo estableció un sistema de contra vigilancia a Teresa al objeto de saber cuánto conocía el padre de las andanzas de la hija y hasta qué punto la financiaba, siendo imprescindible que dejara de hacerlo. No tardó en averiguar que fácilmente en la hacienda se sabía su paradero pues antes o después la hijísima pagaba a crédito con tarjeta, así que si sus hombres la perdían no tardaban en recuperarla. Conocido ese hecho llegaba la ocasión de visitar el local que Dieguillo había reservado, en principio, a nombre de un testaferro que no viene a cuento en esta narrativa, en Nueva Orleans, Luisiana, destino que a los tres sedujo y que a Lagarta enamoró, al punto de que afeó a Thom no haberle llevado a conocer en todos los años que llevaban juntos, estando tan cerca de Miami y, más aún, cuando el lugar se mencionaba en la canción esa que tanto le gustaba, la que hablaba de la casa del sol naciente. Y se menciona, básicamente, por decir algo de él, que sobrepuesto al duelo por lo de Melanie, vivía feliz en San Petersburgo, con escapadas muchas a Miami donde sus amistades, planeando resucitar a los Telegram Sam con idea de que en su propio país se le conociera como al sur, algo que no lograría, ya se supondrá. El caso es que parecía seducirle la ilusión de aquello, y así se distraía, así se

sentía alguien y así todo rulaba con su esposa en cuya cabeza los planes de él no eran sino cantinfladas, palabras que no dicen nada.

El local, volvemos a centrarnos —lo ha sugerido el vasco que parece que quiere acabar pronto y eso que aquí el tiempo importa poco—, se encontraba en un piso superior de la trasera de un negocio de lavandería. Podría no parecer, de hecho no lo era, nada lujoso, ya se había convenido que era como un empezar desde cero, aprendiendo el negocio y haciéndose un pequeño nombre, aunque en la idea de Lagarta subyacía no llamar la atención y que se descubriera ese tinglado a lo más tardar posible. El acceso, peldaños arriba, recordó a Lagarta aquel de Zihuatanejo por el que tiró a su opositor al negocio de los neumáticos el día que la ofendió, casi de la misma forma que lo estaba haciendo ahora el narco jefe, por ser mujer. Hubiera contado la historia, pero la guardó para sí. La oficina era lo suficientemente amplia, y permitía instalar una barra y servicios, uno solo en realidad. Contaba, además, con un paso al tejado que, llegado el caso, sería bastante provechoso pues desde allí se alcanzaba sin dificultad un edifico destinado a centro comercial. Nunca tuvo nadie que usar esa salida.

Después de la visita al local Teresa estaba exultante y bullía de emoción por comenzar a desplumar turistas, pues en ellos se enfocaría esa primera fase. Se pactó que el gallego se encargara de las contratas para la reforma y solo quedó pendiente un asunto, no menos importante, hacía falta, al menos, dos empleados, uno de seguridad y otro que atendiera las demandas de los jugadores, tras la barra que se iba a instalar. Se dejaron esos trámites para más adelante.

Lo importante de aquel encuentro en Nueva Orleans resultó cuando Lagarta le pidió a Dieguillo «hazme la valona de cambiar su tarjeta» en una de esas que Teresa pagaba a crédito la comida que se apretaban emocionados tras la visita al local. No fue fácil pues hubo de esperarse a la noche en que se pudo cambiar la American Express vieja, con saldos a saber contra qué cuenta, pero patrocinada por el cártel, por otra, idéntica, de mismo titular: Teresa Buendía López. Se aprovechó un momento en que la hija se excusaba en el servicio para realizar el cambio. No interesaba que ella supiera que su nueva filántropa iba a ser Lagarta, titular de la cuenta que se haría cargo de los pagos a partir de ese momento. De esta forma se conseguía que el padre no supiera el paradero de la hija a través de sus gastos. Dudó Dieguillo de si aquello era apropiado, el no decírselo a la hijísima, dada la enemistad con su progenitor más que contrastada, a lo que Lagarta expuso que poco sabía de amores paternofiliales más allá de lo que había conocido hacía mucho tiempo de una irlandesa hacia sus hijos, dudando de que alguno fuese capaz de traicionarla por muy mal que llegaran a ponerse las cosas. Así que se hizo como ya se ha dicho.

No lo hemos contado, ahora lo hacemos, que aquella noche Lagarta no regresó a Florida con Thom, sino que lo hizo la mañana siguiente. En su plan había una parte que debía tratar en persona, cara a cara, con Teresa, no como paseando por la orilla hundiendo sus pies desnudos en la arena mojada, sino juntándolos bajo unas sábanas, tal era la intimidad que creyó necesitar para conseguir su propósito, al igual que el capricho que deseó procurarse. Bendita forma de convencerla de lo que sigue y es que lo hizo de un asunto que no era otro que Teresa debía controlar su tendencia a consumir cada vez más alcohol, algo que percibía iba en aumento con cada encuentro, y que, para ello, era buena idea tomarse unas vacaciones, unos meses, para resetear el alma y el cuerpo y llegar con garantías al estreno de la mesa de póker. Podría tardar el tiempo en que se necesitaba para tener todo dispuesto en el local de la lavandería. Teresa, juguetona, prometió que así lo haría si aquella noche Lagarta no cesaba de llamarla Manhattan. Resultó que hacerlo conscientemente costaba lo suyo y que no fue hasta el segundo orgasmo de ambas que lo consiguió durante los que siguieron. Nos gusta añadir que el encuentro entre ellas sucedió a pesar de Dieguillo que, una vez más, quedaba al margen, aceptándolo con su clásica docilidad —y aquí añadimos que muchos pensábamos que al final no tendría su premio, y nos mira y parece enojado—, en cualquier caso, también hay que recitar que el hombre se procuró lo suyo cogiendo, más bien siendo cogido, por otro al estilo del camarero en el restaurante de Playa Larga. Así de tiernas son las debilidades humanas que al final aquella noche hubo festín para todos.

Se habrá adivinado un propósito mayor en Lagarta que ya se ha insistido en que no daba puntada sin hilo. Sin seguimiento bancario quedaba el físico, y enviando a Teresa al otro lado del mundo, difícil iba a producirse ese, más cuando no se conocía fecha de regreso. Así acabó la hijísima bien lejos de su progenitor, en gira turística por Asia, visitando Vietnam, Birmania y Camboya, destinos elegidos por Lagarta que se había documentado sobre donde podía sentirse más paz y sosiego. Al regreso, tras un par de meses, y por el trasiego de excursiones, alimentación, masajes y alguna escaramuza que se procuró, Teresa había perdido la gracia de sus curvas rellenas. También trajo el pelo cortado como el de un hombre y teñido de casi blanco. La transformación resultó tanta que al verla llegar al hotel de Luisiana donde se estableció la correspondiente cita, Dieguillo no la reconoció, con su vestido de flores hasta los tobillos. No así Lagarta, que no olvidaba una mirada y que la abrazó bien fuerte al verla susurrándole al oído «desde ahorita todos te dirán Manhattan», aceptando ella y haciéndolo su alma pura, la que volvía de Asia, que en adelante se la diría así (aunque con su nuevo *look* nunca podría

decírsela Big Apple como a la otra). Leyó en las palabras de Lagarta que se avecinaban nuevos episodios entre sábanas, cuando la realidad es que siendo llamada de esa otra forma se ayudaba a su ocultación a los oídos del cártel.

Se olvidó que el tiempo que estuvo Teresa, perdón Manhattan —entiendan que a partir a ahora juguemos con sus nombres, el real y el ficticio, a conveniencia, y más que se liará el asunto—, limpiando su cuerpo y su alma por Asia, Lagarta recibió en una ocasión en San Petersburgo la visita de un gringo después de una de sus sesiones de gimnasio, mientras tomaba un zumo y disfrutaba del sol, en su propia piscina, con su reptil sacando a pasear su bífida lengüita. No gustó que llegará así, sin anunciarse, pero tuvo que permitir que el servicio le atendiera como era debido, sabedora del motivo por el que se la iba a cuestionar, que no era otro sino el paradero de la hijísima del jefe del que allí se había presentado sin invitación y cuyo paradero en la hacienda desconocían. El tipo tuvo la decencia de esperar a un momento en el que el esposo estaba ausente y es que igual le hubiera reconocido del día que se entregaron el reptil y el terrario en el apartamento viejo de Miami. Ella ya le conocía del asunto con la rubia ahora adicta al vodka. Se nos creerá si afirmamos que era más inteligente la psicópata Lagarta que el psicópata sicario llegado a la mansión, que procuró, a su estilo, decir «te estamos observando», y que marchó en el convencimiento de que ella no tenía ni idea de por dónde andaba la hija del de la hacienda y así lo hizo saber. La satisfacción que sintió nuestra protagonista ante la desesperación que suponía del padre se la pueden imaginar. Fue sumadas la de la sustracción de los diez kilogramos de cocaína, la de la primera venta con el binomio Lupe-Hugo y el primer trío, la de la zancadilla no hace mucho recordada, y la del momento de retomar el negocio con Dieguillo que, por cierto, recibió una visita parecida en la que, igual no con tanta convicción, dejó claro que no sabía nada de Teresa. Se supo observado un tiempo y por ello, a su pesar —siempre surgen imponderables—, no estuvo presente en el estreno de Nueva Orleans, resolviéndose como a continuación se relatará, pero debe constar antes de ir con ese asunto, que, pese a la profunda emoción descrita, Lagarta esperó aún un tiempito para meter en el hatillo del terrario el bote con la arena de Playa Larga. Llegado el momento, se dirá.

Antes tenemos que contar cosas, como que una chava sin papeles, elegida inicialmente por su escaso conocimiento del idioma inglés, siendo un encargo expreso, de nombre María Guadalupe, estuvo tras la barra con su sonrisa perenne pues parecía que lograba el sueño de hacerse una vida mejor y hay que decir que Teresa, perdón otra vez, Manhattan, tuvo mucho que ver en la felicidad de esa mujercita por aquellos días. No por lo que se imaginan, sino por el cariño y la

dulzura con que la trató siendo conocedora de su origen e historia humildes que se podría narrar desde otro limbo más justo y con almas más puras que en éste. También se contrató un mudo que no necesitaba hablar pues, como se cuenta, era viva imagen del propio Magic Johnson y se bastaba con dos miradas, la positiva y la negativa, con eso todos le entendían e hizo hasta el fin de esta historia, las labores de seguridad. Para salvaguarda del dinero se instaló una caja fuerte electrónica que solo dispensaría boletos previa introducción de una clave.

Llegando al asunto de croupier, que no podía ser el gallego al sentirse vigilado pues podría llevar tras de sí a algún tipo del cártel hasta Nueva Orleans, no siendo ello nada aconsejable para el verdadero fin pretendido por Lagarta, que ya rumiaba una pequeña victoria cada día que la hijísima seguía sustraída al amo de la hacienda, se resolvió precisamente con esa nueva Manhattan, cuya nueva inspiración menos terrenal la alejaba de casi todo vicio mundano que no pudiera justificarse como expresión de amor entre semejantes. Así fue que ella, con sus vestidos floridos y otro nuevo peinado, se sentó a repartir cartas entre los primeros jugadores que llegaron captados de uno de los casinos de la ciudad que hay que decir los había en abundancia. Lagarta hizo de anfitriona durante una semana, en días alternos que fue como se estableció al estilo de lo aprendido de la mesa de Acapulco. Para ello hubo de engañar a Thom, un poquito, pues dijo que debía resolver asuntos familiares en Zihuatanejo, e hizo muy bien su trabajo, como si no debutara, pareciendo destinada a aquello; bastaba su presencia para que los jugadores quisieran volver a dejar sus dólares allí; vestía de lápiz mostrando silueta, sugerente, con escotes redondos, en rojo o negro, con mangas largas que taparan los tatuajes del reptil y siempre con tacones que realzaran su belleza; seguía con su look de corta melena algo salvaje, impresionando, y con esa mirada que mata o intimida. Pese a las apariencias, y al gozo que le procuraba ver a la croupier atrapada en aquel plan y oculta a su progenitor, la experiencia se le hacía larga pues las sesiones resultaban maratonianas. La nueva Manhattan, María Guadalupe y Magic Johnson, al contrario, parecían encantados y pronto formaron un equipo a considerar. Por suerte para Lagarta, tras una primera semana prometedora y agotadora, tres timbas se organizaron, se iniciaba una nueva ronda de bolos de su marido, con el que debía coincidir en el mismo Guadalajara como comienzo de esa gira, suponiéndose que ella llegaba desde Zihuatanejo. Se paró la mesa de póker unos días, pese a que se vislumbraba lista de espera, lo que se aprovechó para ir subiendo la comisión de entrada, y se comenzó la búsqueda de una nueva anfitriona. Manhattan, de inicio, quiso asumir ese rol, pero no se le

permitió pues la figura del croupier era más discreta y ahí es donde la prefería Lagarta. En cualquier caso, estaba feliz con su nueva vida —se explicará a qué dedicaba su tiempo de asueto—, y aceptó la negativa con cierto estoicismo seguramente traído de Asia y contagiado por sus compañeros, la camarera y el grandullón.

Thom y sus rolas. Iba ya por su segundo compacto —que exigió más en publicidad pues no había tema que enganchase como el de La Esposa Ausente—, y los asuntos de intendencia se le compartían a Dieguillo por parte del cártel, asumiendo él sus responsabilidades que aquí no se han concretado en ningún caso por no ser de interés; no podía pisar el gallego Nueva Orleans con todo ese jaleo, por más ganas que tuviera, esa era la consecuencia bendita dado el beneficio en plata que se obtenía de su trabajo. Aquella gira se vio, por supuesto, con Lagarta y con Thom, que seguía ajeno a los asuntos narcos, y convino con ella que tenían que buscar nuevo anfitrión para las noches de timba, pero que saldría caro pues lo suyo, para asegurar el éxito del negocio, era robárselo a la competencia de mesas clandestinas, lo que bastó para que se diera el visto bueno a la idea pues sabía Lagarta que con ello chingaba a alguien, daba igual quién fuera, y llevaba mucho tiempo demasiado formal, sin procurarse alguna de esas pequeñas satisfacciones a sumar a la diaria de tener a Teresa secuestrada y con síndrome de Estocolmo. Necesitaban alguien profesional, de confianza y con nulo contacto con traficantes.

En un vuelo de vuelta de esos directos, entre concierto y concierto, Lagarta trató el asunto con su esposo al que consideró finalmente que debía confesarle que había emprendido un bisnes por su cuenta pues iba a resultar estresante alargar ese ocultamiento en el tiempo. Thom, enseguida estuvo de acuerdo —para sorpresa de nadie, seguía a sus pies—; por un parte rumiaba algo desde que se empeñara ella en conocer los asuntos del Texas Holdem; además veía con buenos ojos que ella hiciera algo más que gimnasio, reptil y leer libros, siendo el empresariado un estatus al que ya había tardado en volver. Entre las confidencias de la pareja estuvo la de la necesidad de encontrar un anfitrión a la altura, ya que ella no estaba dispuesta a desplazarse de continuo hasta Nueva Orleans, siendo ese extremo el único que Thom no entendió pues más fácil hubiera sido montar la timba en Miami, por ejemplo —como se ve, ella no se lo explicó todo—, y que sería interesante que la persona elegida contará con suficiente experiencia, fuese bien pagada, y contrastada. La solución la propuso, para sorpresa de todos, el propio cantante: platicando castellano soltó al vuelo «linda, tengo a tu chava», «¡que chido, dígamelo!», respondió Lagarta agarrada de su brazo. No resultará creíble, ni lo vimos venir desde aquí, pero si su imaginación es de buen lector de narrativas, ya habrá sabido quién resultaría el nuevo fichaje. Solo añadimos, antes

de contarlo con todas las palabras necesarias, que Lagarta al escuchar su nombre respondió: «me vale madre».

El encuentro para el fichaje estrella se hizo en Miami un día que Thom, que declinó estar presente, trataba asuntos telemáticamente con el director musical de sus presentaciones en vivo. Lagarta, al verse las caras, lo primero que escuchó fue «*Thom is a forgotten matter*», pues no le costaba renunciar a nada a la nueva anfitriona a cambio de la soldada que se le había prometido. Lagarta miró a la mujer de arriba abajo y aquí todos nos quedamos ese instante helados esperando su reacción, que fue tras un segundo eterno para Big Apple, una sonrisa, un abrazo y un «*me too*», dejando bien claro que, con ella, también, el asunto de entre sábanas seguía finiquitado.

Así pues, en Nueva Orleans dos Manhattans tomaban los mandos, aunque pronto la segunda, la que seguía luciendo curvas y que se imponía en su trabajo a base de cierto carácter, buen humor y su físico (resultando que nada tenía que ver quién era cuando coincidía, las pocas veces que volvió a hacerlo, con Lagarta), no tuvo reparo en que se usara su verdadero nombre: Heather Ann Cunningham. Se dejó en Heather por abreviar. Añadimos que Magic Johnson instaló en el local de la lavandería un sistema de vídeo con varias cámaras cuyas imágenes Lagarta podía recibir en cualquier computadora y, a muy poco, lo haría en su dispositivo móvil; que el negocio prosperó al ritmo en que se consideró pues, ya se ha insistido en ello, era de vital importancia no llamar la atención de ciertas personas de una hacienda en un arrabal de una buena ciudad mexicana; que por fin el botecillo de muestras con arena de Playa Larga acompañaba a los pesos, el fular, el cartucho y la cinta grabada, al ser introducido en el interior del hatillo.

Sobre qué encuentros lívidos se produjeron entre anfitriona y croupier, ellas deberán ser quienes den cuenta si es que estos tuvieron lugar, que intuimos que no fue así pues la antigua Manhattan, Heather, resultó una profesional que no mezclaba negocios y placer y la nueva Manhattan, Teresa, no hizo sino tomarse en serio su labor, que aún con todo, poco a poco le fue aburriendo. También empezó esta última a ocupar su tiempo libre con la escritura y la lectura —lástima que no viniera por aquí a echar una mano—, que le procuraban momentos de introspección y relax. Compró además un ático bien alto con los beneficios que se guardaban en una cuenta con testaferro, el que nunca se menciona su nombre, no en vano resultaba aquello un negocio alegal, y desde donde veía el mar del Golfo de México sin añorar, para nada, su tierra natal. Allí pasaba los días impares, los de descanso, recostándose en una tumbona con sus novelas o con un computador portátil donde iba juntando letras con más o menos acierto. Entretanto su padre narcotraficante no cesó de

buscarla por Asia pues averiguó lo de su viaje de ida, perdiéndola la pista y creyendo que allí había quedado. Cabe recordar en este punto del relato la paciencia que había tenido más de una década atrás aquel hombre con el asunto de los diez kilogramos, esperando resultados del análisis de cientos de dosis por media costa pacífica de México, hasta casi encontrar el alijo. No era muy distinto ahora. El resultado final de aquellas pesquisas se puede afirmar que fueron tablas, pues de alguna forma acabó lo que aún quedaba de aquellas rocas blancas devuelto tras ser Lagarta descubierta gracias al servilismo con que algunos acólitos —no siempre bien recompensados— trabajan para los cárteles del narcotráfico. Es decir, con ciertos tipos, nadie está nunca seguro. También, ya es hora de poner los naipes boca arriba, se ha de aclarar que la desconfianza mutua entre ambos, Lagarta y el padre narco, había surgido desde el momento en que ella decretó que el gringo, el que la había descubierto y entregado maniatada en la hacienda, sobraba, no temblando ella a la hora de decretar su paso a mejor vida. Entonces él supo del verdadero poder de sus trastornos, que compartía, y que podía valerse en sus negocios de su inteligencia —y de la profesión su esposo—, pero que lo mejor era mantenerla alejada y tratar con el súbdito que la acompañaba, su escudero y sicario, Dieguillo, creyendo que también le sería fiel a él como lo eran todos los varones a su alrededor. Lo sabemos porque él lo dijo. Se verá enseguida cuándo y dónde.

Se habrá notado que los remordimientos por las obligaciones que había dictado en el pasado el narco para con su Teresita eran cero, no ocupando espacio en su mente, ni en sus pesadillas. Entendía el padrísimo que los sacrificios pasados exigidos a su hija no eran sino un deber para con el beneficio de la vida de lujo que se le proporcionaba, era su grano de arena. Tampoco se hace hincapié en ello, en exceso, pues ya se sabe de la falta de empatía del personaje. También contaría el narco —enseguida se verá como se anunció líneas atrás—, un hecho trascendente, que no es otro que cuando llevaba demasiado tiempo apesadumbrado por la falta de su niñita Teresa, a punto de ceder en su búsqueda, se despertó en medio de una noche tras una pesadilla con una lagarta escorpión que le había mordido e inyectado su veneno estando a punto de perder una de sus extremidades con ello, su mano derecha. Supo así, entre sueños, que la ausencia de su hijísima solo podía relacionarse con la mente de la auténtica Lagarta.

Para saber si al final aquel veneno de su pesadilla, metafóricamente, causó tal mal al padrísimo, pásese al siguiente capítulo de esta historia que en este punto actual se sitúa con Lagarta disfrutando cada día de su triunfo, que no era sino la desesperación de su enemigo que, aunque no la viera en directo, no le costaba imaginar.

Mike Polacie.

CAPÍTULO 15

Se sigue rápido ya que le hemos solicitado que pase de episodio y ya es hora de que este cuento se acelere hasta el final que se espera tenga usted ganas de conocer.

El paciente padre tuvo un tiempito en que resolvía sus otros asuntos, los del negocio narco, con mayor violencia, o mayor crueldad cabe mejor describir, al punto de que así eran las noticias que Dieguillo enviaba a San Petersburgo, que eran como le llegaban al él. Eso solo podía significar, en apariencia, que el hombre estaba derrotado y muerto por dentro por haber ya dado por perdida a su dulce Teresita, que ahora se le ocultaba con el sobrenombre de Manhattan, croupier, labrándose poco a poco una reputación en su mesa. Sin embargo, bien se sabe que no hay dicha que cien años, siquiera cinco, dure, así que para regresar a la realidad a Lagarta y hacerla volver a poner los pies sobre el piso, el gran problema lo trajo la hijísima misma que por aquellos momentos aspiraba a mayores logros, considerándolos éstos fuera de alegalidades: decidió que iba a dedicarse al noble oficio de la escritura de relatos y poemas, resultando todo ello, a fin de cuentas, consecuencia algo tardía de su visita a Asia, de su introspección y de lo monótono de su trabajo. Y del tiempo de asueto que comenzaba a organizarlo para procurar placer a su alma. El día que se lo contó a Lagarta, que dejaba la timba, fue efectivamente un palo, no habiéndolo previsto ni teniendo forma inmediata con la que solucionar aquello. Su venganza, su triunfo, consistía tanto en que Teresa fuese en cierta forma suya, como en que el padrísimo la diera por perdida para siempre, incluso creyéndola muerta, así que, ante todo, no había que devolver la hija en cuerpo o en conocimiento de su existencia al del cártel, eso se haría por encima de sus huesos. Con solo que él supiera de ella y de lo bien que estaba, ya se consideraría una derrota para Lagarta. Y existía grave peligro si de alguna forma, durante la nueva vida por su cuenta de Teresa, se insinuaba quién había tenido que ver con sustraérsela al saber de la hacienda todo aquel tiempo que, no se olvide, fueron años. Entonces el psicópata narco bien podría echar al fuego a Thom y a su nueva mansión con la lagarta, antes de arrancarla a ella la piel a tiras y bañarla en carburantes, por ejemplo. Esos eran los pensamientos de Lagarta que no podía pichicatear una sola idea en solucionar el nuevo embolado.

Consiguió algo de tiempo de inicio de boca de Manhattan en forma de promesa, para tramar una solución, mas no encontraba ninguna que le satisficiera, hasta que llegó el día en que la croupier dijo que en

un mes abandonaba todo lo relacionado con aquellos mundos. Lo más que logró Lagarta, que hubo de recomponer la situación, fue embarcarla a Tailandia en vuelo desde Los Ángeles, a gastos pagados —hacía tiempo que la otra vivía de sus propias ganancias—, donde viajó la que quería postular al Premio Novel de literatura, con fecha de regreso en veinte días. No resultó difícil convencerla, toda vez que supo Lagarta en una de las muchas conversaciones que tenía por entonces con Teresa, que su primera novela se ambientaba no lejos de esos lares, lo que de hecho provocó la idea de devolverla a Asia, hallando además un complejo turístico ideal para escritores, con amplias vistas al Mar de Andaman en Phuket. Allí podía la hija iniciarse con algunos capítulos. Supuso que tal vez el cártel podría descubrir el viaje como le había llegado que hizo en el caso anterior, aunque bien tarde, ya que para ello usaba Teresa Buendía López su propio pasaporte, pero ya maquinaba cómo obrar solución definitiva al problema antes de que se dieran cuenta en la hacienda. Y lo que planeaba era algo que hasta a ella le costaba aceptar.

Para estresar más a Lagarta —es casi un decir, se la apuró algo, lo más—, y sorpresivamente, nadie lo imaginará, recibió otra visita en su mansión, con Thom esta vez por allí en su estudio de la propia vivienda, acorde para aquí y para allá, poniendo y quitando cuartas y novenas. Toda una declaración de intenciones pues bajo el quicio de su puerta timbró el propio padre, el narcotraficante, jugándose incluso el pisar los USA donde como se supondrá habría sido bien recibido, de saberse, por la propia DEA. Mientras un sicario acompañaba al servicio a tomar un refrigerio, el padrísimo pasó hasta el jardín donde descansaban Lagarta y su amiga de lengua bífida y dijo «andaba por aquí y no me resistí en pasar a preguntar por mi hijita Teresa». Ella se sintió invadida, asaltada y comprendió ante la sola presencia de aquel hombre al que no veía hacía años, que se elevaba la apuesta. Fue entonces cuando el padrísimo habló, en tono de condescendencia, de la desconfianza mutua surgida de la admiración por la forma en que ella había prescrito despachar al gringo el día en que se conocieron, como si lo hubiera hecho él mismo, insinuó, no habiendo sobre la tierra dos personas que en esa situación hubieran obrado igual, asesinando al fiel cazador que ponía la presa viva en la mesa, resultado que después el animal tenía más que ofrecer que su carne. Y no solo eso, contó su sueño de la mordedura del lagarto escorpión —por eso también lo sabíamos—, y puso muchos naipes boca arriba sobre el tapete, pero tantos que la jugada que ocultaba podría ser casi cualquiera. Lagarta solo tenía que llevar alguna mejor, pero eso no podía saberlo. Se imaginarán una conversación entre cínicos, que eran las palabras las armas de aquella contienda, aunque dudamos de que Diógenes de Sinope e Hiparquía fueran la mitad de psicópatas que

estos dos. A muchos psiquiatras o neurólogos les hubiera gustado inmortalizar aquel cuadro. Se despidió él asegurando que ella no fallecía balaceada ahí mismo por el negocio común que tenían, dicho así, de frente, pero que activaría la cláusula de rescisión tan pronto ratificara su sueño; ella se ofreció a ayudarle a no perder su tiempo reafirmándose en no tener que ver con nada en relación a su hija y su paradero, no habiéndola visto desde hacía años. Según el narco desapareció de su vista, por el umbral de acceso a la mansión hacia la recogida de su sicario, Lagarta se giró a su reptil proclamando en voz alta: «se cree muy acá el cabrón». El padre, entretanto, tomaba su hombre, que mantenía al servicio en silencio y sudoroso, para abandonar San Petersburgo decidido a encontrar a su hijita, tanto como en hallar la culpa en Lagarta por su ausencia; ella afirmó su convicción en que no la iba a atrapar, acelerando con ello sus propósitos con una sola idea: «sin piedad», pues era la tercera vez que el narco jefe ofendía su honor. Primero al meter en su cama a su propia hija Teresa; segundo, separándola del poder de sus negocios; tercero, invitándose a su propia morada para amedrentarla. Los dos sabían que allí empezaba una nueva partida y a ambos les procuraba esa guerra, no miedo, sino un hormigueo que les daba vida. Llevaba mejores cartas el padre que no necesitó en aquella plática mentir, apenas. Por suerte Thom no hizo aparición, seguía con sus asuntos musicales en el estudio, y el servicio, una vez supo que seguía viviendo, obró como si no hubiera habido visita aquella mañana.

El mismo día, sin necesidad de comprobar que por allí cerca de la mansión de San Petersburgo no había nadie, Lagarta se puso manos a la obra. Procuró una llamada a quien pudiera dar nueva a las autoridades de la presencia de un perseguido narcotraficante en Florida; se aseguró que Teresa seguía por tierras tailandesas en conferencia telefónica con el resort donde la había alojado; contactó con Dieguillo para verse con él en Acapulco, resultando que se hallaba, de casualidad, en ciudad de México, así que no le hizo desplazarse y hacia allí voló directo ella de inmediato; comunicó cuando al fin se vieron que el asunto de Nueva Orleans se cerraba para siempre procurando finiquitos suficientes que decidió el propio gallego para María Guadalupe, la simpapeles —que ya dominaba por entonces el inglés—, Magic Johnson y Heather. Adelantamos que quedaron satisfechos los primeros, pero la última mostró su enojo. Autodespachada de su puesto en Miami por propia voluntad para trabajar para Lagarta le iba a costar encontrar trabajo, alegó, entendiéndose con ello agraviada también por vez tercera, las dos primeras al ser expulsada del departamento de su amigo Thom. Pidió negociar su propio finiquito con Lagarta que, rumiando por dentro por no querer doblar frentes, dobló lo ofrecido por el gallego.

Pero volvamos a esa larga plática obrada con Dieguillo al sur de la frontera, cuando, además de los asuntos antes resumidos, Lagarta puso tildes sobre las íes que les correspondía hasta acabar dándole el mandato más difícil de su vida. Pero mejor si vamos por partes que aquí muchos tienen ganas de ir más aprisa —sobre todo los que callan, como el tío Claudio o el vasco—. El encuentro estaba siendo en el propio auto donde se la había recogido a la salida del aeropuerto internacional, recorriendo el trayecto en dirección al centro de ciudad de México donde el gallego ya había reservado suite a Lagarta y habitación aparte, para él. Le ordenó ella parar la marcha antes de llegar pues requería de toda su atención. Así se inició la plática del plan para el futuro reciente en relación a la hijísima: Teresa no debía regresar de Asia. Jamás. Lagarta soltó la bomba y esperó. Dieguillo, de normal, hombre de pocas palabras, callaba ante ese tipo de bombazos esperando que se indicara qué aeronave debía usarse para lazarlos. Y cómo y quién debía pilotar. Así se hizo el silencio. Más amplio del habitual.

Algunas veces pretéritas era dado que, ante el mutismo de ella, él propusiera una resolución eficaz. Y ahí que entonces, en el interior de aquel carro camino del hotel, ninguno expresaba palabra. Hemos de contar —porque los que más la intimaron en lo personal, vasco, Emiliano y el que estaba por entonces en el mismo auto presente, creen que es así—, que Lagarta, sabedora de que Teresa no era cualquiera, no tuvo el valor de desenterrar su propósito hasta que no hubo otra, esperando que el gallego ya tuviera uno propio que le satisficiera, sin que fuera así. Dieguillo, sin embargo, manos al volante, oteaba al frente, enfocando en la nada a través del parabrisas, temeroso ante lo que iba a escuchar. Ella, que había supuesto todo aquello, entonces no hizo sino colocar una mano sobre el muslo de la pierna cuya extremidad pisaba el pedal de frenado, entonces le dijo «nunca dejaremos de aguantarnos la vara, anda y arranca» y a la par le acariciaba con un dulce besuqueo en la mejilla. El auto se movió y poco después Dieguillo colmaba el sueño de su vida, el polvo ansiado desde que la conociera en su antiguo estudio de audio en Acapulco. Ella, esclava de su hábitos alimentarios y deportivos, se sorprendió del ejercicio que él propuso, resultando que había tenido ante sí tantos años al hombre amante perfecto —para envidia y reconocimiento de los que ya se imagina que rabian recordando este episodio del que fueron testigos desde aquí—, y que sí había catado Melanie antes que ella en repetidas ocasiones. Él a estas alturas, aquí en nuestro limbo de los justos, hace tanto el papel de gallego como imita al vasco, no abriendo la boca.

Por la mañana Dieguillo volaba a New York, a Frankfurt, a Bombay y llegaba dos amaneceres después al aeropuerto de Phuket pues no

hubo otra forma de conseguir ruta vía Hawái que le hiciera arribar en Asia antes. Llevaba consigo de equipaje el mayor de sus pesares, cierta cantidad de dinero y un celular con que dar cuenta a Lagarta, que había prometido estar esperando a que él acatara lo que se le había preceptuado.

Entre iba enlazando vuelos el gallego y Lagarta solo uno de vuelta Florida, supo Thom, por boca de propia Big Apple, del desastre de lo de Nueva Orleans y que se le había ocultado, ocasionándose nueva bronca entre el matrimonio. Era la segunda tensión de gravedad y siempre tenían un denominador común: Manhattan, la primera, la que había elegido su propio mote. Pudiera decirse que, con Dieguillo y Teresa alejados, carecía de recursos, así era también sin el apoyo del cartel con el que había contado cuando, por ejemplo, lo de la rubia racista y que por entonces habitaba una celda puntual a su cita con la única forma de conseguir un periodo de abstinencia. Así que, para estar ocupada con otros negocios, entre sesión de lectura, de cuidados de su lagarta y de gimnasia, fue a citarse con la que se había doblado el finiquito a costa su debilidad por el momento que atravesaba y que había ido con sus lamentos a llorar a su marido (lo del llorar es por darle tensión al momento, no lo vimos). No se piense que iba a acabar con ella, aunque aseguramos que pasó por su cabeza, sí o sí, o también, sino que fue a ponerla de su lado, a reutilizarla, a renegociar el finiquito, a seguir inyectándose adrenalina, la que le aportaba la alegalidad de los juegos de casino pues sabía ya, pobre Thom, que las rolas por México tocaban a su fin. En definitiva, la quería de socia en su nuevo proyecto, desde el que rehacerse y volver a construir, ya libre, como esperaba, de la presión del de la hacienda. Se repitió así una escena parecida a la vivida cuando la proposición se hizo a Teresa —que por entonces redactaba ya el tercer capítulo de su ópera prima —, pero esta vez Lagarta, por no ocuparse de todo, dejó mucho de la puesta en marcha en manos de Heather, Big Apple, Manhattan I. Que, por cierto, abducida por la idea, pareció olvidar los pasados desagravios, más cuando recibió un considerable emolumento para los primeros pasos. En seguida se puso la gordita a restablecer contactos y buscar local propio para el nuevo negocio. Así quedó aparcado ese asunto para Lagarta, por un periodo en el que pretendía finiquitar el asunto de la hijísima, ya tendría tiempo de poner a la obesita en su lugar.

En Florida Lagarta siguió pegada a su reptil, a la limpieza del terrario y custodia de su hatillo, a su gimnasio y a su conexión con Tailandia, esperando noticias de que se había dado el finiquito a Teresa. Sabemos que el lector también demanda esa nueva y que ansía conocer el final de este cuento, así que ahí le damos: Dieguillo no pudo hacerlo pues demasiado cariño tenía a la hija del de la hacienda;

había pasado el viaje rumiando otras posibilidades, sabedor de su debilidad en este asunto; al final, creyendo obrar una solución que no decepcionara a su amor perenne, consiguió para la hijísima un castigo peor que la propia muerte, creyendo que era al contrario, que le ofrecía una posibilidad de sobrevivir. El caso fue que se la jugó él consiguiendo heroína. Después se acercó a Teresa, a su complejo turístico, reservando una habitación. Cuando se vieron ella se alegró tanto que exclamó «¡qué chido!», follándoselo una noche entera, extasiada con su primera obra por la que se guio pues un tanto erótica iba resultando, punto al que estaba llegando algo inconsciente como les sucede a muchos novelistas —Dieguillo nos lo cuenta, lloraría si aquí eso sirviera de algo—. Al marchar él de aquella habitación, de la que la hijísima no quería que se fuera y sin llegar a interrogarse por el verdadero motivo de su presencia en Phuket, en su armario habían quedado depositados suficientes gramos de polvo marrón. Y ella seguía viva.

Al poco, Teresa Buendía López compartía cuarto en prisión con dos mujeres que eran hombres, y entre ellos sumaban doce piezas dentales, diez personas más que sí contaban con vagina propia, aunque no parecieran siquiera seres humanos (tres no estaban para vivir una semana más), un pequeño lago de orines que alcanza el borde del metro cuadrado donde solo se conseguía dormir de puro agotamiento, varias ratas, variedad de insectos y la indiferencia general de funcionarios pues no tenía la hijísima con qué morderles. No se le permitió notificación directa con su embajada, aunque sí se le dijo que habría aviso mediante un traductor inglés. Cuando llegó a su cárcel lo hizo suficientemente apaleada. Podía de día salir a un patio estrecho y largo, donde dos españolas le procuraron compresas para su primera regla y que después la persiguieron para que saldara aquella deuda, no teniendo con qué, ya se imaginan cuál fue su única fuente de ingresos. Así que mejor si el gallego hubiera cumplido con lo ordenado, bien podía haberla dejado ahorcada en el resort, hubiera tenido tiempo de sobra para volar a Miami antes de descubrirse el cuerpo de una extranjera. Fue esa media mentira de Dieguillo, la de que ella no vivía ya. Aunque desde este limbo de justos, mientras alma y cuerpo estén unidos, se puede llamar vivir a cualquier cosa, hay que entender que desde otras perspectivas no pareciera falso lo que expresó el gallego, de quien no tardaría en llegar su hora.

Hizo bien Lagarta en no acudir a recibirle a su regreso en Miami, ni en volar con él de vuelta a Acapulco. Lo hizo el hombre, cansado, triste, con la guardia bajada y dos sicarios gringos en el mismo avión y tres más morenos esperándole en un buga a la salida del aeropuerto, emprendiendo un nuevo viaje, él último, pero sin él guiando y sin su amada jefa a su lado. Esta vez —le honra, se lo expresamos

unánimemente al llegar e incluso se debatió si su muerte mejoró la del vasco—, no sintió apego alguno por seguir habitando su cuerpo. Rogó por desprenderse de él, pero sin la inteligencia de Kepa no consiguió una muerte rápida, sufriendo más que Ismaelito, torturado por días, pues se le llevaba al límite hasta el punto de que seguía respirando, y se le arrojaba a un agujero con agua y pan, para volver a empezar. No tenía intención de aguantar la vara su alma, pero se ve que sus órganos sí, hasta que al fin alcanzó sus gloriosas últimas horas, que al fin llegaron, con el padrísimo narco ante sus ojos que se acercó al quinto día para dirigir el tormento. El jefe del cártel estuvo sereno al llegar al encuentro, narró el hallazgo a través de un funcionario aeroportuario de su partida a Tailandia y su cruce en vuelo con algunos otros que iban tras él y al rescate de su hijísima, cuando aquel reo estaba ya de regreso; después estuvo agitado, ansioso, obligado a reconocer que no llegaban noticias del paradero de Teresa pese a que se la buscaba incansablemente en la isla de Phuket; finalmente rogó, casi entre desesperadas lágrimas de padre, que le diera dato de su paradero, prometiendo una muerte rápida. Dieguillo, en un instante de lucidez, molido a palos, despellejado en parte en esos momentos en que también le colgaban de sus pelotas dos cables y un kilo de hierro, alcanzó a platicar entre esputos «váyase a ver si parió la marrana, que ella está muerta». Creyó con ello que llegaba su hora, pero el otro, volviendo la silla sobre la que se aposentaba, y haciéndolo esta vez apoyando el pecho sobre el respaldo, le miró a los ojos, regueros sangrientos, y continuó queriendo saber «no se haga el guaje y platique que fue por orden de la Lagarta». Ahí se enrocó el gallego, tardando en acompañarnos un par de horas terrestres más.

Pudo Lagarta haberle hecho ofrenda, hubiera bastado un pequeño altar sin santos, con dos botellas de tequila, media flor y un recuerdo de Acapulco o Zihuatanejo, de sus tiempos felices, pero ya sabemos qué le importaban a ella los demás y el uso que hacía de cada cual. Decimos también que todo eso pudo ser, pero de haber sabido de ese final de Dieguillo, que no supo.

Queda entonces cumplida la promesa de haber ido deprisa con la parte casi final de esta historia, siendo este capítulo no excesivo de amplio, pese a contar con episodios dignos de haberse extendido en algunos párrafos más. Pronto sabrá que ahora estamos por este limbo a otros asuntos más importantes que el qué fue de Teresa, por ejemplo, y que enseguida alguien de quien se habló de paso en los inicios, imprescindible para que estos hechos hayan existido, suponemos va a exponer, pues así se le ha instado por parte de ocho almas más, que realice dicho cometido.

EPÍLOGO

Mi nombre es Regina Inmaculada Fernanda Malvida y habito este limbo de los justos desde el nacimiento de mi hija, que ustedes saben como Lagarta, que heredó de mí el nombre y un pequeño lunar en la espalda donde comienza el culo. Yo quise que se llamara Almudena, es la verdad, Almudena Isabella concretamente, por honor a mi hermana que decidió a mi muerte que la niña heredara mi nombre primero, a secas. Así que sí, desde aquí tengo vista toda su vida y por eso existe esta narración, de la no autorizada biografía de mi hija Regina Malvida Soares.

Redacto este epílogo con el acuerdo del resto de almas presentes, que confían en mí, a la par que me dejan de momento a parte del grave asunto que ahora tratan.

Por lo que a mí respecta, solo tengo una confesión que añadir y que intentaré abreviar afirmando que fueron dieciséis años terrestres de mi Regina los transcurridos para que mi hermano, el que se ha conocido como tío Claudio, fuese el siguiente aquí a mi lado. Declaro ahora que era él también el padre de Regina Malvida Soares, Lagarta. No se ha supuesto durante el desarrollo de este relato porque así lo he estimado por más que mis compañeros quisieran que se confesara, así como desean ahora que narre sobre los primeros años de infancia de mi pequeña, que no conocieron, y cuyo aliento solo sentí cuando aún estaba unida a mí por el cordón umbilical y daba yo el mío último, totalmente desangrada. Fue Isabella, nuestra hermana, quien luchó por mi vida y a la que di a mi pequeña una vez la pude besar. Ella la entregó a quien pensó que era su padre, que como ahora se sabe, no lo fue sino legal, hasta que dejó esos mundos como se contó, pero sin que tuviera intervención en ello mi hija. No vi que el hombre no quisiera a mi pequeña, sí que la cuidara a su manera, pero tampoco le procuró familia, ni paz. Tal vez su niñez tuvo que ver en como después ella fue, no lo sé. No puedo afirmar que esté orgullosa de sus decisiones, pero tampoco lo contrario. No tengo a quien culpar si con algo de su socialización en los primeros años de su vida se alteraron sus genes, ya de por sí infestos, pues la mitad eran de mi hermano, el tío Claudio. Por cierto, que no hay suelo, ni referencia alguna en este limbo, pero así me entenderá que vaga cabizbajo y timorato, que de vergüenza sigue con el cuello torcido hacia el lugar que habitaran sus pies. Violó a una hermana, y también a la hija de ese incesto. Y eso a ella no sé si le puede relatar, aunque se está decidiendo ahora en parte si va a poder saberlo.

Con todo esto, además de acabar de construir el retrato de mi hija,

pretendo que se entienda que todo cuanto aquí se ha expuesto ha sido observado primero por mí, después por los dos progenitores —aportando poco o nada Claudio—, y después por tantos otros que he visto llegar y en cuya muerte participó activa o pasivamente Regina, siendo por orden: Jonás, Emiliano, Adolfo, Andresito, Ismaelito, Kepa, y Dieguillo. A su manera, además, todos la quisieron o admiraron. Aquí estamos los nueve y se ha decidido que cierre yo esta narración, como ya dije, en calidad de madre y testigo único de la historia completa de Regina. E insisto, ellos andan con algo que luego contaré en las últimas líneas.

Se me ha de perdonar por si en algún momento no me expreso con claridad, pero no estudié ni supe leer, así que tampoco supe de escribir y solo trazo estas ideas de la forma en que aprendí a pensar durante mi corta vida terrestre. Todos los capítulos que ha leído, esos sí, son obra conjunta del grupo, con participaciones más activas de unos y otros según el momento. Y en ellos me inspiro para lo que queda del retrato de Regina Malvida Soares. Se cesó la biografía de mi niña, nunca ha dejado de serlo, en el momento que se conoce la muerte de Dieguillo el gallego. Pero no es ese el final de su historia. Sino el que sigue:

Lagarta, así la nombro yo también a estas alturas pasados los momentos sentimentales del inicio de este epílogo, erró al despreocuparse de su mano derecha después de que éste le confirmara la falsa muerte de Teresa. Siendo habituales sus desapariciones para terceros cuando nada le interesaba de ellos, se comenzó a ocupar de sus nuevos asuntos con Heather y no supo del secuestro, la tortura y la muerte guardando su nombre de cualquier confesión, del gallego. Creyendo que había finiquitado el asunto y que el jefe del narcotráfico (del cual aquí sigue el reparo de darse su nombre), se pasaría la eternidad buscando sin hallar a su hija, y con ello, sin relacionarla con su ausencia, colocó un naipe (un as de picas rojo —sí: rojo) en el terrario, a la espera de que fuera digno de ingresar en el hatillo con los pesos del que creyó su padre, el fular del tío Claudio que sí lo era, el cartucho de semiautomática de Megan, la cinta grabada con la orgía de Melanie, Indira y el gallego, y el bote de muestras con la arena de La Playa Larga. Todos ellos símbolos de sus victorias terrestres. Siguió con sus sesiones de gimnasio manteniendo su figura y su belleza física; cuidó de Thom como de un niño triste pues el mundo musical se iba olvidando de él; mimó a su reptil escorpión; leyó novelas, retomó la escucha ocasional de la rola *Sympathy for the Devil* de los Rolling Stones e intentó alegrar a su esposo volviendo a hacer sonar a menudo a los Waterboys, como en los inicios de su relación. Cuando vio que la música no hacía sino agravar la apatía de su esposo surgió en ella una nueva pasión por el cine con la que sí consiguió distraer a Thom,

además de con el sexo que, creyéndose victoriosa y recordando lo aprendido de Dieguillo, abordaba desde nuevos prismas.

Pero alguien desde una hacienda seguía soñando con ella, esperando noticias de Tailandia. Movió los hilos un político, antiguo empleado del Banxico, y al final se consiguió saber del paradero de Teresa Buendía López, que por entonces seguía todavía viva. En esos momentos la mujer estaba ya condenada en firme y sobrevivía en permanente agonía, creyendo que cada uno de sus días era el último. Se le negaron mordidas a su padre por más cuantiosas que las ofrecía, ya que en aquel lugar siempre hay un escalón superior al que acudir e impera otra moral. Así que anduvo planeando el asalto de la prisión como última solución, y en ello estuvo un tiempo, aunque sin aliados en Tailandia, lo que resultaba necesario para llevar a cabo esa acción, no llegó a ejecutar el plan. La pobre Teresita, sin vela ni entierro, sin comer ni beber, sin molestar a nadie, agonizaba en la tortura que Lagarta le procuró.

Sí logró acceso el padre, a través del ex del Banxico, al dossier con escasos papeles, del juicio. Y no tardó en saber del resort que ocupaba Teresa en el momento de su arresto, ni que por allí había estado alojado en tiempo, durante esa fecha, un tal Diego José Sobrino, nombre de pasaporte de quien ya se imagina. Se dudaba hasta entonces en el cártel si aquella confesión *pre morte* de que Teresa había pasado al lado de los santos, lo fue por la tortura o por cierta, y al saberla viva se supuso de lo había sido por la causa primera. Sin embargo, al descubrir lo del hotel se obtuvo la prueba de cargo de que Lagarta tenía que ver en ello, entendiéndose de una crueldad extrema el haber tratado así a una hijísima inocente de los pecados que hubiera cometido su padre. Decisión aquella de una psicopatía digna del propio padrísimo dueño de la hacienda, otra vez.

En todo ese tiempo de averiguaciones, que vendrían a ser cuatro meses terrestres, Lagarta no se ocupó del paradero de Dieguillo, para pesar de éste aquí en el limbo. No teniendo negocios comunes y habiéndose satisfecho con su última comunicación de que el trabajo en Phuket estaba hecho, Lagarta se olvidó de él salvo para intentar de su Thom, como ya he dicho, la misma fogosidad en cama que habían compartido en su único encuentro. Tampoco hubo de nuevas situaciones con mujeres obesitas y llenas de curvas. Tal vez no hubo tiempo. Con Heather se trató de naipes y dólares, y de que el esposo empezaba a molestar presentándose en ocasiones a la nueva mesa de póker que, por otro lado, iba alcanzando rápidamente fama y buenos visitantes lo que daba ya sus buenos beneficios.

Ese es el contexto de la segunda y última visita del narco jefe a la mansión de San Petersburgo, tan improvisada que pilló a Thom, para su suerte, en su antiguo mesón tomando cervezas. Esta vez fueron un

gringo y tres latinos la compañía del de la hacienda, y los primeros en ser balanceados resultaron los del servicio que nada podían contar de aquello. Lagarta, con su reptil en el terrario y ella sobre una máquina de pesas en su gimnasio, no los vio llegar y cuando tuvo finalmente ante sí a aquel padre, pensó que venía a proponer otro negocio, tan a salvo se creía de ser descubierta su venganza. Era una mujer inteligente que, de agotamiento inconsciente en relación a la lucha contra aquel hombre, había dejado de serlo. Por eso no previó que Dieguillo no había sido capaz de practicar el asesinato de Teresa y lo que con ello se desencadenó después. Y como ya he dicho, no se procuró nunca saber de su hombre tras su vuelta de Tailandia. Así que Lagarta fue raptada y por más que intentó librarse adulando al gringo, a los latinos o todo aquel o aquella que la custodió hasta acabar de vuelta en México, no consiguió nada. Se la encerró en un pozo seco, se la inyectó heroína, se la degradó físicamente, se la ofreció a manadas de hombres que abusaron de ella, algunos sin dientes, como ella acabó. Por el amor de madre que aún siento, no entro en detalles más concretos. Se la denigró hasta que se supo de la muerte de Teresa en la prisión tailandesa de la que jamás pudo ser liberada. Ese día, para su suerte, el harapo que era entonces Lagarta fue orinado por un grupo de mujeres y quemado vivo en presencia del jefe de cártel. Solo se me ocurre añadir que no lloró en ningún momento de su secuestro, ni gritó, ni suplicó ante quien la hacía arder.

Thom hoy cuida de la otra lagarta. Ha descubierto el hatillo, con la grabación en la que su madre hace y deshace con Dieguillo y una desconocida con aspecto hindú. Por no querer conocer el significado de aquello, ha dejado de apremiar en la búsqueda de su Regina a la policía de Florida, quienes, por cierto, parecían saber más de ella que él mismo ya desde la tarde que al regresar a su mansión se encontró tres mujeres balanceadas y la ausencia de su esposa. Tal vez intuye al fin quién realmente es.

Este es el punto final de la vida terrestre de Lagarta, que desde aquí fue digna de observarse como espera esta madre que haya sido de leerse.

Había un asunto que al comienzo de este epílogo dije que estaban tratando y que explicaría. Así me es obligado no finalizar estas líneas sin serle narrado, aunque tal vez lo intuya como hizo con otros matices anteriormente:

Y es que aquí está Lagarta, queriendo llegar paciente a de este limbo de los justos, no pudiendo ser de otra manera pues no quedaba a su muerte en la Tierra mexicano que le realizara ofrenda.

Las otras ocho almas que me acompañan andan con sus cavilaciones sobre si debe o no, figuradamente, abrirse esa puerta que solo se ha cerrado en el segundo anterior en que supimos que moría al fin

Lagarta en una hacienda de un arrabal de una gran ciudad. Fue Emiliano quien impidió su paso —y que sigue contemplando la vida de Megan y sus mellizos, hoy lejos de disparos y revoluciones y a su manera practicando la compasión y la bondad—. Con él están Ismaelito, Claudio el tío-padre y Andresito, que se niegan a dejarla acceder pues creen que destruirá este apacible lugar logrando para sí lo que ninguno puede imaginar pues no hay mucho que ofrecerse, pero, aun con todo, la temen. Kepa el vasco, Jonás, Adolfo y Dieguillo el gallego siguen perdidos por ella y dispuestos a visitar el infierno si así se merece, solo por tenerla otra vez a su lado. Y no puede haber deseo físico aquí sino etéreo amor o eterna indigestión.

Así que hay cuatro a favor y cuatro en contra.

Y aquí estoy, única mujer hasta ahora en este limbo de los justos, madre de Regina Malvida Soares, que temo por tener que obrar votando de forma decisiva. Siendo este preciso instante el presente común entre usted y nosotros, pido su sincera opinión para dilucidar el lado de mi elección, a favor o en contra; para saber si usted la dejaría entrar en su vida; para saber si debería odiar o amar a mi hija Lagarta.

FIN

Agradecimientos.

Gracias una vez más y siempre a Paula, mi hija. Por sus ánimos y su interés por saber de mis historias. Te quiero.

Gracias, Susana, gracias, Adriana, por vuestra paciencia, os quiero.

Gracias a mis padres, Dorita y Luis -allá donde estéis-, pero siempre en mí. A mis hermanos Txomin y Javi. Gracias al resto de mi familia.

Gracias a Mikel Palacio, por sus dibujos, por su trabajo, por su interés, por su implicación. Creo que rápidamente encontraste un modo de ilustrar esta historia.

Gracias María Gómez por su inestimable ayuda, por sus sinceras opiniones y correcciones.

Gracias al resto de amistades, en especial a todos aquellos que se interesan por estas aventuras mías. Siempre a punto.

Gracias a Ela Gayubo de la Cámara, también, con quien sigo pretendiendo colaboraciones futuras.

Gracias a Antonio Isidro Pilar y a @la_huella_de_los_trazos (Yolanda), por vuestro cariño e interés. Habéis sido los primeros en enviarme vuestro ánimo desde las redes sociales. Ahí queda eso ;-)

Sobre el autor

Borja Orizaola Alonso, nacido en Bilbao el mes de enero de 1970.
Amante de la lectura.
Fascinado con obras como Matar a un Ruiseñor, La Conjura de los Necios, Crimen y Castigo, Stoner, o con la prosa de Isabel Allende, Eduardo Galeano...
... entre tantas otras novelas y estilos.

Ha escrito toda su vida para consumo propio o cercano (prosa, verso; incluso canciones).

Finalmente, en septiembre de 2022 autoedita su primera novela: "En los Días que Siguen" (finalizada en junio, comenzada en diciembre 2021). Una novela negra con todos sus ingredientes no exenta de una más que velada crítica a ciertos mecanismos del poder que utilizan y abusan de la mujer.
Y seguido autoedita “El Cadáver”, novela corta escrita como un ejercicio de acercamiento al puro thriller.

Después de esas primeras aventuras literarias modifica su estilo y llega esta obra, “Lagarta”, finalizada en enero del año 2023.

Actualmente anda embarcado otro reto literario, distinto a los anteriores, que solo el destino dirá si llegará a buen puerto.

Instagram: **@b_orizaola**